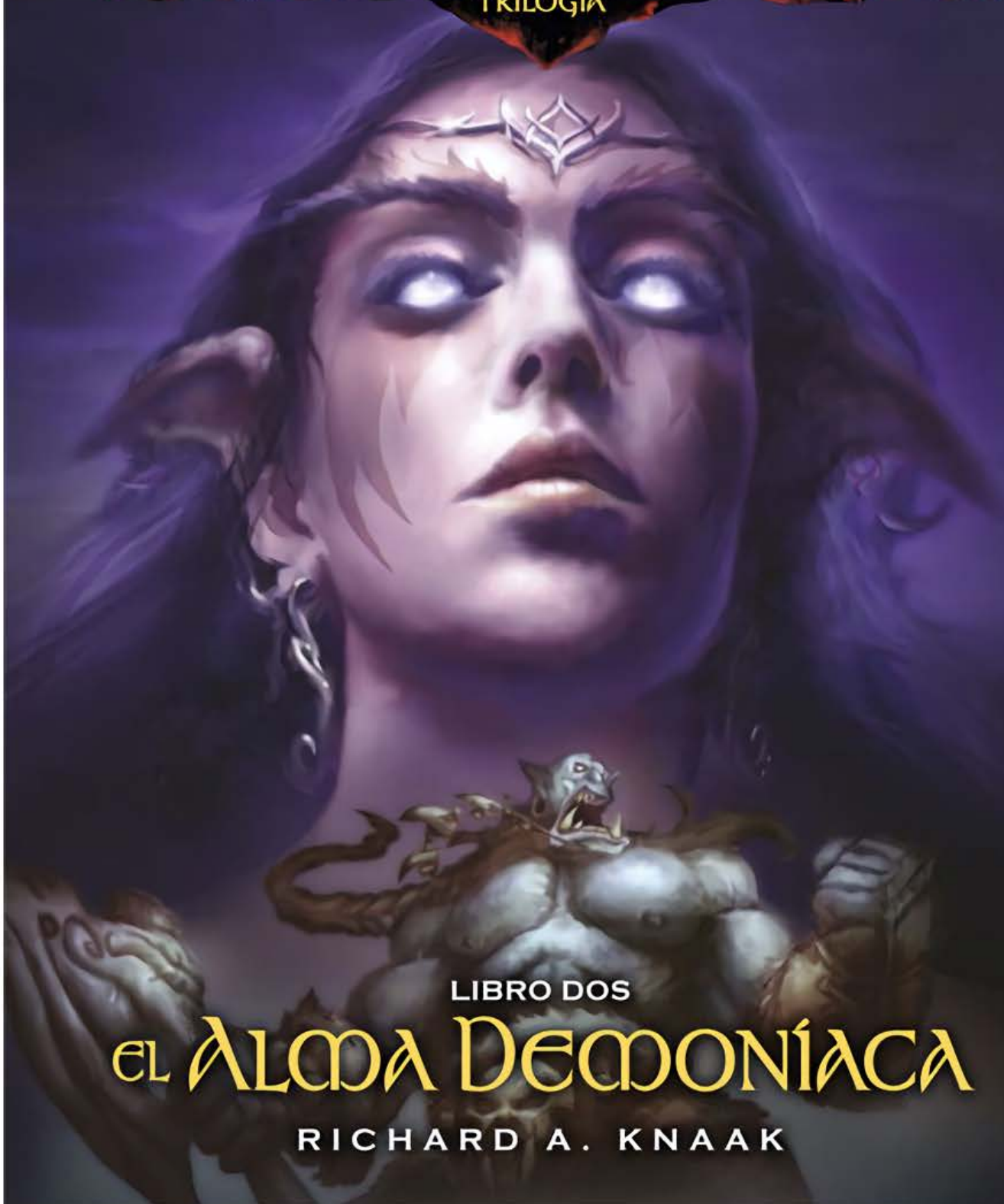


# WARCRAFT

LA GUERRA DE LOS ANCESTROS  
TRILOGÍA



LIBRO DOS

## EL ALMA DEMONÍACA

RICHARD A. KNAAK

Richard A. Knaak

## LA LEGIÓN ARDIENTE YA HA LLEGADO.

Liderados por el poderoso Archimonde, decenas y decenas de soldados demoníacos atraviesan ahora las tierras de Kalimdor, dejando a su paso un rastro de muerte y devastación. En el centro de esa abrasadora invasión se encuentra el místico Pozo de la Eternidad, que en su día fue la fuente del poder arcano de los elfos de la noche. Pero ahora, las energías del pozo han sido profanadas y corrompidas, ya que la reina Azshara y sus Altonatos no se detendrán ante nada para entrar en comunión con su nuevo dios: el llameante Señor de la Legión Ardiente... Sargeras.



Los elfos de la noche, liderados por el joven druida Malfurion Tempestira y el mago Krasus, luchan desesperadamente para contener la terrible masacre desatada por la Legión Ardiente. Aunque solo quedan unos meros rescoldos de esperanza, un poder antiguo se ha alzado para ayudar al mundo en su hora más oscura. Los dragones (liderados por el poderoso Aspecto Neltharion) han forjado un arma de poder inconmensurable: el alma Demoníaca, un artilugio capaz de expulsar a la Legión para siempre; no obstante, su uso podría acarrear ciertas consecuencias que nadie podría haber previsto y que conllevarían pagar un alto precio.

## EL ALMA DEMONÍACA

Segunda novela de esta trilogía original repleta de magia, guerra y heroísmo, basada en el videojuego superventas y galardonado con múltiples premios creado por Blizzard Entertainment.





## PRÓLOGO

Un punto de negrura total se formó en el centro de la esfera de llameante. Desde lo más fondo de ella surgió una voz que se apoderó de la mente de Mannoroth, una voz tan familiar como la suya propia.

— *Mannoroth... eres tú...*

Pero no la de Sargeras.

— *Hemos esperado demasiado tiempo...*, dijo en un tono frío y analítico que provocó que incluso en el enorme demonio se encogiera de miedo.

— *El camino debe estar totalmente abierto para él. Yo me ocuparé de que eso se haga al fin. Prepárate para recibirme, Mannoroth... pues ya voy para allá.*

Tras esas palabras, la oscuridad se expandió, transformándose en un enorme vacío que flotaba por encima de ese conjunto de símbolos. No obstante, el portal no era como lo había sido la primera vez que los elfos de la noche lo habían levantado, ya que aquel que hablaba desde el otro reino lo estaba reforzando con su poder. Esta vez no se desmoronaría.

— ¡Arrodíllate! —bramó Mannoroth. Como los hechiceros se hallaban bajo su influencia, no les quedó más remedio que obedecer de inmediato. Los Guardias Viles y los soldados elfos de la noche que se encontraban ahí hicieron lo mismo un instante después. Incluso el capitán Varo'then se arrodilló con celeridad.

Si bien el demonio fue el último en arrodillarse, lo hizo con suma deferencia. Casi temía tanto a aquel ser como temía a Sargerias.

— *Estamos listos*, le informó Mannoroth, quien mantuvo su mirada clavada en el suelo, puesto que cualquier gesto, por leve que fuera, que pudiera ser interpretado como un desafío, podría provocar su muerte entre terribles sufrimientos. *Nosotros, los indignos, aguardamos a que te presentes... Archimonde...*

El Alma Demoníaca

# WARCRAFT

LA GUERRA DE LOS ANCESTROS  
TRILOGÍA

LIBRO DOS

el ALMA DEMONÍACA

RICHARD A. KAAK



THE NIGHT  
ELF EMPIRE







## CAPÍTULO UNO

U nas voces susurraban en su mente mientras se desplazaba por esa enorme caverna. Si bien anteriormente habían sido algo ocasional, ahora nunca paraban de sonar. Incluso cuando dormía, no podía escapar de su presencia... aunque ya tampoco quería hacerlo. El colosal dragón negro llevaba tanto tiempo oyéndolas que ahora formaban parte de él, eran indistinguibles de sus propios pensamientos retorcidos.

*Los elfos de la noche destruirán el mundo...*

*El Pozo está fuera de control...*

*No se puede confiar en nadie... quieren tus secretos, tu poder...*

*Malygos te arrebatará lo que es tuyo...*

*Alexstrasza pretende dominarte...*

*No son mejores que los demonios...*

*Hay que tratarlos como a los demonios...*

Una y otra vez, las voces repitan esas cosas tan espantosas, advirtiéndole que iban a engañarlo, a traicionarlo. No podía confiar en nadie, sólo en sí mismo. Las razas inferiores habían corrompido a los demás. Considerarían su decisión una amenaza, no la única esperanza para el mundo.

El dragón exhaló una nube de humo nocivo mientras resoplaba al pensar que esa traición la llevarían a cabo aquellos que antaño habían sido sus camaradas. Aunque poseía el poder suficiente como para salvarlo todo, tenía que ser cuidadoso, ya que sería una calamidad que descubrieran la verdad demasiado pronto.

*No deben conocer este secreto hasta que no puedan alterar el destino de ningún modo, decidió. No pueden saber hasta que deba ser lanzado el conjuro. ¡No permitiré que arruinen mis esfuerzos!*

Unas garras descomunales arañaron el suelo de piedra de la caverna mientras el coloso cubierto de escamas ingresaba a su santuario. Por muy gigantesco que fuera el dragón, era pequeño en comparación con aquella caverna redonda. Un río de lava fundida fluía por la parte central de aquel lugar, donde unas formaciones de cristal inmensas relucían en las paredes. Unas vastas estalactitas pendían como espadas del destino allá arriba, mientras que unas estalagmitas, tan afiladas que daba la impresión de que estuvieran aguardando a que alguien se empalara en ellas, brotaban del suelo

Y, de hecho, eso era lo que había sucedido con esa en concreto.



## El Alma Demoníaca

Mostrando los dientes, el gran dragón negro agachó la cabeza para contemplar a la diminuta figura que se revolvía en un vano intento por liberarse del pico de piedra que le atravesaba ese pecho agitado. Los restos de un túnica negra hecho jirones, negro y anchada de rojo por sangre, así como unos fragmentos de una armadura dorada y muy ornamentada, pendían de su torso de forma extraña. Unos grandes cuernos, parecidos a los de una cabra, le brotaban del cráneo y su semblante carmesí recordaba al de un dragón, pues poseía un cráneo largo que contaba con unas fauces amplias y repletas de colmillos. Aunque los ojos de esta criatura eran fosas oscuras que, al instante, trataron de absorber a aquel gigante en sus profundidades, no eran rivales para la fuerza de voluntad de su captor.

Además de hallarse empalado, aquella figura cornuda estaba atada al suelo de la caverna con unas gruesas cadenas de hierro. Las cadenas se encontraban especialmente tirantes, apretando así al demonio a la estalagmita, a la vez que tiraba sus extremidades extendidas hacia abajo.

Si bien el cautivo movía la boca constantemente, como si estuviera gritando algo con furia, no brotaba ningún sonido de ella. Aunque eso no le impidió seguir intentándolo, sobre todo, en cuando vió que el oscuro leviatán se aproximaba.

El dragón contempló meditabundo al prisionero por un momento, y luego parpadeó.

Inmediatamente, la voz ronca y teñida e inquina de la criatura reverberó por toda la cámara de la caverna.

—... ¡Es Sargerás! ¡Tu sangre derramará! ¡Se hará una capa con tu piel! ¡Alimentará con tu carne a sus canes! ¡Encerrará tu alma en un vial para para atormentarlo cuando le plazca! Te...

El Dragón parpadeó de nuevo y silencio una vez más al cautivo. Aun así, la figura demoníaca siguió lanzando amenazas y obscenidades, hasta que, por fin, el oscuro gigante abrió sus descomunales mandíbulas y exhaló una columna de vapor abrasadora que envolvió al prisionero, al que dejó temblando presa de la agonía.

— Aprenderás a respetarme. Te encuentras ante la presencia gloriosa de Neltharion, de mí —le espetó el dragón con una voz atronadora. — Soy el Guardián de la Tierra. Me tratarás con la veneración que me merezco.

El demonio golpeó las rocas situadas debajo de él con su larga cola de reptil y abrió la boca para lanzar, obviamente, más blasfemias silenciosas.

Neltharion sacudió su cabeza coronada por una cresta en señal de negación. Esperaba mucho más de los Eredar. Se suponía que esos brujos eran los comandantes de la Legión Ardiente, que esos demonios no sólo sabían lanzar hechizos sino que también estaban muy versados en tácticas de combate. El dragón había dado por sentado que tal criatura le proporcionaría una conversación mucho más inteligente, sin embargo, el Eredar podría haber sido perfectamente uno de esos bestiales infernales, de esos colosos de cráneos llameantes que actuaban como terribles arietes o misiles aéreos; el que había sometido a prueba antes de capturar a aquel Eredar tenía la misma inteligencia de una piedra, incluso menos.

## El Alma Demoníaca

No obstante, Neltharion no había enviado a su Vuelo a capturar a algunos demonios de esa horda enfurecida para conversar con ellos. No, esos cautivos tenían otro propósito, uno grandioso que, por desgracia, nunca podrían ser capaces de apreciar.

El eredar era el último de ellos, el más importante. Sus mágicos innatos lo convertían en una pieza clave para culminar la primera etapa de la misión del Guardián de la Tierra.

*Es la hora...* le susurraron las voces. *Es la hora...*

— Sí... —respondió distraídamente Neltharion. — Tiempo...

El dragón alzó una enorme garra con la palma hacia arriba y se concentró. Inmediatamente, un aura dorada cobró vida en esa palma, aumentando su brillo de tal modo que incluso el demonio cautivo dejó de lanzar invectivas para mirar fijamente aquello que había invocado Neltharion.

Si bien el diminuto disco era tan dorado como el aura que había anunciado su llegada, por otro lado, era un objeto asombrosamente sencillo. Ni siquiera habría ocupado toda la mano de una criatura mucho más pequeña; como por ejemplo, un elfo de la noche. El disco recordaba a una moneda de oro grande y sin rasgos distintivos, con los bordes redondos y un revestimiento reluciente e inmaculado. Tenía ese aspecto modesto por decisión de Neltharion, puesto que si el talismán iba a llevar a cabo su tarea de un modo adecuado, tenía que parecer totalmente inofensivo e inocente.



Lo sostuvo en dirección hacia el brujo, permitiendo así que el eredar viera lo que le esperaba. Sin embargo, el demonio no pareció para nada impresionado. Su mirada se tiñó de burla mientras pasaba de posarse en el disco a clavarse en el dragón.

Neltharion se percató de esa reacción. Le agradó el hecho de que el eredar fuera incapaz de reconocer lo poderoso que era aquel disco, pues eso significaba que otros también serían incapaces de darse cuenta de la verdad..., hasta que fuera demasiado tarde.

Respondiendo a la silenciosa orden del Guardián de la Tierra, el objeto se elevó de la palma de su mano de una manera delicada. Flotó por encima de esa garra por un momento y, a continuación, se fue volando hasta el cautivo.

Por primera vez, una leve incertidumbre se adueñó del monstruoso semblante del brujo. Mientras el disco descendía, volvió a revolveirse de manera fútil.

El talismán dorado se posó en la frente del demonio. Un fugaz destello carmesí bañó el rostro del eredar...; entonces el disco se enterró en su carne.

— *Dilas...* —le exhortaron las voces. — *Pronuncia las palabras... consume el acto...*

De las brutales fauces desprovistas de labios del dragón brotaron unas palabras pertenecientes a un idioma cuyos orígenes no se hallaban en el mundo mortal. Cada una de ellas

## El Alma Demoníaca

estaba teñida de tal maldad que incluso el demonio se estremeció. Para el Guardián de la tierra eran los sonidos más maravillosos que jamás había oído, unas notas perfectas..., el idioma de los dioses.

Mientras Neltharion las pronunciaba, el disco refulgió de nuevo. Su brillo iluminó la vasta cámara, creciendo en intensidad a cada sílaba.

De repente, resplandeció en una explosión de luz.

El brujo eredar abrió la boca lo máximo posible para proferir un chillido silencioso. Unas lágrimas de sangre anegaron sus horrendos ojos, al mismo tiempo que azotaba salvajemente las piedras con la cola. Se retorció bajo esas ligaduras con tal fuerza que se despellejó las muñecas y los tobillos; sin embargo, el demonio siguió sin poder escapar.

Entonces, la piel se le fue cayendo al eredar. Se separó de su cuerpo, a pesar de que no paraba de retorcerse; abandonó su semblante, a pesar de que no paraba de chillar. La carne del demonio adoptó el mismo aspecto que hubiera tenido si llevara mil años muerto, desmenuzándose hasta convertirse en polvo.

Se le hundieron los ojos. La cola se le ajó. El brujo quedó rápidamente reducido a una estructura de huesos que contenían unas entrañas que se pudrían de un modo veloz. A lo largo de todo ese macabro calvario, siguió gritando, ya que ni Neltharion ni el disco le habían permitido gozar el consuelo de la muerte hasta entonces.

Por fin, hasta los huesos cedieron; se vinieron abajo y se fragmentaron. Se le soltó la mandíbula y las costillas cayeron rodando de un modo estrepitoso. . Con una eficiencia terrible el poder desatado por el disco absorbió los restos del demonio de abajo a arriba.

El rastro de polvo se extendió con celeridad de los pies a las piernas y de ahí al torso hasta que lo único que quedó fue su calavera.

Sólo en ese instante el eredar se quedó quieto.

La siniestra luz se apagó. Las cadenas que hasta habían retenido al demonio colgaban vacías.

Como un padre cariñoso que adora a sus queridos retoños, el dragón negro cogió delicadamente con dos garras el talismán enterrado en el cráneo. Mientras hacía esto, la calavera también se deshizo en cenizas. El polvo gris se esparció por todo el suelo.

Contempló con admiración lo que había provocado. A pesar de que Neltharion era incapaz de percibir las extraordinarias fuerzas que se hallaban ahora dentro del disco, sí era consciente de que estaban ahí... y que cuando llegara el momento, podría emplearlas a su antojo.

En cuanto pensó en ello, otra presencia emergió en su mente. Las voces se callaron de un modo abrupto, como si temieran



## El Alma Demoníaca

ser descubiertas por aquel intruso. De inmediato, el Guardián de la Tierra reprimió sus deseos.

Neltharion conocía bien esa sensación, ya que se trataba de alguien al que antaño consideró una amiga; no obstante, ahora el oscuro leviatán sabía que no podía confiar en ella, al igual que no podía confiar en el resto.

— *Neltharion..., debo hablar contigo...*

— *¿Qué es lo que deseas, querida Alexstrasza?*

El Guardián de la Tierra se la podía imaginar perfectamente, una dragona de aspecto impecable y del color del fuego un tanto más imponente que él. Del mismo modo que Neltharion representaba el Aspecto físico de la fuerza innata del mundo, ella era el Aspecto de la vida que florecía dentro, sobre y más allá de este.

— *Una vez más, unas fuerzas muy peligrosas conspiran alrededor del palacio de la reina de los elfos de la noche... por lo que debemos tomar una decisión pronto...*

— *No temas, replicó Neltharion con un tono tranquilizador. — Se hará lo que haya que hacer...*

— *Rezo para que así sea... ¿Cuánto tardaras en llegar a la cámara?*

El Guardián de la Tierra se imaginó ese otro lugar, una caverna gigantesca que hacía que la suya pareciera la madriguera de un solo gusano por comparación. La Cámara de los Aspectos, como la llamaban los dragones inferiores con sumo respeto, era un sitio perfectamente redondo y liso. Era como si en algún

momento del pasado (Incluso anterior a la llegada de los dragones) alguien hubiera colocado una gran esfera en movimiento ahí dentro, con la que hubiera eliminado las protuberancias y rugosidades propias de toda cueva. Si bien Nozdormu, quien creía que todo lo relacionado con la historia de los creadores de aquel mundo la habían creado, ni siquiera él podía demostrarlo con total certeza. La Cámara que se encontraba escondida del mundo mortal gracias a un campo mágico, era el lugar más seguro o inexpugnable de toda la existencia.

Al pensar en ello, el dragón negro siseó levemente dominado por la expectación. Su mirada carmesí se posó en el disco. Tal vez debería ir ahí ya. Todos los demás iban a estar ahí. Si, podría hacerlo...

— *No. aún no*, le dijeron esas voces apenas audibles en los recovecos de su subconsciente. — *Hay que hacerlo en el momento adecuado o te robarán lo que es tuvo...*

Neltharion no podía permitir que eso ocurriera, no cuando se hallaba tan cerca de triunfar.

— *Ahora no*. —le contestó por fin a la dragona roja, — *Pero pronto... te prometo que será pronto.*

— *Así deberá ser*, —replicó Alexstrasza. — *Me temo que así deberá ser.*

La dragona abandono sus pensamientos con la misma rapidez que se había adentrado en ellos. Neltharion titubeó mientras trataba de determinar si le había dado alguna pista o

## El Alma Demoníaca

no lo que realmente estaba ocurriendo. Las voces, sin embargo le aseguraron que eso no había sido así, sino que en realidad, lo había hecho muy bien.

El dragón negro sostuvo en alto el disco y, acto seguido, con un brillo de satisfacción en sus ardientes ojos, mediante un conjuro, lo envió de vuelta al lugar donde lo mantenía escondido de los demás, incluso de aquellos de su propia sangre.

— Pronto... susurró, a la vez aquel objeto se desvanecía y una amplia sonrisa, con la que mostraba un gran número de dientes, se dibujaba en su monstruoso semblante.

— Muy pronto... después de todo lo *prometí*...

\*\*\*\*\*

El imponente palacio se hallaba en una montaña, al borde de un precipicio que daba a un lago vasto y turbulento, cuyas aguas eran tan oscuras que parecían totalmente negras. Los árboles, a los que la magia había alterado, y la roca sólida habían dado lugar a unas altas torres en espiral que se alzaban como temibles guerreros. El enorme edificio estaba rodeado por unas paredes hechas de piedra volcánica que se mantenían unidas gracias a unas monstruosas enredaderas y raíces. Gracias a los poderes de los constructores, habían podido utilizar un centenar de árboles colosales para levantar el armazón del edificio principal: después, esa estructura redonda había sido cubierta de piedras y enredaderas.



Antaño, para cualquiera que lo hubiera contemplado, el palacio y su entorno habían sido una de las maravillas del mundo. . . , pero eso había cambiado, sobre todo últimamente. Ahora, la parte superior de la torre principal había desaparecido. Los fragmentos de piedra ennegrecidos y los restos destrozados de enredaderas que pendían aquí y allá revelaban con gran claridad lo intensa que había sido la explosión que la había destruido. No obstante, eso no era lo único que había provocado que ese palacio se transformara en un lugar de pesadilla, sino, más bien, lo que ahora rodeaba por todas partes a ese edificio, que en su día se alzaba imponente, salvo allá donde aquel lago siniestro imponía su dominio.

Había sido una ciudad magnífica, había representado el culmen del reino de los elfos de la noche. Se había expandido por aquel paisaje y había pasado a formar parte de él; las moradas situadas en esos altos árboles y las innumerables habitaciones construidas en la misma tierra habían creado un maravilloso entorno sobre el que se había erigido el palacio. Aquí se había construido Zin-Azshari: "La Gloria de Azshara" en la lengua antigua, la capital del reino de los elfos de la noche. Aquí se había alzado una metrópolis bulliciosa.

Cientos de guerreros demoniacos ataviados con armaduras de la Legión Ardiente peinaban Zin-Azshari mientras otros cuantos centenares más salían por las altas puertas del palacio para sumarse a las tropas que ya habían abandonado la capital. Tenían en sus manos este hermoso reino caído y, si se les presentaba la oportunidad, se extenderían por el resto de aquel mundo, matando todo lo que hallaran a su paso.

## El Alma Demoníaca

La mayoría medía dos metros setenta o más, por lo que se alzaban imponentes incluso por encima de los elfos de la noche de dos metros. A pesar de que unas intensas llamas verdes rodeaban perpetuamente a cada uno de ellos, estas no les hacían ningún daño. Si bien la parte inferior de sus cuerpos era extrañamente delgada, la parte torso era muy ancha. Sus monstruosos semblantes recordaban a unas calaveras provistas de colmillos y cuernos; además, todos poseían a unos ojos rojos como la sangre, con los que contemplaban el paisaje. La mayoría de ellos portaban unos escudos descomunales y puntiagudos, así como unas mazas o espadas relucientes. Se trataba de los guardias viles, quienes conformaban el grueso de la Legión

Por encima de ellos, con unas alas ígneas, los guardias apocalípticos vigilaban el horizonte. Eran muy similares a sus hermanos que se hallaban en tierra, salvo por el hecho de que tenían una altura distinta y parecían más inteligentes; además, volaban de aquí para allá a gran velocidad sobre Zin-Azshari cual buitres a la espera. De vez en cuando, alguno dirigía a los guardias viles de abajo y los enviaba hacia algún lugar donde alguien o algo podría estar escondiéndose.

Junto a los guardias viles, cazaban otras criaturas diabólicas de la legión; la mayoría de ellas eran unas monstruosidades enormes, horrendas y cuadrúpedas, que recordaban vagamente a canes o lobos. Esas abominaciones cubiertas de escamas, con vasto pelaje en los lomos, olfateaban ese suelo arrasado no solo con sus colosales hocicos, sino también con un par de tentáculos fibrosos que contaban con unas ventosas en los extremos. Las bestias viles corrían entre esa carnicería

con un gran entusiasmo y, de vez en cuando se detenían a olfatear algún cadáver destrozado antes de proseguir su camino.

Pero mientras sucedía esto más allá del terreno del palacio, en la torre ubicada más al sur, tenía lugar una escena más serena, aunque no por ello menos horrenda. Dentro de ella, los Altonatos (Así se llamaba a los que servían directamente a la reina de los elfos de la noche) habían formado un círculo y se encontraban inclinados sobre un patrón hexagonal grabado en el suelo. Las capuchas de esas túnicas turquesas elegantemente bordadas les tapaban el rostro, del que solo podían verse sus ojos plateados carentes de pupila..., unos ojos teñidos ahora de un inquietante fulgor rojo.

Los elfos de la noche mascullaban repetitivamente las poderosas palabras de aquel conjuro sobre aquel símbolo. Un aura espantosa y verde los rodeaba, impregnando sus mismas almas. Aunque sus organismos se veían sometidos a una tremenda tensión por culpa del esfuerzo, no flaquearon. Aquellos que habían mostrado alguna flaqueza en el pasado habían sido eliminados a esas alturas. Ahora, únicamente los más duros manejaban la magia oscura extraída del lago situado fuera de aquellos muros.

— Más rápido, ordenó con voz ronca una figura de pesadilla situada más allá de aquel círculo brillante. — Esta vez hay que lograrlo...

Ese colosal demonio, provisto de colmillos con unas manos enormes con forma de garras y que poseía unas alas coriáceas



## El Alma Demoníaca

que ahora llevaba plegadas, caminaba con cuatro patas titánicas. De manera impaciente, golpeaba el suelo con una cola de reptil tan gruesa como el tronco de un árbol, abriendo grietas en la robusta piedra. Casi rozaba el techo con esa cabeza que recordaba a un sapo mientras se abría paso entre los guardias viles, que eran mucho más pequeños y se apartaban de su camino sabiamente, para poder ver mejor lo que ocurría. La melena llameante y verde que le nacía en la coronilla y le llegaba hasta la punta de cada una de sus rechonchas pezuñas centellaba intensamente cada vez que daba un paso, con el cual hacía que la tierra se estremeciera.

Bajo un ceño prominente pero carente de cejas, unos orbes siniestros del mismo torvo color verde contemplaban sin parpadear esa escena. Él que dirigía a los elfos de la noche en esa inquietante tarea, estaba acostumbrado a *infundir* miedo, no a sentirlo. Aun así en esa noche tempestuosa el demonio llamado Mannoroth se veía dominado por esa emoción perturbadora. Su amo le había dado una orden y él había fallado a la hora de llevarlo a cabo. Nunca había sucedido algo así, pues él era Mannoroth uno de los comandantes de los elegidos del Magno...

— ¿Y bien? —preguntó el demonio alado con una voz atronadora a los elfos de la noche.

— ¿Acaso debo arrancarle la cabeza a otro más de vosotros, patéticas alimañas?

Un elfo de la noche cubierto de cicatrices ataviado con la armadura verde bosque de la guardia de palacio, se atrevió a hablar:

— Si haces algo así de nuevo, ella no lo aprobará, mi Señor.

Mannoroth se volvió hacia aquel tipo presuntuoso. Su fétido aliento golpeó el rostro enjuto de aquel soldado cuya cabeza estaba protegida por un casco

— Si decidiera ofrecerle tu cabeza. ¿También se quejaría capitán Varo'then?

— Es más que probable, respondió el ello de la noche con un semblante totalmente imperturbable.

El demonio extendió el brazo y mostró una mano enorme, lo bastante grande como para agarrar con ella el cráneo entero del capitán Varo'then, incluido el casco. Con unos dedos provistos de garras rodeó la cabeza del elfo y..., acto seguido, los apartó. El amo de Mannoroth le había ordenado que la reina de los elfos de la noche, así como todos aquellos que fueran importantes para ella, no debían sufrir daño alguno, puesto que eran unos peones muy importantes para el Señor de la Legión Ardiente

Al menos, por ahora.

Varo'then era uno de los pocos seres a los que Mannoroth no podía tocar, a él menos que a nadie. Tras la muerte del concejero de la reina Lord tura Xavius, el capitán se había convertido en el enlace con ella.

Siempre que la gloriosa Azshara decidiera no obsequiar con su magnífica presencia a aquellos que trabajaban en la cámara, el

capitán de la guardia ocupaba su lugar. Varo'then informaba sucintamente a su señora de todo lo que veía u oía, y en el poco tiempo que Mannoroth había podido observar a la reina, había llegado a la conclusión de que no era una cabeza hueca como algunos podrían haber imaginado. Poseía una astucia que escondía muy bien bajo una actitud lánguida, pero no lo suficiente. El demonio sentía curiosidad por saber que pretendía hacer con ella su amo cuando por fin pisara este mundo.

*Si es que por fin, lograba hollarlo.*

El portal que daba a ese otro lugar, ese reino entre mundos y dimensiones donde la Legión Ardiente deambulaba entre una incursión y otra, se había colapsado ante un asalto mágico. Esa misma fuerza había destrozado la torre en la que, en un principio, habían aunado esfuerzos los demonios y los Altonatos. Aunque Mannoroth seguía sin saber con exactitud qué había sucedido, varios supervivientes de ese ataque destructor habían hablado de que había sido obra de un enemigo invisible, el cual también había asesinado al consejero. Mannoroth albergaba ciertas sospechas sobre quién podía ser ese intruso invisible, por lo que ya había despachado a unos cuantos cazadores para que partieran en su búsqueda. Ahora, estaba concentrado únicamente en restaurar ese portal tan importante a nivel estratégico... si era posible.

*— No, pensó. — Lo lograremos.*

No obstante, la ardiente bola de energía que flotaba por encima de aquel conjunto de símbolos se había limitado a arder hasta

entonces. Cuando el coloso provisto de colmillos miraba en su interior, no percibía la eternidad, no percibía la sobrecogedora presencia de su amo. Lo único que percibía era la *nada*.

Y la nada suponía que había fracasado y, en la Legión Ardiente, el fracaso significaba la muerte.

— Se están debilitando... —comentó el capitán Varo'then con un tono carente de toda emoción. — Van a volver a perder el control del portal... Mannoroth se percató de que aquel soldado decía la verdad. El monstruoso demonio gruñó y expandió su mente para añadir su poder a ese entramado de hechizos. Pese a que esa intrusión estremeció a los hechiceros Altonatos y estuvo a punto de arruinarlo todo, Mannoroth logró hacerse con el control del grupo y que ese esfuerzo conjunto se centrara de nuevo en ese objetivo común.

— *Esta vez lo lograremos. Sí, lo...*

Bajo su guía, los hechiceros se esforzaron como nunca. La determinación de Mannoroth los espoleó a todos a sumirse en un estado de sumo frenesí. Esos ojos carmesíes se les desorbitaron al máximo y la tensión tanto física como mágica provocó que se estremecieran.

Mannoroth contempló de manera torva e iracunda esa recalcitrante bola de energía, que se negaba a cambiar, que se negaba a permitir que su amo accediera a ese plano. Unas gotas amarillas de sudor bañaron al demonio. La espuma se acumuló en esa boca amplia similar a la de una rana. A pesar de que era consciente de que si fracasaba el Magno quedaría a

## El Alma Demoníaca

muchos mundos de distancia, Mannoroth estaba seguro de que sería castigado de algún modo.

Nadie escapaba a la ira de Sargerass.

Con eso en mente, redobló aún más sus esfuerzos, arrebatándoles a los elfos de la noche todo el poder posible. Unos gemidos brotaron del círculo...

De repente, un punto de negrura total se formó en el centro de la esfera llameante. Desde lo más hondo de ella, surgió una voz que se apoderó de la mente de Mannoroth, una voz que le resultaba tan familiar como la suya propia.

— *Mannoroth... eres tú...*

Pero no la de Sargerass.

— *Hemos esperado demasiado tiempo...*, dijo en un tono frío y analítico que provocó que incluso en el enorme demonio se encogiera de miedo.

— *El camino debe estar totalmente abierto para él. Yo me ocuparé de que eso se haga al fin. Prepárate para recibirme, Mannoroth... pues ya voy para allá.*

Tras esas palabras, la oscuridad se expandió, transformándose en un enorme vacío que flotaba por encima de ese conjunto de símbolos. No obstante, el portal no era como lo había sido la primera vez que los elfos de la noche lo habían levantado, ya que aquel que hablaba desde el otro reino lo estaba reforzando con su poder. Esta vez no se desmoronaría.

— ¡Arrodíllate! —bramó Mannoroth. Como los hechiceros se hallaban bajo su influencia, no les quedó más remedio que obedecer de inmediato. Los Guardias Viles y los soldados elfos de la noche que se encontraban ahí lo hicieron lo mismo un instante después. Incluso el capitán Varo'then se arrodilló con celeridad.

Si bien el demonio fue el último en arrodillarse, lo hizo con suma deferencia. Casi temía tanto a aquel ser como temía a Sargerias.

— *Estamos listos*, le informó Mannoroth, quien mantuvo su mirada clavada en el suelo, puesto que cualquier gesto, por leve que fuera, que pudiera ser interpretado como un desafío, podría provocar su muerte entre terribles sufrimientos. *Nosotros, los indignos, aguardamos a que te presentes... Archimonde...*





## CAPÍTULO DOS

**E**l mundo que él había conocido, el mundo que todos habían conocido, había dejado de existir.

La región central del continente Kalimdor era una llanura devastada. Los demonios habían desatado una carnicería, que se extendía en todas direcciones y había destruido la complaciente y decadente civilización de los elfos de la noche. Cientos, tal vez miles, yacían muertos y la Legión Ardiente seguía avanzando de manera implacable.

*Pero no por todas partes, se tuvo que recordar a si mismo Malfurion Tempestira. — Aquí hemos logrado detenerlos e incluso los hemos obligado a retroceder.*

El oeste se había convertido en el lugar donde se estaba plantando cara principalmente a la monstruosa invasión. Gran parte del mérito era del propio Malfurion, ya que había sido el principal responsable de que el conjuro de los Altonatos, que había cortado el acceso al poder del Pozo de la Eternidad a todo aquel que se hallara fuera del palacio de la reina Azshara, hubiera sido destruido. Se había enfrentado a lord Xavius, el consejero de la reina, al que había destruido en un combate épico.

No obstante, aunque Lord Kur'talos Cresta Cuervo, el dueño y señor del Bastión del Cuervo Negro y el comandante de las fuerzas de los elfos de la noche, había reconocido ante los líderes ahí congregados que Malfurion había jugado un papel clave en la victoria, este no se sentía un héroe. Durante la batalla, Xavius lo había engañado más de una vez y únicamente gracias a la ayuda de sus compañeros había sido capaz de derrotar al siniestro consejero y a los demonios a los que Xavius servía.

Malfurion Tempestira destacaba entre los elfos de la noche debido a que su melena suelta, que le llegaba hasta los hombros, era de un llamativo color verde oscuro. Únicamente su hermano gemelo, Illidan (con el que compartía unas facciones estrechas y casi lupinas), concitaba más atención. Si bien Malfurion tenía unos ojos totalmente plateados, como era muy normal entre los suyos. Illidan poseía unos orbes relucientes y ambarinos, lo cual se decía que era un presagio de que realizaría grandes proezas; además, Illidan tenía cierta tendencia a vestir con la extravagancia típica de los de su raza, mientras que Malfurion iba ataviado con un atuendo más sencillo; una túnica de tela, un sencillo chaleco de cuero y unas

## El Alma Demoníaca

botas que le llegaban a las rodillas. Como había optado por seguir el camino del druidismo, cuyo poder provenía de la naturaleza, Malfurion se habría sentido como un payaso si hubiera pretendido entrar en comunión con los árboles, la fauna y la tierra del bosque yendo vestido como un cortesano pretencioso a punto de participar en un gran baile.

Frunció el ceño e intentó por milésima vez poner punto final a esos pensamientos tan superfluos. El joven elfo de la noche había llegado hasta ese lugar solitario, ubicado en ese bosque todavía virgen de Ga'han, para serenarse y meditar a lo largo de los días siguientes. El descomunal ejército que había reunido Lord Cresta Cuervo pronto iniciaría su marcha..., aunque nadie sabía aún hacia dónde. La Legión Ardiente avanzaba por tantos frentes distintos que las fuerzas del noble podrían viajar en cualquier dirección durante infinidad de años batallando sin parar sin hacer ningún avance de verdad. Lord Cresta Cuervo había convocado a los mejores estrategas para debatir cual era la mejor manera de obtener una victoria decisiva lo antes posible. Cada día de titubeos suponía que más y más inocentes perdían la vida.

Malfurion adoptó un gesto ceñudo mientras intentaba, con más ahínco si cabe, sumirse en un estado de gran paz interior. Lentamente se relajó lo suficiente como para percibir el murmullo de las hojas; ese era el modo en que hablaban los árboles. Haciendo un gran esfuerzo pudo hablar con ellos, aunque por el momento el elfo de la noche se contentó con escuchar esas conversaciones tan melodiosas. El bosque percibía el tiempo de un modo distinto y los árboles reflejaban esa diferencia de un modo muy especial. Sabían que se estaba

librando una guerra, pero hablaban sobre ella de una manera abstracta. Aunque eran conscientes de que los demonios habían arrasado otros bosques y eso les preocupaba, las deidades de la floresta que velaban por ellos no habían dado a los árboles de aquel lugar ninguna razón que justificara que debieran preocuparse de verdad. Si algún peligro se acercaba, lo sabrían con prontitud, eso seguro.

Su complacencia enervó una vez más a Malfurion, pues era obvio que la Legión Ardiente era una amenaza para *todo* ser vivo, no solo para los elfos de la noche. Aunque comprendía porqué el bosque quizá no fuera capaz de entenderlo del todo, seguramente sus protectores sí deberían hacerlo.

Pero ¿dónde *estaban* Cenarius y el resto?

Cuando había empezado a recorrer el camino del druida, una vida que ningún miembro de su raza había elegido jamás antes que él. Malfurion se había adentrado en lo más hondo de ese bosque, situado en las afueras de la ciudad de Suramar, para buscar al mítico semi-dios. No sabía por qué razón había pensado que sería capaz de dar con tal criatura cuando nadie lo había conseguido hasta entonces, pero al final así había sido. Si bien eso ya fue bastante sorprendente, cuando, además, el señor del bosque se mostró dispuesto a ser su maestro, Malfurion realmente fue incapaz de creérselo.

De ese modo, durante meses, Cenarius había sido su Shan'do, su honorable instructor. Malfurion habría aprendido gracias a él a caminar por el Sueño Esmeralda, ese lugar situado entre el plano mortal el onírico, y a invocar a las fuerzas de la naturaleza

## El Alma Demoníaca

para confeccionar conjuros, Malfurion y los demás paladines habrían logrado sobrevivir.

Pero ¿por qué Cenarius y las demás deidades de la floresta no habían apoyado con sus prodigiosos poderosos a los desesperados paladines?

— ¡Ja! Ya sabía yo que estarías aquí.

Esa voz un tan similar a la suya le reveló al instante a Malfurion quien era ese recién llegado. Tras cejar en su empeño de hallar el equilibrio mental, se puso en pie y saludó solemnemente a otro elfo de la noche.

— ¿Illidan? ¿Por qué me has buscado?

— ¿Por qué no iba a hacerlo?

Como siempre, su gemelo llevaba su pelo azul medianoche recogido en una coleta. Iba vestido de un modo que hasta entonces no había sido habitual en él; con pantalones de cuero y una chaqueta abierta, ambas de un color negro idéntico al de sus altas botas acampanadas. Atada a la chaqueta, a la altura del corazón, llevaba una bolsita, sobre la que se había bordado la cabeza de un pájaro ébano rodeada por un anillo carmesí.

Esos ropajes eran nuevos y parecían ser un uniforme. El dibujo de la bolsa era el emblema de la casa de Lord Kur'talos Cresta Cuervo, el nuevo patrón de Illidan.

— Lord Cresta Cuervo va a hacer un anuncio en cuanto llegue la hora del crepúsculo, hermano. He tenido que levantarme

temprano para poder dar contigo y llevarte hasta ahí a tiempo para escucharlo.

Al igual que la mayoría de los elfos de la noche, Illidan todavía seguía acostumbrado a dormir durante gran parte del día. Malfurión por otro lado, había aprendido a hacer justo lo contrario para poder extraer poder de un modo mejor de las fuerzas latentes que imbuían la naturaleza por entero. Si bien era cierto que también podía haber estudiado druidismo por las noches, también lo era que a plena luz del día era el momento en que el vínculo de su pueblo con el Pozo de la Eternidad se tornaba más débil. De esta manera, tenía menos posibilidades de sucumbir a la tentación de recurrir a la hechicería cuando intentaba lanzar un conjuro por primera vez, algo que había sido especialmente necesario a lo largo de los primeros días en que Malfurion había estudiado el camino del druida. Ahora se sentía más a gusto de día que de noche.

— De todas formas, estaba a punto de volver, replicó Malfurion, a la vez que se encaminaba hacia su gemelo.

— Si no hubieras estado aquí, habrías dado muy mala imagen. A Lord Cresta Cuervo no le gusta el desorden ni los retrasos de ningún tipo; sobre todo por parte de aquellos que son vitales para sus planes. Y eso lo sabes perfectamente Malfurion.

Aunque los caminos que habían seguido en el estudio de la magia habían divergido hasta seguir direcciones opuestas, ambos hermanos eran expertos en el campo de la magia en la que se habían especializado. El señor del Bastión del Cuervo Negro, tras haber sido salvado de un demonio por Illidan, lo había nombrado su hechicero personal; un rango que



## El Alma Demoníaca

normalmente se concedía a un miembro veterano de la Guardia Lunar, los magos maestros de los elfos de la noche, Illidan también había jugado un papel clave a la hora de aplastar el avance de los demonios por el oeste; asimismo, había tomado el control de la Guardia Lunar después de la muerte de su líder y había guiado sus poderes de una manera muy eficaz en el combate contra los invasores.

— Tenía que dejar Suramar —protestó Malfurion. — Me sentía encerrado. No podía percibir el bosque.

— La mitad de los edificios de Suramar están hechos con árboles vivos, así que ¿qué más te daba?

¿Cómo podía explicarle a Illidan las sensaciones que asaltaban su mente cada vez más día tras día? Cuanto más dominaba Malfurion el arte de la magia, más sensible se volvía a cualquier elemento del mundo real. En el bosque, era capaz de sentir la tranquilidad general que emanaban los árboles, las piedras, los pájaros... todo.

En la ciudad, únicamente sentía las emanaciones raquílicas, casi rayanas en la demencia, que su propio pueblo había desatado. Los árboles que ahora eran casas, la tierra y la piedra cuya forma había sido modificada y tallada para convertir ese lugar en una zona habitable para los elfos de la noche..., ya no eran lo que habían sido en su estado natural, por lo cual sus pensamientos eran confusos y se habían encerrado en sí mismos. Ni siquiera se entendían ya a sí mismos, puesto que los constructores los habían alterado sobremanera.

Siempre que Malfurion paseaba por la ciudad. Percibía esa perturbación; no obstante, también sabía que su pueblo (y, de hecho, también los enanos y las demás razas) tenían derecho a fundar y desarrollar sus propias civilizaciones. No cometían ningún crimen al construir casas o al transformar la tierra para poder sacarle un provecho. Después de todo, los animales hacían lo mismo...

Sin embargo, esa sensación de desasosiego iba a peor.

— ¿Deberíamos regresar con nuestras monturas? —inquirió Malfurion, negándose así explícitamente a responder la pregunta de su hermano.

Illidan esbozó una sonrisilla de suficiencia y, a continuación, asintió. Los gemelos caminaron en paralelo por esa elevación boscosa.

Últimamente, muy a menudo, tenían muy poco que decirse, salvo cuando se trataba de cuestiones relativas a los combates. Si bien antaño habían actuado como si fueran un solo ser, ahora tenían muy poco en común, incluso ahora tenían más afinidad con cualquier extraño.

— El dragón pretende dejarnos, probablemente para cuando el sol se ponga —comentó Illidan de manera abrupta.

Era la primera noticia que Malfurion tenía al respecto. Se detuvo y contempló boquiabierto a su hermano.

— ¿Cuándo ha dicho eso?

## El Alma Demoníaca

Entre los pocos aliados poderosos con los que contaban los elfos de la noche, se encontraba el colosal dragón rojo llamado Korialstrasz. El joven pero poderoso leviatán, del que se decía que era compañero de Alexstrasza, la Reina de los Dragones, se había presentado ante ellos con un misterioso viajero; el mago de pelo plateado conocido como Krasus. De alguna manera, Korialstrasz y Krasus están unidos de un modo muy profundo, pero Malfurion todavía no había descubierto cómo. Solo sabía que allá donde fuera esa figura pálida y flaca vestida de gris, el gigante alado lo seguía. Juntos habían demostrado ser una fuerza imparable capaz de lograr que los demonios huyeran presa del pánico y habían despejado el camino para que los paladines pudieran avanzar.

Sin embargo, cuando se encontraban separados, ambos parecían hallarse a las puertas de la muerte...

Malfurion había decidido no indagar en ninguna de sus cuestiones, en parte a que ambos habían optado por ayudar a los elfos de la noche, aunque también porque respetaba a los dos y le caían bien. Aunque ahora Korialstrasz pretendía marcharse, eso podría ser una terrible pérdida para los elfos de la noche.

— ¿El maestro Krasus partirá con él?

— No, se va a quedar con el maestro Rhonin.

Illidan pronunció ese nombre con el mismo respeto que su hermano había pronunciado el de Krasus. Rhonin, el mago de pelo rojo como el fuego, había venido con el mago de más edad

desde las mismas tierras ignotas; un lugar sobre el que a veces hablaban brevemente cuando relataban ciertos hechos relacionados con sus propias experiencias con la Legión Ardiente. Al igual que Krasus, Rhonin era un mago con grandes conocimientos, aunque de aspecto mucho más joven. El taumaturgo barbudo vestía una adusta ropa de viaje de color azul casi tan conservadora como la de Malfurion, pero eso no era lo único que lo hacía destacar entre los que lo rodeaban. Si bien Krasus podía ser confundido con un elfo de la noche (aunque fuera uno muy pálido y de aspecto enfermizo), Rhonin, que era tan pálido como el, pertenecía a una raza que nadie conocía. Afirmaba ser un humano, pero algunos miembros de la Guardia Lunar habían divulgado que, según sus conocimientos, era algún tipo de enano que había crecido hasta ser mucho más alto que sus congéneres.

Fueran cuales fuesen sus raíces, Rhonin se había convertido en una pieza tan clave como Krasus y el dragón. Utilizaba la magia del Pozo con tal intensidad y habilidad que incluso superaba a la Guardia Lunar. Y lo que era aún más importante, había acogido a Illidan bajo su protección y le había enseñado mucho. Illidan creía que eso era debido a que Rhonin había visto que atesoraba un gran potencial, pero Malfurion comprendía que el extraño de la capa también lo había hecho para refrenar la impetuosidad de su gemelo. Si se le dejaba campar a sus anchas, Illidan tenía cierta tendencia a poner en peligro no solo su propia vida, sino también la de sus camaradas.

— No es una buena noticia, Illidan.

— No, no lo es obviamente, —replicó su gemelo de ojos ambarinos, — Pero ya nos las ingeniaremos. Alzó una mano

## El Alma Demoníaca

para que Malfurion pudiera ver una aura roja la envolvía. — Contamos con nuestros propios poderes. Illidan hizo desaparecer el aura.

Aunque dé la impresión de que te muestras un tanto reticente a aprovechar al máximo lo Cenarius te enseñó.

Con aprovechar al máximo, el hermano de Malfurion se refería a lanzar hechizos que desataban el caos no solo entre el enemigo, sino en el paisaje y todo aquello que se hallara en medio. Illidan seguía sin entender que el camino del druida requería colaborar con el sereno equilibrio de la naturaleza y que no consistía en alterarlo.

— Haré lo que pueda de la manera que debo hacerlo. Si tú...

No obstante, Malfurion no pudo explayarse más, puesto que en ese momento, una figura que parecía salida de una pesadilla descendió de un salto de un árbol y se plantó delante de ellos.

El guardia vil abrió sus espantosas fauces y les rugió a ambos. La armadura flamígera que portaba no provocó que Malfurion sintiera calor, sino que más bien hizo que el elfo de la noche sintiera un frío que le heló el alma. Con la espada en ristre, el demonio cornudo arremetió contra el adversario más cercano, contra Illidan.

— ¡No! —exclamó Malfurion apartando a su hermano a un lado, al mismo tiempo que invocaba al bosque y el cielo para que acudieran en su ayuda.

Un viento repentino e intenso azotó al demonio, que voló como una hoja varios metros hacia atrás. Impactó contra un árbol cuyo tronco se resquebrajó, y cayó al suelo.

Como si se tratara de los tentáculos de un calamar gigante, las raíces de todos los árboles de los alrededores se retorcieron y dirigieron hacia el atacante aturdido. El demonio intentó incorporarse, pero de repente tenía los brazos, las piernas, el torso y la cabeza clavados al suelo. Aunque se revolvió, lo único que logró fue que se le cayera el arma.

En cuanto lograron reducir a su presa, las raíces volvieron a hundirse inmediatamente en la tierra, *atravesando* en el proceso al demonio.

Un grito ahogado sibilante fue lo único que brotó de los labios del monstruoso asesino antes de que las raíces lo decapitaran. Un icor verde manó de esas espantosas heridas. Como si se trataba de un rompecabezas que alguien acabara de lanzar al suelo, las diversas partes del demonio cayeron rodando hacia los que habían sido sus objetivos.

No obstante, mientras Malfurion se ocupaba del primero, dos guardias viles más descendieron de un salto de los árboles. Illidan lanzó una maldición, se incorporó de rodillas y señaló al más cercano.

Un demonio que se estaba abalanzando sobre él giró abruptamente con su maza y sacudió a su camarada, aplastando así el cráneo de su desprevenida víctima con un golpe terrible.



## El Alma Demoníaca

De improviso, Malfurion intuyó un grave peligro. Se le erizaron los pelos del cogote y miró hacia atrás.

Una bestia cuadrúpeda descomunal se abalanzó sobre él. Un par de tentáculos que se retorcían en el aire y provistos de unas ventosas repletas de dientes en sus extremos se le clavaron en el pecho. Una hilera tras otra de colmillos amarillentos ocupó todo su campo de visión. Un hedor similar al de la carne putrefacta le invadió las fosas nasales.

Se hallaba en un apuro espantoso, pero entonces oyó a Illidan gritar; sin embargo, su grito se vio interrumpido por algo que se asemejaba vagamente al aullido de un can.

Los habían engañado, habían hecho que se centraran en el ataque frontal para que un adversario aún peor pudiera atacarles por detrás y los sorprendiera con la guardia baja. Las bestias habían estado preparadas para echarse encima de ellos en cuanto se presentara la oportunidad. Malfurion chilló mientras esas ventosas vampíricas absorbían literalmente la magia que albergaba su organismo del mismo modo que esos dientes en breve iban a rasgarle la carne. Para cualquier taumaturgo, las bestias viles eran un enemigo especialmente insidioso, ya que cazaban a aquellos que poseían el don de la magia, a los que arrebataban todas sus energías hasta que no quedaba nada más que un cascarón vacío. Y lo que era aún peor, si devoraban suficiente energía, esos canes demoníacos eran capaces de multiplicarse varias veces, reproduciéndose así como si fueran una epidemia maligna.

Pese a que intentó arrancarse esos tentáculos, se habían aferrado a él con fuerza. El elfo de la noche notó que sus fuerzas menguaban...

...Y entonces, lo único que oyó fue un ruido que recordaba al chapoteo de la lluvia.

La bestia vil se estremeció. Los tentáculos soltaron a su presa y se agitaron en el aire hasta que, con un leve gemido, el demonio cayó a un lado y estuvo a punto de desplomarse sobre el brazo de Malfurion.

El elfo de la noche parpadeó en un intento de contener las lágrimas y descubrió que más de una decena de flechas afiladas sobresalían de la gruesa piel de la bestia vil. Cada una de ellas había sido lanzada con suma destreza para alcanzar las zonas más vulnerables. El demonio había muerto incluso antes de iniciar la caída al suelo.

De más arriba, del bosque, surgieron más de cuarenta jinetes ataviados con armaduras de color verde grisáceo, que iban montados sobre unas panteras negras con dientes de sable a las que llamaban sables de la noche. Estos felinos colosales corrían entre los árboles con una agilidad y velocidad que prácticamente ninguna otra criatura podía igualar.

— ¡Desplieguense! —gritó un joven oficial cuya voz le resultaba familiar a Malfurion. — ¡Cerciórense de que no haya más!

Los soldados reaccionaron con rapidez, pero también con cautela. Malfurion agradeció ese detalle, puesto que era

consciente de que al ser de día, no estaban en su mejor momento. Aun así, el druida no podía negar que poseían unas destrezas admirables; además, le habían salvado la vida.

El oficial se acercó cabalgando hasta Malfurion y tirando de las riendas del felino hizo que este se detuviera, a pesar de sus bufidos. Aunque a los sables de la noche tampoco les gustaba la luz, poco a poco, iban a acostumbrándose a tolerarla.

— ¿En esto va a consistir mi destino?, preguntó aquel elfo de la noche de facciones un tanto redonda el cual parecía estar escrutando a Malfurion con sumo detenimiento, aunque este último sabía que eso se debía en parte, simplemente, a que ese oficial de mirada plateada tenía los ojos rasgados. — ¿En intentar evitar que acaben siendo masacrados? —Debería haberle implorado a mi señor que me permitiera seguir ocupando mi puesto en el Cuerpo de Centinelas de Suramar.

— Entonces, este combate habría tenido un resultado muy distinto, capitán Cantosombrío, replicó Malfurion.

— No..., eso nunca habría ocurrido, ¡puesto que Lord Cresta Cuervo jamás me habría dejado volver al Cuerpo de Centinelas de Suramar! ¡Por lo visto cree que la misma Madre Luna me eligió para guardarles las espaldas a sus sirvientes más especiales! — Tú volviste a Suramar acompañado por mí, una sacerdotisa novicia de Elune, un mago misterioso... y un dragón, capitán. Me temo que, debido a eso, te hemos dejado marcado ante los ojos de Lord Cresta Cuervo y los demás comandantes, pues nunca volverán a considerarte un mero oficial de los centinelas.

Cantosombrío esbozó un gesto de contrariedad.

— No soy ningún héroe, maestro Malfurion. Tú y los demás son capaces de matar demonios con solo agitar una mano en el aire. Yo me limito a intentar que sigan manteniendo la cabeza sobre los hombros para que puedan seguir haciéndolo.

Jarod Cantosombrío había tenido la desgracia de capturar a Krasus cuando éste había intentado entrar en Suramar. El mago había utilizado al capitán para obtener ayuda, lo que había tenido como consecuencia que Malfurion y los demás, incluido Korialstrasz, estuvieran juntos por fin. Desafortunadamente para el bueno del oficial, su voluntad de cumplir siempre con su deber lo había llevado a acompañar al prisionero durante todo aquel incidente, eso, sobre todo, era lo que había tenido en cuenta lord Cresta Cuervo cuando había decidido que sus taumaturgos necesitaban a alguien velara por ellos. De ese modo, Jarod Cantosombrío se había visto obligado a presentarse “voluntario” para comandar un contingente de soldados curtidos, la mayoría de los cuales tenían mucha más experiencia militar que él mismo.

— No era necesario que lanzaras esa carga, le espetó Illidan mientras se acercaba a su hermano. — Tenía la situación bajo control.

— Seguía mis órdenes, maestro Illidan. De hecho ustedes se habían ido por su cuenta, contraviniendo las instrucciones de nuestro señor. Por suerte los vi marcharse. Cantosombrío posó la mirada de nuevo sobre Malfurion. — Y en cuanto descubrí cuanto tiempo llevaban desaparecidos...

## El Alma Demoníaca

— Humff... —fue lo único que acertó a responder Illidan.

A los gemelos les importaba un bledo que Lord Cresta Cuervo hubiera exigido que los vigilaran constantemente, y esa era una de las pocas cosas en la que ambos habían estado de acuerdo a lo largo de los últimos días. Esa decisión lo único que había logrado era que ansiaran aún más escaparse. En el caso de Malfurion, eso era consecuencia de la propia índole de su vocación; en el caso de Illidan, eso se debía a que no tenía paciencia para soportar todas esas infinitas reuniones. A Illidan los planes de batalla no le importaban lo más mínimo; solo quería ir a destruir demonios.

Solo que esta vez... los demonios habían estado a punto de acabar con él. Ni Malfurion ni él habían percibido que se hallaban cerca, lo cual era algo nuevo y aterrador. La Legión Ardiente había aprendido a camuflar de un modo mejor a sus asesinos. Incluso el bosque había ignorado la presencia de esos seres corruptos que pululaban por él. Eso no presagiaba nada bueno para las futuras batallas.

Uno de los soldados se acercó a lomos de su felino hasta Cantosombrío. Tras saludarlo, le dijo:

— El área está despejada, capitán. No hay ni rastro de más...

Un grito estremecedor retumbó por todo el bosque.

Malfurion e Illidan se giraron y corrieron hacia el lugar del que procedía. Jarod Cantosombrío abrió la boca para ordenarles

que volvieran, pero al instante la cerró y espoleó a su montura a seguirlos.

No podían ir muy lejos. A poca distancia, un poco más dentro del bosque, el grupo ahí congregado se detuvo ante una escena dantesca. Uno de los sables de la noche yacía en el suelo, con el torso desgarrado y las entrañas desparramadas. Los ojos vidriosos del enorme felino se hallaban clavados en el cielo sin ser capaces de ver ya nada. El animal había muerto no más de un par minutos antes, o tal vez incluso menos.

Sin embargo, no había sido esa bestia la que había proferido ese chillido capaz de helar la sangre. No, había sido el soldado que ahora se encontraba clavado con su propia espada a un robusto roble. Las piernas del elfo de la noche pendían en el aire a varios centímetros del suelo. Al igual que el felino, le habían desgarrado el pecho de un modo metódico, a pesar de que vestía una armadura. Bajo sus pies yacían gran parte de las vísceras que le habían caído. Tenía la boca abierta y sus ojos eran iguales totalmente a los orbes con la mirada vacía de la pantera.

Un ansioso Illidan escrutó los alrededores, pero Malfurion agarró con una robusta mano a su hermano del hombro y negó con la cabeza.

— Hagamos lo que ha dicho el capitán. Volvamos. Ya.

— Bajen ese cuerpo de ahí. —ordenó Cantosombrío, cuyo rostro había perdido su pigmentación violácea en parte. Acto

## El Alma Demoníaca

seguida señaló a los gemelos. — ¡Quiero que los rodee un grupo de escota de inmediato! Después, el capitán se inclinó hacia ambos y añadió con cierta impaciencia. — Si no les *importa*, por supuesto.

Malfurion evitó que su hermano replicara. Los dos ascendieron por la pendiente obedientemente en dirección a sus monturas, gran parte del grupo de escolta los rodeaba constantemente como una manada de lobos rodearía a una presa. A Malfurion le resultaba irónico que, a pesar de que él y su hermano poseían más poder que todos esos soldados juntos, con casi toda seguridad habrían muerto si Jarod Cantosombrío no hubiera intervenido.

*Todavía tenemos mucho que aprender*, pensó el joven druida mientras se acercaba a su sable de la noche. *Todavía* tengo mucho que aprender.

No obstante, daba la impresión de que los demonios no iban a permitir a nadie contar con ese tiempo tan valioso que se necesitaba para aprender.

\*\*\*\*\*

Krasus había vivido más que cualquiera que le rodeaban. Su silueta larguirucha y su pelo plateado dejaban entrever la sabiduría que había ido acumulando con el paso del tiempo, pero únicamente si se le miraba detenidamente a los ojos uno era capaz de atisbar lo realmente profundos que eran los conocimientos del mago y lo hondo que era su experiencia.



Los elfos de la noche pensaban que aquel ser pertenecía a otra rama de su propia raza, una especie de albino o mutante. Se parecía a ellos bastante, a pesar de que sus ojos se asemejaban más a los de un enano, puesto que tenía pupilas. Sus anfitriones aceptaban sus “deformidades” como una prueba que indicaba que poseía un gran dominio de la magia. Krasus utilizaba las artes arcanas mucho mejor que todos miembros juntos de la aclamada Guardia Lunar, y había una buena razón para ello.

No era un elfo de la noche, ni siquiera era un mero elfo... Krasus era un dragón.

Y no un dragón cualquiera, sino una versión de más edad del mismo leviatán con el que compartía gran parte de su tiempo, de Korialstrasz.

El mago encapuchado no había venido con el pelirrojo Rhonin de una tierra lejana, como le había explicado a otros, sino que, de hecho, tanto él como el mago humano venían de un futuro muy, muy lejano, de una época posterior a la segunda y decisiva batalla contra la Legión Ardiente. Sin embargo, no habían viajado en el tiempo por voluntad propia. Los dos habían estado investigando una curiosa y perturbadora anomalía en las montañas, cuando esta los había engullido y los había arrojado a través del tiempo y el espacio hacia la Kalimdor del pasado.

Aunque tampoco eran los únicos. Un orco (el veterano guerrero Broxigar) también había sido engullido por la misma anomalía. El pueblo de Brox también había luchado contra los demonios

## El Alma Demoníaca

en esa segunda ocasión y su Jefe de Guerra lo había enviado con otro de los suyos a investigar algo que había visto un chamán en una inquieta pesadilla. Como el compañero de Brox había acabado destrozado al verse atrapado en el borde de la anomalía, el viejo orco quedó abandonado a su suerte cuando llegó al pasado.

Poco a poco, las circunstancias habían hecho que el dragón y el humano (quienes anteriormente habían sido enemigos) acabaran juntos. No obstante, las circunstancias no les habían proporcionado una manera de regresar al futuro, y eso era lo que más preocupaba a Krasus por encima de todo lo demás.

— Vuelves a estar meditabundo. —dijo el dragón con una voz potente.

— Simplemente, estoy preocupado por tu inminente partida .

—contestó Krasus a su yo joven.

El dragón rojo asintió con su descomunal cabeza. Ambos se encontraban en las amplias y sólidas almenas de Bastión del Cuervo Negro, la imponente ciudadela desde la que Lord Cresta Cuervo comandaba a sus fuerzas. Al contrario que los hogares extravagantes y alegres de sus contemporáneos, la residencia de Cresta Cuervo tenía aire muy marcial. El Bastión del Cuervo Negro había sido tallado en una gruesa roca de ébano, lo que dotaba a esa estructura de una solidez sin parangón. Todas las cámaras tanto exteriores como subterráneas habían sido excavadas en la piedra. Para muchos, Cuervo Negro era una fortaleza inexpugnable.

Para Krasus, que conocía la monstruosa furia de la Legión Ardiente, no era más que otro castillo de naipes.

— No deseo partir —afirmó el dragón rojo, — Pero solo capto silencio entre los nuestros. Ni siquiera percibo a mi amada Alexstrasza. Tú más que nadie deberías entender que necesito descubrir la verdad.

Si bien Korialstrasz sabía que su compañero era un dragón como él, aún no había averiguado que era su yo futuro. Únicamente su reina y compañera, la Madre de la Vida, sabía la verdad y no se la había contado a su nuevo consorte, con lo cual le había hecho un favor a él.... o más bien, a su yo *de mayor edad*.

Krasus también era capaz de sentir ese vacío, por lo cual aceptaba que su yo joven tuviera que marcharse volando para descubrir la causa que lo había provocado, aunque eso significara que ambos corrieran un gran riesgo. Juntos eran un arma muy poderosa, a la que Lord Cresta Cuervo tenía en gran estima. Mientras Korialstrasz lanzaba llamaradas sobre los demonios, Krasus podía expandir esas llamas hasta transformarlas en una auténtica lluvia de fuego, pudiendo así matar a un centenar o más de enemigos con una sola exhalación de aliento ígneo. Pero cuando estaban separados, se sentían débiles y enfermos de tal modo que ambos acababan prácticamente desprovisto de todo poder y se sentían impotentes.

Los últimos vestigios de luz desaparecieron en el horizonte. Para entonces, la zona que rodeaba el edificio era un hervidero

## El Alma Demoníaca

de actividad. Los elfos de la noche no se atrevían a caer en la complacencia en ningún momento, ya fuera de día o de noche. Demasiados habían perecido en un primer momento por haberse dejado llevar por sus hábitos. Aun así, la oscuridad siempre era bienvenida, ya que, si bien seguían unidos al Pozo de la Eternidad, los elfos de la noche también se veían reforzados por las energías de la luna y las estrellas.

— He estado pensando —dijo Krasus, al mismo tiempo que el viento acariciaba sus estrechas facciones. Por mor de su inmenso tamaño, Korialstrasz no podía entrar en el Bastión del Cuervo Negro. Sin embargo, como esa estructura de piedra era muy sólida, podía permanecer posado encima de ella. Por eso mismo, Krasus también había optado por dormir ahí, con una fina manta como único elemento que le proporcionaba cierto confort. Asimismo, comía cuando era debido y se pasaba casi todo el tiempo que estaba despierto en las almenas, únicamente descendía cuando así lo dictaba el deber. Para otras cuestiones, recurría a Rhonin, el único ahí, aparte de él, que realmente comprendía su situación. — Tal vez haya una manera de que podamos viajar juntos —prosiguió..., — Por así decirlo.

— Me muero de ganas de oír tu propuesta.

— Tienes, al menos, una escama suelta, ¿verdad?

El dragón extendió las alas y se sacudió como un perro enorme. Sus escamas repiquetearon de manera cadenciosa. El gigante frunció su gran ceño en cuanto se detuvo y, acto seguido, se detuvo a escuchar. Entonces, giró ese cuello serpentino para examinar una zona situada cerca de su pata trasera derecha.

— Aquí tengo una, o eso creo.

Normalmente, los dragones perdían escamas del mismo modo que otras criaturas perdían pelo. Las áreas expuestas solían encallarse y, al final, solían transformarse en nuevas escamas. A veces cuando más de una se desprendía, el dragón debía tener cuidado, ya que la carne blanda era, durante un tiempo, vulnerable a las armas y el veneno.

— Me gustaría quedármela..., con tu permiso.

Korialstrasz tal vez no hubiera accedido si se hubiera tratado de cualquier otro ser, pero había llegado a confiar en Krasus tanto como en sí mismo. Algún día, Krasus esperaba contarle la verdad, siempre que lograran sobrevivir hasta que llegara ese momento.

— Es tuya. —replicó el gigante carmesí sin ningún reparo. Con una pata trasera Korialstrasz rascó en ese sitio. Momentos después la escama suelta cayó al suelo.

Krasus la cogió rápidamente, la escrutó y decidió que serviría a su propósito. Alzó la mirada hacia su compañero.

— Y ahora, debo darte algo a cambio.

— Oh, eso no es necesario...

Pero el mago dragón sabía que eso no era así; le inquietaba que pudiera pasarle algo a su yo joven por culpa de Krasus y su injerencia en los acontecimientos del pasado.

— *Sí lo es.*

Apartó a un lado esa escama tan grande como una cabeza, clavó la mirada en su propia mano izquierda y se concentró.

Esos dedos finos y elegantes se arrugaron de repente, se transformaron en algo más propio de un reptil. Su piel se cubrió de escamas; primero en la punta de los dedos, luego se extendieron velozmente por toda la mano hasta la muñeca. Unas garras afiladas y curvas brotaron allá donde un instante antes solo había habido unas uñas planas...

Mientras esa transformación tenía lugar, Krasus sintió una tremenda agonía. Se retorció de dolor y estuvo a punto de desmoronarse. De manera instintiva, Korialstrasz hizo ademán de agarrar a esa diminuta figura, pero el mago le indicó con la mano que se apartara.

— ¡Sobreviviré!

Jadeando y todavía retorciéndose de dolor, Krasus se agarró la mano que había alterado e intentó arrancarse algunas de esas diminutas escamas, las cuales se le resistieron. Al final, apretó los dientes y tiró de un par de ellas lo más fuerte posible.

Las dos se desgarraron, dejando un rastro de sangre en el dorso de ese monstruoso apéndice. La demacrada figura tragó saliva con dificultad y, de inmediato, dejó que la mano revirtiera a su forma original, en cuanto eso sucedió, el dolor menguó.

Krasus ignoró esa herida que se había infligido a sí mismo y examinó con detenimiento ambos premios. Con una vista más aguda que la de cualquier elfo de la noche, buscó la menor de las imperfecciones.

— Ya sabes que lo que nos aflige a ambos no te permite adoptar tu forma natural al igual que a mí no me permite transformarme en nada que no sea un dragón —le reprendió Korialstrasz, — Corres un terrible riesgo cuando intentas llevar a cabo algo así.

— Era necesario —replicó Krasus, dando la vuelta a esos fragmentos, a la vez que fruncía el ceño. — Esta está agrietada —masculló, mientras dejaba que la escama en cuestión fuese arrastrada por el viento, pero la otra está perfecta.

— ¿Qué pretendes hacer con ella?

— Debes confiar en mí.

El dragón parpadeó.

— ¿Alguna vez no lo he hecho?

Con la diminuta escama en la mano, el mago se acercó a esa parte del cuerpo de Korialstrasz de la que este se había arrancado la suya. Esa zona seguía enrojecida y blanda; además, era lo bastante grande como para que cualquier buen arquero pudiera acertar en ella.

Al mismo tiempo que susurraba unas palabras más antigua que los dragones, Krasus colocó esa escama sobre el centro de esa zona herida y apretó.

## El Alma Demoníaca

La escama centelleó con una luz amarilla muy brillante justo en cuanto tocó la carne. Korialstrasz profirió un grito ahogado, pero esa fue su única reacción. El dragón se limitó a observar con determinación lo que estaba haciendo su compañero.

Krasus recitó esas palabras antiguas una y otra vez a modo de cántico; a cada repetición, aumentaba la velocidad a la que las pronunciaba. La escama palpitó y con cada palpitación parecía hacerse más y más grande. En solo unos segundos, era prácticamente igual que las que la rodeaban.

— Se adherirá a tu carne en cuestión de segundos. —le informó Krasus al leviatán. — Será imposible que se desprenda.

Un momento después, retrocedió y examinó el fruto de sus esfuerzos. El dragón volvió la cabeza para hacer lo mismo.

— No siento nada raro. —comentó el leviatán.

— Espero que no sea lo único que sientas. Ahora yo porto una parte de ti conmigo y tú, a tu vez, portas una parte de mí contigo. Rezo para que las magias sinérgicas que conforman este hechizo nos permitan hallarnos en un estado parecido, al menos en parte, al que nos encontramos cuando estamos uno en compañía del otro.

Korialstrasz desplegó las alas.

— Solo hay una manera de saberlo.

Krasus se mostró de acuerdo; si querían descubrir si el conjuro había funcionado o no, tendrían que alejarse el uno del otro.



— Entonces, me despido, mi buen Korialstrasz.

La enorme bestia agachó la cabeza.

— Lo mismo digo.

— Alexstrasza...

— Le hablaré sobre ti y lo que deseas, Krasus. — El dragón observó detenidamente a esa diminuta figura. — Albergo ciertas sospechas sobre de qué manera estamos relacionados, pero respeto que no debas revelarme ciertos secretos. Aunque hay una cosa que he sabido enseguida; que la amas tanto como yo a ella. *Exactamente* igual que yo.

Krasus no dijo nada.

— En cuanto pueda, te informare como se encuentra. —el dragón se aproximó al borde de las almenas y alzo la vista hacia el cielo. — Hasta que volvamos a vernos sangre de mi sangre...

Tras esas palabras, el titán carmesí dio un salto y se elevó en el aire.

*Sangre de mi sangre...* Krasus adoptó un gesto ceñudo al reflexionar sobre las palabras que había escogido Korialstrasz. Para los dragones esa expresión quería decir que tenían un vínculo muy estrecho; no se refería a que fueran camaradas o pertenecían a un mismo clan, sino a que tenían una relación aún más estrecha, como si fueran hermanos y hubieran pertenecido a la misma nidada o fueran padre e hijo...

## El Alma Demoníaca

O... fueran el mismo ser en dos cuerpos distintos...

Krasus se conocía a sí mismo mejor que nadie. No tenía ninguna duda de que su yo joven era inteligente. Si bien Korialstrasz intuía la verdad, el mago no tenía ni idea de lo que eso podría suponer para ambos.

Súbitamente, lo dominó una sensación de debilidad. A pesar de que los ojos enseguida se le llenaron de lágrimas, Krasus intentó agarrar la escama de Korialstrasz. En cuanto la cogió, el dolor y el agotamiento lo abandonaron en parte. Sin embargo, no le bastaba con tocarla, sino que tenía que mantenerla cerca de él para que lo vigorizara lo máximo posible.

El mago dragón mostró su pecho desnudo al frío viento nocturno y se colocó la enorme escama sobre la piel. Una vez más, masculló esas palabras antiguas, invocando así ciertas fuerzas que ningún elfo de la noche podría comprender, ni mucho menos emplear.

La misma aura dorada brilló alrededor de la escama. Krasus tembló y tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener el equilibrio.

Tan rápido como había aparecido, el aura se desvaneció. Se miró el pecho con detenimiento, en cuyo centro se hallaba ahora el regalo de despedida que le había dado su yo más joven.

Una leve sensación de agotamiento seguía dominándolo, aunque tanto eso como el tenue dolor que también sentía no suponían un sufrimiento insoportable para Krasus. Ahora, al menos, podría caminar entre los demás sin ser objeto de su piedad. Ahora podría luchar junto a ellos contra esos demonios. El mago se preguntó, por qué no se le había ocurrido esa solución antes; entonces, se acordó de que si lo había hecho, pero solo se había tomado la molestia de llevar esa idea a la práctica cuando Korialstrasz había expresado su intención de partir en busca de los demás dragones.

*Según parece, resulta difícil despedirse de uno mismo.* Oh, como se habría reído Rhonin ante esa muestra de arrogancia. La ironía de la situación provocó que hasta el mismo Krasus se riera entre dientes.

A Alexstrasza también le habría encantado esa broma, puesto que, en más de una ocasión, había sugerido que se entrometía constantemente en los asuntos de las razas inferiores por pura vanidad, pero este acto era la máxima expresión de todos...

Una repentina oleada de vértigo lo asaltó.

Hizo todo lo posible para evitar caerse de las almenas. El ataque concluyó rápidamente, pero las secuelas de este llevaron a que Krasus acabara apoyado en la muralla de piedra, jadeando con dificultad durante más de un minuto.

Cuando por fin pudo permanecer erguido el mago dragón clavó su mirada en algún lugar situado más allá del Bastión del Cuervo Negro, más allá de Suramar.

## El Alma Demoníaca

En la distante y siniestra Zin-Azshari.

Krasus tenía constantemente muchos encantamientos activos sin que nadie lo supiera; varios de ellos estaban diseñados para poder estar al tanto de que conjuros podían estar confeccionando otros hechiceros. Sin soberbia alguna, podía afirmar que él era el ser con mayor capacidad para percibir los cambios de intensidad en las fuerzas mágicas del mundo; no obstante, ni siquiera él había estado preparado para un cambio de tal magnitud.

*Lo han logrado...* susurró, con la mirada clavada en esa ciudad que ahora no podía ver. El portal se ha abierto de nuevo para que entre la Legión Ardiente.



## CAPÍTULO TRES

**E**l dolor que había sufrido al morir había sido insoportable. Había sido destruido en más de una decena de veces de maneras distintas simultáneamente, cada una de cuales le había hecho sentir tal suplicio que había abrazado el olvido como si se tratara de un amante al que llevara deseando mucho tiempo.

Sin embargo, la agonía de su muerte no fue nada en comparación con lo que vino a continuación.

Carecía de cuerpo, de sustancia, no tenía nada en absoluto. Incluso la palabra *espíritu* no era la adecuada para definir lo que quedaba de él. Sabía que seguía existiendo porque otro ser

## El Alma Demoníaca

lo toleraba y comprendía que la angustia que sentía constantemente era el castigo que le infligía ese otro. Había fallado a ese otro ser y el fracaso era el peor pecado posible.

Su prisión era un nada sin fin. No oía nada, no veía nada, no sentía nada salvo dolor. ¿Cuánto tiempo había transcurrido..., días, semanas, meses, años, siglos..., o solo unos pocos minutos horrendos? Si era eso último, la tortura que sufría era monstruosa, en efecto.

Entonces, sin previo aviso, el dolor cesó. Si hubiera poseído una boca, habría gritado de alivio, de júbilo. Nunca se había sentido tan agradecido.

Pero en ese instante, se preguntó si ese respiro únicamente presagiaba un nuevo horror aún más espantoso.

*— He decidido darte la oportunidad de redimirte...*

La voz de su dios le infundió una gran esperanza y, al mismo tiempo un terrible miedo. Quiso agacharse, postrarse, pero carecía de una forma que le permitiera hacer ambas cosas... o cualquier otra, de hecho.

*— He decidido que hay un lugar para ti. He examinado las tinieblas que anidan en tu interior y he hallado eso que en su momento tanto me agradó. Voy a convertirlo en la base de aquello en lo que te vas a convertir, y al hacerlo voy a transformarte en un siervo mucho mejor de lo que fuiste...*

Sintió una gratitud infinita por ese gran don que le iba a conceder, pero una vez más no pudo expresarla, pues no podía hacer nada.

*— Debes ser remodelado, pero de tal modo que los demás vean en ti mi gloria y mi castigo; de esta manera, te devuelvo aquello por lo que serás más conocido...*

Un chisporroteo de energía lo sacudió. Unas motitas de energía volaron de repente hacia dentro de esa tormenta de energía, juntándose y condensándose, dotándole así de sustancia otra vez. Cuando fue destruido, fue desintegrado en múltiples pedacitos, y su dios se había hecho con sus restos materiales, al igual que su alma, en el momento de la muerte,

Lenta y vagamente, un cuerpo fue cobrando forma a su alrededor. No se podía mover, no podía respirar. La oscuridad lo envolvía y, entonces, se dió cuenta de lo que esas tinieblas significaban en realidad; que estaba recuperando la vista.

Como pro fin veía por primera vez desde que había fallecido, pudo fijarse en que poseía unos brozaos y piernas distintas a aquellas que había tenido con anterioridad. Las piernas se le doblaban hacia atrás a la altura de la rodilla, en los pies poseía unas pezuñas hendidas. Al igual que las piernas, tenía los brazos y manos cubiertas de un pelaje muy grueso; además sus dedos eran largos y estaban rematados por unas garras.

Notó que su rostro estaba siendo moldeado con una forma distinta y percibió que unos cuernos doblados le brotaban de la frente. Nada de su nuevo aspecto le recordaba lo más mínimo

## El Alma Demoníaca

a la forma que había tenido en su encarnación previa, por lo que se preguntó cómo iban a reconocerlo los demás

Entonces, titubeando, alzó una mano y se tocó los ojos..., y supo que serían el rasgo distintivo que señalaría quien era. Notó que las fuerzas innatas que se hallaban en su interior se volvían más y más poderosas, más y más definidas a cada segundo que pasaba. Ahora era capaz de distinguir las mismas hebras de la magia que lo estaba recreando y vio cómo la mano invisible de su dios estaba reestructurándole el cuerpo para convertirlo en un ser muy superior al que había sido antaño.

Observó cómo su dios proseguía con su labor, maravillándose y admirando la perfección de su obra. Observó cómo se transformaba en el primero de una nueva raza de sirvientes, una a la que incluso los demás que se hallaban al servicio del amo envidiarían.

Y observo con unos ojos artificiales de cristal negro en cuya parte central había unas vetas rubíes.

Ese sería el rasgo distintivo por el que aquellos que lo conocieron en el pasado recordarían su nombre... y conocerían un nuevo miedo.

\*\*\*\*\*

Lord Kur'talos Cresta Cuervo se hallaba de pie, delante de una alta silla de piedra en la cual se sentaba normalmente para atender a los comandantes ahí reunidos cuando celebraba una audiencia. Tenía una gran altura, lo que le hacía destacar



incluso entre esos elfos de la noche de dos metros, y poseía un semblante largo y estrecho semejante al del pájaro negro con el que compartía nombre, incluso su nariz ganchuda recordaba a un pico. Su barba de chivo y severa mirada le conferían el aspecto de un sabio poderoso. A pesar de que portaba la misma armadura verde grisácea de sus tropas, también dejaba bien claro su rango superior al vestir una capa ondulada dorada y un gran yelmo coronado por un penacho rojo, desde el cual la cabeza estilizada de un cuervo miraba hacia abajo.

Detrás de la silla pendían los estandartes gemelos de su dinastía, las banderas cuadradas de púrpura intenso en las que podía verse la silueta de ébano de esa ave en el medio. El estandarte de la dinastía Cresta Cuervo se había convertido de facto en el símbolo de los defensores de esas tierras, incluso ahora había algunos que se referían al noble utilizando términos que antaño únicamente estaban reservados para la reina.

Sin embargo, Lord Cresta Cuervo no se hallaba entre estos últimos y, mientras escuchaba a Malfurion, la ansiedad que lo dominada se incrementó, puesto que tenía muy claro cuál debería ser el objetivo del contraataque.

— ¡Está claro que el centro, el foco del contraataque *debe* ser Zin-Azshari!, recalcó el barbudo elfo de la noche. — ¡Ahí es donde surgieron esas abominaciones y ahí es donde debemos atacar!

Unos murmullos de aprobación se extendieron por los elfos de la noche reunidos ahí para escucharlo. Debían asaltar al

## El Alma Demoníaca

enemigo en el punto clave. Sin Zin-Azshari prestándoles apoyo, los demonios que ya se encontraban en aquel mundo seguramente caerían derrotados.

Cresta Cuervo se inclinó hacia quienes le escuchaban.

— ¡Pero no solo nos enfrentamos a monstruos del más allá! En Zin-Azshari, combatiremos a un enemigo muy traidor... ¡de nuestra propia raza!

— ¡Muerte a los Altonatos!, gritó alguien.

— ¡Sí! ¡Los Altonatos! ¡Han sido *ellos*, liderados por el concejero de la reina, Lord Xavius, quienes han provocado esta calamidad! ¡Son ellos quienes ahora deben enfrentarse a nuestras espadas y lanzas y pagar por sus crímenes!, El semblante del noble se tornó aún más torvo. — ¡Y son *ellos* quienes retienen prisionera a nuestra querida Azshara!

Unos ruidos de ira estallaron, y varios gritaron:

— ¡Bendita sea nuestra Azshara, la luz de las luces!

Alguien que se encontraba junto a Malfurion, masculló:

— ¡A estas alturas siguen tan ciegos como siempre!

Se volvió hacia Rhonin, el mago pelirrojo. Aunque era unos treinta centímetros más bajo que él, ese ser de aspecto extraño poseía una constitución más ancha que la suya y parecía ser un luchador tan avezado como un mago maestro. Rhonin era el único humano que se hallaba entre ellos (por lo que sabía Malfurion, era el único humano que existía en cualquier parte),

por lo cual con su mera existencia suscitaba comentarios. A pesar de que los elfos de la noche, que eran altaneros y estaban llenos de prejuicios cuando trataban con cualquier otra raza, lo trataban con deferencia porque poseía un gran poder, muy pocos lo habrían invitado a su casa.

Y menos probabilidades aún tendrían de recibir tal invitación la figura grotesca y brutal que se hallaba a su lado, que era casi tan alta como Malfurion pero con la constitución de un oso. Llevaba colgada a la espalda una enorme hacha de batalla de doble filo que parecía estar hecha de madera, aunque, de algún modo, relucía como el acero.

— Aquellos que no ven la verdad en la batalla marchan voluntariamente hacia la derrota. —gruñó el guerrero de piel verde provisto de colmillos, cuyas filosóficas palabras no se correspondían con su aspecto salvaje.

Broxigar (o Brox, como prefería que lo llamaran) negó con la cabeza al contemplar esa muestra de devoción inquebrantable a su reina por parte de los elfos de la noche. La sonrisilla cínica que Rhonin esbozó al oír las palabras del orco hizo que Malfurion se sintiera aún más incómodo ante la imagen que su pueblo proyectaba a todo aquel ajeno a él, pues eran capaces de ver con suma facilidad lo que pocos de su raza aparte de él eran capaces de ver; que Azshara *tenía* que estar al tanto de lo que había sucedido en el palacio.

— Si supieran lo importante que ha sido para nosotros murmuró el elfo de la noche, —entenderían por qué les resulta tan difícil aceptar que los ha traicionado.

— Da igual *lo que* ellos piensen —le interrumpió Illidan quién se hallaba delante de él. — Sea como fuere, atacarán Zin-Azshari y el resultado final será el mismo. Los demonios perecerán.

— ¿Y si Azshara se presenta ante ellos y les dice que les ha arrebatado el control de los demonios a los Altonatos y ahora todo el mundo está a salvo? —replicó Rhonin sin rodeos. — ¿Y si ordena a su gente que depongan las armas porque la batalla ha concluido? — ¿Y si luego la Legión Ardiente ataca a Cresta Cuervo y los demás mientras la reina se ríe de su necesidad?

Si bien Illidan se quedó sin palabras, Brox sí tenía algo que decir, agarró la empuñadura de su daga y masculló en voz muy baja:

— Sabemos que es una traidora. Lo sabemos. Nos aseguraremos de que la reina no nos la juegue...

El encapuchado Rhonin ladeó la cabeza para meditar sobre esa propuesta, mientras que Illidan mantenía un semblante imperturbable que no permitía saber cuál era su opinión sobre ese espantoso tema. Malfurion frunció el Ceño, pues se debatía entre los rescoldos de su devoción a Azshara y el hecho de que era consciente de que al final, alguien *tendría* que acabar con la reina si el mundo quería albergar la esperanza de sobrevivir a esa invasión monstruosa.

— Cuando llegue el momento, si es que llega, haremos lo que haya que hacer, replicó por fin.

— Pues ese momento se aproxima con rapidez.

Krasus se desplazó hasta la parte de atrás de la cámara para sumarse a ellos; su llegada hizo que todos se sumieran en el silencio. El mago pálido e enigmático se movía con más seguridad, parecía más saludable, a pesar de que, obviamente, el dragón del que parecía extraer sus fuerzas no podía estar esperándolo fuera, en el pasillo. Inmediatamente, Rhonin se acercó a él.

— Krasus, ¿cómo es esto posible?

— He hecho lo que tenía que hacer —respondió este, mientras se acariciaba distraídamente tres pequeñas cicatrices que jalonaban su rostro. — Les informo de que Korialstrasz ha partido.

Si bien esa noticia no era inesperada del todo, fue un duro mazazo. Sin el dragón, los ellos de la noche tendrían que depender aún más de su pequeño ejército.

Entretanto en el otro extremo de la habitación, lord Cresta Cuervo proseguía con su discurso.

— Una vez ahí, las fuerzas de apoyo, bajo el mando de Lord Desdel Ojo Estrella arremeterán desde el sur, así los aplastaremos por ambos flancos...

Cerca del estrado un elfo de la noche muy delgado (Quién portaba una capa donde se entremezclaban unas líneas verdes, naranjas y púrpuras e iba ataviado con una armadura idéntica a la de Cresta Cuervo) asentía ante el orador. El yelmo de Ojo

## El Alma Demoníaca

Estrella contaba con un largo y reluciente penacho confeccionado con pelaje de sable de la noche. El yelmo estaba ornamentado con una multitud de diminutas estrellas, que en realidad eran gemas incrustadas. En el centro de cada una de ellas se había insertado un orbe dorado; en general, era un conjunto demasiado llamativo para los foráneos, sin lugar a dudas, pero del gusto de los compatriotas de Ojo Estrella. El mismo elfo de la noche parecía estar constantemente apuntando con su larga nariz puntiaguda a todo aquel al que miraba; a cualquiera que no fuera su anfitrión, claro está. Desde Ojo Estrella sabía que era muy importante que se le relacionara con la dinastía Cresta Cuervo.

— Sí, debemos actuar con rapidez, de eso no hay duda — añadió Ojo Estrella de manera redundante. — Sí, hay que atacar al corazón de sus fuerzas. Los demonios se encogerán de miedo al ver nuestras espadas, se postrarán implorando clemencia, pero no seremos compasivos.

Metió una mano en una bolsa que llevaba atada al cinturón, de la que sacó un polvo blanco que inhaló.

— Que el cielo nos asista si ese fantoche acaba siendo alguna vez el líder de esta gente — murmuró Rhonin. — Su armadura reluce como si acabara de ser forjada. ¿Acaso ha luchado alguna vez en una guerra?

Malfurion esbozó un gesto de contrariedad.

— Muy pocos de los nuestros lo han hecho. La mayoría prefería delegar ese deber tan “desagradable” en lord Cresta Cuervo, la

Guardia Lunar o las fuerzas locales. Por desgracia, la estirpe es la que dicta quien debe ocupar un puesto de alto rango en momentos convulsos.

— Algo similar sucede con los humanos —comentó Krasus antes de que Rhonin pudiera responder.

— Atacaremos con rapidez el corazón de sus fuerzas —aseveró lord Cresta Cuervo.

— Y debemos hacerlo antes de que los Altonatos logren reabrir el camino para que lleguen más monstruos...

Para sorpresa de Malfurion y los demás, Krasus dio un paso al frente y atrevió a interrumpirle.

— Me temo que ya es demasiado tarde para eso, mi señor.

Varios elfos de la noche tomaron como una afrenta que uno que no era de los suyos se atreviera a interrumpir a su líder. Krasus los ignoró y se encaminó hacia el estrado. Malfurion se percató de que el mago todavía parecía hallarse un tanto agotado. Fuera de lo que fuese que lo que había hecho para no tener que depender del dragón no lo había curado del todo de esa misteriosa enfermedad que lo afligía

— ¿Cómo? ¿Qué quieres decir, mago?

Krasus se colocó delante de Cresta Cuervo.

— Quiero decir que el portal ya se ha abierto.

## El Alma Demoníaca

Esas palabras reverberaron por toda la asamblea. Varios elfos de la noche perdieron un par de tonalidades en su color púrpura. Malfurion no se lo podía echar en cara. No eran unas buenas noticias. También se preguntó cómo reaccionarían cuando descubrieran que ya no contaban con el apoyo del único dragón que los había estado ayudando.

Desdel Ojo Estrella bajó la mirada para observar al forastero.

— ¿Y eso *cómo* lo sabes?

— Percibo las emanaciones. Sé Interpretarlas. El portal está abierto.

El noble altivo aspiró aire; esa era su manera de expresar que no confiaba en la veracidad de una evidencia tan cuestionable. Lord Cresta Cuervo, por otro, aceptó la funesta afirmación de Krasus con pesadumbre y total confianza en su veracidad.

— ¿Cuándo hace de eso?

— Ha sucedido escasos minutos antes de que entrara aquí. Lo he verificado dos veces antes de atreverme a venir.

El dueño y señor del Bastión del Curvo Negro se reclinó en la silla, meditabundo

— ¡Son malas noticias, en efecto! Aún así, según dices, eso ha tenido lugar hace poco...

— Aún hay esperanza —contestó el mago, a la vez que asentía.

— Es muy débil. Puedo sentirlo. No serán capaces de traer a muchos a la vez. Y lo más importante de todo es que su amo



aún no podrá atravesarlo físicamente, ya que si intenta hacerlo, destruirá el portal.

— ¿Y qué más dará? Puede quedarse donde está y dirigirlos desde ahí. —inquirió Ojo Estrella aspirando otra vez.

La Legión Ardiente es ahora una mera sombra de lo que realmente es en toda su terrible tenebrosidad. Confíen en mí cuando digo de que, aunque todos los demonios que le sirven atravesaran el portal, aún habría esperanza; sin embargo, no la habría si, a pesar de destruirlos a todos, su amo entrara en nuestro mundo.

Esas palabras sumieron a aquella estancia en el silencio. Malfurion miró a Rhonin y Brox; por sus rostros, pudo corroborar que Krasus estaba diciendo la verdad.

— Eso no cambia nada. —aseveró Cresta Cuervo de un modo abrupto, quien volvió a mirar hacia los ahí congregados, con una gran determinación dibujada en su semblante. — ¡Zin-Azshari sigue siendo el punto neurálgico de todo, ahora más que nunca! ¡Tanto el portal como nuestra amada Azshara nos aguardan en ese lugar, así que es ahí donde debemos ir!

Los elfos de la noche recuperaron el ánimo casi de inmediato, puesto que confiaban ciegamente en el viejo comandante en todo lo relativo a cuestiones bélicas. Pocos elfos de la noche tenían la reputación que tenía lord Cresta Cuervo en ese sentido. Era capaz de reunir a la gente bajo su estandarte casi con la misma facilidad que lo haría la reina. — ¡Los guerreros están preparados para marchar! ¡Han estado esperando a que

tomáramos una decisión! ¡Les doy permiso a todos para partir después de esta reunión y preparar a todas y cada una de las fuerzas bajo su mando! ¡Al atardecer del día de mañana, avanzaremos hacia la capital! Cresta Cuervo alzó en alto su puño enfundado en cota de malla — ¡Por Azshara! ¡Por Azshara!

— ¡Por Azshara! —gritaron los demás elfos de la noche, incluido Illidan. Malfurion sabía que su hermano se sumaba a esos vítores porque era el hechicero del Bastión del Cuervo Negro.

No importaba lo que Illidan pensara o no sobre la reina Azshara, no iba a poner en peligro ese cargo que había obtenido hacia muy poco tiempo.

Los oficiales de los elfos de la noche prácticamente salieron en tropel de esa cámara, ansiosos por regresar con sus soldados. Mientras entraban en el pasillo como una avalancha, Malfurion caviló acerca de lo voluble que podía llegar a ser su pueblo. Un momento antes, se habían estado lamentando tras haber recibido la noticia de que el portal volvía a estar en pie; sin embargo, ahora, actuaban como si nunca hubieran recibido esa terrible nueva.

Aunque ellos la habían olvidado, Rhonin y Brox no. Ambos hicieron un gesto de negación con la cabeza y el mago pelirrojo masculló:

— Esto no presagia nada bueno. Su pueblo no es consciente de a qué se va a enfrentar.

— ¿Qué otra opción tienen?

— Deberías replantearte la posibilidad de enviar mensajeros como te sugerí. —insistió Krasus de repente.

El mago seguía aún delante de Lord Cresta Cuervo, quien ahora únicamente estaba acompañado por un par de adultos guardias y Desde el Ojo Estrella. Krasus tenía un pie sobre el estrado y su rostro se hallaba repleto de vitalidad como nunca antes lo había visto Malfurion

— ¿Enviar mensajeros? —replicó burlonamente Ojo Estrella. — ¡Debes de estar bromeando!

— Entiendo que la ansiedad te domine. —contestó el amo y señor del lugar.

— Pero no nos hallamos en una situación tan desesperada. ¡No temas maestro Krasus, *tomaremos* Zin-Azshari y destruiremos el portal! ¡Te lo prometo! —se ajustó el yelmo. — Bueno, creo que ambos tenemos planes que trazar antes de marchar ¿Verdad?

Seguido por Lord Ojo Estrella y los guardias, el noble abandonó la habitación como si ya se hubiera alzado victorioso. Illidan se unió a su señor antes de que el grupo desapareciera de la vista. Krasus observó con un semblante que no resultaba para nada agradable de contemplar, cómo Cresta Cuervo marchaba.

— ¿De qué intentabas convencerlo? —preguntó Rhonin. — ¿A quién crees que debería enviar unos mensajeros?

— He estado intentando convencerlo de que pida ayuda a los enanos y las demás razas, aunque, al parecer, ha sido en vano...

## El Alma Demoníaca

— ¿Pedir ayuda a las *demás* razas? —le espetó Malfurion. Si Krasus le hubiera preguntado de antemano cuáles eran las posibilidades de éxito de esa sugerencia, el joven elfo de la noche habría intentado disuadirlo al instante de que siquiera le insinuara algo así al amo y señor del Bastión del Cuervo Negro. Aunque Kalimdor se hallara asediado y hubieran muerto ya centenares o miles de elfos de la noche, ningún señor se habría rebajado a siquiera plantearse la posibilidad de contactar con forasteros. Para la mayoría de los elfos de la noche, los enanos y razas similares apenas estaban un poco por encima de las alimañas.

— Sí..., y por lo que deduzco gracias a tu semblante, volver a plantearle esa cuestión más adelante será igualmente fútil.

— Ya sabes lo difícil que fue convencer a orcos, elfos y humanos para que colaboraran en nuestra... en el lugar del que procedemos —señaló Rhonin. — Por no hablar de lo complicado que sería lograr que cada una de las facciones y cada uno de los reinos que integran cada una de esas razas confíen unos en otros.

Krasus asintió desalentado.

— Incluso mi propia raza tiene prejuicios...

Eso era lo más cerca que había estado jamás de saber lo que realmente era, pero Malfurion decidió no presionarle más. Pese a que sentía mucha curiosidad por saber cuál era la identidad de su aliado, eso no era nada importante comparado con el posible holocausto al que todos ellos se enfrentaban.

— No les has dicho que el dragón se ha marchado —le reprochó a Krasus.

Lord Cresta Cuervo lo sabe. Le informé de ello en cuanto Korialstrasz comunicó su decisión.

Rhonin adoptó un gesto ceñudo.

— No deberías haber dejado que Korialstrasz se fuera.

— Tanto a él como a mí nos preocupan los dragones. Y tú también deberías compartir esa preocupación.

Ambos magos se comunicaron sin mediar palabra y, al final, Rhonin asintió.

— ¿Y ahora qué hacemos? preguntó Brox. — ¿Lucharemos contra los elfos de la noche?

— No nos queda más remedio —contestó Rhonin antes de que Krasus pudiera responder. — Estamos atrapados aquí. Las cosas se han complicado demasiado como para que no desempeñemos un papel activo en todo esto. Clavó su mirada en los ojos del mago de más edad. — No podemos permanecer al margen.

— No, no podemos. Ese es un lujo que ya no podemos permitirnos. Además, no pienso esperar a que aparezcan unos asesinos a darme muerte, voy a defenderme.

Rhonin asintió.

— Entonces, está decidido.

## El Alma Demoníaca

Aunque Malfurion no entendió nada de lo que estaban diciendo, sí fue capaz de darse cuenta de que había sido testigo del final de lo que había sido una discusión larga y estresante. Evidentemente, a pesar de todo lo que había hecho a favor de los elfos de la noche, Krasus seguía teniendo ciertas dudas sobre si debía ayudarlos o no, lo cual resultaba irónico, tal y como lo veía el druida, después del gran esfuerzo que había hecho Krasus para convencer a lord Cresta Cuervo de que hablara con los enano y los tauren.

Entonces se dio cuenta de que todos habían decidido sumarse a la hueste que iba a marchar sobre Zin-Azshari. Una vez se habían disipado las últimas dudas, Malfurion consiente de qué debía hablar con otra persona antes de que partieran. No podía abandonar Suramar sin verla.

— Debo irme —les informó. — Hay... Hay algo que tengo que hacer.

Se le debieron ruborizar las mejillas, ya que Krasus asintió educadamente y apostilló;

— Por favor, dale recuerdos de mi parte.

— Por... Por supuesto.

Pero en cuanto pasó junto al viejo mago, Krasus lo agarró del antebrazo.

— No renuncies a tus emociones, joven. Forman parte de lo que eres, de tu destino. Vas a necesitarlas mucho en los días

que vendrán, sobre todo, ahora que no hay dudas de que él está aquí.

— ¿Quién? — Rhonin frunció el ceño. — ¿Quién? ¿Qué más no nos has contado?

Solo estoy empleando la lógica. Rhonin. Ya viste cómo esa bestia de Mannoroth guiaba a la Legión cuando esta arrasó la ciudad y empezó a expandirse a partir de ahí. Sabes qué, a pesar de él, fuimos capaces no solo de echar abajo el portal, sino de infligir un gran daño al ejército de los demonios.

— Sí, derrotamos a Mannoroth. Lo sé. También lo hicimos en el... en nuestro hogar.

Un velo parecía cubrir los ojos de Krasus, lo cual avivó las llamas de la ansiedad de Malfurion una vez más.

— Entonces, también deberías recordar lo que sucedió *después* de su derrota.

El elfo de la noche vio que Rhonin palidecía. Aunque Brox también parecía sentirse perturbado, su reacción fue más parecida a la de Malfurion. El orco comprendía que algo espantoso estaba a punto de ser revelado, pero no sabía qué.

— Archimonde.

El humano había susurrado ese nombre en una voz tan baja que casi daba la sensación de que le preocupara que aquel ser llamado así pudiera escucharlo a pesar de hallarse en el santuario de Cresta Cuervo.

## El Alma Demoníaca

— Archimonde —repitió Brox, quien ahora lo entendía todo. Agarró la empuñadura de su daga y miró adelante y atrás.

— ¿Quién...? ¿Quién es ese tal Archimonde? inquirió Malfurion. El mero hecho de pronunciar su nombre hacía que sintiera un regusto amargo en la boca.

Fue Rhonin quién le respondió, quien ni siquiera parpadeó cuando su boca adoptó un rictus de puro odio.

— Aquel que se sienta a la derecha del Señor de la Legión Ardiente...

\*\*\*\*\*

El capitán Varo'then in formó a su reina como siempre hacía. Ahora que Lord Xavius estaba muerto se había convertido en su favorito..., en más de un sentido. Su nuevo uniforme (un resplandeciente y reluciente traje verde esmeralda con unos rayos dorados en el pecho) era el último regalo con el que le había obsequiado Azshara. Aunque seguía manteniendo el título de capitán, en verdad, mandaba más que algunos generales, sobre todo ahora que incluso los demonios seguían sus órdenes.

Varo'then apartó a un lado su brillante capa dorada en cuanto entró en el sanctasanctómm de la reina, cuyas sirvientas hicieron una reverencia de inmediato y, a continuación, se marcharon.



Azshara yacía tendida sobre un sofá plateado, con la cabeza apoyada de una manera perfecta sobre un pequeño cojín. Su pelo, aún más plateado que el sofá, le caía en cascada elegantemente por la espalda y los hombros. La reina tenía unos ojos grandes con forma de almendra y de un color dorado puro, así como unos rasgos perfectos. El vestido que llevaba (una prenda maravillosa traslúcida en la que se combinaban el azul y el verde) mostraba de un modo magnífico su curvilínea silueta.

En la mano, Azshara sostenía un globo visión, un artilugio mágico que mostraba a su poseedor un millar imágenes exóticas distintas creadas por los elfos de la noche. La imagen que se desvaneció mientras el soldado se arrodillaba parecía ser una de la misma Azshara, aunque Varo'then no pudo estar seguro del todo.

— ¿Si mi querido capitán?

El fuego del deseo prendió en Varo'then, quien hizo un gran esfuerzo para evitar sonrojarse

— Resplandor de la Luna, Flor de la Vida, traigo noticias muy importantes. El Magno Sarger...

Al instante la reina se incorporó con los ojos desorbitados y los labios carnosos separados, la reina preguntó.

— ¿Está aquí?

El oficial sintió un ataque de celos.

## El Alma Demoníaca

— No. Luz de Luces, el portal aún no es capaz de soportar la magnífica presencia del Magno..., pero ha enviado a su siervo de más confianza para preparar por fin su entrada en este mundo.

— ¡Entonces, he de saludarlo! —exclamó Azshara, a la vez que se levantaba. De inmediato, las sirvientas abandonaron a gran velocidad los lugares donde se habían escondido para agarrar la cola del vestido, la cual era tan larga que la arrastraba bastante por el suelo. La falda estaba cortada de tal modo que las largas y suaves piernas de la reina se mostraban fugazmente cuando caminaba. Azshara irradiaba poder, el poder de la seducción, y, aunque Varo'then sabía que estaba jugando con él como hacía con los demás, no le importaba.

En cuanto hizo ademán de echar a andar, varias figuras nuevas abandonaron las sombras. A pesar de tratarse de unas figuras colosales, los guardias viles que actuaban como sus escoltas personales habían permanecido ocultos hasta entonces. Dos de ellos se colocaron delante de ambos mientras el resto se alineaban detrás. Los demonios aguardaron pacientemente, sin mostrar emoción alguna, a que la reina volviera a moverse.

El capitán alzó el antebrazo, protegido por el brazal de su armadura, para que ella pudiera agarrarse a él con esos dedos perfectos y esbeltos. Luego, la guió a través de esos pasillos de mármol del palacio pintados con colores alegres hasta la torre donde los hechiceros Altonatos habían reanudado sus esfuerzos. Los centinelas, tanto elfos de la noche como demonios, se cuadraron a su paso. Varo'then había observado con atención a la Legión el tiempo suficiente como para

comprender que, si bien Mannoroth y Hakkar parecían sorprendentemente incapaces de apreciar la belleza de la reina, los demonios inferiores no parecían ser tan inmunes a ella. Sus guardaespaldas se habían vuelto especialmente protectores con ella, incluso, a veces, no les quitaban el ojo de encima a sus propios hermanos.

Ni siquiera los señores demoníacos deberían subestimar a la reina de los elfos de la noche.

Una par de bestias viles vigilaban la puerta. Los tentáculos de esos demonios semejantes a unos canes se retorcieron en dirección hacia ambos. .

De inmediato, los guardias viles formaron un muro de protección entre Azshara y los canes. Las bestias viles absorbían magia del mismo modo que algunos insectos chupan sangre, y Azshara era, al contrario de lo que indicaba su apariencia, muy diestra en todo lo relacionado con la hechicería. A esas criaturas debería parecerles un festín.

Aunque Varo'then había desenvainado su arma y estaba dispuesto a emplearla, Azshara le acarició con delicadeza la mejilla y le dijo:

— No, querido capitán.

Agitó una mano en el aire para señalar que se apartaran los guardias viles y, acto seguido, se acercó a las bestias viles. Haciendo caso omiso a los tentáculos, la reina se arrodilló ante ambas y sonrió.

## El Alma Demoníaca

Uno de los monstruos colocó al instante su temible cabeza bajo la mano tendida de Azshara. El otro abrió una boca repleta de dientes serrados y una lengua gruesa y bestial asomó por una de las comisuras de los labios. Ambos se comportaron como Varo'then había visto que se comportaban los cachorros de los sables de la noche de tres días cuando estaban con Azshara.

Tras acariciar a los dos en sus respectivas y ásperas cabezas, la reina instó a ambos monstruos que se apartaran. Las bestias viles cedieron enseguida; se sentaron cerca de la pared y dió la impresión de que esperaban de que se les diera algún pequeño premio.

El capitán envainó su arma. No, subestimar a su amada monarca no sería bueno para *nadie*.

En cuanto dejó atrás a las bestias viles el camino quedó abierto para Azshara. Varo'then, que la seguía de cerca, pudo ver que el inmenso Mannoroth miraba hacia atrás para contemplar a los recién llegados. El capitán pudo percibir cierta angustia en la expresión del demonio. Mannoroth, al menos, no estaba demasiado contento con el hecho de que la mano derecha del Magno fuera a llegar.

Cuando los elfos de la noche entraron, se dieron cuenta de que, en realidad, Archimonde ya había llegado.

Por primera vez, Azshara perdió momentánea y ligeramente la compostura. Si bien el breve grito ahogado que dio concluyó

rápidamente, eso bastó para dejar casi tan sorprendido a Varo'then como anonadado le había dejado el propio demonio.

Aunque Archimonde era tan alto como Mannoroth, ahí es donde terminaban todas las similitudes. Desde cualquier punto de vista, era mucho más apuesto y, en cierto sentido, recordaba a los elfos de la noche sobre los cuales se alzaba imponente. Tenía una piel negro azulada, y a Varo'then le llevó un momento darse cuenta de que, seguramente, Archimonde debía de estar emparentado de algún modo con los brujos eredar. Su constitución era similar e incluso poseía una cola tan temible como la de ellos. Carecía de vello en todas las partes del cuerpo. Tenía un cráneo enorme y unas orejas amplias y puntiagudas. Desde debajo de un estrecho arco superciliar, unos orbes de un verde intenso contemplaban cuanto lo rodeaba. Vestía unas placas de armadura en los hombros, las espinillas, los antebrazos y la cintura, pero poco más. Llevaba tatuada por todo el cuerpo una llamativa serie de líneas y círculos que irradiaban una magia muy poderosa.

— Eres la reina Azshara. —dijo con un tono de voz suave y clara, lo que contrastaba con la forma de hablar más gutural de Mannoroth y los siseos de Hakkar. — Sargerass se siente muy satisfecho por la lealtad que ha mostrado.

La elfa de la noche se ruborizó de verdad.

A continuación clavó su mirada imperturbable en el capitán Varo'then y añadió:

## El Alma Demoníaca

— Y el Magno siempre ha sabido apreciar a los guerreros competentes.

Varo'then hincó una rodilla en el suelo.

— Me siento honrado.

Como si de repente hubiera perdido todo interés en ambos, Archimonde se volvió hacia el lugar donde estaban trabajando los hechiceros. Un agujero negro pendía en medio del patrón mágico que habían creado, un agujero que, a pesar de su tremendo tamaño, había seguramente alumbrado a ese denomino colosal con dificultad.

— Mantengan el camino abierto. Pronto atravesara el portal.

— ¿Quién? —le espetó Azshara. — ¿Ya viene Sargeraz?

Con total indiferencia, Archimonde negó con la cabeza.

— No, otro.

Varo'then se atrevió a mirar hacia Mannoroth y vió que el demonio provisto de colmillos también se encontraba desconcertado.

Los bordes de ese agujero negro brillaron de repente. Los Altonatos que mantenían abierto el portal se estremecieron al instante, pues se les estaba requiriendo que hicieran un esfuerzo mayor que nunca. Varios jadearon, pero de un modo inteligente, no flaquearon.

Entonces..., una silueta cobró forma en el portal. Aunque era más pequeña que los demonios, de algún modo esa presencia irradiaba un gran poder a la altura del de Archimonde o Mannoroth incluso antes de poner un solo pie en el plano mortal.

O más bien..., una pezuña.

Sobre dos piernas parecidas a las patas de una cabra peluda, la figura avanzó hacia los comandantes demoníacos y los elfos de la noche. La parte inferior de su cuerpo poseía un diseño puramente animal. El torso desnudo, sin embargo, era de un color púrpura tan intenso que casi parecía negro y era, prácticamente, idéntico al de un elfo de la noche, aunque mucho más musculado. Una larga melena suelta de pelo de color negro azulado enmarcaba su estrecho semblante. Sus colosales cuernos curvados contrastaban tremendamente con sus orejas elegantes y puntiagudas. La única ropa que llevaba puesta ese recién llegado era un amplio tapabarro.

Pero si pensaban que por poseer esa parte inferior del cuerpo y esos cuernos era una mera bestia enviada por el señor de la Legión, sólo tenían que mirar a los ojos para percibir que poseía una gran inteligencia y una tremenda astucia. Poseía una mente que destacaba por su agudeza y rapidez, que podía ser retorcida y flexible cuando era necesario.

Solo entonces el soldado se fijó en sus ojos. Esos orbes cristalinos (que eran artificiales, sin lugar a dudas) y esas vetas carmesíes que recorrían su parte central eran inconfundibles.

## El Alma Demoníaca

Él solo había conocido a un ser que poseyera unos ojos tan fantásticos.

El capitán Varo'then permaneció inmóvil y, al final, el nombre de aquel ser no brotó de sus labios, sino de los de la reina Azshara, quien se inclinó hacia delante, escrutó los labios fruncidos de ese semblante burlón que era y no era, al mismo tiempo, la cara que tanto ella como su oficial habían conocido antaño. Acto seguido, preguntó:

— *¿Lord Xavius?*





## CAPÍTULO CUATRO

**S**i bien la hueste de elfos de la noche reunida por lord Cresta Cuervo era realmente impresionante, Malfurion no hallaba ningún consuelo en que contaran con unas tropas tan numerosas mientras esperaba a que el noble diera la señal de iniciar la marcha. El joven elfo de la noche miró a la derecha, donde su hermano y sus compañeros aguardaban a lomos de sus monturas. Rhonin y Krasus no paraban de debatir sobre cierto asunto entre ellos, mientras Brox mantenía la mirada clavada en el horizonte con la paciencia serena de un guerrero curtido en mil batallas. De todos ellos, tal vez fuera el orco el que mejor comprendiera la abrumadora misión que tenían que llevar a cabo. Brox sostenía el hacha que Malfurion y Cenarius

## El Alma Demoníaca

habían forjado para él como si ya estuviera viendo esa marea infinita de enemigos.

A pesar de que Brox era un experto en combate, Cresta Cuervo y los demás oficiales que comandaban aquella hueste no habían recurrido ni en una sola ocasión al orco para que les aconsejara con su sabiduría y experiencia. Ahí se encontraba una criatura que había luchado cuerpo a cuerpo contra los demonios, pero a la que nadie le había preguntado cuáles eran sus debilidades, fortalezas o cualquier información que pudiera facilitarles las cosas a las tropas de vanguardia. Si bien era cierto que Krasus y Rhonin les habían proporcionado cierta información al respecto, el conocimiento aportado por éstos tenía graves carencias, ya que solían emplear la magia en combate.

Pero en el caso de Brox..., Malfurion sospechaba que Brox habría podido enseñarles mucho más en todo lo relativo a combates de verdad en el plano físico.

*Somos un pueblo cuya caída en desgracia puede producirse por culpa de nuestra arrogancia...* Aunque Malfurion adoptó un gesto ceñudo al ser consciente de lo pesimista que era, el rostro se le iluminó en cuanto vio a lo único que en ese mundo podía animarlo cabalgando hacia él.

— Malfurion —exclamó Tyrande, con una expresión pensativa, plagada de inquietud. — ¡Creí que nunca iba a dar contigo en medio de todo este caos!

Su rostro era tal y como lo recordaba, puesto que hacía mucho tiempo que había quedado grabado a fuego en su memoria. Tyrande, que había sido en el pasado una amiga de la infancia, se turbia convertido ahora en el objeto de sus deseos. Tenía una piel suave de color violeta y su pelo negro azulado tenía unos reflejos plateados. Poseía una cara más redonda de lo que solía ser habitual en su raza, lo que le confería una belleza aún mayor. A pesar de poseer unos rasgos delicados, transmitía la sensación de tener una gran determinación, además, sus ojos velados y plateados siempre se le clavaban a Malfurion en lo más hondo del corazón. Tenía unos labios suaves y a menudo esbozaba una leve sonrisa

Al contrario que las anteriores ocasiones en las que sus caminos se habían cruzado, la sacerdotisa novicia de Elune (la Madre Luna) llevaba un atuendo más acorde con el entorno bélico que con la paz que reinaba en el templo. Ya no vestía esa túnica blanca y suelta. En su lugar llevaba armadura ajustada provista de placas superpuestas que le permitían gozar de bastante libertad de movimientos. La armadura cubría a Tyrande del cuello a los pies y, por encima de esta, portaba una capa reluciente y muy fina del color de la luz de la luna que desentonaba un tanto con el resto. Bajo el brazo la joven sacerdotisa sostenía un yelmo ornamentado con unas alas, con el que se protegería también la parte superior de la cara.

A Malfurion le recordaba más bien a una sacerdotisa de un dios de la guerra, y era evidente que Tyrande era capaz de leer eso en la expresión de su semblante, por lo cual la elfa le reprendió haciendo gala de una actitud un tanto defensiva:

## El Alma Demoníaca

— ¡Tal vez seas un excelente druida, Malfurion, pero parece haber olvidado a los elementos de la Madre Luna! ¿Acaso no recuerdas que en una de sus facetas es la Guerrera de la Noche la que se lleva a los muertos valientes del campo de batalla y los alza hasta el cielo nocturno para que cabalguen por él como estrellas a modo de recompensa?

— No pretendía faltarle el respeto a Elune, Tyrande. He reaccionado así porque nunca te había visto vestida de esta manera. Ahora temo aún más que esta guerra nos vaya a cambiar a todos para siempre..., si sobrevivimos a ella.

La sacerdotisa novicia volvió a mostrar una expresión más relajada.

— Lo siento. Tal vez mi propia inquietud haga que me enerve con suma facilidad. Eso y el hecho de que la suma sacerdotisa haya ordenado que yo misma voy a tener que liderar un grupo de novicias que participarán en este conflicto.

— ¿Qué quieres decir?

— Que no vamos a cabalgar con esta hueste únicamente para ayudarla con nuestros poderes sanadores. La suma sacerdotisa ha tenido una visión en la que se le ha revelado que nuestra orden debe luchar de un modo activo junto a los soldados y la Guardia Lunar. Afirma que todas debemos estar dispuestas a asumir un nuevo papel si queremos evitar que los demonios no triunfen.

— Eso es más fácil decirlo que hacerlo —Replicó Malfurion, con un gesto de contrariedad dibujado en su rostro. — Justo estaba pensando en lo difícil que le resulta a nuestra gente adaptarse a cualquier tipo de cambio. Deberías haber estado ahí cuando Krasus sugirió que debían solicitar su colaboración a los enanos, los tauren y demás razas.

La elfa abrió los ojos como platos.

— Si ya es un milagro que colaboren con él y Rhonin, con los tauren sería imposible. ¿Acaso no es consciente de ello?

— Si, pero es tan testarudo como uno de los nuestros, tal vez incluso más.

Se calló al darse cuenta de que su hermano se les acercaba inesperadamente. Illidan le lanzó una mirada fugaz y, acto seguido, centró toda su atención por entero en Tyrande.

— Pareces una reina guerrera —le dijo a la joven. — Ni la misma Azshara podría estar tan espléndida.

Tyrande se sonrojó y Malfurion deseó haberle hecho ese mismo cumplido (*o cualquier* otro tipo de halago) por el que la sacerdotisa pudiera recordarlo antes de que la hueste partiera.

— De hecho, eres la misma Guerrera de la Noche —prosiguió hablando Illidan de un modo lisonjero. — Tengo entendido que te han encomendado el liderazgo de un grupo de hermanas.

## El Alma Demoníaca

— La suma sacerdotisa afirma que, últimamente, mis habilidades han mejorado mucho. Asevera que en todos los años que lleva formando a discípulas, soy la que con más rapidez ha alcanzado tales niveles de poder

— Lo cual no me sorprende.

Antes de que Malfurion pudiera decir algo similar, un cuerno bramó súbitamente, al que siguió otro y luego otro y otro más, hasta que todas las partes de ese poderoso ejército comunicaron de este modo que se encontraban listos para partir.

— He de regresar con mis hermanas. —se excusó Tyrande, quien añadió dirigiéndose a Malfurion. — He venido a desearte que todo vaya bien. —de manera instintiva la sacerdotisa se volvió hacia Illidan. — Y a ti también por supuesto.

— Al contar con tu bendición, estamos seguros de que cabalgaremos hacia la victoria. —replicó el hermano de Malfurion.

Una vez más Tyrande se ruborizó. Otro cuerno sonó y al instante la sacerdotisa se colocó el yelmo, obligó a dar la vuelta a su pantera y se alejó a lomos de ella.

— Parece mejor preparada para la batalla que cualquiera de nosotros. —comentó Malfurion.

— Sí, será una pareja excelente para algún afortunado. ¿Eh?

Malfurion miró a su hermano, pero Illidan ya había espoleado a su sable de la noche para que se dirigiera hacia lord Cresta Cuervo. Como hechicero personal del noble, Illidan tenía que cabalgar cerca del vetusto elfo de la noche. Aunque a Malfurion y los demás les habían ordenado que se mantuvieran a una distancia a la que pudieran comunicarse a gritos, por lo demás, no tenían por qué hallarse cerca de Cresta Cuervo. El amo y señor del Bastión del Cuervo Negro no quería que sus armas más poderosas se encontraran juntas, puesto que los eredar ya sabían que debían centrarse en el druida y los magos siempre que fuera posible.

Jarod Cantosombrío y tres soldados se aproximaron hacia él a lomos de sus monturas.

— ¡Es hora de marchar! ¡Debo pedirte que nos acompañes! — Malfurion asintió y siguió al capitán hasta unirse al resto. Rhonin y Krasus mostraban un semblante adusto muy similar. Brox seguía igual que antes, aunque daba la impresión de que el orco estaba cantando algo en voz baja.

— Avanzaremos de noche. —comentó Krasus, a la vez que se giraba para observar cómo se desvanecía el último vestigio del día. — Qué predecible. Archimonde se esperará algo así. A pesar de que hacen lo que pueden para adaptarse a las nuevas circunstancias, tu pueblo sigue teniendo cierta tendencia a recurrir a lo más cómodo.

— Con un ejército tan numeroso, seremos capaces de obligar a retroceder a los demonios —insistió el capitán Cantosombrío.

## El Alma Demoníaca

— Lord Cresta Cuervo barrerá a esos monstruos de la faz de nuestras bellas tierras.

— Eso esperamos.

Un último cuerno rugió y la hueste elfa de la noche se movió a unísono en dirección hacia Zin-Azshari. A pesar de sus recelos, Malfurion se sintió muy orgulloso al contemplar cómo esas fuerzas armadas se desplegaban por todo el paisaje. Ahí se mezclaban los estandartes de una treintena de clanes muy importante, lo cual ponía de relieve que se habían sellado una serie de alianzas a lo largo y ancho de gran parte del reino. Los soldados de pie marchaban al unísono, de manera perfectamente coordinada, como un enjambre de hormigas decididas que se dirigiera a darse un festín. Los sables de la noche avanzaban brincando en grandes manadas compuestas por un centenar de felinos o más, cuyos jinetes provistos con yelmos miraban cansados hacia el frente.

La mayoría de los soldados iban armados con espadas, lanzas y arcos. Tras ellos avanzaban las máquinas de asedio (las balistas, catapultas y demás) arrastrado por grupos de panteras oscuras. Gran parte de los que manejaban tales máquinas pertenecían al clan de lord Cresta Cuervo, puesto que, en general, los elfos de la noche no solían utilizar esa clase de artilugios. Si bien era cierto que al druida le preocupaba el hecho de que Cresta Cuervo no hubiera querido pedir ayuda a los enanos y demás razas, también era cierto que ese noble era el único que parecía tener la visión necesaria para liderar a su pueblo hasta la victoria; además, al final, eso no importaría, ya que, a pesar de que se equivocaba al creer que Azshara era



inocente, se cercioraría de que la Legión Ardiente sufriera una derrota sangrienta.

Al fin y al cabo, realmente, no tenían otra salida.

Espoleados por Cresta Cuervo y su propia fe en la victoria final, los elfos de la noche recorrieron buen trecho del camino esa primera noche. Su comandante dio al fin la orden de parar dos horas después del amanecer. De inmediato la hueste montó el campamento y una larga hilera de centinelas ocupó la vanguardia para asegurarse de que los demonios no pudieran pillarlos por sorpresa.

En aquel lugar, las tierras aún no habían sido mancilladas por el horror de la Legión Ardiente. Al sur el bosque permanecía intacto. Al norte el paisaje estaba salpicado de colinas altas y verdes. El proecto elfo de la noche envió varias patrullas a investigar a ambos puntos cardinales, pero no se toparon con ningún adversario.

Malfurion se vio atraído por el bosque inmediatamente, pues era como si este estuviera llamándolo por su nombre. En cuanto tuvo oportunidad se separó de sus compañeros y obligó a su montura a dirigirse hacia allá.

Al instante, Jarod Cantosombrío se percató de lo que acababa de hacer. El capitán cabalgó tras él, gritándole mientras se le aproximaba:

— ¡Debo pedirte que des la vuelta! ¡No puedes ir ahí solo! Recuerda lo que ocurrió...

## El Alma Demoníaca

— Estaré bien, Jarod —replicó Malfurion con suma calma. En verdad, tenía la sensación de que esa zona de floresta en particular le brindaría protección incluso ante el ataque de los asesinos demoníacos que tan a menudo los habían perseguido tanto a él como a sus compañeros. Aunque no era capaz de explicar cómo, sabía que eso era así con suma certeza.

— No puedes ir solo...

— No voy solo. Tú me acompañas.

El soldado apretó los dientes y, a renglón seguido, con gesto de resignación, siguió al druida hasta el interior del bosque.

— Por favor..., no estés mucho tiempo.

Malfurion no le prometió nada y siguió adentrándose en las profundidades del bosque. Una sensación abrumadora de confianza, de fe, se adueñó de él por entero. Los árboles le daban la bienvenida, incluso parecían reconocerlo...

Entonces comprendió por qué se sentía como en casa en aquel lugar.

— Bienvenido de nuevo, mi *thero'san*... mi honorable estudiante.

El capitán Cantosombrío miró a su alrededor en busca de la fuente de esa voz inquietante, una voz que le recordaba tanto al viento como al trueno. Malfurion, por otro lado, aguardó

pacientemente. Pues sabía que quien hablaba se acabaría mostrando a su manera.

De un modo abrupto, el viento arreció a alrededor de ambos. El oficial se agarró con fuerza al yelmo, mientras que el druida echo la cabeza hacia atrás para poder sentir mejor la caricia de la brisa. Las hojas sueltas se elevaron empujadas por el viento que se tornó más fuerte, más intenso. Aun así, solo el capitán parecía consternado por este fenómeno; incluso los sables de la noche alzaron los hocicos para inhalar el aire fresco.

Un torbellino en miniatura se alzó ante los dos jinetes. Hojas, maleza, trozos de piedra y tierra... se fueron juntando más y más, compactándose hasta formar algo sólido.

— Te he estado esperando Malfurion.

— Por la Madre Luna. —exclamó Jarod con voz entrecortada.

El gigante era un cuadrúpedo con unas piernas fuertes similares a las de un venado; la parte inferior de su torso era igual que la de uno de esos animales. Poseía un pecho fuerte y ancho con un color y una forma semejantes al de un elfo de la noche; además, contemplaba a los dos intrusos con unos orbes de un dorado puro, como el de la luz del sol. Un leve color verde bosque teñía ligeramente su carne violeta y sus dedos acababan en unas garras mortíferas de madera añeja y nudosa.

El recién llegado sacudió la cabeza, de tal modo que su espesa melena de verde musgo se agitó y ondeó. Unas hojas y unas ramitas parecían estar creciendo con toda naturalidad tanto en tu melena como en su amplia barba del mismo color, pero eso

## El Alma Demoníaca

no era tan asombroso como la descomunal cornamenta que coronaba la cabeza de aquel gigante. Malfurion agachó la cabeza para hacer una reverencia.

— Mi *shan'do*. Mi maestro más honorable. —alzó la vista. — Me alegro de verte, Cenarius.

Aunque ambos elfos de la noche medían más de dos metros, Cenarius se alzaba imponente sobre ellos y sus respectivas monturas. Tenía al menos tres metros de altura, pero si tuviéramos también en cuenta sus cuernos, medía otro metro y veinte más. De hecho, era tan impresionante que el capitán que había conversado en su día con un dragón se quedó boquiabierto.

Tras esbozar una sonrisilla que pareció provocar que todos los pájaros cercanos decidieran ponerse a cantar al unísono, Cenarius aseveró:

— ¡Tú también eres bienvenido a este lugar Jarod Cantosombrío! ¡Tu abuelo fue un gran amigo del bosque!

Jarod cerró la boca, volvió a abrirla y la cerró de nuevo; a continuación, se limitó a asentir. Como todos los elfos de la noche, había crecido oyendo historias sobre aquel semidiós, pero al igual que la mayoría de su pueblo, había dado por supuesto que se trataba simplemente de eso... de historias.

El señor del bosque contempló a su pupilo.

— Tu mente está sumida en una profunda crisis. Lo percibí incluso en el Sueño Esmeralda.

*El Sueño Esmeralda.* Había pasado ya un tiempo desde que Malfurion había caminado por última vez por él. En el Sueño Esmeralda, uno veía el mundo como podría haber sido cuando acababa de ser creado; ahí no había animales, ni gente ni civilización alguna; ahí reinaba la tranquilidad; una serenidad peligrosa, de hecho, ya que uno podía acabar atrapado en ella y olvidarse de regresar al plano mortal; el caminante podía terminar deambulando para siempre mientras su cuerpo perecía finalmente.

Cenarius había enseñado a Malfurion a caminar por él y este había utilizado el paisaje onírico para poder entrar en el palacio, donde había acabado enfrentándose a lord Xavius. Sin embargo, desde aquellos acontecimientos, el joven druida no se había atrevido a regresar, pues los vagos recuerdos de las secuelas de la lucha todavía lo hostigaban.

Podría haber terminado vagando por el Sueño Esmeralda toda la eternidad si su maestro no hubiera percibido tenuemente su presencia.

Cenarius se percató de que la ansiedad de que la ansiedad lo dominaba.

— No debes tener miedo a caminar por él hijo mío, pero ahora no es el momento adecuado para ello. Sin embargo, hay otras facetas de tu adiestramiento que quedaron pendientes, por eso he aprovechado este receso para presentarme ante ti.

## El Alma Demoníaca

— ¿«Este receso»? ¿Qué quieres decir?

— Los demás aún están discutiendo que hay que hacer con los demonios. Sí, vamos a combatirlos, pero somos criaturas que defienden a su propia esfera de poder. Nos resulta muy difícil colaborar en armonía, puesto que todos creemos que sabemos que es lo mejor que hay que hacer.

Esas noticias no lograron acabar con la incertidumbre que dominaba a Malfurion. Primero los dragones no habían mostrado ninguna disposición de luchar contra la Legión Ardiente y ahora ni siquiera los semidioses, los guardianes de la naturaleza, eran capaces de ponerse de acuerdo sobre qué medidas había que tomar. En verdad quedaba en manos de los elfos de la noche...; probablemente, en manos de Malfurion y sus camaradas en particular.

— No tenemos mucho tiempo. Hay ciertas cosas que debo intentar enseñarte con rapidez. Nos hará falta todo el día...

— ¡Eso es imposible! —le espetó el capitán Cantosombrío, quien se sorprendió a sí mismo al reaccionar así. — Tengo órdenes de...

Con una sonrisa benevolente, la deidad de la floresta trotó hasta el soldado. Jarod palideció mientras Cenarius se cernía sobre él.

— Mientras esté conmigo, se hallará protegido, además regresará cuando su comandante lo necesite, Jarod Cantosombrío. No incumplirás tu deber.

El oficial cerró la boca, pues se había quedado atónito al darse cuenta de que se había atrevido a interrumpir a Cenarius.

— Atiende tus otras obligaciones, yo me ocuparé de que Malfurion vuelva sano y salvo.

El druida se sintió como si fueran sus padres y estuvieran discutiendo sobre su hijo; no obstante, era evidente que esas palabras del semidiós eran precisamente lo que Jarod quería oír. Agachó la cabeza ante Cenarius y se inclinó tanto que, al final, hizo una reverencia.

— Como digas, mi señor.

— No soy tu señor, elfo de la noche. ¡Solo soy Cénanos! ¡Vete con mi bendición!

Tras lanzar una última mirada teñida de sorpresa a Malfurion y a su maestro, el capitán obligó a girar a su sable de la noche y se alejó en dirección hacia la hueste de los elfos de la noche, Cenarius se volvió hacia su pupilo.

— Ahora mi thero'san, debemos empezar en serio. —la afabilidad se desvaneció por entero de la expresión de la deidad. — Pues temo que tendremos que valernos de todos nuestros conocimientos si queremos salvar el mundo de esos demonios...

\*\*\*\*\*

En ese momento, alguien que también temía que acabaran necesitando recurrir a todos los medios disponibles para

## El Alma Demoníaca

derrotar a la Legión Ardiente volaba sobre el reino de los dragones, en busca del elevado pico de montaña que su raza había convertido en su hogar.

Korialstrasz se había pasado todo el largo vuelo cavilando sobre muchas cosas. Una de ellas era el silencio de sus hermanos. Si bien los dragones eran solitarios, nunca se había topado con una quietud tan absoluta. Nadie respondía a sus llamadas, ni siquiera su amada Alexstrasza.

Esto lo llevó a pensar en los demonios. Pese a que no se podía creer que hubieran podido atacar y destruir a los dragones, la falta total de comunicación con ellos hacía que la llama de ese miedo ardiera con fuerza. Casi deseó que Krasus lo hubiera acompañado, puesto que de ese modo, al menos, habría podido compartir sus pensamientos pesimistas con otro dragón rojo.

No obstante, el propio Krasus era un personaje igualmente desconcertante. Poco a poco, Korialstrasz había ido eliminando posibles teorías sobre ese enigmático dragón, a cuyas palabras hasta Alexstrasza prestaba mucha atención; lo hacía como si Krasus estuviera a la misma altura que sus consortes, incluso tal vez como si *fuera* uno de ellos. Pero eso no podía ser..., a menos que...

*No..., eso es imposible*, pensó aquel coloso que surcaba el aire.  
*Sería tan insólito...*

Aun así, eso explicaría mucho.



En cuanto diera con Alexstrasza, le diría directamente lo que pensaba al respecto. Korialstrasz se ladeó y giró hacia esa montana tan familiar envuelta en niebla. Al revés que en ocasiones posteriores, ahí no había ningún centinela vigilando, lo cual era otro mal presagio.

El gran dragón rojo descendió hacia la entrada de esa alta caverna que utilizaban como una de las entradas principales de aquel sanctsanctórum. En cuanto se posó en tierra, giró su cabeza colosal hacia delante y atrás en busca de alguna señal de sus compañeros. En aquella zona reinaba un silencio sepulcral.

Sin embargo mientras plegaba las alas y avanzaba, chocó de manera súbita con un campo de fuerza muy nítido que era invisible para el resto de sus sentidos. Daba la sensación de que el aire había adquirido el espesor de la miel. Con suma determinación Korialstrasz avanzó con fuerza, arremetiendo contra ese muro invisible como se habría abalanzado sobre un dragón rival.

Lentamente, este cedió. Notó cómo se apretaba contra él mientras avanzaba y, prácticamente, lo envolvía. Al dragón le costaba respirar y veía todo como si se hallara bajo el agua. Aun así, Korialstrasz no flaqueó.

De improviso, sin mediar advertencia alguna, lo había atravesado. Al instante, oyó unos estruendosos ruidos. Como ya no tenía ninguna barrera delante, el leviatán se cayó de bruces. Se habría estrellado de cabeza contra el suelo, si no fuera porque alguien que poseía unas garras enormes lo cogió.

## El Alma Demoníaca

— Me alegro de que hayas vuelto —dijo alguien con una voz grave y potente.

— Temíamos por ti, joven.

Tyranastrasz lo alzó y acto seguido, la preocupación se apoderó del semblante de reptil del consorte de más edad de Alexstrasza. Tras él otros dragones se desplazaban por ese conjunto de túneles..., y lo que más sorprendió a Korialstrasz de tanto ajetreo era el hecho de que ahí había dragones de *otros* colores. Vio a dragones azules, verdes, bronce y, por supuesto, rojos, que se mezclaban de manera constante unos con otros, y todos, además de estar obviamente inquietos, parecían estar llevando a cabo alguna tarea.

— ¡Alexstrasza! ¿Está?

— Está bien Korialstrasz, prometió que hablaría contigo en cuanto regresaras...—el macho de mayor tamaño miró a un punto situado detrás del dragón más joven como si buscara algo. ...Y con Krasus también, pero por lo que veo no ha venido contigo.

— No ha querido abandonar a los demás.

— Pero en nuestro estado...

Korialstrasz flexionó las alas y replicó:

— Ha ideado una manera por la cual ambos podemos sentirnos casi en plenitud de facultades. No es un remedio perfecto, pero es el mejor con el que hemos dado.

— Qué interesante...

— Tyran... ¿qué ocurre aquí? ¿Por qué hay otros vuelos mezclados con el nuestro?

El consorte de más edad adoptó una expresión indescifrable.

— Ha ordenado que será ella quien te lo cuente todo y yo no pienso desobedecerla.

— Claro que no.

Con Tyranastrasz encabezando la marcha, ambos avanzaron hasta llegar a la guarida del Vuelo Rojo. Korialstrasz no pudo evitar fijarse en los demás dragones que pasaban junto a ellos. Los verdes eran unas meras sombras fugaces, que desaparecían antes de que uno fuera siquiera consciente de que estaban ahí, lo cual era aún más desconcertante debido a que siempre tenían los ojos cerrados, como si anduvieran sonámbulos. Los dragones bronce del vuelo de Nozdormu parecían no moverse en absoluto, pero de algún modo aparecían en un sitio distinto cada vez que Korialstrasz parpadeaba. En cuanto a los azules, estos aparecían aquí y allá, en todas partes, casi de un modo azaroso, moviéndose con rapidez en todas direcciones gracias tanto al uso de la magia como a medios puramente físicos. Cuantos más dragones veía de otros vuelos, más le agradaba la presencia de los suyos, ya que cuando se movían, se movían, ya que cuando corrían hacía un destino, podía seguir cada uno de sus pasos, podía ver cada respiración que daban.

Claro que, si quería ser justo, sospechaba que todos esos llegados pensaban lo mismo sobre sus respectivos vuelos.

## El Alma Demoníaca

*A pesar de ser tantos dragones y tan distintos, todos cabemos aquí,* pensó de repente. ¿Acaso quedamos tan pocos? Si hubieran intentado meter a todos los elfos de la noche o todos los enanos en aquella montaña, cualquiera de esas razas inferiores la haría llenado hasta rebosar; sin embargo los dragones tenían incluso sitio para poder maniobrar.

Al pensar en esa horda infinita que conformaba la Legión Ardiente, Korialstrasz se preguntó si incluso los dragones serían lo bastante poderosos como para detenerlos.

Pero cuando entró en la siguiente cámara sus miedos se desvanecieron. Ella se hallaba ahí como si lo estuviera esperando a él en concreto. Su mera presencia llenó de calma, de paz, al dragón. Cuando miró hacia él, Korialstrasz notó que su confianza aumentaba. Todo iría bien. La Reina de la Vida se encargaría de que eso fuera así.

— Korialstrasz..., mi amor.

Únicamente sus ojos reflejaron la intensidad emocional que encerraba esa frase tan sencilla. Las criaturas inferiores a menudo consideraban que los dragones eran unas meras bestias salvajes, pero con casi toda probabilidad ni siquiera las mejores de ellas podían sentir unas emociones tan fuertes como las que sentía la raza de Korialstrasz.

— Mi reina, eres la razón de mi existencia.

Acto seguido, agachó la cabeza en señal de respeto.

— Me alegro de que hayas vuelto. Temíamos por tu vida.

Y yo temía por las tuyas, pues nadie respondió a mis llamadas ni me explicó ese repentino silencio.

— Era necesario —respondió la enorme hembra. Aunque tenía un aspecto lozano, Alexstrasza era el doble de voluminosa y pesada que sus consortes. Al igual que todos los grandes Aspectos, controlaba un poder que hacía palidecer por comparación al de sus propios cónyuges. — Era absolutamente necesario que esto permaneciera en secreto.

— ¿En secreto? ¿Por qué?

Ella lo observó detenidamente

— ¿Krasus no ha venido contigo?

Se percató de que la dragona hallaba tremendamente preocupada. Parecía mostrar tanta preocupación por Krasus como había mostrado por Korialstrasz.

— Decidió quedarse. Ideó truco que nos permite estar alejarnos el uno del otro sin sufrir... demasiado.

Una sonrisa fugaz se dibujó en su semblante cubierto de escamas.

— Claro, *cómo no*.

Antes de que Korialstrasz pudiera llevar la conversación hacia el terreno que le interesaba (a obtener más información sobre

## El Alma Demoníaca

Krasus) otro dragón entró por la derecha en esa alta cámara. Korialstrasz contempló al recién llegado, con los ojos desorbitados.

— Es necesario que *todos* los dragones participen en este ritual. —comentó aquel gigante negro con una voz que recordaba a un volcán llameante. — Mi Vuelo ya lo ha hecho. Ahora, los demás deben hacer lo mismo.

Neltharion, quien era el único que tal vez podía rivalizar en tamaño y poder con Alexstrasza, ocupaba el otro extremo de aquella cámara. El Guardián de la Tierra irradiaba tanto poder que Korialstrasz se sintió levemente incómodo.

— Mi último consorte ya ha llegado —replicó Alexstrasza. — El Vuelo Bronce ha llegado también, pero Nozdormu no ha venido con ellos; no obstante, han traído un fragmento de su esencia para que él también pueda sumarse a esta lucha. Ya solo falta Krasus, pero como se trata de una única entidad, su ausencia no es algo tan terrible, ¿verdad?

El dragón de ébano ladeó la cabeza. Korialstrasz nunca había visto tantos dientes.

— No..., no lo creo... Y sí, es solo un dragón.

— ¿Por qué están haciendo todo esto? —se atrevió a preguntar el macho joven.

— Porque los demonios han reabierto el camino que lleva a nuestro mundo. —le explicó Alexstrasza. — Una vez más, fluyen por él como el agua y, a cada día que pasa, sus fuerzas se duplican.

Korialstrasz se imaginó ese ejército monstruoso y pensó en lo que ya había logrado con sus numerosas tropas.

— ¡Entonces, *debemos* actuar!

— Eso estamos haciendo. Neltharion ha concebido un plan, que quizá sea la única esperanza que le quede a este mundo si quiere sobrevivir.

— ¿De qué se trata?

— Neltharion te lo mostrará.

El coloso de ébano asintió y, a continuación, cerró los ojos. El aire brilló delante de él. Gracias a sus sentidos mágicos, Korialstrasz pudo percibir un poder asombroso. Se sintió como si la cámara albergara a un millar de dragones.

Sin embargo, un pequeño disco dorado, prácticamente insignificante se materializó en el aire, flotando a la altura de los ojos de los leviatanes ahí reunidos. Si bien Korialstrasz no notó que hubiera nada en su interior, sí fue consciente de que por eso mismo el disco era mucho, mucho más importante de lo que parecía.

El Guardián de la Tierra abrió los ojos y una honda de emoción lo embargó, lo cual se reflejó en sus rasgos de reptil. Korialstrasz tuvo la impresión de que Neltharion idolatraba ese objeto que él mismo había creado.

— ¡Contemplan lo que va a exorcizar a esos demonios y expulsarlos de este mundo! —bramó el leviatán negro. —  
¡Contemplan lo que va a purificar esas tierras profanadas!

## El Alma Demoníaca

El diminuto disco brilló con fuerza y, súbitamente, ya no resultó tan insignificante a simple vista. Ahora, el joven macho rojo pudo percibir con todo detalle el poder que anidaba en su interior... y pudo comprender por qué incluso Alexstrasza creía que esa herramienta podía ser su mejor opción.

— Contemplan —rugió con orgullo Neltharion. — El *Alma de Dragón*.





## CAPÍTULO CINCO

**A**l capitán Varo'then no le atemorizaban las sombras ni los ruidos. Se enfrentaba a tales miedos con el mismo pragmatismo severo con el que afrontaba todo lo demás en su vida. El soldado de la cicatriz había nacido para ser un guerrero y, a pesar de su inteligencia innata, nunca se había imaginado desempeñando ningún otro papel. No deseaba en modo alguno ser rey o consorte, a menos que eso sirviera para hallarse aún más cerca de Azshara. Comandaba esas fuerzas en nombre de la reina y se sentía satisfecho con eso. Las intrigas políticas siempre se las había dejado a lord Xavius, quien las comprendía y disfrutaba mucho más de lo que jamás Varo'then sería capaz.

## El Alma Demoníaca

No obstante, últimamente se había visto obligado a considerar ciertas cuestiones que no tenían nada que ver con los combates y la guerra, sino con el regreso de alguien a quien había dado por muerto: Xavius. Gracias a su asombroso poder, el gran Sargerass había traído de vuelta del más allá al consejero de la reina, quien ahora volvía a guiar a los Altonatos. Si bien eso no debería haber inquietado a Varo'then, sí le preocupaba el hecho de que Xavius había cambiado en ciertos aspectos que la reina era incapaz de ver. El capitán estaba seguro que consejero (o, más bien, esa aberración que había sido en su día el consejero) no tenía como objetivo que Azshara alcanzara la gloria, si no otras metas muy distintas. Varo'then podía ser leal o no al Legión, pero por encima de todo era un ciervo de la reina.

— Oh capitán, sigues siendo tan eficiente como siempre. Por eso no es de extrañar que te encuentre merodeando por los pasillos a pesar de que no estás de servicio.

El oficial se sobresaltó y, acto seguido, se maldijo a si mismo por haber reaccionado de esa manera.

Como si surgiera de las mismas sombras. Xavius se colocó delante del elfo de la noche. Sus pezuñas repiquetearon al pisar el suelo de mármol y resoplaba al moverse. Archimonde había afirmado que Xavius era un sátiro, uno de los siervos de Sargerass que contaba con la bendición de éste. Desde ese arco superciliar prominente, lo contempló con esos ojos artificiales con los que el noble había reemplazado a los que le había dado la naturaleza. Clavó su mirada en la del capitán, en el que

despertó inexorablemente una tremenda sensación de incomodidad.

— Sargeras considera que tienes un futuro muy prometedor, capitán Varo'then. Podrías ocupar un puesto destacado entre todos sus servidores. Te ve como uno de los comandantes de su hueste, a la misma altura que Mannoroth... no... ¡Que incluso *Archimonde!*

Varo'then se imaginó liderando una horda de demonios, con su espada en ristre mientras arremetían en tropel contra sus adversarios. Sintió el amor de un Sargeras que se enorgullecía de él mientras cabalgaba hacia aquellos que desafiaban al Magno.

— Para mí, es un honor servir —murmuró el soldado.

Xavius sonrió.

— Para todos lo es... Le serviremos de cualquiera manera que sea posible para que su sueño se haga realidad cuanto antes, ¿verdad?

— Por supuesto.

Esa figura provista de pezuñas se inclinó aún más hacia el soldado, de tal modo que sus rostros casi se rozaban. Con su mirada seguía atrayendo a Varo'then hacia un abismo el cual lo tentaba y perturbaba al mismo tiempo.

## El Alma Demoníaca

— Podrías servirle de una manera más idónea, desempeñando un papel que te haría alcanzar antes ese puesto en el escalafón que tanto ansías...

La emoción embargó al oficial. Una vez más, se vio liderando unos ejércitos en nombre de su reina y Sargerias. Se imaginó conquistando a sus enemigos, viendo fluir la sangre del enemigo de tal modo que esta llegaba a formar ríos.

Sin embargo, cuando el capitán Varo'then intentaba imaginarse haciendo todo esto, era incapaz de verse de un modo preciso. Pese a que intentaba conjurar una imagen en la que se viera como un guerrero, como un comandante ataviado con una armadura y bien armado como los de los antiguos relatos épicos..., había otra forma que, de un modo persistente, se superponía a su imagen.

Una forma que recordaba mucho al cuerpo que tenía ahora lord Xavius.

Ese pensamiento le permitió, al fin, apartar la mirada del consejero.

— Perdóname, mi señor, pero debo atender mis obligaciones.

Esos ojos artificiales centellearon brevemente. A continuación, Xavius asintió con suma educación y, agitando una mano en el aire, indicó al soldado que podía marcharse.

— Por supuesto, capitán Varo'then, por supuesto.

Varo'then se fue a un paso mucho más rápido del que habría preferido hacer gala ante esa figura cornuda. No miró atrás, aferrando en todo momento la empuñadura de su espada, como si estuviera a punto de desenvainarla. El elfo de la noche no aminoró el paso hasta que estuvo seguro de que lord Xavius se encontraba ya muy lejos.

Pero incluso entonces aún podía seguir oyendo esas palabras tan tentadoras del sátiro... Varo'then era consciente de que, si bien él había sido capaz de resistirse a la tentación, otros no lo serían.

\*\*\*\*\*

Mientras la noche caía sobre las fuerzas de lord Cresta Cuervo, las Hermanas de Elune se encontraban diseminadas entre los elfos de la noche para poder darles sus bendiciones. Aunque iban vestidas como doncellas guerreras, las sacerdotisas infundían paz y calma a los soldados. Elune ofrecía a los elfos de noche paz y confianza, pues siempre se hallaba ahí en lo alto, en el cielo, velando por sus hijos favoritos.

Aunque su expresión no lo reflejaba Tyrande Susurravientos no sentía en modo alguno esa paz ni la fuerza que infundía a los suyos. Al parecer, la suma sacerdotisa pensaba que la Madre Luna, la había iluminado de un modo especial, pero Tyrande no sentía la presencia de ese gran poder en su fuero interno. Si la Madre Luna la había escogido para algo, no le había informado al respecto a la propia Tyrande.

## El Alma Demoníaca

El último rayo de luz se esfumó en el horizonte. Tyrande se apresuró pues sabía que los cuernos pronto bramarían y la hueste avanzaría hacia Zin-Azshari. Tras colocar la mano a la altura del corazón sobre el pecho de un soldado más, se dirigió a zancadas hacia la pantera que la aguardaba.

Sin embargo, antes de que pudiera alcanzarla, otro elfo de la noche se interpuso en su camino. Por puro reflejo, Tyrande alzó una mano hacia el pecho de este..., quien, de improviso, le agarró de la muñeca.

La sacerdotisa alzó la mirada y, en un primer momento, el corazón se le desbocó de alegría. Entonces se percató de que quien tenía delante vestía un uniforme de color oscuro y llevaba el pelo recogido en una coleta.

Aunque por encima de todo, en lo que más se fijó Tyrande fue en sus ojos ambarinos.

— Illidan...

— Te agradezco que me hayas bendecido, sin lugar a dudas — respondió este con una sonrisilla burlona. — Pero me siento más reconfortado por el mero hecho de tenerte cerca.

Las mejillas de la sacerdotisa adquirieron un color más intenso, aunque no por la razón que él creía, sin dejar de agarrarla delicadamente de la muñeca, el gemelo de Malfurion se acercó más a ella.

— ¡Seguramente esto es cosa del destino, Tyrande! Te he estado buscando. Nos adentramos en unos tiempos en que todo va a cambiar muy rápido, en que habrá que tomar decisiones sin vacilar.

Súbitamente, la ansiedad la dominó, puesto que comprendía perfectamente lo que él pretendía decirle... o, más bien, *pedirle*. De manera inconsciente, Tyrande apartó mano.

Al instante, Illidan adoptó un semblante pétreo. No se le había pasado por alto cómo había reaccionado la elfa ni el significado de ese gesto.

— Es demasiado pronto —acertó a decir la joven mientras intentaba serenarse.

— ¿O demasiado tarde? —replicó Illidan esbozando de nuevo una sonrisa burlona; aunque a ella le dio la sensación de que esta vez era un gesto vacío, más una máscara que otra cosa. No obstante, un instante después, la expresión del elfo se relajó. — He sido demasiado impetuoso. Este no era el momento adecuado. Has intentado reconfortar a demasiada gente. Volveré a hablar contigo en un momento más idóneo.

Sin mediar más palabra, se encaminó hacia el lugar donde se hallaba un guardia ataviado con el atuendo del clan Cresta Cuervo y montado sobre un sable de la noche, el cual lo aguardaba junto a la propia montura del hechicero. Illidan no miró en ningún momento hacia atrás mientras tanto él como su escolta se alejaban a lomos de sus panteras.

## El Alma Demoníaca

Más inquieta que nunca, Tyrande buscó a su propia pantera. No obstante, mientras montaba en ella, apareció otro ser que interrumpió sus cavilaciones. Sin embargo, esta vez se trataba de alguien a quien se alegraba de ver.

— Chamán, perdóname por esta intromisión.

Saludó al orco con una delicada sonrisa.

— Tu presencia siempre es bienvenida, Broxigar.

Ella era la única a la que permitía que lo llamara por su nombre completo. Para todos los demás, incluso para lord Cresta Cuervo, simplemente Brox. A pesar de que la elfa le sacaba una cabeza al descomunal orco, este era tres veces más ancho que ella y casi todo ese volumen de más era puro músculo. Aunque Tyrande lo había visto abrirse paso entre el enemigo con la ferocidad de uno de esos enormes felinos que usaban como monturas, cuando se encontraba ante ella, se comportaba con mucho más respeto que la mayoría de los que le solicitaban que los bendijera.

Como pensaba el orco había venido a pedirle su bendición, Tyrande se agachó para colocarle una mano sobre el pecho. Brox pareció sobresaltarse en un principio, pero enseguida se relajó.

— Que la Madre Luna guie a tu espíritu, que ella te conceda sus silenciosas fuerzas...



La joven siguió hablando unos cuantos segundos más, hasta darle su bendición completa al orco. A pesar que para la mayoría de las sacerdotisas, al igual que el resto de los elfos de la noche, lo consideraban un ser horrendo, desde el punto de vista de Tyrande, era también una criatura de Elune, al igual que ella misma.

En cuanto terminó, Brox agachó la cabeza en señal de gratitud y acto seguido, masculló.

— No soy digno de esta bendición, chamán, pues no era eso por lo que había venido.

— ¿Ah, no?

En ese rostro rechoncho del que sobresalían unos colmillos se dibujó una expresión que Tyrande interpretó como de remordimiento.

— Chamán..., hay algo que me reconcome por dentro. Algo que he de confesar.

— Adelante.

— Chamán, he intentado hallar la muerte.

La elfa frunció los labios mientras intentaba comprender lo que le acababa de decir.

— ¿Estás insinuando que has intentado suicidarte?

Brox se estiró cuan largo era y su semblante se tornó sombrío.

## El Alma Demoníaca

— ¡Soy un guerrero orco! ¡No he intentado clavarme mi propia daga en el pecho! —La ira que lo había dominado de algún modo tan abrupto, se esfumó por entero para ser sustituida únicamente por una sensación de vergüenza. — Pero si es cierto que he intentado que las armas de otros se clavaran en él.

A continuación, le contó toda su historia. Brox le habló de la última guerra contra los demonios en la que había participado y de cómo sus camaradas y él habían resistido mientras aguardaban la llegada de los refuerzos. Tyrande escuchó el relato de cómo todos los demás orcos fueron pereciendo, uno a uno, hasta que solo quedó el veterano en pie. Si bien era cierto que la hazaña de Brox y los demás había permitido que se ganara la batalla, también era cierto que eso no había hecho que se sintiera menos culpable por haber sobrevivido cuando los demás no lo habían hecho.

La guerra había acabado poco después, por lo cual Brox se había quedado sin poder expiar sus culpas, atormentado por esos remordimientos que sentía por lo que consideraba que había sido un tremendo fracaso por su parte. Cuando el Jefe de Guerra Thrall le había pedido que localizara la anomalía, lo había considerado como una señal de que los espíritus por fin le habían facilitado el modo en que poder poner fin a su miserable existencia.

Sin embargo, el único que había muerto en aquella búsqueda había sido su joven camarada, lo cual había hecho que la pesada carga que soportaba Brox lo fuera aún más. Después, en cuanto quedó claro que la Legión Ardiente iba a invadir

Kalimdor, el orco había esperado poder hallar la redención en esa lucha. Por eso, se había sumado con ansia a la batalla y había combatido con la misma ferocidad que cabría esperar de cualquier guerrero. Siempre había estado en la vanguardia del combate, retando a cualquier adversario a que intentara derrotarle. Por desgracia para Brox, había luchado demasiado bien, ya que había sobrevivido sin apenas sufrir un rasguño, a pesar de que había matado a una veintena de demonios.

Por todo esto, mientras la hueste había partido de Suramar, el orco cada vez más canoso se había empezado a preguntar si había cometido algún pecado distinto al que creía haber cometido. Entonces se dio cuenta de que la vergüenza que había sentido por haber sobrevivido a sus camaradas no tenía una base real. Ahora Brox sentía un nuevo tipo de vergüenza, porque todo el mundo a su alrededor luchaba para sobrevivir mientras que él buscaba *morir*. Todos ellos habían ido a batallar contra la Legión Ardiente por una razón totalmente opuesta a la suya.

— Acepto que es posible que muera en batalla..., y ese sería un destino glorioso para un orco, chamán..., pero me siento muy avergonzado por haber intentado alcanzar mi destino a costa, tal vez, de aquellos que combatieron contra el mal para salvar sus vidas y las de los demás.

Tyrande clavó su mirada en los ojos del orco. Aunque los demás lo consideraran una mera bestia, una vez más había hablado con elocuencia, con mucho sentido. Le acarició esa áspera mejilla y sonrió levemente. Que arrogante era su pueblo al fijarse solo en el aspecto y no en el corazón y el intelecto.

## El Alma Demoníaca

— No tienes por qué confesarte ante mi Broxigar. Ya te has confesado ante tu corazón y tu alma lo cual quiere decir que los espíritus y Elune han escuchado esas palabras de remordimiento. Comprenden que te has percatado de cuál es la verdad de las cosas y que te arrepientes de lo que pensaste con anterioridad.

— Entonces, gruñó y, para su sorpresa, le besó la mano.

— Aun así, te doy las gracias, chamán.

En ese momento, los cuernos rugieron. Tyrande acarició con premura al orco en la frente y recitó una breve oración.

Sea cual fuere el destino que te reserva la batalla, Broxigar, la Madre Luna velará por tu espíritu.

— Muchas gracias por decir eso, chamán. Ya no te molestaré más. Brox alzó su hacha en señal de respeto y se marchó al trote. Tyrande observó cómo el orco se desvanecía entre los demás combatientes y, a continuación, se volvió al oír una señal que indicaba que su hermandad la necesitaba de manera urgente. Tenía que estar preparada para encabezar la marcha de su propio grupo en cuanto la hueste iniciara la marcha. Tenía que estar lista para enfrentarse al destino que Elune le tenía *reservado*.

Y era consciente de que eso implicaba también otras cuestiones al margen de la batalla inminente.

— Han incorporado soldados de dos asentamientos más del noroeste —comentó Rhonin mientras él y Krasus cabalgaban.

— Tengo entendido que son muchos, unos quinientos.

— La Legión Ardiente puede traer a ese mismo número de tropas en sólo unas cuantas horas, tal vez incluso menos.

El mago pelirrojo contempló cariacontecido a su antiguo mentor.

— Si nada de esto va a servir para nada, entonces..., ¿Por qué nos tomamos la molestia? ¿Por qué no nos sentamos en la hierba y aguardamos a que los demonios nos rebanen el gaznate? —a renglón seguido, adoptó una expresión burlona de sorpresa. — ¡Oh espera! ¡Eso no fue lo que sucedió! Los elfos de la noche sí que lucharon... ¡Y ganaron!

— ¡Calla! —exclamó Krasus entre siseos, a la vez que lanzaba a Rhonin una dura mirada tan iracunda como la que el humano le había lanzado. — No estoy subestimando los refuerzos, sino que me limito a señalar los hechos. Y otro hecho que hay que recordar es que nuestra mera presencia aquí y la existencia de esa anomalía en el tiempo abren la puerta a la posibilidad de que lo que *sucedió* en el pasado tal vez no suceda esta vez. Hay muchas, muchísimas posibilidades de que la Legión Ardiente *triunfe* en esta ocasión... y de que todo lo que sabemos sobre el pasado nunca vaya a ocurrir.

— ¡No permitiré que eso suceda! ¡No puedo permitirlo!

— Para la eternidad, el destino de tu compañera Vereesa y tus gemelos aún no nacidos son insignificantes, Rhonin..., pero lucharé por ellos con las mismas ganas que lucharé por el futuro de mi propio vuelo, por muy monstruoso que este sea incluso aunque obtengamos la victoria.

## El Alma Demoníaca

Rhonin se sumió en el silencio. Sabía tan bien como el mago dragón cuál era el destino que aguardaba al Vuelo Rojo. Aunque la Legión Ardiente fuera destruida en esta época, los dragones iban a seguir sufriendo de un modo terrible. Alamuerte el Destructor se encargaría de que acabaran bajo el control de los orcos, sobre todo los pertenecientes al Vuelo Rojo de Krasus, para que los utilizaran como bestias de guerra. Muchos, muchísimos dragones acabarían muriendo de un modo absurdo.

— Pero las llamas de la esperanza volvían arder para todos nosotros. —añadió Krasus, quien apartó la mirada momentáneamente. — Y eso, más que cualquier otra cosa, me reafirma en mi decisión de que más que la historia no debe cambiar.

— Sólo sé lo que ocurrió gracias a los relatos conservados por los magos de Dalaran, Krasus, tú lo sabes por haber vivido en esta era...

Esa figura delgada que recordaba a un elfo siseó de nuevo.

— Lo que recuerdas sobre esos escritos es casi con toda seguridad más preciso que mi propia memoria repleta de lagunas. He llegado a la conclusión de la irrupción de Nozdormu en mis pensamientos, aunque fue muy útil a la hora de que emprendiéramos esta misión, fue también demasiado para mi mente, ya que al asimilar por completo su mensaje perdí otros recuerdos. —Nozdormu, el Aspecto del Tiempo, había sido quien había avisado a Krasus de la inminente crisis. Sin

embargo, ahora, ni siquiera en ese periodo histórico, no se podía contactar con el colosal dragón de color de la arena, por lo que Krasus temía que se hallara, en todas sus encarnaciones, atrapado en la anomalía. — Me temo que nunca recordaré por completo esta época histórica... y las lagunas de mi memoria me bastan para alimentar esta incertidumbre que siento acerca del devenir del futuro de las cosas.

— Entonces solo nos queda luchar y esperar que suceda lo mejor.

— Sí, tal y como ha hecho todo el mundo en toda y cada una de las batallas que se han librado a lo largo de la historia.

El humano barbudo asintió de un modo sombrío.

— Lo cual me parece bien.

Las fuerzas elfas seguían avanzando, recorriendo kilómetros y más kilómetros sin pausa ni demora. La mayoría de los soldados marchaban con buen ánimo, puesto que parecía que el enemigo no se mostraba muy deseoso de que sus espadas entrecocaran. Gracias a un oído mucho más agudo que el de cualquiera de las criaturas que lo rodeaban, Krasus escuchó como los soldados comentaban que, en gran parte, las víctimas de la destrucción y muerte que habían provocado los demonios habían sido inocentes a los que habían pillado desprevenidos, pero en cuanto se habían enfrentado a una defensa organizada, los demonios habían acabado siendo masacrados; algunos incluso se atrevían a afirmar que si los elfos de la noche hubieran perseguido a la Legión Ardiente hasta Zin-Azshari después de la primera batalla en vez de retirarse a reponer fuerzas y acumular tropas, la guerra ya habría acabado.

## El Alma Demoníaca

Tales comentarios inquietaban a Krasus; una cosa era ir a batallar con confianza, y otra muy distinta, creer que se iba a derrotar al enemigo con tanta facilidad. Los elfos de la noche tenían que entender que la Legión Ardiente era la muerte encarnada.

Dirigió la mirada hacia el único elfo de la noche que parecía ser consciente de todo eso. Aunque Krasus recordaba que Malfurion sería una pieza clave para ganar esa lucha, no recordaba exactamente ni cómo ni por qué. El hecho de que fuera el primero de los druidas de su especie era un aspecto a tener en cuenta, pero no el único. El mago dragón había decidido que habría que protegerlo por encima de todo.

Cuando la noche estaba a punto de acabar, los exploradores regresaron de repente del sudeste. Cresta Cuervo había previsto que una serie de mensajeros fueran y vinieran continuamente para cerciorarse de que contaba con la información más precisa y actualizada posible.

Los tres elfos de la noche parecían hallarse bastante desaliñados. No cabía duda de que habían obligado a cabalgar a sus jadeantes sables de la noche al galope durante cierto tiempo. Tenían el rostro sudoroso y la ropa mugrienta. Tras detenerse únicamente a beber agua, informaron de lo que habían descubierto.

— Una pequeña columna enemiga avanza sin prisa pero sin pausa por la región de Dy-Jaru, mi señor. —dijo el explorador



de más alto rango. — Hemos visto humo y fuego y avistado a algunos refugiados que se alejaban de ella.

— ¿Con cuántas tropas cuenta el enemigo?

— Es difícil saberlo con seguridad, pero son muchas menos que con las que cuenta esta hueste, de eso no hay duda.

Cresta Cuervo se mesó la barba, meditabundo.

— ¿A dónde se dirigen esos refugiados?

— Según parece, a Halumar, mi señor, pero no llegarán ya que los demonios les pisan los talones.

— ¿Podremos interponernos entre ellos y el adversario?

— Sí, si nos damos prisa, pues la distancia que los separa no es muy amplia.

El noble extendió un brazo en dirección de uno de sus ayudantes.

— Dame el mapa.

De inmediato le entregó el mapa correcto a Cresta Cuervo. Lo desenrolló y a continuación, ordenó a los exploradores que señalaran los lugares donde se encontraban los refugiados y la Legión Ardiente. En cuanto tuvo esa información, asintió:

— Aunque habrá que acelerar el paso y preparamos para enfrentarnos a ellos a plena luz del día, podemos lograrlo. Además, seguiremos recorriendo el camino que lleva a Zin-Azshari. Podemos permitirnos el lujo de desviarnos levemente.

## El Alma Demoníaca

— Sobre todo si así logramos salvar la vida a unos cuantos inocentes. —murmuró en voz baja dirigiéndose a Brox.

Krasus se inclinó hacia delante.

— ¿Pudiste ver con claridad a los demonios? ¿De qué tipo eran?

— La mayoría eran de esos a los que llaman guardias viles.

Otro de los demás exploradores añadió:

— Pude ver a un par de canes y a uno de esos demonios alados, a un guardia apocalíptico.

El mago dragón frunció el ceño.

— Un destacamento variopinto y con escasos efectivos.

— No cabe duda de que han debido adelantar al grupo principal impulsados por sus ansias de guerrear. —aseveró lord Cresta Cuervo. — Les enseñaremos que es sabio ser prudente... aunque no vivirán lo suficiente para apreciar el valor de esa lección.

Entonces, dio esta instrucción a sus oficiales

— ¡Den la orden! ¡Vamos a encontrarnos con ellos!

El ejército cambió de dirección casi al instante. Los elfos de la noche avanzaban con ímpetu, dispuestos no solo a salvar a unos congéneres, si no a saborear las mieles de la primera victoria a lo largo de su gran marcha hacia la capital.

Illidan y la Guardia Lunar cambiaron de posición, ocupando unas zonas situadas a lo largo y ancho de la hueste. Las Hermanas de Elune hicieron lo mismo, se dividieron en grupos, dispuestas a ayudar en todo lo que fuera necesario, ya fuera tanto para curar como guerrear. Como Rhonin, Krasus y Brox eran los únicos extranjeros entre esas fuerzas, permanecieron juntos, aunque ambos magos habían acordado que Rhonin vigilaría a Illidan en cuanto se iniciara la batalla, puesto que ninguno de los dos confiaba en que este fuera a mostrar cautela alguna.

Malfurion se quedó con ellos, en gran parte porque Cresta Cuervo todavía no tenía nada claro cómo podía aprovechar las inusuales habilidades que poseía este. Como la unidad del capitán Cantosombrío defendía a los cuatro, el noble estaba seguro de que el druida estaría suficientemente bien protegido como para poder decidir por sí solo qué tipo de ataques serían útiles para acabar con los demonios.

Tras haber estado estudiando con Cenarius todo el día y cabalgando casi toda la noche con la inminente batalla en mente, Malfurion notó que el agotamiento se apoderaba de él. El semidiós le había enseñado a extraer energías de un modo mejor del mundo natural, y Malfurion esperaba poder tener la oportunidad de hacerlo antes de que los elfos de la noche se encontraran con la Legión Ardiente.

El sol se alzó en el horizonte y se desvaneció rápidamente dentro de una espesa y baja capa de nubes que, en realidad, beneficiaba a la hueste. Si bien los conjuros que Krasus y Rhonin se habían lanzado sobre ellos mismos, así como sobre

## El Alma Demoníaca

Brox, permitieron a los tres que su vista se acostumbrara al instante a esa luz cambiante, los soldados en gran parte tuvieron que hacerlo de un modo normal, por lo cual les llevó más tiempo. La capa de nubes era un cierto alivio para esa raza nocturna y avivó las llamas de su entusiasmo ante el inminente conflicto.

Los exploradores seguían partiendo y llegando para recopilar información. Los demonios aún no habían dado alcance a los elfos de la noche que huían, pero se acercaban peligrosamente. Un decidido Cresta Cuervo animó a sus guerreros a avanzar. Envío a un gran destacamento de jinetes de sables de la noche, ya que había planeado atacar a la Legión Ardiente desde ambos flancos.

En cuanto recibieron la noticia de que la hueste se estaba interponiendo ya entre los refugiados y sus perseguidores, el noble ordeno que sonaran los cuernos. Al oír la señal, los soldados se prepararon para entrar en batalla.

Por último, mientras avanzaban en avalancha por una serie de colinas bajas, los elfos de la noche se toparon con el enemigo.

Los demonios ígneos habían arrasado cada centímetro de esas tierras, dejando todo abrasado. Tras su paso, no quedaba nada vivo. Esas tierras muertas que Krasus había contemplado mientras iba montado sobre Korialstrasz se extendían hasta el horizonte y el horror que eso suponía reafirmó aún más a los paladines en sus intenciones.

— Es tal y como nos habían informado los exploradores. — masculló el dueño y señor del Bastión del Cuervo Negro, a la vez que desenvainaba su espada. — Mejor aún. Vamos a enseñarles que han cometido una necedad al arrasar nuestras bellas tierras.

Krasus observó con detenimiento a esa horda. Aunque seguían siendo un formidable adversario, no conformaban una fuerza que los elfos de la noche no pudieran destruir sin problemas.

— Mi señor, le sigo recomendando cautela...

Pero Cresta Cuervo ya no le escuchaba. El viejo elfo de la noche blandió su espada dos veces adelante y atrás, y todos los cuernos de la hueste bramaron a la vez lanzando un solo grito al unísono, los elfos de la noche descendieron sobre esos demonios.

La Legión Ardiente no flanqueó al verse atacada por una fuerza superior en número. Más bien demonios ataviados con armaduras rugieron anhelantes, ansiosos por provocar otra carnicería como la que ya habían provocado en Kalimdor. Se olvidaron de los refugiados y arremetieron contra los elfos de la noche.

Una serie de dos notas agudas fue seguida casi al instante por una lluvia de flechas que taparon el cielo. Como unas almas en pena plañideras, los proyectiles cayeron entre esos monstruosos guerreros, atravesando gargantas, extremidades y cabezas. Los demonios tanto muertos como heridos, caían

## El Alma Demoníaca

por doquier, obligando así a los demás a avanzar más lentamente, ya que tenían que pasar por encima de ellos.

Un relámpago dorado impactó justo en el centro de esa horda, lanzando por los aires a guardias viles a diestro y siniestro. Cachos de carne y el icor que era la sangre de los demonios cayeron cual diluvio sobre los supervivientes. Krasus miró a la izquierda y vio que Illidan se reía al comprobar que su primer ataque había tenido un gran éxito. De inmediato, el joven hechicero dio instrucciones a varios miembros de la Guardia Lunar para que conformaran un patrón mágico similar al que habían empleado en la primera batalla contra la Legión Ardiente. Illidan planeaba extraer energía de sus camaradas cuya potencia amplificaría al pasar por él.

El mago dragón frunció el ceño. Tales tácticas solían agotar más a los que proporcionaban ese poder que al que lanzaba el hechizo. Si no prestaba atención al estado en que podían hallarse sus compañeros, Illidan podía llegar a debilitarlos tanto que fueran incapaces de defenderse de los eredar si estos decidían atacarlos individualmente.

No obstante, enseguida dejó de preocuparse por las consecuencias que podría tener esa negligencia cometida por el hermano de Malfurion para poder centrarse únicamente en el enemigo. Por primera vez, Krasus lanzó un conjuro sin contar con la ayuda de la presencia de Korialstrasz. Aunque no sabía qué esperar, cuando notó cómo el poder se acumulaba dentro de él, el viejo mago sonrió.

Un viento espantoso barrió la parte central de la vanguardia de los demonios, empujando a esos guerreros cornudos unos contra otros, e incluso provocando que alcanzaran a sus compañeros con sus propias armas. El caos se desató ahí entre el enemigo.

Los elfos de la noche se aprovecharon del desconcierto. En cuanto los primeros soldados alcanzaron a los demonios, masacraron suma rapidez a aquellos a quienes se enfrentaron. Las líneas de la vanguardia de la Legión no podían mantenerse unidas ni ordenadas.

Los guardias viles fueron cayendo por decenas mientras pretendían reagruparse en vano.

Otra andanada de flechas diezmó sus filas situadas más atrás. En cuestión de minutos, una cuarta parte de la horda yacía muerta o moribunda. Krasus debería haberse sentido más confiado, pero seguía pensando que estaban ganando la batalla con demasiada facilidad. La Legión Ardiente nunca había caído de un modo tan sencillo.

Sin embargo, no podía comentar esta sospecha con los demás.

Brox se había mezclado con los combatientes y, de algún modo, había logrado colocarse en primera línea. A lomos de su sable de la noche, blandió su hacha colosal a diestro y siniestro. Las hojas del arma de orco solo dejaban muerte a su paso. La cabeza de un demonio sobrevoló a Brox mientras el guerrero de piel verde gritaba desafiante al enemigo.

## El Alma Demoníaca

Entretanto. Rhonin estaba lanzando una serie de sortilegios cuya potencia despertó la envidia de Krasus. El mago pelirrojo era capaz de lograr que esas llamas verdes, que formaban parte integral de los demonios, ardieran con fuerza inusitada y, en cierto sentido, se consumieran a sí mismos. Cayeron uno tras otro, quedando reducidos rápidamente a cenizas y unos pequeños fragmentos de armadura. El rostro de Rhonin era de los más sombríos que Krasus había visto entre los defensores, el mago dragón no albergaba ninguna duda de que antiguo alumno pensaba constantemente en su esposa y sus hijos aún no nacidos, cuyo futuro dependía, literalmente, de que ganaran esa guerra.

Pero ¿Dónde estaba Malfurion? Aunque al principio el mago larguirucho era incapaz de divisar al druida, al final logró ver al joven elfo de la noche en la retaguardia de la hueste. Malfurion permanecía sentado tranquilamente sobre su montura con los ojos cerrados y totalmente concentrado. En un primer momento Krasus no sintió nada, pero entonces notó cierta presión en el suelo, una presión que se desplazaba hacia la Legión Ardiente. Gracias a sus sentidos mágicos pudo seguir su recorrido, picado por la curiosidad de querer saber que iba a pasar.

De improviso, bajo las primeras hileras de la horda, brotaron unas raíces. Raíces de árboles, de hierba... cualquier tipo de raíces que uno pudiera imaginar. Krasus se dio cuenta de que Malfurion había hecho no solo que surgieran de ese terreno aún sin arrasar, sino que crecieran lo máximo posible, como nunca habrían podido haberlo hecho la mayoría de ellas en unas condiciones normales.



Un guerrero cornudo se trastabilló y, acto seguido, lanzó, sobresaltado, un rugido al caer hacia delante, justo sobre la hoja de un elfo de la noche. Una bestia vil gruñó y mordisqueó a la nada mientras se le enredaban en las raíces sus descomunales zarpas. Por todas partes, los demonios se tropezaban, perdían el equilibrio y hacían todo lo posible por mantenerse en pie. Como eran una presa tan fácil, decenas y decenas más perecieron por culpa de las raíces. Sin embargo, Krasus se percató de que ninguno de los elfos de la noche tenía el más mínimo problema con esos zarcillos. De hecho, en diversas ocasiones, las raíces se apartaron y abrieron el camino a los soldados, contribuyendo así a la causa.

Ahora que menos de la mitad de los demonios seguían luchando, la victoria estaba al alcance, sin duda alguna...; aun así, Krasus no confiaba en que la hueste pudiera triunfar. A pesar de que contempló detenidamente todo cuanto estaba sucediendo, no halló nada que justificara su inquietud.

Nada, salvo un demonio alado solitario que se elevaba hacia el manto de nubes. Krasus observó cómo ascendía y, de inmediato, lanzó un hechizo.

Detuvo a la criatura justo antes de que pudiera desvanecerse entre las nubes. La propia niebla envolvió como una mortaja a ese alto guerrero de la Guardia Apocalíptica, de tal manera que las alas se le quedaron pegadas al cuerpo, a ese cuerpo enfundado por una armadura. Aunque el demonio se resistió, no pudo hacer nada. Un instante después, cayó como un proyectil letal sobre sus camaradas.

## El Alma Demoníaca

Krasus no se congratuló por lo rápido que había reaccionado, sino que espoleó a su montura para que se dirigiera hacia lord Cresta Cuervo, pues quería hablar con el noble, por desgracia, Cresta Cuervo se alejó de él mientras intentaba dar órdenes a algunos de sus soldados.

El mago dragón clavó la vista en las nubes. Sí, aún había una posibilidad. Si lograba avisar a los elfos de la noche con rapidez, se podría evitar el desastre.

Entonces, un cosquilleo le recorrió por entero. Krasus perdió el control de sus miembros. Se desplomó sobre los hombros de su pantera y se habría caído de ella si esa bestia no hubiera sido tan corpulenta. Krasus se dio cuenta demasiado tarde de que su preocupación por el destino de la hueste le había hecho bajar la guardia y dejado desprotegido momentáneamente ante el ataque de un brujo eredar.

Mientras luchaba para contrarrestar ese encantamiento, la vista se le fue a Krasus hacia el cielo. Las nubes se habían vuelto más gruesas y se habían oscurecido. Parecían combarse bajo su propio peso...

No..., todo lo que vería era una mera ilusión, y lo sabía. Krasus combatió tanto contra el ataque del brujo como contra la visión del firmamento y, al fin, logró hacer que cayera el velo que los demonios habían conjurado encima del tormentoso cielo. Las

Richard A. Knaak

hinchidas partes inferiores de las nubes se desvanecieron, revelando la verdad.

Desde el firmamento, la Legión Ardiente cayó sobre los defensores como una tromba de agua.



## CAPÍTULO SEIS

**M**alfurion percibió que algo iba mal, a pesar de que su conjuro estaba funcionando a la perfección, las plantas se habían mostrado deseosas de satisfacer su deseo, puesto que consideraban que los demonios eran una abominación. Las había persuadido silenciosamente para que se expandieran mucho más de lo normal y, acto seguido, las había manipulado para que se asemejaran más a los tentáculos de un kraken que a unas meras raíces. Al hacer eso, había facilitado que los soldados pudieran matar a muchos de esos demonios.

No obstante, gracias a sus agudos sentidos, pudo percibir una anomalía en otro lugar situado lejos de la batalla, la cual dedujo que debía de ser un conjuro de protección. Sin abrir los ojos,

Malfurion expandió su conciencia y descubrió que la fuente de esa maldad no se hallaba en el suelo, sino más bien allá en lo alto.

En las nubes.

Utilizando la visión que le habían conferido los poderes que le había enseñado Cenarais, el druida se adentró mentalmente en esa capa de nubes en busca de lo que se intentaba esconder en ella.

En su mente, Malfurion vio a centenares de demonios voladores.

La mayoría de ellos eran guardias apocalípticos y eran tantos que Malfurion dio por supuesto que habían sido traídos de otros lugares para sumarse a esa horda y lanzar ese ataque. Eran una visión horrible de contemplar, con esas armas aterradoras y esos rostros espeluznantes. Ellos solos ya eran un adversario bastante terrible al que enfrentarse.

Sin embargo, entre ellos volaban unos seres aún más inquietantes. Se trataba de los brujos eredar, de los que había decenas y decenas. Pese a que carecían de alas, se mantenían flotando en el aire gracias a una serie de sortilegios. Mientras los observaba, Malfurion concluyó que algunos de ellos centraban sus esfuerzos en mantener ese espejismo en pie, mientras que otros se dedicaban a buscar los puntos débiles de las fuerzas de los ellos de la noche.

## El Alma Demoníaca

Aunque esa amenaza fuera horrible, lo que se acercaba hacia la batalla surcando el cielo, por detrás de la Guardia Apocalíptica y los eredar, fue lo que realmente hizo que Malfurion se estremeciera sobremanera. Como si hubieran sido lanzados por un millar de catapultas, unas piedras colosales y en llamas descendían con una terrible precisión a través de las nubes. El druida redobló sus esfuerzos, evitando en todo momento ser detectado por los sentidos de los brujos, y pudo ver qué eran en realidad.

Infernales.

Súbitamente, Malfurion abrió los ojos y gritó a todo aquel que le pudiera oír:

— ¡Vigilen el cielo! ¡Nos van a atacar desde el cielo! — Fugazmente logró captar la atención de lord Ojo Estrella, pero el noble se limitó a mirar en dirección hacia él y aspirar algo por ña nariz y, al instante, volvió a centrar su atención en las filas diezmadas de los demonios. Malfurion espoleó a su montura y agarró a uno de los centinelas.

— ¡De la voz de alarma! ¡Los demonios nos van a atacar a través de las nubes!

Sin embargo, el soldado lo miró desconcertado, pues no entendía lo que decía. La ilusión se mantenía allá arriba, por lo cual, cualquiera que mirara hacia el cielo seguramente pensaría que el druida estaba loco. Entonces, al fin, Malfurion vio a otro que si parecía comprenderlo. Krasus apareció en su campo de visión, el misterioso y pálido mago, parecía hallarse presa del

frenesí por alguna razón. En cuanto sus miradas se cruzaron, ambos se dieron cuenta de que ambos sabían lo que estaba ocurriendo. No obstante, Krasus no señaló a Cresta Cuervo, sino a Illidan. Malfurion asintió, ya que había entendido de inmediato qué quería decir; el druida tenía que advertir de lo que sucedía a uno de los pocos capaces de reaccionar rápidamente ante la amenaza que se cernía sobre sus cabezas.

— ¡Illidan! —gritó Malfurion, poniéndose en pie sobre el sillín, con la esperanza de que su gemelo pudiera verlo. Sin embargo, Illidan estaba demasiado ensimismado con sus conjuros como para percatarse de cualquier otra cosa.

Malfurion se concentró y pidió al viento que lo ayudara. En cuanto este se mostró de acuerdo, le solicitó que centrara sus fuerzas en un lugar concreto. El druida se lo señaló con un dedo y se frotó una mejilla dos veces.

De improviso, su hermano, a su vez, se llevó una mano a la mejilla, ya que el viento había imitado el gesto de Malfurion. Illidan miró hacia atrás y vio a su gemelo.

Malfurion señaló hacia el cielo e hizo un gesto de advertencia. Illidan estuvo a punto de girarse, pero Malfurion se enfureció y le lanzó una mirada iracunda. Su hermano, al fin, alzó la vista.

En ese momento, los primeros demonios atravesaron aquel espejismo.

Los eredar atacaron en el mismo instante en que fueron visibles, lanzando hechizos al unísono que barrieron las líneas

## El Alma Demoníaca

de los elfos de la noche. Unos goterones cayeron sobre los soldados, por los cuales no se preocuparon hasta que la primera de esas gotas atravesó ardiendo la armadura y la carne. Aquellos sobre los que habían caído chillaron al mismo tiempo que la lluvia se convertía en un monstruoso aguacero. Los elfos de la noche se desplomaron retorciéndose mientras se les abrasaban los rostros.

Malfurion habló con el viento de nuevo y le pidió que alejara ese torrente de su gente. Mientras hacía esto, percibió que tanto Illidan como la Guardia Lunar lanzaban sus propios conjuros.

Uno de los brujos explotó lanzando un chillido y un miembro de la Guardia Apocalíptica, situado cerca de este, también pereció. Sin embargo, cuando los hechiceros elfos de la noche intentaron matar a los demás, sus ataques se toparon con un escudo invisible.

Aunque el fuerte viento que el druida había invocado alejó ese espeluznante diluvio, el daño ya estaba hecho. Las líneas de los defensores flaquearon.

Entonces, los infernales cayeron del cielo.

La primera oleada no llegó a tocar el suelo. Dos explotaron y varios más rebotaron súbitamente en el aire, volando en direcciones caprichosas mientras se alejaban de los elfos de la noche. Un relámpago azul atravesó a uno, dos, tres demonios sucesivamente y con gran celeridad.



A pesar de los esfuerzos de los hechiceros, los magos y el druida, no pudieron con todos los infernales, pues eran demasiados. Uno de ellos alcanzó la parte central de la línea ya arrasada con catastróficos resultados. Si una decena de catapultas hubieran lanzado una serie de proyectiles cargados con pólvora explosiva, no habrían hecho ni una mínima parte de daño que había causado ese único demonio.

Como si se tratara de unas hojas barridas por el viento, los elfos de la noche salieron despedidos en todas direcciones. La onda expansiva del impacto empujó a unos cuantos más al suelo, donde la Guardia Vil, rápida y cruelmente acabó con ellos.

Más infernales atacaron de manera rápida y sucesiva. La vanguardia de los defensores se sumió en el caos. Y lo que era aún peor, todo demonio colosal que aterrizaba se levantaba a continuación del cráter humeante que había abierto y se llevaba por delante a los elfos de la noche que encontraba a su paso.

Las potentes raíces que Malfurion había convocado resultaron ser ineficaces a la hora de detener a esos infernales, cuyos rostros eran unas calaveras, las cuales las partían como si fueran ramitas. Decenas y decenas de esos colosos llameantes atacaron a los elfos de la noche, desatando el caos allá por donde pasaban.

Entonces, una laza, que había sido soltado por un soldado caído se elevó en el aire justo delante de un infernal, envuelta en un fulgor azul, salió disparada súbitamente hacia el demonio, a una velocidad que hacía que el infernal pareciera lento y torpe

## El Alma Demoníaca

por comparación. Mientras volaba hacia el demonio con máxima precisión, la lanza creció y su punta se transformó en una especie de aguja muy afilada.

Atravesó a ese infernal con tal facilidad que el demonio, en un primer momento, no fue consciente de que estaba muerto. El gigante profirió un grito ahogado y, acto seguido, se retorció descontroladamente. El impulso que llevaba hacia delante se vio interrumpido en cuanto la lanza, propulsada por la magia, siguió su trayecto por el aire.

Como si pesara tanto como un infante, el enorme infernal fue arrastrado hacia atrás. La lanza siguió acelerando y se clavó en otro infernal que acababa de salir de un cráter. El demonio únicamente tuvo tiempo para mirarla con los ojos desorbitados mientras era empalado.

Sin que su velocidad menguara lo más mínimo, la lanza mágica acertó a otro tercer infernal al que pilló desprevenido. Únicamente entonces, su impulso cesó y el misil y sus víctimas ensartadas cayeron sobre los muertos.

Un ceñudo Rhonin, que se hallaba junto a Malfurion, asintió satisfecho. Pero justo cuando daba la impresión de que los defensores iban a poder volver las tornas de la batalla en su favor, unos cuernos sonaron al norte.

— ¡La Legión! —vociferó Krasus. — ¡Se acercan por el otro lado!

Ahora, al final, conocían del todo la horrenda verdad. Como si emergiera de la misma tierra, una horda inmensa había

aparecido en el norte y se había abalanzado sobre los soldados. Al igual que los que se encontraban en el cielo, un conjuro los había mantenido ocultos. Ahora, avanzaban en tropel como un enjambre de hormigas. Si bien los elfos de la noche lucharon con gran valor, sus líneas fuertemente castigadas cayeron ante esa nueva carnicería.

Los demonios habían planeado esa trampa a la perfección, habían utilizado a su favor la arrogancia de los elfos de la noche. Lo que Cresta Cuervo había considerado que sería una refriega sin importancia, una victoria fácil con la que infundir valor a las tropas, había resultado ser, en realidad, una argucia siniestra cuyas secuelas serían desastrosas.

— ¡Tenemos que retiramos! —exclamó Rhonin. — ¡Es la única salida que nos queda!

En un principio, dio la sensación de que lord Cresta Cuervo no estaba dispuesto a hacer lo que había que hacer. No se dio ninguna señal de retirada, a pesar de que la presión de los demonios era terrible. Los infernales proseguían cayendo sobre los elfos de la noche y los eredar, algunos de los cuales protegían al resto, lanzaban un hechizo malévolo tras otro. Malfurion y sus compañeros ya no podían atacar, pues debían hacer todo lo posible para, simplemente defenderse de gran parte de los asaltos de los brujos. Incluso la Guardia Lunar poco más podía hacer, aparte de escudar a esa hueste tan castigada.

Entonces, al fin, los cuernos dieron la señal de retirada. No obstante la Legión Ardiente no les dio cuartel y los defensores debían pagar cada paso atrás que daban con sangre.

## El Alma Demoníaca

— ¡Estamos sufriendo demasiadas bajas! —exclamó Krasus entre siseos a la vez que se acercaba druida. — ¡Debemos abrir un hueco entre ellos y nosotros!

— Pero ¿cómo? —preguntó Malfurion.

El semblante del delgado mago se tornó aún más sombrío.

— ¡Debemos dejar de luchar contra los eredar y concentrarnos únicamente en mantener el grueso de los demonios alejados de nosotros!

— ¡Pero los brujos nos atacarán despiadadamente mientras hacemos eso! Matarán a infinidad de soldados...

— ¡Y muchos *más* perecerán si seguimos retrocediendo a ritmo de caracol!

Por mucho que deseara oírla, Krasus decía la verdad. La Guardia Vil estaba causando estragos entre los elfos de la noche a diestro y siniestro; acabando con cualquier enemigo que se hallara a su alcance. Por otro lado, los eredar necesitaban un cierto tiempo para lanzar sus hechizos y, si bien gracias a ellos causaban un daño terrible, en esos instantes, en general, causaban menos bajas que las hojas de sus camaradas.

— ¡Debes decirle a tu hermano que haga lo mismo que vamos a nosotros! —le indicó el mago.

— No me va a hacer caso. No en ese aspecto.

Sin lograr que Illidan alzara la mirada hacia el cielo había sido bastante complicado, convencerle de que debía hacer lo que Krasus quería llevaría demasiado tiempo, si es que eso era posible.

— Yo lo haré —sugirió Rhonin. — Tal vez a mí sí me escuche.

Era cierto que Illidan admiraba al humano, ya que Rhonin era capaz de realizar conjuros que ni siquiera el gemelo de Malfurion era aún capaz de lanzar. Illidan, prácticamente, lo consideraba un shan'do.

— Haz lo que puedas —le dijo Krasus a Rhonin.

Mientras el mago de cabello rizado del color del fuego se marchaba a lomos de su montura, Malfurion inquirió:

— ¿Y ahora qué hacemos?

— Cualquier cosa que nos permita alejarnos de ellos.

Aunque el druida esperaba recibir una respuesta más concreta, comprendía que Krasus no quisiera imponer su criterio en ese aspecto. Todo iría mejor si cada uno de ellos hiciera lo que creyera más conveniente, puesto que el modo de obrar del viejo mago no tenía que coincidir necesariamente con los métodos de Malfurion.

Krasus no esperó a ver qué iba a intentar hacer el elfo de la noche, sino que hizo un gesto en dirección al campo de batalla. En un principio, Malfurion fue incapaz de deducir qué estaba

## El Alma Demoníaca

haciendo, pero entonces se percató de que los demonios de la vanguardia parecían encogerse entre treinta centímetros y algo más de medio metro. Un momento después, se dio cuenta de que intentaban avanzar, pero lo hacían a duras penas, ya que una ciénaga había surgido de manera repentina bajo sus pies. Los que iban detrás de ellos se apiñaban mientras intentaban seguir batallando hasta alcanzar un suelo más firme.

En vez de intentar contraatacar, de un modo muy inteligente, los elfos de la noche decidieron proseguir su retirada. No obstante, Krasus únicamente había logrado ayudarles en *una* zona de la batalla; en otras Malfurion pudo comprobar que los demonios seguían impartiendo muerte entre los defensores. De inmediato, se agachó y volvió a hablarle a las plantas, para pedirles que lo ayudaran con sus raíces una vez más. Éstas sabían que los elfos de la noche se hallaban en una situación desesperada y que, en cuanto se marcharan, la Legión Ardiente acabaría con todo rastro de vida en esa región, incluida la vegetal, así que le ofrecieron toda la ayuda que pudieron sin pedir nada a cambio.

Las lágrimas anegaron los ojos de Malfurion, pues era consciente del sacrificio que estaban haciendo, y preparó el encantamiento con sumo cuidado. Las raíces se alzaron de nuevo pero en más cantidad que antes conformando un auténtico bosque del revés. Los demonios se abrieron camino como pudieron con sus hojas entre esos fuertes zarcillos. Incluso los infernales aminoraron su avance. A pesar de que el druida sintió cada uno de los cortes que sufrieron las raíces, su conjuro había obtenido el efecto deseado. Los elfos de la noche se alejaban cada vez más y más de su taimado enemigo.

Entonces, de manera inesperada, llegaron refuerzos por el sur, se trataba de un grupo de jinetes montados en sables de la noche. Malfurion se había olvidado por completo de las tropas que había enviado Cresta Cuervo anteriormente. Aunque eran menos de los que recordaba, no luchaban con menos furia. Varias de las panteras habían sufrido diversas heridas y más de un jinete parecía magullado, pero aun así lograron abrir una brecha en la Legión Ardiente, consiguiendo de esta manera que sus camaradas a pie ganaran unos cuantos segundos muy valiosos para poder huir.

— ¡El norte! —vociferó Krasus. — ¡Céntrate en el norte!

Aunque no podían ver con su vista normal el combate que se estaba librando el norte, tanto Malfurion como el mago conocían otros métodos que les permitían observarlo, el druida expandió mente en búsqueda de pájaros o insectos alados. Si bien no halló ninguno de los primeros, sí dio con algunos de los segundos. Incluso la fauna más diminuta era consciente de que quedarse cerca de esos demonios suponía la muerte. No obstante los escarabajos con los que se topó y, que estaban huyendo aceptaron ser sus ojos.

A través del peculiar sentido de la vista de esos animales, el druida pronto pudo contemplar que ocurría en el otro extremo de la batalla. Lo que vio hizo que se le encogiera el corazón. Las tropas de la Legión Ardiente, cuyo número era mayor de lo que jamás había visto, se llevaban por delante a esos soldados como una avalancha. Los muertos yacían desperdigados por el suelo por doquier. Unos rostros aterrados muy parecidos al suyo miraban sin ver ya a aquello que los había matado. Las

## El Alma Demoníaca

bestias viles lanzaban por los aires a los muertos, mientras que los demás demonios se esforzaban denodadamente para añadir más víctimas a esas montoneras de cadáveres.

Malfurion buscó alguna criatura o planta que pudiera utilizar, pero al parecer ahí solo había escarabajos. La brisa empujó a uno de esos insectos, lo cual le dio al fin una idea al druida. Habló con el viento a través del escarabajo; primero, le dijo lo mucho que admiraba cuando se transformaba en un intenso vendaval; luego, lo convenció de que le demostrara hasta dónde llegaban sus fuerzas.

Con suma amabilidad, el viento hizo lo que le había pedido, creando así un torbellino. Malfurion lo animó a esforzarse aún más, y el torbellino fue adquiriendo cada vez más fuerza y tamaño, de tal modo que enseguida logró que los enormes demonios parecieran enanos por comparación. Al mismo tiempo que aumentaba de tamaño, su capacidad destructora se multiplicó por cien.

Cuando ya era lo bastante potente, el druida lo dirigió hacia los demonios de la primera línea.

En un primer momento, la Legión Ardiente ignoró ese viento feroz..., hasta que engulló a los primeros y los lanzó por los aires hacia una muerte segura. Los que se encontraban más cerca huyeron en todas direcciones; sin embargo, en esos instantes, el torbellino que ya se había transformado en un potente tornado los perseguía de un modo implacable. Malfurion no sintió ninguna compasión por aquellos demonios



y esperaba que muchos de sus camaradas se acabaran sumando a ellos.

— No peques de exceso de confianza —oyó decir a Krasus. — Estas estratagemas han hecho ganar tiempo a nuestro ejército, pero nada más.

Si bien no hacía falta que le dijera eso al druida, este no replicó

Los elfos de la noche se encontraban en una situación que era imposible volver las tornas de la batalla. Lo único que habían conseguido Malfurion y los demás taumaturgos era que los soldados pudieran sobrevivir.

Como consideraba que no había hecho suficiente, Malfurion buscó, a través de los ojos del escarabajo, cualquier otra cosa que pudiera utilizar para combatir a los demonios. Los insectos volaron valientemente por encima de la Legión Ardiente, proporcionándole así cinco puntos de vista a la vez. Seguramente, tenía que haber *algo* que...

El druida gritó, ya que algo había agarrado a uno de los escarabajos y lo había aplastado hasta matarlo. De manera inmediata, dos de los supervivientes se alejaron revoloteando, pero los dos que se quedaron se giraron, facilitando de este modo que el tembloroso elfo de la noche pudiese atisbar qué era lo que había matado al desafortunado insecto.

En medio de aquellos demonios, se hallaba una figura de piel oscura que destacaba sobre el resto de la Legión Ardiente por su tamaño. Avanzaba dando grandes zancadas, como un

## El Alma Demoníaca

gigante entre sus hijos al mismo tiempo que dirigía con gran clama los monstruosos ataques de esos guerreros temibles. A Malfurion le recordaba vagamente a un eredar, pero éste era muy superiores a ellos, al igual que los eredar era superiores a los infernales. Vestía unas intrincadas hombreras de placas de armadura y escrutada el violento campo de batalla con indiferencia, analizándolo todo. Ese colosal demonio abrió la mano derecha de la que cayeron los restos de caparazón que eran lo único que quedaba del escarabajo...; a renglón seguido miró fijamente a uno de los insectos que todavía usaba Malfurion como ojos.

Y se adentró en la mente del druida

— *Así que eres tú... el causante de esto.*

Malfurion notó una tremenda presión en la cabeza. Tenía la sensación de que se le estaba expandiendo el cerebro y este presionaba con fuerza al cráneo por dentro.

Aunque Malfurion intentó pedir ayuda a gritos, la boca no le respondía. Presa de la desesperación el druida buscó la ayuda de cualquier cosa que se hallara cerca del demonio, algo que distrajera a su atacante antes de que fuera demasiado tarde.

En las entrañas de la tierra, algo se estremeció. Las propias rocas, las formas de vida más antiguas y duras, se despertaron de su sueño eterno. En un principio, reaccionaron de manera furiosa contra Malfurion, pues pocas cosas les importaban más que su sueño. Pero el druida rápidamente logró que centraran su atención en las consecuencias de la destrucción que estaba

llevando a cabo la Legión Ardiente sobre todo en las secuelas que sufría el propio paisaje.

Muy pocos, eran capaces de entender que la piedras estaban vivas, y mucho menos que estas eran capaces de percibir el mundo. Ahora estos seres a los que había despertado habían descubierto la espantosa verdad sobre esos demonios: que ni siquiera la misma tierra podría escapar de morir a sus manos, que la espeluznante magia que formaba parte consustancial de los demonios lo mataba *todo*; todo, daba igual lo profundamente enterrado que se hallara, nada escaparía.

Y ese funesto destino lo sufrirían también las rocas. Además, aquellas que yacían enterradas bajo la Legión Ardiente carecían ya de cualquier clase de conciencia, puesto que sus esencias vitales habían sido destruidas con la misma facilidad que las hojas de las armas de la Guardia Vil habían matado a los elfos de la noche.

Malfurion hincó una rodilla en tierra mientras el ataque del demonio seguía aplastándole con fuerza el cráneo. Le resultaba imposible pensar. El druida estaba perdiendo la conciencia...

El suelo retumbó. Malfurion hincó ambas rodillas en él. De un modo extraño, la presión que notaba en la cabeza menguó.

A través de los ojos de los escarabajos, observó cómo se abrían unas grietas alrededor de la monstruosa figura que lo había atacado. Un demonio más pequeño que se encontraba cerca se tambaleó y cayó en una fisura, la cual, de inmediato se cerró. Los demás demonios se alejaron de esa área en diversas

## El Alma Demoníaca

direcciones dejando a su gigantesco líder abandonado a su suerte.

A pesar de que el adversario de Malfurion seguía mostrando un semblante imperturbable, no cabía duda de que todos sus esfuerzos estaban centrados en evitar caer en uno de los muchos abismos cada vez más vastos que lo rodeaban, el siniestro coloso intentó agarrar a uno de los escarabajos, pero Malfurion ordenó inmediatamente a las criaturas que aún estaban vivas que se alejaran.

Mientras éstas se retiraban, el druida pudo ver que el demonio estaba trazando un círculo a su alrededor. Una inmensa esfera verde cobró forma, que protegió a su ocupante del terrible terremoto y flotó por encima del caos, mientras los demás demonios inferiores caían en las nuevas quebradas.

Con esos profundos y monstruosos orbes que tenía por ojos contempló a su vez a esos insectos que se batían en retirada.

— *La próxima vez que nos veamos, te reconoceré, insecto...*

No se refería a los escarabajos, más bien a Malfurion. Mientras su enemigo desaparecía de su vista, el druida fue consciente que también reconocería a ese demonio la próxima vez que se encontraran. Malfurion sospechaba que sabía cuál era su nombre, puesto que aquel ser solo podía ser uno de los espeluznantes comandantes de esa monstruosa horda.

Sin lugar a dudas, únicamente podía tratarse de *Archimonde*.

Alguien lo agarró de un hombro y eso provocó que su enlace telepático con los escarabajos se rompiera. De manera instintiva, Malfurion se imaginó que algún otro demonio lo iba a desmembrar de un momento a otro, pero esas manos lo agarraron con delicadeza; además, oyó una voz suave y afectuosa.

— Te tengo, Malfurion. —le susurró al oído Tyrande.

Él se limitó a asentir, Malfurion notó vagamente que ya no se encontraba a lomos de su sable de la noche y se preguntó qué habría sido del animal. Tyrande lo llevó con sumo cuidado hasta su propia montura. Con una fuerza sorprendente, la joven lo alzó y lo colocó justo delante de ella, luego espoleó al descomunal felino.

Con el corazón aún desbocado, Malfurion fue capaz de atisbar ciertos retazos de aquel desastre mientras la sacerdotisa de Elune se lo llevaba de ahí, centenares de soldados avanzaban rápida y arduamente por ese paisaje ondulado, al mismo tiempo que, en la lejanía, unos demonios los perseguían. En varios lugares unas llamas se alzaron entre ambas fuerzas, y aquí y allá alguna explosión provocada por algún conjuro se veía enfatizada por algunos gritos; no obstante, no podía discernir si se trataba de elfos de la noche o demonios. En un momento dado, Malfurion entrevió el estandarte personal de lord Cresta Cuervo ondeando en el aire, pero ahí lo había ni rastro del noble.

Una serie de rostros ocuparon fugazmente su campo de visión mientras el sable de la noche llevaba tanto a él como a Tyrande

## El Alma Demoníaca

a un lugar seguro. En el rostro de los soldados ya no quedaba nada del ansia del triunfo. En su lugar, se podía ver la terrible verdad: que era más que posible que los elfos de la noche pudieran *perder* esa batalla.

Al ver esto, debió de gemir, ya que Tyrande se agachó y le susurró al oído:

— No temas, Malfurion... Te curaré las heridas en cuanto podamos detenemos.

El druida logró girarse y contemplar su rostro, el cual se hallaba oculto en gran parte por el yelmo de guerra de su hermandad. El resto visible estaba cubierto de mugre... y sangre. Por la determinación de la que hacía gala Tyrande, Malfurion dio por sentado que esa sangre no era suya. Pensó que era muy probable que ella se hubiera adentrado en el corazón de la batalla mucho más que él, lo cual le dejó anonadado, pues siempre había considerado que las mujeres de su orden eran más delicadas, a pesar de portar armadura.

— T-Tyrande —acertó a decir, al fin, el druida. — ¿Y los demás?  
— He visto a Broxigar, a los magos y a tu hermano. Incluso al vetusto capitán Cantosombrío, quien los guiaba como un pastor protector.

Estas últimas palabras las pronunció a la vez que se dibujaba en su semblante una sonrisa muy breve.

— ¿Y Cresta Cuervo?

— Sigue siendo el amo y señor del Bastión del Cuervo Negro.

Así que, a pesar de las innumerables bajas, la base fundamental de la hueste seguía intacta. Aun así, ni Cresta Cuervo ni sus muchos taumaturgos habían sido capaces de evitar el desastre.

— Tyrande...

— Calla Malfurion. Si tenemos en cuenta todo lo que te ha ocurrido me sorprende que todavía seas capaz de hablar.

Si bien era consciente que Archimonde le había lanzado un ataque mental muy intenso, no sabía cómo ella había sido capaz de percibirlo

De repente la sacerdotisa lo abrazó con fuerza. A pesar de que Malfurion agradeció mucho ese gesto, no le gusto de ningún modo la ansiedad que se escondía tras él.

— ¡En verdad, Elune ha debido de velar por ti! Han caído tantos a tu alrededor hechos pedazos, incluso tu propia montura acabó destrozada, siendo un horrendo amasijo de carne y huesos..., pero tú estás casi ileso.

Hechos pedazos..., su propio sable de la noche desmembrado..., ¿Qué había pasado a su alrededor? ¿Por qué no se había percatado de esa masacre? ¿Cómo era posible que hubiera sobrevivido a todo eso si, además, había estado sufriendo un ataque mental? El mero hecho de pensar en el dantesco espectáculo que había tenido lugar a su alrededor sin que fuera consciente de ello le hizo estremecerse.

## El Alma Demoníaca

Aunque Malfurion carecía de respuestas ante esas preguntas, sí era capaz de comprender una cosa: había sobrevivido al asalto feroz de uno de los archidemonios. Por un lado, podía sentirse agradecido de haber sobrevivido de manera milagrosa, por otro lado, era consciente de que Archimonde iría a por él. Volverían a encontrarse, eso era prácticamente seguro.

Y cuando eso sucediera Malfurion sabía que el señor demonio haría todo lo posible para cerciorarse de que la próxima vez no tuviera ninguna escapatoria posible.





## CAPÍTULO SIETE

**S**i bien Peroth'arn entró agotado en su cámara personal, por fin podía recuperar levemente las fuerzas que había invertido al trabajar constantemente en el portal. Antes de marchar para asumir el mando en persona de la horda demoníaca, Archimonde había trazado un plan conciso mediante el cual el portal se iría adaptando gradualmente para poder soportar la entrada del gran Sargeraz. Al contrario que Mannoroth, que obligaba a los hechiceros Altonatos a trabajar por muy menguados que se hallaran sus poderes. Archimonde era consciente de que los elfos de la noche no sobrevivirían el tiempo necesario para cumplir su deber si no se les daba la oportunidad de dormir o comer. Sí, los obligaba a trabajar muy duro, pero esos descansos habían permitido que el trabajo

## El Alma Demoníaca

realmente avanzara como nunca antes lo había hecho, incluso bajo la guía de lord Xavius.

Al pensar en su antiguo amo, Peroth'arn no pudo evitar mirar hacia atrás. La habitación (una pequeña cámara que contaba con una cama de madera, una mesa y un candil) estaba repleta de sombras, cada una de las cuales recordaba al hechicero a esa cosa que había emergido del portal después del glorioso Archimonde. Lo que más escalofrió le daba al Altonato era que esa bestia bípeda hubiera sido antaño Xavius. Todos le habían tenido miedo al concejero de la reina cuando éste era uno de ellos, pero ahora su mera presencia irradiaba una perturbadora aura que, últimamente incluso inquietaba a Peroth'arn en sueños.

Mientras intentaba olvidarse de esas preocupaciones, el elfo de la noche contempló la cama con desdén. Aunque estaba tan centrado en su trabajo como todos, al ser uno de los Altonatos estaba acostumbrado a disfrutar de unos aposentos mucho mejores. Echaba de menos su residencia y a su pareja, a las cuales no había visto desde hace días; Mannoroth no había permitido que nadie dejara el palacio, y en ese aspecto, tanto él como Archimonde se habían mostrado completamente de acuerdo. Por tanto, los hechiceros debían dormir donde pudieran; en este caso, en los aposentos que anteriormente habían pertenecido a los oficiales de la guardia. El capitán Varo'then se los había ofrecido voluntariamente a los taumaturgos pero Peroth'arn habría jurado que el soldado de la cicatriz lo había hecho esbozando una sonrisilla irónica. Varo'then y sus subalternos estaban acostumbrados a llevar una vida más espartana, y Peroth'arn sospechaba que les

alegraba que los hechiceros tuvieran que sufrir esas incomodidades ahora por el bien de la causa.

No obstante, en cuanto el Señor de la Legión entrara, todo habría merecido la pena. Purificarían el mundo de todo ser impuro, de todo ser indigno. Únicamente los Altonatos los súbditos más perfectos de Azshara, sobrevivirían. Peroth'arn y el resto que eran como él poblarían una tierra renovada, rehecha, en la que se fundaría paraíso que superaría cualquier sueño.

Aunque después de eso aún habría mucho trabajo que hacer por supuesto. Tal y como les había explicado la reina, era necesario que la Legión Ardiente arrasara todo lo que ya existía. Había que hacer tabla rasa, el mundo debía empezar de cero. A pesar de que se esperaba mucho de los Altonatos, la recompensa a sus esfuerzos sería infinita.

Sintiéndose un mártir Peroth'arn suspiró al sentarse en la dura cama, entro lo primero que iba pedir se encontraba el poder gozar de un sitio donde dormir más blando y opulento.

Acababa de apoyar la cabeza en ese bulto gris que hacía de almohada cuando oyó que alguien le susurraba al oído:

— Tanto sacrificio..., tantas privaciones inmerecidas...

Como un rayo, Peroth'arn se incorporó. Una vez más, recorrió con la mirada toda la estancia, pero no vio nada, salvo esas horribles paredes que carecían de todo adorno y el escaso y adusto mobiliario.

## El Alma Demoníaca

— Verse obligado a vivir de un modo tan miserable... cuando deberías ser admirado, mi estimado Peroth'arn...

La única reacción del Altonato fue respirar hondo al ver cómo una sombra se separaba del resto en una esquina. Unos ojos de ónice con vetas rubíes se clavaron en el sobresaltado hechicero.

— Xavius...

En cuanto este se acercó a Peroth'arn, unas pezuñas de sátiro repiquetearon levemente.

— En su día, respondí a ese nombre cuando estaba vivo — murmuró. — Pero para mí ya no significa lo mismo que entonces.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

Xavius se rio entre dientes; sus risas se asemejaban mucho al balido de esa criatura a la que tanto se parecía.

— Sé que eres ambicioso, Peroth'arn. Sé bien cuáles son tus sueños y lo mucho que te has esforzado para poderlos alcanzar.

A pesar de que desconfiaba de ese ser cornudo, el elfo de la noche se sintió halagado, pues nadie más parecía comprender lo mucho que había aportado a la causa, ni siquiera la reina o Archimonde.

— Sí, te exigí mucho, pero porque esperaba mucho de ti, amigo

Peroth'arn nunca había sido consciente de eso, por lo cual oír esas palabras de boca de su antiguo amo hizo que se sintiera henchido de orgullo. Lord Xavius había colocado el listón muy alto y era toda una referencia para los demás Altonatos a la hora de evaluar sus capacidades. Había sido un gran maestro sin parangón en el campo de las artes mágicas ¿Quién si no, habría sido capaz de sacrificar sus propios ojos para poder entender mejor los poderes que dominaban?

El concejero había pedido a los demás hacer sacrificios que él hubiera hecho antes.

— Me... Me siento honrado.

El sátiro cornudo ladeó la cabeza y sonrió de oreja a oreja. Por alguna razón Peroth'arn no tuvo la sensación de que sonrisa fuera tan amenazadora como anteriormente.

— No..., soy *yo* el que se siente honrado buen Peroth'arn... Y ahora estoy aquí con la esperanza de que pueda sentirme aún más honrado

— No lo entiendo mi... no lo entiendo

— ¿Un poco de vino?

La figura provista de unas pezuñas invocó una botella que apareció de la nada en el aire y se la ofreció al elfo de la noche. Peroth'arn la abrió y olió. El aroma embriagador estimuló ampliamente sus sentidos. No había duda de que se trataba de vino de flor de arcoíris. Su favorito.

Xavius se acercó aún más y se inclinó.

— Es de la bodega de la reina... —afirmó, con una mirada maliciosa. — Pero espero que este secreto quede entre nosotros, ¿Eh?

En un primer momento, el mero hecho de pensar en que iban a cometer una ofensa tan burda contra Azshara dejó al hechicero estupefacto, pero luego lo embargó la emoción, puesto que Xavius había traicionado a la reina sólo por complacer a Peroth'arn. Azshara había ejecutado a súbditos leales por mucho menos.

— Si supiera esto, el capitán Varo'then pondría el grito en el cielo. —comentó Peroth'arn.

— Él es uno de los nuestros... y, por lo tanto, no debemos preocuparnos por lo que opine.

— Cierto.

Para el resto de los Altonatos, el capitán y sus soldados eran un mal necesario. A pesar de que, sin ningún género de dudas, eran unos siervos de la reina carecían de sangre noble y la pompa y boato de los demás. La mayoría de los Altonatos los despreciaban como desdeñaban a aquellos que, en su día, habían vivido más allá de los muros del palacio, aunque nunca dejaban que tal desprecio se reflejara en sus semblantes, ya que el capitán Varo'then era más que capaz de despachar con discreción a aquellos que le mostraban una actitud despectiva.

— Bebe —le exhortó Xavius, alzando la botella.

Como ya tenía la boca de la botella cerca de los labios, Peroth'arn consideró que ya no había ninguna razón que justificara sus titubeos. Dejó que el delicado líquido fluyera por su lengua y descendiera por su garganta. Un cosquilleo le recorrió el cuerpo entero mientras tragaba ese vino añejo tan excepcional.

— Esta recompensa que se había demorado demasiado. — aseveró Xavius.

— Pero solo es una de muchas.

— Deliciosa.

Su interlocutor provisto de pezuñas asintió. Cuanto más tiempo pasaba sentado con el sátiro, menos temía Peroth'arn a Xavius. El antiguo consejero le estaba mostrando el respeto que tanto, tantísimo se merecía, lo cual era realmente todo un honor para el elfo de la noche, puesto que Xavius era ahora un siervo muy respetado del gran Sargerias, ¿verdad? ¿Acaso ahora no era más importante para el Señor de la Legión que todos los Altonatos juntos?

— Él también te observa —comentó el sátiro con suma calma, como si le estuviera contando un secreto a un camarada de confianza.

— ¿«El»? Te refieres a...

— *Todos* nos hallamos bajo su sabia mirada, a pesar de hallarnos tan lejos de él. —entonces, señaló al hechicero con un dedo esbelto. — Pero algunos son observados con más detenimiento que otros..., con la esperanza que puedan estar destinados a alcanzar una grandeza aún mayor.

## El Alma Demoníaca

Peroth'arn se quedó sin saber qué decir. ¿Sargerass también lo había elegido a él? Dio un buen trago al vino, con los ojos desorbitados mientras cavilaba. Oh, cuánto le habrían envidiado los demás.

— Para sus enemigos, Sargerass es la muerte encamada, pero para aquellos que lo sirven bien, es pura benevolencia. — Xavius acercó la botella de nuevo a los labios de Peroth'arn. — Me trajo del más allá. Me trajo de vuelta y no solo me insufló vida otra vez, sino que me otorgó un puesto especial a su lado.

El sátiro se estiró cuan largo era y, de este modo, mostró todo su cuerpo a Peroth'arn, quien lo consideró, en ese momento, un regalo de valor incalculable del gran dios. Xavius ahora era mucho más de lo que había sido en su vida anterior. Tenía unos rasgos más anchos, más imponentes. Xavius parecía más fuerte, más ágil, a pesar de tener pezuñas. También era evidente que ahora dominaba incluso aún más las artes mágicas. Peroth'arn podía percibir el tremendo poder que irradiaba de su antiguo amo y, de repente sintió una punzada de envidia. Ese era un poder que él también se merecía.

Tal vez fuera el vino el que provocara que Peroth'arn bajara la guardia a la hora de ocultar sus emociones, ya que, de improviso, Xavius se alejó de él como si alguien lo hubiera empujado. El sabio estuvo a punto de fundirse de nuevo con las sombras. Peroth'arn aferró la botella con fuerza, pues temía haber ofendido a alguien bendecido por aquel dios.



Sin embargo, con la misma rapidez con la que se había retirado, Xavius volvió a aproximarse a él. El sátiro se alzaba imponente sobre el elfo de la noche sentado, al mismo tiempo que miraba fijamente a los ojos a Peroth'arn. El hechicero no podía apartar la mirada.

— No... —susurró Xavius, dirigiéndose en parte a sí mismo. — Es demasiado pronto..., pero... él dijo que debía dar con aquellos que fueran dignos..., tal vez podría..., sí..., pero para aceptar esa pesada carga, se necesita fuerza y determinación..., espero que *tú* poseas esa determinación, ¿Verdad, amigo Peroth'arn?

Peroth'arn se levantó de la cama de un salto y exclamó:

— ¡Poseo toda la fuerza y determinación que sean necesarias! ¡Haría cualquier cosa para ser más digno de mi reina y Sargerass! ¡Concédeme la oportunidad de ser uno de los dignos, te lo ruego!

— Si te la concediera, recorrerías un sendero Pavoroso, estimado Peroth'arn... ¡Pero te haría muy superior a los demás Altonatos! ¡Te hallarías bajo mi guía! ¡Todo aquel que te contemplara sabría que has sido bendecido por el Señor de la Legión! ¡Tu poder sería diez veces mayor, e incluso más! ¡Serías la envidia de todos los demás, pues serías el primeo en unirse a mí!

— ¡Sí! —rugió el elfo de la noche. — ¡Haré lo que haga falta lord Xavius! ¡No reniegues de mí! ¡Soy digno, te lo juro! ¡Concédeme este don!

## El Alma Demoníaca

La figura cornuda sonrió abiertamente, un gesto que, en ese momento, no provocó que dominara la ansiedad a su interlocutor sino que lo llenó de esperanza.

— Sí, mi estimado Peroth'arn..., te creo. Creo que, en efecto, eres digno de adoptar el aspecto de uno de sus siervos de mayor confianza como he hecho yo.

— Lo soy.

— Tu mundo no solo nunca será el mismo.... sino que será mucho mejor.

Peroth'arn dejó la botella sobre la cama y, a continuación, hincó una rodilla en el suelo.

— Si puedo ser aceptado aquí y ahora, pido que así sea. ¡Por favor, di que es posible!

Su sonrisa se volvió aún más amplia.

— Oh, puede hacerse ahora mismo.

— Entonces, te lo ruego, Xavius... ¡hazme a tu imagen y semejanza! ¡Dame la bendición de Dios para que pueda ser un siervo aún más perfecto! ¡Soy digno de ella!

— Como desees.

Tras dar un paso atrás, dio la impresión de que Xavius crecía, hasta el punto de que ocupó todo el campo de visito de Peroth'arn. Las vetas rubíes de los ojos del sátiro centellearon intensamente.

— Al principio, tal vez te cause dolor. —murmuró al converso, pero no te quedará más remedio que soportarlo.

Xavius alzó sus garras bien alto...

En cuanto el hechizo lo alcanzó, Peroth'arn chilló. Se sintió como si le estuvieran arrancando la carne del cuerpo pedazo a pedazo, hasta quedar solo los huesos. La agonía superaba todo lo imaginable. Se le llenaron los ojos de lágrimas y, como era incapaz de articular palabra alguna, imploró a base de gemidos que el dolor cesara. Esto no era lo que había deseado.

— No. —respondió el sátiro, ignorando sus ruegos. — Debemos acabar ya.

Los gritos alcanzaron unos niveles de horror. Lo que hasta entonces había sido Peroth'arn apenas era ya reconocible para su compañero Altonato. Su cuerpo mutaba constantemente, empujado lenta y deliberadamente por el poder de Xavius para transformarse en lo que este deseaba. Los gritos se convirtieron en sollozos, pero esto no distrajo al sátiro, que prosiguió con su siniestra tarea, con independencia de lo fuertes que acabaran siendo los chillidos.

— Si... —dijo Xavius, con un cierto brillo en sus orbes impíos. Déjate llevar por el dolor. Déjate llevar por la furia. Nadie que se encuentre fuera de esta cámara te oirá. Puedes gritar cuanto quieras... como hice yo. —Su amplia sonrisa se tornó cruel, bestial. — Es poco sufrimiento para obtener la recompensa de la gloria de Sargerass...

## El Alma Demoníaca

\*\*\*\*\*

Los elfos de la noche habían pensado que los demonios dejarían de perseguirlos en algún momento. Esperaban que, en cuanto regresaran a Suramar, al menos tendrían la posibilidad de reagruparse y mantener a raya al enemigo. Y estaban seguros de que, si todo lo demás fallaba, el Bastión del Cuervo Negro se convertiría en su santuario.

Pero se equivocaron de cabo a rabo. Rhonin y Krasus fueron capaces de comprender por qué antes de que lo hicieran lord Cresta Cuervo o cualquiera de los demás elfos de la noche, ya que habían sido testigos de lo que era capaz de hacer Archimonde, el siniestro gigante que, por una buena razón, comandaba la Legión gracias a la infecta bendición de su amo.

— No nos va a dar ningún respiro —dijo el mago dragón, expresando así en voz alta lo que ambos llevaban pensando cierto tiempo. Se tocó distraídamente el pecho en la zona donde se había pegado la escama. Al recordar la implacabilidad impía de Archimonde.

— Archimonde prefería que esos demonios acabaran desplomados de agotamiento antes que darnos una tregua. — admitió Rhonin. — Pero todos nosotros nos extenuamos mucho antes que ellos.

Los elfos de la noche intentaron en vano que su retirada concluyera en Suramar, aunque sólo fuera para tiempo con el fin de que pudieran preparar el Bastión para recibirlo. A pesar de que apenas era lo bastante grande como para albergar a la población de la zona y no podría dar cubijo al enorme ejército

de Cresta Cuervo había reunido, el noble esperaba que si podía defenderse desde ese lugar, insuflaría de nuevo valor y esperanza a sus seguidores, sin embargo, eso no iba a ser así, ni siquiera tuvieron tiempo de entrar en el edificio. Los soldados aguantaron lo necesario como para que los civiles pudieran huir tras ellos, pero eso no fue todo. No tuvieron la oportunidad de preparar el Bastión del Cuervo Negro, y hay que reconocer que Cresta Cuervo no buscó refugio ahí mientras la Legión Ardiente destrozaba todo lo demás.

— ¡Nunca habría pasado que el bastión fuera a ser tan inútil! — exclamó ante Illidan. — Pero esta hueste sigue siendo muy grande a pesar de las tremendas bajas que hemos sufrido; además, si permaneciéramos aquí, los demonios aniquilarían a los que se quedaran fuera y luego harían que muriesen de hambre los que se quedaran dentro.

— ¡Estoy seguro de que podríamos sobrevivir a un asedio! — insistió el gemelo de Malfurion.

— ¡Contra otros, sí, pero estos no se cansarán y se marcharán sin más! ¡Destruirán a todos cuantos nos rodean y, después, aguardarán a lo inevitable! — El barbudo elfo de la noche negó con la cabeza, — ¡No permitiré que nuestro final sea tan innoble!

En menos de un día, abandonaron Suramar y la dejaron en manos del enemigo, a pesar de que eran conscientes de que no quedaría nada que reconstruir, aunque fueran capaces de derrotar al final a la Legión Ardiente. Allá por donde pasaban esos demonios, solo quedaban ruinas. Antes de que la ciudad se perdiera de su vista en la lejanía por última vez, los defensores pudieron ver cómo unos árboles descomunales

## El Alma Demoníaca

caían, cómo las murallas se derrumbaban ante ese violento e implacable ataque.

No obstante, aunque gran parte de la Legión Ardiente estaba centrada en destruir Suramar, las fuerzas que perseguían al ejército enemigo, seguían dándole caza como si no hubieran perdido ni un solo efectivo. Por ahora, la única pequeña ventaja que habían obtenido tras esa larga retirada era que ya no había ninguna amenaza aérea. Si bien los eredar todavía lanzaban todos los hechizos que podían para hostigar a los elfos de la noche, los grandes esfuerzos que habían hecho los habían dejado claramente agotados. Los ataques de los infernales también habían menguado; al menos, los procedentes del cielo. Sin embargo, seguían abriendo paso a los demás demonios por tierra; arremetiendo contra las líneas de los defensores siempre que había alguna oportunidad.

A pesar de que el día dio paso a la noche y luego la noche dio paso al día, el ejército de Cresta Cuervo seguía viéndose obligado a retroceder. Más de un jinete se quedó dormido sobre su sable de la noche, y muchos soldados de a pie los miraron con envidia. Los más fuertes ayudaron a los que empezaban a flaquear. Pero lo peor era que el número de refugiados que iban por delante de los soldados iba en aumento a cada hora que pasaba, y estos carecían de la coordinación y resistencia de los combatientes. Tras varias generaciones en las que había reinado la paz, no estaban preparados para una catástrofe de tal magnitud, por lo cual el ejército pronto acabó mezclándose, muy a su pesar, con los civiles extenuados

— ¡Sigán hacia allá! —vocifero Jarod Cantosombrío a una serie de figuras que avanzaban a paso lento por delante de él y sus tropas. — ¡No pueden pararse aquí en medio! ¡Sigán avanzando!

Krasus frunció el ceño.

— Esto sólo puede empeorar, Cresta Cuervo no podrá mantener el orden ni siquiera entre sus soldados si estos se mezclan demasiado con los refugiados. Eso es justo lo que quiere Archimonde.

— Pero ¿Qué podemos hacer?

Rhonin tenía unas profundas ojeras. Al igual que los demás no había descansado de verdad desde antes que les tendieran la trampa. De todos ellos, sólo Brox parecía hallarse entero. Como había crecido en tiempos de guerra, el orco se había visto muchas veces a pasar muchos días sin dormir para sobrevivir. Aún así, incluso él daba la impresión de estar dispuesto a echar una cabezada si se daba la oportunidad.

De hecho, fue Brox quien respondió a la pregunta de Rhonin, pero no con palabras. Como su propio grupo había acabado atrapado por el flujo de refugiados al igual que el resto de ese ejército, el orco decidió actuar. El orco se abrió paso a empujones por delante de Jarod y la escolta y rugió a la parte más cercana de esa muchedumbre blandiendo su hacha por encima de su cabeza; de ese modo, conformaba una estampa digna de contemplar que provocó que los temerosos elfos la noche le dejaran un hueco por el que pasar.

## El Alma Demoníaca

— ¡No! —bramó, ¡Sigán adelante! ¡No vayan para allá! ¡Sólo avancen! ¡Ayuden a los demás!

Mientras compañeros lo observaban, esa grotesca figura comenzó a guiar a los refugiados como si hubiera hecho lo mismo con reses u ovejas toda su vida. Ninguno de los elfos de la noche reaccionó de un modo que pudiera enfurecerlo, sino que obedecieron sus órdenes al pie de la letra.

Jarod rápidamente lo imitó, dando instrucciones a la unidad compuesta de guardias a que se desplegaran a lo ancho para empujar a los civiles a avanzar por delante de su grupo. Pronto se restableció en orden y, en cuanto más oficiales se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, una verdadera línea fue cobrando forma. Con sumo cuidado y gran meticulosidad, la hueste armada guió a todos los demás. Los elfos de la noche avanzaron en conjunto a un ritmo mayor.

No obstante, la Legión Ardiente seguía empujándolos. Entonces Krasus divisó una montaña en la lejanía, una que despertó un vago recuerdo en él. Miró a Jarod y le preguntó.

— Capitán Cantosombrío, ¿cuál es el nombre de ese pico ominoso?

— Ese monte se llama Hyjal, maestro Krasus.

— El monte Hyjal... el mago frunció los labios. Tanto nos han obligado a retroceder.

Rhonin se fijó en la expresión de Krasus y, acto seguido, le habló en voz baja, para que solo él lo oyera.



— ¿Recuerdas ese nombre?

— Sí..., eso significa que los elfos de la noche se hallan en una situación extremadamente desesperada.

El humano resopló.

— Eso es algo que ya sabíamos.

La mirada de Krasus se tornó aún más sombría

— No podemos seguir retrocediendo más. La hueste debe plantar cara al adversario, Rhonin. Si nos retiramos más allá del monte Hyjal, entonces seguramente, todo estará perdido.

— ¿Has recordado algo?

— Tal vez sea una mera cuestión de sentido común. Sea como fuere, mantengo que no podemos retroceder más allá de esa montaña. A pesar de lo que diga la historia, soy incapaz de imaginarme una victoria de los elfos de la noche si no logramos detenernos.

— Pero lord Cresta Cuervo ya está haciendo todo lo que puede y nos hemos quedado agotados mientras ganábamos tiempo.

— Entonces, debemos hacer más. —El mago dragón se enderezó todo cuanto pudo a lomos de aquel sable de la noche.

— Siempre que pueda dar con Malfurion, ya que ahora necesitaríamos de todas sus habilidades.

— La última vez lo vi en compañía de la sacerdotisa Tyrande. Estaba lo más pálido que podría estar alguien de su especie. Debía de haber batallado contra algo que había estado a punto de destruirlo.

— Sí, creo que se enfrentó a Archimonde.

## El Alma Demoníaca

— Si fuera así, Malfurion estaría muerto.

Krasus hizo un gesto de negación con su cabeza.

— Pues no es así... y por eso desearía que estuviera aquí ahora. No obstante, con él o sin él, debemos iniciar de nuevo un ataque.

— ¿Iniciar un nuevo *qué*?

El antiguo mentor de Rhonin se giró en dirección hacia los demonios

— Sí, debemos retomar la ofensiva.

\*\*\*\*\*

Los dragones de toda la existencia estaban reunidos en la Cámara de los Aspecto, adonde Alexstrasza y Neltharion los habían llevado. Los cuatro Aspectos presentes dirigían las actividades, asistidos únicamente por sus consortes y los del ausente Nozdormu. Los demás dragones ya lo habían dado todo; sin embargo aquellos que poseían un gran poder y que aguardaban ahora su turno. Debían obrar con más delicadeza.

Los tres consortes del Guardián de la Tierra permanecían escondidas tras él. Aunque eran más grandes que Korialstrasz, seguían siendo pequeñas en comparación con el macho negro. Mientras las observaba con detenimiento, el consorte más joven de Alexstrasza se fijó en que parecían ser meras sombras del Guardián de la Tierra, ya que todos sus movimientos eran una mera reacción a lo que Neltharion hacía o decía. Al dragón

rojo esto le resultaba perturbador, pero nadie más pareció darse cuenta.

Los machos esmeraldas que asistían a Ysera eran delgados; prácticamente, parecían unos espectros si se les comparaba con los demás grandes leviatanes. Aunque lo más inquietante de ellos era que, al igual que su señora, iban de aquí para allá con los ojos cerrados en todo momento. No obstante, se podía apreciar que movían los ojos bajo esos párpados. Los dragones verdes existían en todo momento en dos planos, aunque solían decantarse por el Sueño Esmeralda casi siempre. Pese a que eran silenciosos y tranquilos, Korialstrasz pudo percibir cómo estos evaluaban la situación detenidamente gracias a sus sentidos mágicos.

Malygos y sus consortes eran justo todo lo contrario. Se hallaban constantemente en movimiento, empujándose unos a otros, mirando aquí, allá y a todas partes. Poseían unas escamas que relucían con leves destellos mágicos y en las que se alternaban los colores blanco y azul; a veces, cambiaban de un color a otro de manera caprichosa. A Korialstrasz le parecían más agradables que los dragones verdes y negros.

Casi tan solemnes como Ysera y sus consortes, eran las compañeras de Nozdormu. Eran de color bronce y poseían la misma textura arenosa que el Aspecto. Pero eran más sólidas que ese monarca del Tiempo de naturaleza casi líquida. Korialstrasz se preguntaba dónde se había metido exactamente Nozdormu y porque se estaba perdiendo esos acontecimientos. Por la escasa información que había podido obtener de su

## El Alma Demoníaca

reina, daba la impresión de que ni siquiera las consortes de ese Aspecto sabían con certeza que había ocurrido.

Aun así, la esencia del Atemporal estaba allí presente, y eso era lo más importante. Entre las garras la mayor de las hembras se hallaba un reloj de arena, hecho de lo que parecía ser pura luz solar dorada. Dentro de él, unas relucientes arenas de color bronce fluían, pero no hacia abajo, sino hacia arriba. Una vez la parte superior se llenaba, descendían para más tarde iniciar su viaje hacia arriba de nuevo.

Esas arenas formaban parte de Nozdormu, quien las había separado de su propio ser por si acaso su vuelo debía afrontar alguna urgencia. Se suponía que todos los Aspectos se habían desprendido de una parte de su esencia, puesto que eran mucho más que unas bestias enormes, que unos reptiles colosales. Eran las encarnaciones de las fuerzas más poderosas del mundo, la misma esencia de su ser, había sido creada por aquellos que habían dado forma al mundo. Si bien era cierto que se encontraban sometidos a las leyes terrenales, también lo era que estaban muy por encima de los dragones, tanto como los dragones normales lo estaban de las razas más jóvenes.

Los diversos Vuelos ya habían ido presentado sus ofrendas de manera alternativa. Ahora solo quedaban dos dragones por hacerlo y el último, irónicamente, era Korialstrasz.

Por alguna razón, no se sintió especialmente honrado por ello.

Pero antes de que Korialstrasz se presentase al resto, la esencia del Atemporal tenía que mostrarse. Saridormi, la principal consorte del Aspecto llevaba el reloj de arena con gran delicadeza en la garra delantera izquierda mientras se acercaba al Alma de Dragón.

La creación de Neltharion flotó en el mismo centro de la cámara, al mismo tiempo que su forma sencilla irradiaba un fulgor temible y majestuoso. Todos se vieron bañados por un arcoíris de colores que de una manera para nada azarosa, coincidía con las tonalidades de los dragones.

— Vengo en representación de Aquel Que No Tiene Fin, De Aquel Que Ve el Pasado, el Presente y el Futuro. —recitó Saridormi, quién alzó el reloj de arena por encima del brillante disco reluciente. — ¡En su nombre, añado su fuerza, su poder, *su mismo yo*, a esta arma que utilizaremos para combatir a los adversarios que atacan nuestro reino!

Acto seguido, con su potente garra, la gigantesca dragona apretó el reloj de arena y lo rompió.

La arena que era la esencia de Nozdormu no cayó al suelo para formar un montón, tal y como Korialstrasz esperaba, sino que giró en el aire (Como si fuera un ser vivo y consciente) y trazó una serie de movimientos en espiral sobre el Alma de Dragón. Mientras giraba una leve llovizna bronce cayó sobre el disco. Cada partícula que impacto contra él lanzó un destello y, a renglón seguido, se desvaneció en su interior.

## El Alma Demoníaca

Un fulgor brillante inundó la cámara en cuanto el último grano se adentró en él, un luminoso rayo de sol cegó momentáneamente a Korialstrasz. Apartó los ojos y no volvió a mirar hasta que esa luz se desvaneció. El leviatán rojo pudo constatar que el resto, incluso los verdes, se habían visto obligados a protegerse los ojos. Daba la sensación de que únicamente Neltharion lo había visto todo, con esa ávida e intensa mirada capaz de percibirlo todo.

— Mi amor —se oyó susurrar a Alexstrasza.

A pesar de que aún se sentía intranquilo por razones que no era capaz de explicar, Korialstrasz se aproximó dando zancadas. Si hubiera estado solo, habría optado por no añadir su esencia al Alma de Dragón, pero su reina le había pedido que hiciera eso, tal y como, se lo había pedido a los demás, así que ¿cómo iba a ser él el único que dijera no? No obstante contempló el talismán como si estuviera viendo algo que fuera a salvar al mundo, sino algo que lo iba a corromper.

*Aunque eso sería una necedad, pensó. Además, ¿por qué razón iba el Guardián de la Tierra hacer algo tan atroz?*

Entonces, el Alma de Dragón se cernió sobre él. Se hallaba tan cerca que Korialstrasz pudo apreciar todo su esplendor. Ahí había un poder con el que muchos habían soñado en el pasado y con el que muchos otros soñarían en los siglos venideros. Ahí se encontraban unidas las esencias de todos los dragones, los hijos más poderosos de todo el mundo.

— Te está esperando.

El dragón rojo alzó la vista y contempló el colosal semblante del leviatán negro. Neltharion nunca parpadeaba. Respiraba cada vez más rápido, como si a cada segundo que Korialstrasz titubeaba, la furia lo dominara más y más.

*Aquí hay algo que me escama...* pensó el consorte de Alexstrasza. Pero se acordó que tanto su amada, como Malygos e Ysera habían ofrecido su esencia voluntariamente. De hecho Malygos, había decidido ser uno de los primeros que sacrificaran un parte de sí mismos, pues esa era una manera de apoyar la causa de su amigo. Si el Maestro de la Magia confiaba en Neltharion, ¿quién era el insignificante Korialstrasz para dudar de él?

Mientras todavía le daba vueltas a esa reflexión, el dragón rojo abrió su ser al Alma de Dragón.

El disco centelleó, bañándolo con su fulgor sobrecogedor. Korialstrasz le mostró el pecho a ese objeto y bajó todas las defensas mágicas naturales que los dragones siempre suelen tener alzadas. Notó cómo el Alma de Dragón se adentraba en él, tal y como le había visto hacer con los demás, cómo penetraba en su piel blindada como si esta fuera un mero espejismo...

Segundos más tarde, una fuerza perturbadora emergió de su pecho..., pero con ella el Alma de Dragón arrastraba algo. Era algo intangible, que se retorció..., no era exactamente luz, tampoco una sustancia. Una tenue aura carmesí lo rodeaba y, en cuanto el último fragmento se desprendió de Korialstrasz,

## El Alma Demoníaca

éste sintió una gran tristeza provocado por lo que había perdido.

El dragón rojo se armó de valor y observó como el fulgor del Alma de Dragón arrastraba esta ofrenda hacia sí. Lentamente, la luz regresó al interior del disco

Del mismo modo, lo que le había arrebatado el Alma de Dragón entró ahí y, entonces, Korialstrasz lanzó un grito ahogado. Aunque quería extender los brazos para recuperar lo que suyo era consciente de que si hacía eso, frustraría todos los esfuerzos de los demás y lo que sería aún peor, quedaría en vergüenza ante su amada Alexstrasza.

De esa manera, Korialstrasz contempló impotente cómo el Alma de Dragón absorbía su esencia y la sumaba a la de los demás. Contempló impotente cómo Neltharion agarraba el disco de un modo un tanto codicioso y lo sostenía en alto ante los demás leviatanes.

— Ya está hecho... —aseveró el Guardián de la Tierra. — Hemos dado todo lo que se podía dar. Ahora sellaré el Alma de Dragón para que lo que se ha logrado reunir aquí no se pierda jamás.

Neltharion cerró los ojos. Un aura negra y ominosa le envolvió el cuerpo, un aura que fluía de él hacia ese diminuto pero poderoso talismán que sostenía en su pata delantera.

Los demás dragones se sobresaltaron. Por un momento, por un instante muy breve pero muy revelador, el Alma de Dragón brilló con una negrura tan oscura como su creador.



- ¿Es así como debe ser? —preguntó Ysera con suma calma.  
— Sí, para que sea como debe ser —replicó Neltharion con un tono un tanto desafiante.  
— No hay ningún arma como esta, así que debe ser distinta a cualquier otra. —apostilló el erudito Malygos.

El Guardián de la Tierra hizo un gesto de asentimiento hacia el dragón azul, en señal de agradecimiento por esas palabras. Neltharion recorrió la cámara con la mirada, para comprobar si alguien más tenía alguna otra pregunta que hacer. Aunque unas cuantas le vinieron a la cabeza a Korialstrasz, no se consideraba digno de hacerla pues en el rostro de su reina podía verse que estaba satisfecha con cómo se habían desarrollado los acontecimientos.

- El sortilegio definitivo llevará tiempo. —informó el leviatán negro a los demás. — Debo llevármelo de aquí a un lugar donde reine el silencio y haya cierta intimidad, donde se puedan llevar a cabo los hechizos más delicados.  
— ¿Cuánto tardarás? —inquirió Alexstrasza. — Esto no puede demorarse mucho más.  
— Estará listo cuando tenga que estar listo.

Y tras pronunciar esas palabras, Neltharion desplegó las alas y se elevó en el aire. Sus consortes lo imitaron casi a la perfección, como si se tratara de unas marionetas cuyos hilos estuvieran atados al Guardián de la Tierra.

Los demás dragones lo observaron esfumarse a través de la pared aparentemente sólida de la cámara y, a continuación,

## El Alma Demoníaca

partieron también. Alexstrasza permaneció donde estaba, y Korialstrasz hizo lo mismo.

Pero mientras seguía con la mirada a esos colosos que se marchaban, continuaba meditando sobre lo que había acontecido aquel día. Jamás podría negar que ese diminuto disco dorado poseía un poder increíble. En verdad, Neltharion había creado un arma ante la cual ni si quiera esas infinitas hordas de demonios tendrían nada que hacer.

Ni, de hecho, tampoco los *dragones*, pero se dio cuenta de esto demasiado tarde.



## CAPÍTULO OCHO

**M**alfurion estaba soñando que él y Tyrande vivían en una hermosa casa árbol en medio de la gran Suramar. Era el momento más espléndido de todo el año y todo estaba en flor. La exuberante flora cubría la región como una bella alfombra. El inmenso árbol les proporcionaba frescor con la sombra de su espeso follaje, y flores de todos los colores y formas rodeaban la parte inferior del tronco.

Tyrande, vestida con un glorioso vestido en el que se combinaban el amarillo, el verde y el naranja, tocaba una lira de plata, mientras sus hijos, un niño y una niña, correteaban por el árbol, riéndose y carcajeándose. Malfurion se encontraba sentado cerca de la ventana de esa morada de la que estaba tan orgulloso, respirando el aire fresco y gozando de esa vida

## El Alma Demoníaca

que había logrado construir. En el mundo reinaba la paz, y su familia únicamente conocía la felicidad...

Entonces, un violento temblor sacudió el árbol. Malfurion se aferró a la ventana y vio con horror cómo el resto de casas y torres de Suramar se desplomaban rápidamente. Otras estructuras también se vinieron abajo. La gente chillaba, y unos incendios colosales cobraron vida en todas direcciones.

Buscó a sus hijos, pero no había ni rastro de ellos. Entre tanto, Tyrande seguía sentada en una de esas gruesas ramas, fuera de la casa, pulsando las cuerdas de la lira para tocar una melodía.

Malfurion se atrevió a asomarse y gritó.

— ¡Tyrande! ¡Entra! ¡Rápido!

Pero ella lo ignoró, pues se hallaba absorta despreocupadamente en esa música, a pesar de que aquel desastre era cada vez mayor y de que se hallara muy expuesta.

La casa árbol se inclinó abruptamente. Aunque Malfurion, intentó valerse de sus poderes de druida evitar que se derrumbara, no logró nada. Según sus sentidos, el árbol (en realidad; toda la flora) había muerto.

La caída de la casa despertó por fin a Tyrande de su ensueño. Soltó la lira, chilló e intentó alcanzar a Malfurion, pero la distancia que los separaba era demasiado grande. La consorte de Malfurion perdió el equilibrio y se cayó de la rama...

Entonces, una figura vestida de negro se alzó en el aire a gran velocidad, cogiéndola de inmediato, Illidan sonrió de una manera magnánima a Tyrande y, a continuación, hizo un gesto de asentimiento a su hermano de un modo muy simpático. Sin embargo, en vez de ir en ayuda de Malfurion, su gemelo se alejó volando con su pasajera.

— ¡Illidan! —exclamó Malfurion, quien intentaba no soltarse. —  
¡Vuelve!

Su hermano se detuvo en el aire. Sin dejar de aferrar con fuerza a Tyrande en todo momento, se volvió y se rio de Malfurion. Mientras se reía, Illidan se transformó; se volvió más grande y más horrendo. Se le rasgó la ropa bajo la presión de la armadura que llevaba debajo. Su piel adquirió un color más oscuro y, una cola dentada brotó de su parte posterior. Con una mano provista de garras, sostuvo a la pareja del druida sobre la ciudad en ruinas, a la vez que zarandeaba como si fuera una muñeca de trapo.

Malfurion contempló horrorizado como Archimonde zamarreaba a Tyrande delante de él.

— ¡Nooo!

Se incorporó rápido como un rayo, de tal modo que poco le faltó para caerse del sable de la noche en el que se hallaba mal sentado. Alguien que poseía una mano esbelta pero fuerte logró impedir que perdiera el equilibrio por entero y, luego, tiró de él con fuerza para acercárselo a su torso protegido por una

## El Alma Demoníaca

armadura. El druida se acordó de Archimonde y, de manera instintiva, intentó alejarse de aquel individuo de la armadura.

— ¡Calla, Malfurion! ¡Y ten cuidado!

La voz de Tyrande hizo que recuperara la conciencia por entero. Alzó la vista y vio un rostro teñido de preocupación. Como llevaba el yelmo echado hacia atrás, podía ver su semblante con toda claridad, el cual era un regalo para la vista.

— He soñado que... —acertó a decir pero se detuvo. Había partes de su sueño que eran demasiado personales, que no podía contárselas a alguien que no estaba prometida con él. — Estaba... soñando —concluyó Malfurion, como si quiera disculparse.

— Lo sé. Te he oído hablar en sueños. Me ha parecido oír mi nombre y el de Illidan.

— Sí —respondió, pero no se atrevió a decir nada más.

La sacerdotisa le acarició la mejilla.

— Ha debido de ser una pesadilla terrible, Malfurion..., pero al menos has dormido por fin.

De repente, al ser consciente de lo pegado que estaba a ella, el druida se enderezó. Miró a su alrededor y se percató por primera vez que los rodeaba una gran multitud. La mayoría eran civiles, muchos de los cuales parecían estar muy confusos y totalmente desubicados. Muy pocos elfos de la noche habían sufrido tanto jamás. Este exilio, seguramente, había empujado a muchos hasta el límite de su aguante.

- ¿Dónde estamos?
- Cerca del monte Hyjal.

Se quedó boquiabierto ante aquel

- ¿Tan lejos? ¡No puede ser!
- Me temo que sí.

Malfurion agachó la cabeza. Así que, a pesar de lo mucho que se habían esforzado, a su pueblo le seguía aguardando un fatal destino. Si los demonios habían logrado obligar a retroceder a los defensores de esas tierras hasta tan lejos, ¿cómo podían albergar la esperanza de recuperarse siquiera?

- Elune vela por nosotros —le susurró Tyrande, al ver la inquietud reflejada en su rostro. — Rezo para que nos guíe. Ella nos salvará en el último momento estoy segura de ello.
- Eso espero. ¿Dónde están los demás?
- Tu hermano está ahí, con la Guardia lunar. —la joven señaló al norte.
- Pero no he visto ni a Krasus ni a los demás.

Iludan no era precisame con quien Malfurion quería hablar. Tras su enfrentamiento con Archimonde, el druida deseaba desesperadamente dar con los magos, pues tenía que advertirles de que ese poderoso demonio lideraba las fuerzas que los perseguían.

Aunque, claro, eso solo podría hacerlo si Krasus y el resto seguían vivos. ¿Acaso Archimonde les había dado caza después de haberse enfrentado a Malfurion?

## El Alma Demoníaca

— Tyrande, debo dar con los forasteros. Sigo creyendo que, si queremos sobrevivir, ellos serán una pieza clave para lograrlo.  
— Nunca podrás hacerlo a pie; además, sigues muy débil. Será mejor que te lleves mi sable de la noche.

Se sintió avergonzado, ya que ella iba a sacrificar su propia montura para que él pudiera llevar a cabo una búsqueda posiblemente inútil.

— Tyrande, yo...

No obstante, ella lo miró como nunca antes lo había hecho, con una expresión decidida y firme, que Malfurion únicamente había visto en las sacerdotisas de mayor edad y más devotas de Elune.

— Es importante, Malfurion. Lo sé

Se bajó del felino antes de que él pudiera objetar algo más. Tras coger su mochila y sus armas, Tyrande alzó la mirada hacia el druida e insistió:

— Vete...

Incapaz de hacer otra cosa que un mero gesto asentimiento para darle las gracias, Malfurion acomodó la silla y, acto seguido espoleó al sable de la noche a avanzar a través de esa muchedumbre. Estaba decidido a no decepcionar a Tyrande, quien había depositado su confianza en él; demás seguían vivos, Malfurion los encontraría.



El felino se abrió paso como pudo a través de los soldados y civiles, gruñendo pero nunca golpeando a nadie, a pesar de que era obvio que no se sentía nada a gusto de hallarse rodeado de tantos elfos de la noche. El druida se sintió satisfecho al comprobar que los soldados habían mantenido el orden en su mayoría. Asimismo la mayoría de los civiles estaban siendo guiados de manera firme y delicada y avanzaban a un ritmo constante. Sin lugar a dudas los demonios contaban con que el caos se desataría al mezclar a dos grupos tan distintos. Al menos, por el momento ese peligro se había superado.

No obstante, como se había unido tanta gente a la hueste, dar con tres seres en concreto, con el orco, el humano y Krasus por muy peculiares que fueran era todo un reto. Solo cuando recorrió con la mirada a esa muchedumbre por duodécima vez, a Malfurion se le ocurrió recurrir a sus artes mágicas.

Sin embargo, aún no quería adentrarse en el Sueño Esmeralda; además, había otros medios con los que creía que podría percibirlos. El druida tiró de las riendas para que el sable de la noche se detuviera, cerró los ojos y expandió su conciencia. A lo largo de toda esa región, pasó por las mentes de los demás sables de la noche que era capaz de ver, con los que habló como había hecho con las bestias del bosque durante su aprendizaje. Malfurion incluso contactó con la mente de la montura de Tyrande para no descartar la más mínima posibilidad de detectarlos. Los felinos, que conocían bien a sus amos, seguramente serían capaces de percibir los olores tan distintos de los tres extraños.

## El Alma Demoníaca

Pero en un principio los animales fueron incapaces de detectar a aquellos que el druida buscaba. Armándose de valor Malfurion expandió aún más sus sentidos, alcanzando así a criaturas que estaban más allá de su vista. Algunos de los refugiados llevaban consigo algunas mascotas, a las que incluso Malfurion también pidió ayuda.

Cuantas más mentes contactara, más probabilidades tendría de localizarlos

Por fin, una de esas panteras negras contestó, la respuesta no se articuló a través de palabras, sino más bien mediante olores e imágenes. Aunque al druida le llevo un momento asimilar esa información al final, se dio cuenta de que esa criatura había visto hacía poco al orco. Brox era el más llamativo de los tres, por lo cual no era de extrañar que el sable de la noche lo recordara precisamente a él.

Para el felino, ese guerrero era una mezcla de olores embriagadores e intensos que le recordaba a la parte más salvaje de sí mismo que se hallaba enterrada en lo más hondo de su ser. El sable de la noche parecía considerar que Brox era su alma gemela. De hecho, en la imagen que le transmitió el animal del guerrero provisto de colmillo, este le recordaba a un sable de la noche que andaba sobre las patas traseras y que poseía un brazo que acababa en un par de garras descomunales, que debían de ser el hacha del orco.

Averiguar cuándo y dónde exactamente ese felino había visto a Brox resultó ser un poco más complicado. Los animales no

medían el tiempo y el espacio del mismo modo que los elfos de la noche. Aun así, con algo de esfuerzo, el druida pudo determinar finalmente que la pantera había visto a Brox únicamente un par de horas antes, cerca de la parte central de ese gran éxodo.

Tras obligar a su montura a girarse en esa dirección, Malfurion continuó preguntando al resto de sables de la noche si habían visto a alguno de los seres que buscaba. Cada vez con más frecuencia, daba con uno que no sólo recordaba a Brox, sino también a Rhonin y Krasus. Había algo en ese mago anciano que llamaba la atención a esas criaturas; lo contemplaban con un respeto que unos depredadores tan capaces reservaban únicamente a los que eran muy superiores a ellos. Sin embargo, temían a Krasus como podrían haber temido a otra bestia, era casi como comprendieran, que era algo mucho, mucho más poderoso. En verdad, Malfurion pronto descubrió que los sables de la noche habrían estado más dispuestos a obedecer una orden de Krasus que de los adiestradores que los habían criado.

Consideró esto como otro más de los muchos misterios que rodeaban a ese mago que tanto se asemejaba a un elfo de la noche sin serlo realmente y espoleó a su felino para que corriera todavía más. Les costaba avanzar, ya que avanzaban a contracorriente en medio de una marea viva, pero gracias a la guía del druida, el sable de la noche se abrió paso sin lastimar a ninguno de los que encontró a su paso.

La situación empeoraba en general mientras se aproximaba al lugar donde temían que estar esos forasteros. El fragor de la batalla se volvió más intenso en la lejanía y unos inquietantes

## El Alma Demoníaca

destellos de luz carmesí y verde gélido se alzaron en el horizonte. En aquella zona los soldados se hallaban más alerta y exhaustos, sin duda alguna se trataba de los que, recientemente, habían estado en la vanguardia conteniendo a los demonios. Las cicatrices y temibles heridas que Malfurion pudo ver eran un testimonio mudo de la furia inagotable de la Legión Ardiente.

— ¿Qué haces aquí? —exigió saber un oficial que tenía su armadura antaño inmaculada cubierta de sangre e icor. Tenía los ojos llorosos. — ¡Todos los no combatientes deben ir a la cabeza del gentío! ¡Lárgate de aquí!

Antes de que el druida pudiera explicarse, alguien exclamó detrás de él:

— ¡Se *supone* que debe estar aquí, capitán! ¡Con solo mirarle a la cara, eso debería quedar claro!

— ¿Illidan?

Malfurion miró hacia atrás y vio a su hermano, quien, prácticamente sin un rasguño, avanzaba hacia él en su montura. Illidan mostraba la única sonrisa que su gemelo había visto en ese viaje; parecía tan fuera de lugar en esa situación que Malfurion temió que su hermano se hubiera vuelto loco.

— ¡Pensaba que te habías perdido! Dijo el hechicero, al mismo tiempo que daba una fuerte palmada a Malfurion en el hombro. Illidan, que no se percató de que su hermano esbozaba un gesto de contrariedad, se volvió hacia el oficial. — ¿Alguna pregunta más?

— ¡No, maestro Illidan! —contesto el soldado, quién saludo rápidamente y se marchó.

— ¿Qué te ha pasado, hermano? —preguntó el hermano ataviado de negro.

— Algunos decían que habían, que tu montura había sido despedazada...

— Me salvaron...Tyrande me llevó a un lugar seguro.

En cuanto menciono su nombre, Malfurion se arrepintió de haberlo hecho.

A pesar de que siguió mostrando una amplia sonrisa, el júbilo que la había justificado se esfumó.

— ¿Ah, sí? me alegra saber que estaba tan cerca de ti

— Illidan...

— Aunque me alegro de que esta vez estés aquí —prosiguió diciendo el hermano del druida, evitando así de que acabaran discutiendo sobre la sacerdotisa. — El viejo mago ha estado intentando organizar algo y parece pensar que *tú* eres una pieza clave para ello.

— Krasus? ¿Dónde está?

La amplia sonrisa del hechicero adquirió repentinamente un matiz un tanto macabro.

— Está justo en ese lugar al que te diriges, hermano, donde se libra la batalla...

\*\*\*\*\*

## El Alma Demoníaca

El viento ululó. Un calor opresivo azotó a los elfos de la noche que habían sido elegidos para formar la línea defensiva. De vez en cuando, se oía un grito procedente de algún lugar entre esas filas y, a renglón seguido, se oían los rugidos triunfales de algún demonio.

— ¿Dónde está Illidan? —preguntó Krasus, a quien también se le estaba agotando su infinita paciencia. — ¡La Guardia Lunar se niega a actuar sin él, salvo para protegerse a sí misma!

— Dijo que venía para aquí —señaló Rhonin. — Pero que tenía que hablar primero con Cresta Cuervo.

— Si triunfamos, sus méritos serán conocidos de manera suficiente y, si fracasamos, nadie le echará la culpa, pues todos estaremos muertos.

Rhonin no podía rebatir el argumento de su antiguo mentor, ya que Illidan en realidad solo quería satisfacer a su patrón. El hermano de Malfurion era todo lo contrario que el druida; ambicioso, impredecible e incapaz de darse cuenta de cuando ponía en peligro a los demás. A esas alturas, los dos ya sabían que tres de los guardias lunares con los que esperaban contar no estaban a su disposición y no porque los demonios los hubieran asesinado, sino porque se encontraban terriblemente exhaustos por haber alimentado el poder de Illidan con sus energías.

Aun así, a pesar de que estaba absorbiendo la fuerza de esos otros elfos de la noche de un modo imprudente y temerario, estos parecían sentir una gran lealtad hacia él; además cuando se trataba de lanzar cualquier tipo de hechizo, Illidan era capaz de lograr lo que ellos no podían conseguir; por otro lado

contaba con el respaldo político de lord Cresta Cuervo, y los elfos de la noche daban mucha importancia al estatus social, aunque se hallaran al borde de la aniquilación total.

De repente, Rhonin se enderezó:

— ¡Cuidado!

Algo que se asemejaba sobremanera a un hongo volador hecho de niebla descendió sobre esa línea defensiva. Antes de que los taumaturgos pudieran reaccionar, los bordes de aquella cosa alcanzaron el lugar donde se hallaban los soldados.

Varios combatientes chillaron, pues, de improviso, se les llenó la cara de decenas de pústulas rojas que quemaban. Una tras otra, esas pústulas estallaron, volvieron a surgir y estallaron de nuevo, extendiéndose rápidamente por cualquier parte del cuerpo de la víctima que se encontrara desprotegida.

— ¡Jekar iryn! —exclamó entre siseos Krasus, quien señaló a la nube.

Una inmensa explosión de luz azul devoró por entero ese hongo infecto con tal celeridad que logro salvar a sí a decenas de tropas de esa horrenda plaga. Por desgracia, no nada que hacer por aquellos a los que ya había afectado. Cayeron uno tras otro, cuya carne destrozada recordaba a un campo repleto de volcanes en erupción.

Rhonin observó la escena, repugnado.

## El Alma Demoníaca

— ¡Qué horror! ¡Malditos! sean  
— ¡Ojalá pudiéramos maldecirlos! ¡No podemos esperar más!  
¡Si la Guardia Lunar no está dispuesta a seguir nuestras órdenes, entonces solo nos queda esperar que podamos hacer algo por nosotros mismo!

Pero mientras los magos se preparaban para hacer eso mismo, Rhonin divisó a un par de jinetes que se aproximaban.

— Allí viene Illidan... ¡y lo acompaña Malfurion!  
— ¡Loados sean los Aspectos! —Krasus se volvió para recibir a ambos. Mientras se acercaban a lomos de sus monturas, se colocó delante del hermano de Malfurion. — ¡Llegas tarde!  
¡Reúne a la Guardia Lunar! ¡Deben prepararse para seguir mis órdenes!

Con casi toda seguridad Illidan no habría aceptado una orden tan brusca de cualquier otro, pero tenía un gran respeto a ambos magos, sobre todo a Rhonin. Al mirar más allá de Krasus y comprobar que Rhonin mostraba un semblante sombrío, el hechicero asintió y, acto seguido, obedeció.

— ¿Qué pretendes hacer? —preguntó Malfurion a la vez que desmontaba.

— Hay que detener a los demonios aquí mismo. —contestó Krasus. — ¡Lo más importante es que no nos obliguen a retroceder más allá del monte Hyjal y que convirtamos esta retirada en un ataque agresivo!

El druida asintió y apostilló:



— Archimonde está con ellos. Apenas logré escapar con vida de él.

— Sospechaba que era así. —Krasus escrutó al elfo de la noche.

Y el hecho de que haya sobrevivido a una confrontación con él indica que no me equivocaba o al querer contar con tu presencia en estos momentos.

— Pero... ¿qué puedo hacer *yo*?

— Lo que te han enseñado a hacer, simplemente.

Una vez dicho esto, Krasus se volvió hacia Rhonin, quién ya se había girado para hacer frente a los demonios lejanos. El anciano mago se hallaba junto a su antiguo alumno. Malfurion hizo lo mismo unos instantes después.

Krasus contempló al humano.

— Rhonin, en cuestiones de magia, Illidan se fija en ti más que nadie. Dejo en tus manos la tarea de establecer un enlace con él.

— Como deseas. — la figura de los bucles de color del fuego parpadeó una sola vez. — Hecho.

El mago volvió a centrar su atención en el druida.

— Malfurion, piensa en el conjuro más poderoso que crees que eres capaz de lanzar. Pero por lo que más quieras, ¡no me digas cuál es! Utiliza cualquier método, contacta con cualquier fuente de poder del mundo que sea necesaria, pero no completes el

## El Alma Demoníaca

encantamiento hasta que yo te diga. Debemos ser implacables a la hora de combatir al enemigo.

— Lo... Lo entiendo.

— ¡Bien! Entonces, comencemos. Sigues mis órdenes ¿Rhonin?

— Estoy listo —respondió el joven mago. Ya sé lo quiero hacer.

A Krasus se le desorbitaron los ojos.

— ¡Ah! Una cosa más, Malfurion; prepárate para cambiar el objetivo de tus ataques al azar. Lanza el sortilegio allá donde dé la impresión de que nuestros esfuerzos flojean. ¿Lo entiendes?

— Eso creo.

— Entonces, que los poderes de la luz nos asistan.

Tras estas palabras, Krasus se quedó quieto súbitamente. Sin parpadear, miraba fijamente a ese espacio que separaba a los elfos de la noche de los demonios.

Al instante, Rhonin se inclinó hacia Malfurion.

— Pon toda la carne en el asador. No gastes energías en mantener tus defensas. Esto es una apuesta a todo o nada.

— Se aproximan al lugar clave. —informó Krasus a sus compañeros. — Ojalá Archimonde se encuentre en su vanguardia.

Todos podían percibir que esa horda se aproximaba. La maldad impregnaba el aire, irradiando perfidia en dirección hacia ellos. Incluso Krasus se estremeció, pero no por repugnancia, sino por miedo.

— Rhonin, Jarod Cantosombrío está preparado. ¿Lo está la Guardia Lunar?

— Si

— Ya está casi... —la tensión se apoderó de su pálido semblante y Krasus parpadeó. — Ahora

Ninguno sabía qué clase de ataque iban a lanzar los demás, tal y como había aconsejado Krasus, pues éste deseaba que el asalto fuera variado y al azar, para poder derribar las defensas, fuesen cuales fuesen, que Archimonde y el resto de enemigos habían podido preparar, no obstante, era un plan que podía llevarlos tanto al desastre como al éxito (aunque tal vez *más* a lo primero), pero el mago dragón contaba con ello.

De repente de las nubes surgieron unos relucientes carámbanos que cayeron sobre la horda enemiga. Al norte la tierra tembló y, súbitamente, los demonios se desperdigaron a medida que la tierra se levantaba. En otro lugar aparecieron de la nada unos pájaros negros, que se dirigieron hacia los efectivos capaces de volar de la Legión.

A lo largo de todo el frente, el enemigo sufrió los envites de un sortilegio tras otro. Si bien algunos se concentraban en zonas concretas, otros parecían actuar en todas partes. Ninguno era parecido a otro y, aunque unos pocos parecían entrar en conflicto con algún otro, a la hora de la verdad hacían más daño a la horda que se aproximaba que a cualquier otra cosa.

Los demonios murieron atravesados por el hielo, envueltos en llamas carmesíes o enterrados tierra fundida. Los que se encontraban en el cielo cayeron golpeados y desgarrados por

## El Alma Demoníaca

centenares de garras o se desplomaban a una muerte segura después de que los vientos los empujaran unos contra otros.

Aunque los eredar intentaron contraatacar, Krasus ordenó de repente.

— ¡Cambien de objetivo!

De inmediato Malfurion, Rhonin y (al norte) la Guardia Lunar e Illidan, cambiaron el foco en el que se centraban sus conjuros. Krasus percibió que la confusión reinaba entre los brujos, pues no estaban seguros de donde debían dirigir los contraataques. En tierra, la Guardia Vil y otros guerreros demonios intentaban en vano defenderse de algo que no podían partir en dos ni empalar con sus armas.

El implacable avance de la horda enemiga por fin se detuvo.

— ¡Se han parado! —exclamó Krasus. ¡Cambien de nuevo el blanco y presionen aún más! ¡Debemos comenzar a recuperar el terreno perdido!

Una vez más, cambiaron el objetivo de sus ataques, a pesar de que unas pocas áreas se calmaron, en cuanto a la Legión Ardiente hizo ademán de aprovecharse de esos respiros, alguno taumaturgos volvió a la caga. Ahora los demonios eran incapaces de defender sus posiciones, y mucho menos de seguir avanzando.

— ¡Están cediendo terreno! —gritó Malfurion.

— ¡No dejen de presionar! —Krasus apretó los dientes. —  
¡Rhonin voy a avisar al capitán!

El druida se atrevió a mirar por un instante al humano.

— ¿Qué quiere decir?

— ¡Costó convencerlo, pero Cantosombrío ha ido cabalgando hasta donde esta Cresta Cuervo! ¡Ha estado esperando a nuestra señal!

— ¿Para qué?

En respuesta, sonaron los cuernos de batalla. Una oleada de emoción embargó a los elfos de la noche, que se llevó por delante sus moribundas esperanzas y la resignación. Una vez más, los soldados respondieron a los bramidos de los cuernos con vigor, y la hueste avanzó.

Los taumaturgos los imitaron y, lentamente, avanzaron a pie. Con sus felinos adiestrados siguiéndoles de cerca, marcharon con los soldados hacia el enemigo.

Por fin, la Legión Ardiente inició una retirada total.

En primer lugar, los elfos de la noche cruzaron esa zona de terreno devastada que antes la Guardia Lunar había devastado para ganar tiempo. A continuación, se abrieron camino por encima de los primeros demonios muertos. También pasaron junto a muchos de sus propios caídos, que habían perecido horas antes, pero cada vez más y más eran los cadáveres de los demonios los que yacían ante los soldados. La Legión Ardiente, abrumada por los impredecibles ataques de los

## El Alma Demoníaca

taumaturgos, cayó fácilmente ante el empuje de los elfos de la noche.

Otro conjunto de cuernos resonaron. A lo largo la hueste, estallo de un modo inesperado un rugido largo y jubiloso de expectación. Los elfos de la noche avanzaron en avalancha, doblando el ritmo.

— ¡Cresta Cuervo debe seguir el plan! —le espetó Krasus. —  
¡No pueden perseguir a la Legión ni muy rápido ni muy lejos!

Una lluvia de flechas cayó sobre los demonios, matando a más decenas y decenas. Los jinetes de las panteras cargaron contra los fragmentos de la línea enemiga que todavía quedaban en pie, a la vez que esos grandes felinos desgarraban con ansia a sus presas.

A Malfurion se le aceleró el corazón.

— ¡Lo estamos logrando!  
— ¡No retrocedan! —insistió el mago.

Y no lo hicieron. Empujados por el éxito que estaban obteniendo, el druida y los demás continuaron apoyando a las tropas. A pesar de que se hallaban exhaustos, comprendían perfectamente que se encontraban en un momento crítico. El monte Hyjal aún se alzaba imponente a sus espaldas, aunque lo iban dejando poco a poco atrás.

Entonces recibieron otra sorpresa que recibieron con los brazos abiertos, oyeron una serie de cánticos procedentes de la parte

central de esa fuerza que avanzaba. La Hermandad de Elune, cuyos miembros relucían resplandecientes con sus armaduras de combate, animó a los combatientes a progresar. Aunque en esos momentos era de día, esos cánticos rítmicos de las sacerdotisas dieron fuerzas a esos guerreros nocturnos, era como si la propia luna brillara de repente sobre la hueste.

Lucharon por cada metro de terreno y, los demonios iban cayendo a cada paso que daban. Krasus miró hacia el cielo encapotado y dijo:

— Ahora ataquen a los eredar como quieran.

Todos los taumaturgos centraron sus esfuerzos en los brujos voladores. El trueno retumbó en el cielo. Los relámpagos centellearon en una amplia gama de colores discordantes. El viento ululó.

A pesar de que no podía ver cuáles eran las consecuencias de sus ataques, si eran capaces de intuirlo de otras maneras. Los eredar intentaron reagruparse, pero también debían proteger a sus portadores, lo cual los dejó más débiles al encontrarse sometidos a una mayor tensión. Cada vez que mataban a uno de esos magos demonios con un hechizo, los defensores notaban que, de repente, el poder de las malévolas fuerzas reunidas para luchar contra ellas menguaba. A medida que eso ocurría con más frecuencia, con más fuerza atacaba el grupo de Krasus a los supervivientes.

Al final, los brujos se batieron en retirada de manera total, lo que provocó que los monstruos guerreros que se hallaban en

tierra carecieran de protección frente a los magos y La Guardia Lunar.

— ¡Están huyendo! —susurró Malfurion, asombrado ante el éxito cosechado por su grupo.

— Son unos activos muy valiosos. Archimonde los necesitará en un futuro. —replicó Krasus de un modo arisco. — Sí, *volverá* a necesitarlos. Aunque no se ha ganado la guerra, hemos ganado la batalla.

— ¿No deberíamos seguir presionándolos hasta lograr que atravesen ese portal y regresen a su dominio infernal?

Krasus se rio entre dientes, algo que no era nada habitual en él y que incluso sobresaltó a Rhonin.

— Eso que has dicho es más propio de tu hermano que de ti, Malfurion. No dejes que la euforia del momento te domine. Esta hueste no sobrevivirá a una batalla campal que se prolongara a todo el camino de vuelta a Zin-Azshari. Ahora mismo, el único motor de sus actos es su gran fuerza de voluntad.

— Entonces... ¿para qué hacemos todo esto?

— Mira a tu alrededor, joven elfo de la noche. Tu pueblo ha sobrevivido, y era algo impensable para que esta gente hace solo una hora.

— Pero ¿Cresta Cuervo va a seguir tus instrucciones? — preguntó Rhonin, quien miro hacia atrás en busca del estandarte del noble.

— Creo que lo hará. Mira ahí, al norte.



El avance se había ralentizado y ahora los soldados parecían más interesados en conservar el control del territorio conquistado que en adueñarse de más. Los oficiales montados sobre felinos, iban de aquí para allá para indicar a otros soldados que volvieran al grupo principal. Si bien algunos permanecían un tanto decepcionados, otros parecían contentos de poder descansar, aunque tuvieran que permanecer aún en pie.

En unos minutos toda la primera línea se había detenido al completo. Los elfos de la noche se dedicaron enseguida a apartar los cadáveres de en medio y crear una vanguardia sólida, donde apostaron a unos guerreros adustos y decididos, dispuestos a repeler a cualquiera que pretendiera deshacer ese milagro que habían obrado.

Únicamente entonces, Krasus dio un suspiro de alivio.

— Me ha hecho caso. Loados sean los Aspectos. Me ha escuchado. Por delante de ellos, solo alcanzaban a distinguir las siluetas borrosas de la horda. La Legión Ardiente se había alejado tanto como para quedar fuera del alcance de las flechas, incluso de los hechizos de los agotados taumaturgos.

— Lo hemos logrado —afirmó Rhonin con una voz medio ronca.

— Hemos logrado evitar que siguieran empujándonos hacia el monte Hyjal.

— Si —murmuró Krasus, que no tenía la mirada puesta en los demonios, sino más bien en esos defensores ojerosos. — Sí, lo hemos conseguido, ahora viene lo realmente difícil.



## CAPÍTULO NUEVE

**M**annoroth se arrodilló ante el portal negro, con sus robustas piernas delanteras flexionadas y sus amplias alas coriáceas plegadas a su espalda. El demonio de grandes colmillos intentaba parecer lo más pequeño posible, pues ahora se hallaba en comunión con Sargeraz, quien no parecía estar satisfecho de ningún modo.

*El camino aún no está abierto para mí... Esperaba mucho más...*

— Nos estamos esforzando —se justificó Mannoroth. — Pero la tarea... Es como si este mundo intentara evitar tu llegada, Magno.

*No podrá rechazarme...*

— N-no, Magno.

El silencio reinó durante un espacio de tiempo y, entonces, la voz que Mannoroth oía en su cabeza dijo:

*Hay una disrupción, una anomalía... Hay algunos que no deberían estar aquí y están, hay algunos que pretenden despertar lo que no debería despertarse.*

A pesar de que el colosal demonio ni se molestó en fingir que lo entendía, respondió:

— Sí, Sargerás.

*Ellos son la clave. Deben ser capturados.*

— Archimonde está en el campo de batalla y el maestro de canes lleva tiempo siguiendo su rastro. Esos transgresores serán capturados.

Ese agujero de aspecto siniestro fluctuó, retorciéndose como si estuviera vivo. Mannoroth podía intuir que el Señor de la Legión deseaba entrar en este mundo tan fértil y próspero. La frustración que emanaba de Sargerás le heló la sangre incluso a su curtido teniente.

*Uno de ellos debe ser traído ante mí ileso... para que yo pueda tener el placer de desmembrarlo lenta y delicadamente.*

Una imagen cobró forma de manera súbita en la mente de Mannoroth. Una insignificante criatura que pertenecía a la misma especie que los Altonatos, era joven y vestía una ropa de colores verdes y marrones de un tono tanto apagado si se le comparaba con sus compañeros. En esa visión que le estaba mostrando el demonio, pudo ver a ese elfo de la noche en el

## El Alma Demoníaca

palacio. Mannoroth reconoció aquella estancia: era la cámara en la que se había abierto el portal original..., un lugar que ahora solo era un montón de ruinas barridas por el viento.

*No lo olvides.*

— No lo haré, Magno. Archimonde, Hakkar y yo permanecemos alerta. Uno de nosotros lo acabará atrapando.

*Lo quiero vivo, ordenó esa presencia del más allá, que estaba abandonando la mente de Mannoroth. Vivo..., para que pueda disfrutar del placer de torturarlo...*

Mientras Sargeris se desvanecía, Mannoroth se estremeció, pues era perfectamente consciente de qué destino le aguardaría a Malfurion en cuanto se hallara en las manos del Magno.

\*\*\*\*\*

La monumental labor que conllevaba reorganizar la hueste se complicaba aún más por tener que atender a la infinidad de refugiados que la acompañaban, pero había que reconocer que lord Cresta Cuervo lo hizo lo mejor posible. Hizo un inventario de todas las provisiones, sobre todo la comida y el agua, y las distribuyó de la manera más adecuada. Algunos de los refugiados de más alto extracto social protestaron por no recibir lo que creían que debían recibir legítimamente (es decir una porción *más generosa* en el reparto), pero bastó una mirada iracunda y torva del barbudo comandante para silenciar las quejas.

Tyrande y las demás hermanas también hicieron cuanto pudieron por los soldados y los civiles. Con el yelmo levantado, la sacerdotisa de Elune caminaba y tiraba de las riendas de un sable de la noche que había tomado prestado antes mientras se paraba para hablar con una persona tras otra. Todos, ya fueran viejos o jóvenes, de casta alta o baja, agradecían su presencia. Tal vez fuera algo únicamente momentáneo, pero le dio la sensación de que parecían hallarse especialmente reconfortados después de haber estado con ellos. Tyrande no consideró que esto fuera consecuencia de algún don especial que ella poseyera, sino que simplemente dio por sentado que la actitud amable de la que hacía gala era un verdadero alivio para los pacientes ya que esa gente había sufrido mucho últimamente.

Una figura hecha un ovillo llamó la atención de las sacerdotisas. Se trataba de una joven, a la que aún le quedaba por cumplir dos o tres años más para poder entrar al servicio de Elune, que estaba sentada en silencio y muy abatida, mirando a la nada.

Tyrande se arrodilló junto a ella y le puso una mano en el hombro, la muchacha se sobresaltó y le lanzó una mirada asesina, más propia de una bestia salvaje.

— Que la paz sea contigo... —le dijo Tyrande dulcemente, a la vez que le daba un odre lleno de agua. Esperó a que la chica hubiera acabado para añadir:

— Soy una sacerdotisa del templo. ¿Cómo te llamas?

Tras un momento de indecisión, la niña respondió:

## El Alma Demoníaca

- Sh-Shandris Plumaluna.
- ¿Dónde está tu familia?
- No-no lo sé.
- ¿Eres de Suramar?

Aunque la sacerdotisa no la recordaba, eso no quería decir que Shandris no pudiera ser de la ciudad.

- No..., de Ara-Hinam

Tyrande intentó disimular su inquietud. Shandris era uno de los refugiados que los demonios habían estado persiguiendo y que habían utilizado para tenderles una trampa. Por la información que la sacerdotisa había obtenido gracias a otros supervivientes, mucha gente había perecido antes de que la Legión Ardiente hubiera permitido escapar al resto. Por lo cual la familia de aquella cría podría seguir viva... pero también lo contrario.

- ¿Cuándo los viste por última vez?

Dio la impresión de que a Shandris se le iban a salir los ojos de las cuencas.

- Estaba con un amigo... cuando los monstruos aparecieron. Intenté huir a casa, pero alguien me agarró... y me dijo que tenía que correr en la dirección contraria. Y eso hice. —se llevó las manos a la cara, que se le llenó de lágrimas. — ¡Debería haber ido a casa! ¡Debería haber ido a casa!

Ese relato tan trágico no era precisamente lo que a Tyrande le hubiera gustado escuchar. Aunque la sacerdotisa indagaría al respecto siempre que pudiera, estaba casi segura de que ninguno de los parientes más cercanos de Shandris había sobrevivido y de que esa muchacha se hallaba ahora sola en el mundo.

— ¿Alguien ha cuidado de ti desde que huiste?

— No.

Los refugiados del pequeño asentamiento de Ara-Hinam llevaban dos días huyendo antes de toparse con la hueste. El mero hecho de que Shandris haya logrado sobrevivir por su cuenta ese corto periodo de tiempo ya era todo una proeza. Muchos elfos de la noche de más edad habían perecido ya que el pueblo de la sacerdotisa no estaba acostumbrado a esa clase de conflictos. Si bien los elfos de la noche no eran para nada débiles, no estaban preparados para sobrevivir fuera de las comodidades de su propio mundo, en el que habían vivido entre algodones, una flaqueza que ahora se había vuelto muy evidente. Tyrande dio gracias a Elune, puesto que tanto ella como Malfurion e Illidan habían crecido en un entorno muy distinto, pero eran una minoría.

Aunque muchos se encontraban en la misma situación que Shandris, había algo en esa niña que conmovió de una manera especial a la sacerdotisa. Tal vez porque, de algún modo, le recordaba a ella misma a esa edad. Fuera cual fuese la razón, la hermana le pidió a la cría que se levantara.

## El Alma Demoníaca

— Quiero que subas a lomos del sable de la noche, a partir de ahora, me acompañarás.

A pesar de que sabía que eso iba en contra las órdenes de la sacerdotisa obró de esta manera. Aunque no podía salvar a todo el mundo, haría lo que pudiera para ayudar a Shandris.

Con cara de agotamiento, pero sin lágrimas en los ojos por primera vez en mucho tiempo, Shandris se montó sobre el felino. Tyrande se cercioró de que estuviera bien agarrada y, acto seguido, siguió caminando mientras tiraba de las riendas del sable de la noche para que la siguiera.

— ¿A dónde vamos? —preguntó la niña.

— Tengo mucho que hacer. Encontrarás algo de fruta seca en la bolsa que pende del lado izquierdo.

Una ansiosa Shandris se giró para meter la mano en la bolsa, dentro de la cual revolvió hasta dar con esos sencillos alimentos. Tyrande prefirió no comentarle a la muchacha que también estaba devorando la ración que le correspondía a ella. La hermandad instruía a sus miembros para que aprendieran a sobrevivir en ciertos momentos con un sustento mínimo, incluso, a modo de ritual, había cuatro periodos de ayuno cada año, que normalmente se hacían para demostrar su devoción a la diosa. Ahora, esa capacidad aprendida era muy útil en tiempos de guerra.

Tyrande siguió avanzando y atendiendo al resto de refugiados. La mayoría se hallaban, simplemente, agotados de un modo increíble, pero algunos habían sufrido heridas. A estos últimos



siempre intentaba ayudarlos en todo lo posible, por lo cual rezaba a la Madre Luna para que le diera las fuerzas y la sabiduría necesarias. Para su alegría, la diosa consideró adecuado bendecirla ese día con el éxito en todo lo que hiciera.

Pero entonces se topó con una herida infectada que la dejó perpleja. En un primer momento, le resultó muy difícil dictaminar si se trataba de una lesión hecha adrede o accidental. Tyrande examinó ese inquietante pus verduzco que la rodeaba y se preguntó cómo se habían producido esos desgarros tan peculiares. La víctima, un varón de edad respetable, yacía inconsciente y estaba pálido; además, respiraba aceleradamente entre jadeos. Su pareja, que llevaba el pelo recogido con lo que quedaba de un prendedor adornado con incrustaciones de rubíes y esmeraldas, le sostenía la cabeza mientras lo mecía.

— ¿Cómo se ha hecho esto? —inquirió Tyrande, quien no estaba ni siquiera segura de si sería capaz de detener el avance de la infección, puesto que había algo perturbador en ella.

— Él no se ha hecho nada. Se lo han hecho.

— No te entiendo.

La tensión se adueñó del rostro de la anciana mientras se esforzaba por mantener la calma el tiempo suficiente como para poder explicarse.

— Esa cosa... —dijo que parecía... un lobo o un can..., pero deformado, como si hubiera salido de una pesadilla horrible...

## El Alma Demoníaca

Tyrande se estremeció pues era consciente de que esa elfa le estaba describiendo a una bestia vil (Manáfagos). Esos demonios cuadrúpedos habían estado a punto de asesinar a Malfurion en más de una ocasión. Su objetivo principal era aquellos que dominaban cualquier tipo magia, que absorbían de sus víctimas hasta dejar únicamente una carcasa vacía.

¿Y ha hecho todo ese camino desde Ara-Hinam en este estado?

La sacerdotisa se quedó estupefacta ante el hecho de que alguien fuera capaz de sobrevivir tanto tiempo con una herida tan espantosa.

— No..., escapamos de ahí ilesos. —en ese instante, sus palabras se tiñeron de amargura. — Lo hirieron hace dos días, cuando se escabullo para buscar algo de comida.

¿Dos días? Entonces, debía de haber formado parte de esa muchedumbre que había sido empujada hasta el monte Hyjal. Sin embargo Tyrande, estaba segura de que ninguno de esos demonios había logrado adelantarse a la horda.

— ¿Me juras que lo hirieron hace solo dos días? ¿Y que esto le ocurrió cerca de aquí?

— Sí, lo juro, en las tierras boscosas que se hallan de nuevo al sur.

La sacerdotisa se mordió el labio, ese bosque se encontraba detrás de las líneas de los elfos de la noche.

Tyrande se inclinó sobre la herida y dijo:

— Permíteme echarle un vistazo para ver qué puedo hacer.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para obligarse a tocar la herida, ya que albergaba la esperanza de que, al menos, pudiera evitar que la infección se extendiera aún más. A sus espaldas pudo oír que Shandris profería un grito ahogado. La muchacha temía por la sacerdotisa, y con razón, pues uno nunca sabía que clases de secuelas podía dejar una herida infligida por un demonio; además la Legión Ardiente no vería con malos ojos la posibilidad de extender una plaga.

La luna no estaba presente en el cielo, pero eso no preocupó a Tyrande. Si bien era cierto que las sacerdotisas eran más fuertes cuando esta era visible, también lo era que eran perfectamente conscientes de que nunca se hallaba demasiado lejos. Su vínculo con Elune era muy fuerte, con independencia de cuál fuera la hora del día o la noche o en qué momento de la fase lunar se encontraran.

— Madre Luna, escucha mis plegarias —susurró. — Concede a tu humilde sierva la capacidad de reconfortar y sanar que tú posees. Guía mis manos hasta la fuente de esta abominación y permíteme eliminar esta ponzoña, para que este inocente pueda recuperarse...

A continuación, Tyrande canturreó en voz baja, lo cual la ayudaba a concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Las heridas que le había tenido que curar a Broxigar palidecían en comparación con las que intentaba sanar ahora. Hubo de recurrir a toda su fuerza de voluntad y autocontrol para no

## El Alma Demoníaca

dejarse llevar por la inevitable sensación de que iba a fracasar.

Sin previo aviso, una luz plateada y pálida le rodeó los dedos. La pareja de la víctima la miró con los ojos abiertos como platos y, una vez más Shandris dió un grito ahogado. Las llamas de la esperanza se avivaron en Tyrande, puesto que, nuevamente Elune respondía a sus ruegos. ¡En verdad, la diosa estaba con ella este día!

La sanadora recorrió con los dedos la herida, teniendo especial cuidado en aquellas zonas en la que la infección era peor. Tyrande no pudo evitar esbozar una mueca de repugnancia cuando tocó las áreas repletas de pus ¿Qué clase de demonios eran esos que eran capaces de provocar algo tan espantoso con una mordedura o arañazo?

Mientras tocaba con la yema de los dedos las partes más afectadas, la herida fue adquiriendo un aspecto menos espantoso. Las pústulas se encogieron hasta desaparecer por fin. El sangriento tajo se estrechó en los extremos, como si se estuviera curando solo lentamente.

Animada por esto, Tyrande continuó rezando a Elune. La infección se fue reduciendo hasta formar un pequeño óvalo, al mismo que la herida se transformaba en una cicatriz; primero muy marcada y luego apenas visible.

El varón gruñó de repente, como si se acabara de despertarse de un profundo sueño, pero Tyrande no cejó en su empeño. No podía dar por sentado que la desaparición de cualquier lesión externa supusiera que la herida se hubiera curado

completamente *por dentro*; el veneno de la infección podría estar viajando por la sangre de la víctima.

Varios segundos muy tensos después, cuando el pecho de aquel elfo al fin se elevó y hundió a un ritmo más sereno al respirar y abrió los ojos parpadeando, la sacerdotisa fue consciente de que había vencido a la infección demoníaca. Tras lanzar un largo suspiro, Tyrande se echó atrás y dio las gracias a Elune. La diosa había obrado un milagro.

La elfa extendió un brazo y agarró la mano de Tyrande.

— ¡Gracias, hermana! ¡Gracias!

— Soy un mero instrumento de la Madre Luna. Si tienes que darle las gracias a alguien es a Elune.

No obstante, tanto el herido (que respondía al nombre de Karius) como su pareja siguieron su gratitud por lo que consideraban que había sido un esfuerzo heroico por parte de la sacerdotisa. Tyrande prácticamente se los tuvo que quitar de encima, ya que la abrumaron con sus agradecimientos.

— Para compensarme por lo que he hecho, bastará con que me cuentes con más detalle que es lo que te ocurrió. —le dijo la sacerdotisa.

Tras asentir, Karius le contó lo acaecido tal y como lo recordaba. En medio de esa situación tan apurada ambos se habían dado cuenta de que necesitaban comida. Sin embargo, el caos que reinaba en aquellos momentos había hecho imposible que fueran capaces de dar con alguien entre los

## El Alma Demoníaca

refugiados que tuviera bastantes provisiones como para poder compartirlas; además la mayoría había huido únicamente con lo poco que podía llevar en los brazos.

En cuanto divisaron una zona boscosa donde creyeron que podrían encontrar bayas y agua dulce, Karius se alejó de su pareja con la promesa de que regresaría en breve. La desesperación lo empujó a cometer esa insensatez, ya que, seguramente, otros ya se habrían llevado todo lo que hubiera sido comestible en ese bosque mucho antes.

Karius se había visto obligado a adentrarse aún más en esa floresta de lo que en un principio había pretendido. Entonces, la preocupación se adueñó de él, pues temía que nunca volviera a estar con su pareja, a pesar de que ella le había prometido que se quedaría a esperarle aunque tardara demasiado. Cuando por fin dio con un arbusto repleto de unas bayas moradas, Karius intentó rápidamente llenar la bolsa que llevaba al cinturón con esos manjares, dándose el lujo de comerse alguna baya ocasionalmente para conservar las fuerzas.

Pero justo cuando ya había llenado la bolsa, escuchó unos ruidos: se trataba de algo enorme que estaba hurgando en el bosque. Lo primero que pensó es que podría tratarse de un tauren o un oso. Empezó a desandar el camino recorrido, mirando constantemente hacia atrás, para evitar así que fuera lo que fuese que emergiera de entre la floresta no lo pillara por sorpresa.

De ese modo, resultó que estaba mirando en la dirección incorrecta cuando esa bestia arremetió contra él desde delante.

Como en su día había sido un guerreo del Bastión del Cuervo Negro, Karius aún era ágil y rápido a pesar de que aquél viaje lo había debilitado bastante. Se giró justo en el instante en que el monstruo (una especie de can demoníaco que poseía dos horrendos tentáculos que le brotaban de la espalda) intentaba abalanzarse sobre él. La bestia no logró alcanzarle la garganta, tal y como había pretendido; sin embargo logró agarrarlo con fuerza de la pierna.

De algún modo, Karius logró no chillar, a pesar de que todas las fibras de su ser se lo pedían a gritos. En vez de eso el elfo de la noche intentó coger algo, cualquier cosa, con la que pudiera defenderse. Buscando a tientas, dio con una piedra gruesa y puntiaguda, con la que golpeó con todas su fuerzas a la criatura en la nariz.

Oyó un crujido. Al instante, un quejido estridente retumbó en sus tímpanos y la bestia le soltó la pierna. Incluso entonces, Karius albergaba ciertas dudas acerca de si había logrado escapar del demonio o no pero entonces oyó el eco repentino de un estruendo procedente de algún lugar lejano.

El espantoso can había reaccionado al instante y de un modo sorprendente ante ese ruido. Al principio, se encogió de miedo e, inmediatamente, se dirigió hacia el lugar del que procedía aquel estrépito. Acto seguido, el instinto de supervivencia empujó a Karius a arrastrarse en dirección contraria. No se

## El Alma Demoníaca

detuvo siquiera a hacerse un torniquete en la herida, de la que en esos momentos únicamente manaba sangre. El malherido elfo de la noche tuvo que hacer un gran esfuerzo para volver con su pareja, que lo seguía esperando; a cada paso que daba en su camino de vuelta, esperaba que la criatura regresara para acabar con él.

Tyrande asimiló ese relato como pudo, mientras cada vez más tenía la sensación de que eso era un mal presagio.

En efecto, Karius había sido realmente afortunado por haber sobrevivido a un encuentro con una bestia vil; sin embargo, lo que realmente le preocupaba era que podía haber estado haciendo esa abominación detrás de las líneas de sus adversarios. Si bien esa bestia era peligrosa, Malfurion o los magos podrían despacharla con suma facilidad, claro está. Pero ¿y si había más?

Con eso en mente preguntó.

— Haz mencionado que se marchó al oír un estruendo. ¿A qué clase de estrépito te refieres?

Karius se lo pensó un momento antes de responder:

— Fue como un crujido muy fuerte.

— ¿Como un trueno?

— No.... yo diría que me recordó al... al estallido de un látigo.

La sacerdotisa se puso en pie.



— Les agradezco que hayan sido tan pacientes. Pero deben excusarme, ya que debo proseguir mi camino.

— ¡No! —protestó la elfa de la noche. — ¡Somos *nosotros* quienes debemos darte las gracias, hermana! ¡Creía que lo iba a perder!

Tyrande no tenía tiempo para seguir discutiendo. Dio a ambos la bendición del templo y, a continuación, sin más dilación se acercó a Shandris, quien la miraba con unos ojos como platos.

— ¡Lo has curado del todo! ¡Cre-creía que moriría antes de que pudieras hacer nada! MUC

— Igual que yo —replicó Tyrande, a la vez que se montaba detrás de la niña. — La Madre Luna ha sido muy generosa conmigo.

— Nunca había visto a una sacerdotisa curar una herida tan horrible... y el monstruo que se la hizo...

— Calla, Shandris. Debo pensar.

La sacerdotisa cogió las riendas del sable de la noche y obligó al felino a girar en dirección al lugar donde recordaba haber visto por última vez a los taumaturgos. Durante su labor como sanadora, Tyrande a menudo obtenía información que ni siquiera los estrategas de lord Cresta Cuervo eran capaces de conseguir. Ahora, una vez más, había llegado algo a sus oídos que Malfurion y Krasus necesitaban saber.

Los asesinos de la Legión les pisaban los talones.

## El Alma Demoníaca

Bajo el manto de la noche, los dragones negros regresaron a su guarida. Neltharion se había mostrado ansioso por volver a casa, pues había mucho que hacer. Su plan estaba tan cerca de completarse que podía paladear ya el sabor de la victoria.

Un macho pequeño, el cual se hallaba en la cima de un pico que recordaba a una garruda alzada, agachó la cabeza en señal de respeto. El Guardián de la Tierra no le hizo caso, ya que sus pensamientos estaban muy centrados en el momento presente. Aterrizó en la entrada de la principal caverna del Vuelo y, de inmediato, se volvió hacia sus consortes, que descendieron detrás de él. En las profundidades de caverna se podían oír los rugidos de otros dragones.

— Voy abajo, que nadie me moleste.

Las hembras asintieron, pues le habían oído dar esa orden muy a menudo. Jamás preguntaban qué hacía el Aspecto ahí abajo, como todos los miembros del Vuelo Negro; obedecer era el eje de su existencia. Cada una de las criaturas en esa montaña se veía afectada, en cierto grado por la misma locura que dominaba sobre todo a Neltharion.

El coloso negro recorrió unos túneles por los que apenas era capaz de pasar debido a su inmenso tamaño. Mientras descendía más y más, el bullicio propio del ir y venir de los dragones se desvaneció para ser sustituido por un nuevo y extraño ruido que reverberó una y otra vez. Para cualquiera que lo oyera, recordaba al estruendo propio de una herrería, puesto que se podía oír cómo alguien golpeaba repetidamente

algo metálico. Ese martilleo no tenía fin y, a medida que aumentaba su cadencia, la terrible sonrisa de Neltharion se volvía más amplia, más satisfecha. Sí, todo iba cómo había planeado.

No obstante el dragón no se dirigió a la zona de la que procedía el martilleo, sino que giró en un pasaje lateral y continuó descendiendo. Después de un rato el martilleo se perdió en la lejanía, dejando así que la pesada respiración de Neltharion único sonido que retumbara en esos corredores oscuros. Nadie, salvo él, podía pasear por aquellas cámaras inferiores.

Por fin el Guardián de la Tierra llegó a una vasta cámara en la que había lanzados sus hechizos sobre el eredar. Sin embargo en cuanto entró, el dragón alzó la cabeza, ya que percibió que, al contrario de lo que parecía, no se hallaba sólo.

Las voces que oía en su mente, esas voces que habían sido unos meros murmullos constantes mientras había estado con los demás dragones, subieron su intensidad presas de la emoción y el frenesí.

*Pronto...*

*Pronto...*

*El mundo será sanado...*

*Todos aquellos que te han traicionado serán puestos en su lugar...*

*El orden será restaurado...*

*Gobernarás, pues estás legitimado para ello...*

## El Alma Demoníaca

Esto y mucho más le repetían una y otra vez al Guardián de la Tierra, quien se sintió henchía de orgullo y cuyos ojos relucieron expectantes. ¡Pronto ese mundo sería tal y como él deseaba que fuera!

— Topos han dado una parte de sí mismos. —dijo al aire vacío.  
— Incluso el ausente Nozdormu.

Aunque las voces no replicaron, el dragón pareció dar por supuesto que se sentían satisfechas. Hizo un gesto de asentimiento y, a renglón seguido, cerró los ojos y se concentró.

Al ser invocada, el Alma de Dragón se materializó.

— Contemplan esta hermosura —señaló con voz potente, al mismo tiempo que aquel objeto flotaba a la misma altura de sus ojos, de una mirada plagada de admiración. — Contemplan su perfección, su poder.

Un aura dorada rodeaba a su creación, que refulgía con una intensidad que nunca antes había alcanzado. Mientras Neltharion centraba toda su fuerza de voluntad en ella, el Alma de Dragón vibró levemente. Al instante, por toda la cámara, las estalactitas y estalagmitas temblaron como si estuvieran cobrando vida.

La vibración del disco se incrementó al compás del ritmo de la impaciente respiración del Guardián de la Tierra. Ahora, la cámara entera temblaba. Fragmentos de roca se desprendieron

del techo, y varias estalactitas enormes se estremecieron de un modo ominoso.

— Sí... —dijo el dragón ansiosamente entre siseos, cuyos ojos brillaron de impaciencia. — Sí...

Ahora mismo, la montaña rugía, como si alguna tremenda erupción volcánica o un gran temblor teniendo lugar. El techo se agrietó de un modo tremendo. Unas piedras gigantescas cayeron por doquier, golpeando el suelo con un estruendo capaz de reventarle a uno los tímpanos. Muchas de ellas rebotaron en la dura piel del descomunal dragón, pero este ni se inmutó.

Entonces unas siluetas etéreas subieron del Alma de Dragón. Se trataba de unas sombras de luz, de imágenes difusas que se movían velozmente de aquí para allá. La mayoría tenía alas y una forma similar a la de Neltharion. Algunas eran negras; otras, bronce; otras azules o rojas. Se fueron congregando por encima del disco y, rápidamente crecieron en número.

No obstante, ahí también había otras siluetas más pequeñas, pero más grotescas. Brillaban con un fulgor verde pálido y muchos contaban con cuernos y unas fosas profundas por ojos. Aunque eran muchos menos en número, poseían una maldad tan intensa que resultaban tan llamativos como los espectros entremezclados que se hallaban por encima de ellos.

Eran las esencias de todos aquellos que habían contribuido a crear el Alma de Dragón, ya fuera voluntariamente o no. Incluso el poder de un Aspecto como Neltharion palidecía en

## El Alma Demoníaca

comparación con el poder total de esas energías ligadas al disco. Su mera aparición bastaba para provocar grietas y fisuras en esa montaña tan sólida mientras toda aquella región se estremecía en esos momentos con violencia. Súbitamente, una estalactita gigantesca se desprendió. Absorto en sus pensamientos, el Guardián de la Tierra no se percató de ello hasta que fue demasiado tarde.

Sólo una formación de ese gran tamaño podría haber herido al dragón negro. Golpeó a Neltharion en el lado izquierdo de la mandíbula, desgarrando incluso carne tan dura cubierta de escamas. Un trozo ensangrentado de una escama salió volando, cuyo duro borde impactó contra el mismo centro del Alma de Dragón.

Neltharion rugió horrorizado, no por lo que le había pasado a él, sino por lo que le había pasado a su valiosa creación. La escama dejó una profunda marca en el disco, arruinando así su perfección. Las siluetas que flotaban arriba y debajo de él giraron frenética y descontroladamente.

El dragón reaccionó con celeridad y dio por concluido el hechizo. Las espectrales figuras regresaron al disco pero de un modo más lento y titubeante del que hubiera deseado. Mientras se desvanecían, el temblor cesó, dejando únicamente polvo en el aire como recuerdo de su breve pero aterradora irrupción.

En cuanto fue seguro hacerlo, Neltharion agarró el Alma de Dragón y la acercó hacia sí. Si bien la mella no era tan profunda como había creído, el mero hecho de que existiera estuvo a punto de lograr que sufriera un nuevo ataque de histeria.

Jamás hubiera esperado que algo fuera capaz, y mucho menos él mismo, de ser un peligro para aquel disco.

— Te curarás —le susurró, mientras acunaba ese diminuto objeto en esa garra, como una madre acunaría a su hijo en brazos. — Serás perfecto una vez más...

Con el disco agarrado con fuerza, abandono la cámara lo más rápido posible, valiéndose de las tres patas que le quedaban libres, para ascender prácticamente a saltos. Neltharion estaba tan meditabundo, que su actitud habría perturbado incluso a sus consortes. La respiración del Guardián de la Tierra se tomó jadeante, como si todo lo que había hecho hasta ahora fuera inútil.

Sin embargo, en vez de regresar al lugar donde los de su propia especie moraban, el dragón se desvió por otra serie de túneles.

El martilleo retumbó con más fuerza a medida que el descomunal Neltharion progresaba a través de esos estrechos pasajes, hasta que se convirtió en el nítido ruido propio de un trabajo muy duro. Unas voces peculiares se perdieron en la lejanía; las palabras que pronunciaban esos seres se vieron tapadas por el martilleo.

Neltharion entró en una nueva cámara con una iluminación intensa que su vista tardó un momento en acostumbrarse a ella. En cuanto pudo ver con claridad, vio a decenas y decenas de pequeños goblins, de flexibles goblins trabajando en diversas fases de un proceso metalúrgico. Había hornos enormes por todas partes, alimentados todos ellos por la

## El Alma Demoníaca

energía de la lava ardiente que surgía de las entrañas de la tierra. Media docena de esas criaturas de piel verde estaban realizando un gran esfuerzo para sacar de un colosal molde lo que parecía ser un escudo ovalado que sólo podría ser manejado por un gigante. El metal que había dentro brillaba con un intenso color naranja. Con rapidez, los goblins dieron la vuelta al molde de tal modo que lo que contenía cayó a un tanque de agua. Al instante una gran nube se alzó violentamente y poco faltó para que acabara hirviendo al vapor a un trabajador un tanto lento de reflejos.

Otros goblins se dedicaban a martillar diversas piezas. Unos pocos que vestían guardapolvos deambulaban entre el resto, asegurándose de que todo el mundo llevaba a cabo su labor de un modo adecuado.

Como no hallaba lo que buscaba en esa cámara, Neltharion bramó:

— ¡Meklo! ¡Meklo!, preséntate ante mí.

El grito del leviatán ahogó al resto de ruidos. Sobresaltados, los goblins dejaron de trabajar. Dos de ellos estuvieron a punto de arrojarle hierro fundido encima a un compañero.

— ¡Pónganse a trabajar, a trabajar! —les espetó alguien muy irritado, dotado de una voz muy aguda. — ¿Es que quieren echarlo todo a perder?

Los trabajadores obedecieron al instante. Desde una pasarela superior, un goblin larguirucho de edad avanzada, con un



mechón de pelo gris coronando su, por otro lado, calva cabeza, bajó raudo y veloz hasta donde se hallaba el impaciente dragón. El jefe goblin masculló algo a lo largo del camino, pero en esas palabras no guardaba ningún rencor a su amo, sino que, más bien, parecía estar constantemente haciendo cálculos y evaluando la situación.

— Si debe tener una densidad de veinte centímetros en un área de once metros cuadrados, eso supone, aproximadamente, que hay que añadir veinte kilos más a la mezcla y... —el goblin tropezó con el dedo central de la pata delantera del dragón que tenía libre y alzó la mirada, reaccionando como si le sorprendiera ver ahí al leviatán. — ¿Mi señor Neltharion?

— ¡Meklo! ¡Mira esto!

El Guardián de la Tierra acercó la otra gigantesca pata delantera al goblin para que éste pudiera examinar el disco. Meklo entornó los ojos y dijo:

— ¡Vaya, vaya! ¡Un trabajo tan perfecto arruinado! ¡Era un disco inmaculado!

— ¡Le ha caído encima una de mis escamas, goblin! ¡Explícame por qué algo así ha podido lastimar algo supuestamente invulnerable!

— Veo que también hay sangre. —Meklo elevó la vista para poder escrutar la herida de Neltharion por un momento antes de volver a decir: — ¡Vaya, vaya! ¡Claro, todo tiene sentido! Mi señor Neltharion, has sido un elemento clave a la hora de que el disco cobrara forma, ¿verdad?

— Tú estuviste presente goblin, así que deberías saberlo.

## El Alma Demoníaca

— Sí. Tú creaste la matriz a partir de la cual se construyó. —El goblin jefe se detuvo, un momento y, acto seguido, preguntó: — Los demás aportaron sus esencias, ¿no? Se hallan unidos a la matriz del disco, ¿verdad?

— Por supuesto.

— Aaah, pero tú no. Tú creaste la matriz del Alma de Dragón, le diste forma con tu poder y tu sangre, pero eres el único dragón que no está unido directamente a ella. —El goblin sonrió de oreja a oreja, mostrando así sus dientes amarillentos y puntiagudos. — Eso te convierte en su único punto débil, mi señor. La escama, tu sangre.... cualquier parte de ti es capaz de destruir el Alma de Dragón. Me imagino que podrías aplastar el disco muy fácilmente.

Meklo hizo como si aplastara algo entre el índice y el pulgar. El Guardián de la Tierra abrió tanto los ojos y su rostro se tornó tan monstruoso que ni siquiera el goblin fue capaz de seguir mirándolo.

— ¡Yo nunca haría algo así!

— ¡Claro que no, claro que no! —balbuceó Meklo, a la vez que se postraba ante Neltharion. — Lo cual quiere decir que *nada* podrá destruirla jamás, ¿eh?

Las llamas de la furia que ardían en el fuero interno del dragón menguaron. Neltharion le mostro unos dientes más largos que el propio goblin.

— Sí *nada*. Por tanto, mi Alma de Dragón es..., es invulnerable.

— Siempre que no participes en su destrucción. —Se atrevió a recordarle esa figura larguirucha.

— ¡Lo cual nunca sucederá! —Neltharion posó la mirada en esa marca que mancillaba la perfección del Alma de Dragón. ¡Pero esto ha de ser reparado! ¡El disco debe ser perfecto de nuevo!

Será necesario lo mismo que la última vez.

El dragón replicó burlonamente:

— ¡Tendrás toda mi sangre, toda la que necesites! ¡El disco volverá a ser como era!

— Por supuesto, por supuesto. —Meklo miró hacia atrás, hacia los demás goblins. — Aunque esto supondrá demorar el resto de tus planes, ya que también necesitamos tu sangre y tu magia para eso.

— ¡Todo lo demás puede esperar! ¡El disco no!

— Entonces, empezaremos ahora mismo, mi señor. Deme un momento para poder concluir el resto de trabajos en marcha. Después, regresaré con la ayuda necesaria.

Mientras el goblin se alejaba, la respiración de Neltharion se volvió más normal. Su valiosa creación volvería a ser reparada. Al igual que él volvería a ser perfecta una vez más.

Y juntos, gobernarían todo cuanto existía...



## CAPÍTULO DIEZ

— ¡E

sto es intolerable! —Exclamó Lord Ojo Estrella mientras sacaba una pizca de esos polvos de su bolsa para metérsela por un orificio nasal. — ¡Se ha desperdiciado una oportunidad perfecta, Kur'talos!

— Tal vez sí, Desdel. O tal vez no. Aun así, lo hecho hecho está y no hay que darle más vueltas.

Los dos nobles se encontraban dentro de la tienda de lord Cresta Cuervo, junto a unos cuantos más oficiales aristocráticos, debatiendo sobre qué plan iban a seguir ahora que ya no se veían obligados a batirse en retirada. Sin embargo, Desdel Ojo Estrella estaba convencido de que Krasus se había precipitado al decidir que la hueste debía detenerse justo cuando habían logrado que el enemigo huyera. Ojo Estrella estaba seguro de que los elfos de la noche podrían

haber avanzado hasta Suramar sin ninguna traba si le hubieran hecho caso, una opinión que había expresado en más de una ocasión desde que Krasus y los demás se habían sumado al grupo.

— Los soldados han luchado valientemente, —replicó el mago con suma cortesía. — Pero son de carne y hueso y sus fuerzas flaquean.

Deben descansar.

— Y también comer —gruñó Brox, quien había acompañado hasta ahí a los taumaturgos. Si bien era obvio que los elfos de la noche no deseaban hallarse en compañía del orco, como Cresta Cuervo no le había ordenado que se fuera, nadie, ni siquiera Ojo Estrella, se había atrevido a quejarse por su presencia ahí.

— Sí, eso también —admitió el amo y señor del Bastión del Cuervo Negro. — Los soldados y los refugiados están comiendo y durmiendo y no hay más que hablar. Ahora, pasemos a hablar de qué vamos a hacer a continuación.

— ¡Debemos ir a Zin-Azshari sin duda alguna! —soltó de sopetón lord Ojo Estrella. — ¡Hay que salvar a la reina Azshara!

Los demás nobles se expresaron en el mismo sentido. Krasus adoptó un gesto ceñudo pero no dijo nada. Había hablado al respecto con los demás antes de llegar ahí y todos habían estado de acuerdo en que sería imposible quitarles de la cabeza a los elfos de la noche la idea de que su monarca era una prisionera de los demonios. Como Zin-Azshari era también el punto de acceso por el que la Legión Ardiente entraba en

## El Alma Demoníaca

Kalimdor, parecía inútil plantear cualquier otro tipo de plan. Por una razón u otra, había que tomar la capital.

No obstante, Krasus no creía que el pueblo de Malfurion fuera capaz de lograr algo así por sí solo.

Haciendo caso omiso del protocolo, dio un paso al frente y dijo con firmeza:

— ¡Mi señor Cresta Cuervo! ¡Debo hablar una vez más sobre un asunto del que sé que no quieren volver a oír, pero que no se puede esquivar!

Cresta Cuervo aceptó la copa de vino que le había servido lord Ojo Estrella. En medio de aquella crisis, los altos jerarcas de los elfos de la noche insistían en disfrutar de ciertos privilegios.

— Debes referirte a que debemos pedir ayuda a los enanos y demás.

Ojo Estrella se hallaba junto a él, esbozó una mueca de burla. Unos gestos similares cobraron forma en los semblantes de la mayoría del resto de nobles.

A de que estaba claro que iban a volver a salir escaldado en esta discusión sobre seguir sobre esa materia, el mago insistió:

— En ese momento, los enanos, los tauren y las demás especies seguramente están librando sus propias batallas contra la Legión Ardiente. Por separado, tenemos muy pocas posibilidades de sobrevivir, pero si aunamos esfuerzos.

¡Podremos tomar Zin-Azshari sufriendo muchísimas menos bajas!

— ¿Sugieres que los tauren entren en Zin-Azshari? —le espetó un noble. — ¡Qué barbaridad!

— ¿Acaso prefieres que los *demonios* se queden ahí? —Musitó Rhonin a Malfurion.

— Jamás lo entenderás —respondió el druida de mal humor.

— No, jamás.

El barbudo comandante apuró su copa de vino y, acto seguido, la devolvió a lord Ojo Estrella. Después, contempló al mago como cuando uno mira a un venerable anciano que se equivoca de cabo a rabo.

— Maestro Krasus, te agradecemos en grado sumo las aportaciones que has hecho a nuestras estrategias. Tus conocimientos mágicos sobrepasan los que posee cualquiera de nuestros hechiceros. En todo lo relativo a la magia, confío a ciegas en tus consejos. —Cresta Cuervo frunció aún más el ceño. — Sin embargo, en todo lo relativo a otras materias, debo recordarte que no eres uno de los nuestros. No entiendes ciertas verdades irrefutables y básicas. Aunque hiciera algo tan demencial como pedir ayuda a los enanos y los tauren, sinceramente, ¿crees que nos la brindarían? ¡Desconfían de nosotros tanto como nosotros de ellos! Es más, en caso de que decidieran aliarse con nosotros, ¿acaso esperas que nuestros soldados luche codo con codo con ellos?

— Es más probable que los enanos se vuelvan en nuestra contra. —interrumpió Ojo Estrella. — Su avaricia es conocida por todos. — Nos robarían y, acto seguido, volverían corriendo a esconderse en sus agujeros.

Otro oficial apostilló:

— Y los tauren se pasarían todo el tiempo peleándose entre ellos. ¡Más que unas criaturas inteligentes, son unas meras bestias! ¡Su inherente caos se acabaría contagiando a nuestras tropas, provocando tal desconcierto entre nuestras filas que los demonios podrían barrernos muy fácilmente!

Lord Cresta Cuervo se mostró de acuerdo.

— ¿Lo ves maestro Krasus? No solo estaríamos invitando a que la confusión se extendiera por nuestro ejército, sino que, seguramente, eso nos arrastraría hasta una destrucción segura.

— A la que quizá también acabemos siendo arrastrados si seguimos avanzando solos

— Esta discusión en particular ha concluido, buen mago, y, con todo respeto debo ordenarte a que no vuelvas a sacar el tema a colación.

Ambos se miraron fijamente durante varios segundos..., y fue Cresta Cuervo quien apartó la vista primero. A pesar de haber obtenido esta pequeña victoria Krasus obedeció.

— Perdóname por haberme excedido, —dijo

— Maestro Krasus, como ahora vamos a debatir sobre cuestiones de suministros y logística, realmente no es necesario que esté presente ningún taumaturgo en esta reunión, salvo Illidan, quien está a mi servicio. Les sugiero, tanto a ti como a los demás, que disfruten de un merecido y más que necesario



descanso. En cuanto volvamos a avanzar, sus habilidades nos serán muy útiles.

Krasus hizo una reverencia de un modo cortés y no dijo nada más. Salió con suma calma de la tienda, seguido por el resto.

Sin embargo, en cuanto se halló a una distancia en la que no podrían oírlo los que seguían dentro de la tienda, el pálido mago comentó con cierta amargura:

— Esta lucha tendrá un final trágico por culpa de su estrechez de miras. La clave de la victoria reside en aliarse con otras especies...

— Mi pueblo jamás aceptara algo así —insistió Malfurion. — Jamás luchará al lado de tales seres.

— Pues a Korialstrasz lo aceptaron enseguida —replicó Rhonin.

— Muy pocos son capaces de darle la espalda a un dragón, maestro Rhonin.

— Eso es muy cierto —masculló Krasus, quien parecía pensativo. — Rhonin debo ir a buscarlos.

— ¿A buscar a quién?

— A mis... A los dragones, por supuesto.

Brox resopló y Malfurion se sobresaltó. Aunque el druida sabía que Krasus tenía un cierto vínculo con Korialstrasz, en estos momentos ni siquiera intuía toda la verdad.

— ¿Los dragones, maestro Krasus? ¡Pero si son una de las fuerzas más poderosas de este mundo! ¿Y cómo piensa hacerlo?

## El Alma Demoníaca

— Tengo mis propios métodos..., pero para lograrlo necesitare un medio de transporte rápido. Los sables de la noche no me valdrán para algo así. Necesito algo que capaz de volar.

— ¿Como un dragón? —inquirió Rhonin

— Con algo más pequeño me valdrá, amigo mío.

— Hay un bosque no muy lejos de aquí. Tal vez... Tal vez pueda contactar con Cenarius. Quizá él pueda aportar alguna solución.

Por la expresión de Krasus, se podía deducir que no se sentía satisfecho del todo con esa propuesta, pero a nadie se le ocurrió nada mejor. Al final, asintió y dijo:

— Entonces, tendremos que partir lo antes posible, ya que si no el capitán Cantosombrío intentará detenernos o, lo que es incluso peor, seguirnos con sus tropas. Y me temo que eso podría atraer la atención tanto de la Legión Ardiente como de los elfos de la noche sobre nosotros y nuestra misión.

A Jarod y al resto del cuerpo de guardia se les había dado tiempo para descansar y recuperarse. Nadie pensaba que los magos pudieran hallarse en peligro mientras se hallaran entre la hueste; por otro lado, la mejor defensa que tenían los soldados ante cualquier asalto mágico eran sus protegidos. De todos modos en caso de que se reanudara la marcha, los guardaespaldas volverían a desempeñar sus funciones inmediatamente.

Pero Krasus esperaba estar para entonces muy lejos.

— ¿De verdad crees que esto es necesario? —preguntó el mago pelirrojo.

— Me voy por dos razones, Rhonin. La primera es algo que ya hemos hablado: los dragones pueden lograr que se vuelvan las tornas. La segunda es una cuestión más personal. Me marcho para descubrir por qué la única respuesta que recibo de ellos es un muro de silencio. Eso no debería ser, como bien puedes comprender. He de descubrir la verdad.

No hubo más objeciones. Lord Cresta Cuervo pretendía que los elfos de la noche reanudaran la marcha en cuanto oscureciera, y Krasus tenía que estar muy lejos de ahí antes de que descubrieran que faltaba.

Rhonin hizo un gesto de asentimiento.

— ¿Y qué haremos Brox y yo?

— Si nuestro amigo druida es capaz de conseguir transporte, tal y como afirma, podrá regresar antes de que anochezca. Mientras tanto, Brox y tú deben procurar que lord Cresta Cuervo no los vea. Tal vez pregunte por nosotros. Y bastante se va a enojar en cuanto descubra que me he marchado.

— Tal vez sí o tal vez no. Así, al menos, no habrá nadie que cuestione sus decisiones en voz alta.

Krasus hizo oídos sordos al comentario jocoso del humano y se volvió hacia Malfurion.

— Debemos irnos. Si vamos con un par de sables de la noche hacia la zona de refugiados, los soldados no nos incordiarán demasiado. Después, podremos dar la vuelta y dirigimos al bosque. —En ese instante, lanzó un leve siseo. —Después, deberemos rezar para que tu maestro acuda en nuestra ayuda.

## El Alma Demoníaca

Rápidamente habían dejado atrás a los demás, para seguir el plan que había propuesto el anciano mago. A pesar de que los soldados los miraron con cierta suspicacia y curiosidad, como ambos no se dirigían a la vanguardia, dejaron de mirarlos enseguida.

Malfurion seguía sintiéndose bastante incómodo con la misión que pretendía llevar a cabo Krasus, pero no cuestionaba al hechicero. Respetaba su sabiduría y era consciente de que Krasus comprendía a los dragones mucho mejor que nadie que hubiera conocido jamás. A menudo, casi parecía uno de ellos. Seguramente, en algún momento de su pasado, Krasus había gozado la experiencia única de vivir entre esas antiguas criaturas durante cierto tiempo. ¿Qué otra explicación podría haber para justificar que tuviera un vínculo tan especial con esos leviatanes?

Aunque les costó, prácticamente, tres horas, al final lograron adentrarse en el bosque. En esta ocasión Malfurion no notó esa reconfortante sensación que había experimentado la última vez que había entrado en un lugar similar. Ese bosque había sido mancillado por la Legión y las secuelas de su paso aún eran perceptibles. Si los defensores de esas tierras no hubieran conseguido cambiar el signo de la batalla, aquel lugar podría haber acabado reducido a meras ruinas.

A pesar de que la sombra de esa amenaza inminente planeaba sobre el bosque, la vida todavía prosperaba ahí. Los pájaros cantaban y el druida podía percibir que esos árboles estaban avisando al resto de la floresta de la llegada de esos nuevos

intrusos. El roce de las hojas se volvía particularmente intenso siempre que Krasus se acercaba, era como si el bosque también fuera capaz de notar que ese ser era distinto. Asimismo, también daban la bienvenida al elfo de la noche, pues claramente percibían su aura y que había recibido la bendición de Cenarius.

Sin embargo, el druida era incapaz de percibir la presencia del semidiós. Cenarius tenía muchos frentes abiertos; el más importante, intentar convencer a sus homólogos de que debían participar de manera activa y organizada en la defensa de ese mundo. Entonces ¿cómo podía Malfurion albergar la esperanza de que la floresta tuviera tiempo de responder a su llamada?

— Estas tierras ya han sufrido mucho. —aseveró a su compañero. — Puedo intuir qué clase de mal ha estado aquí.

— Yo también. Krasus, no sé si, después de todo Cenarius será capaz de escucharme aquí.

— Lo único que te puedo pedir es que intentes contactar con él Malfurion. Si fracasas, no te lo echare en la cara. Simplemente, me las tendré que arreglar con el sable de la noche, aunque eso supondrá que tardaré mucho más en realizar mi viaje.

Llegaron a una zona situada en lo más hondo del bosque, donde el druida pudo sentir un poco más de tranquilidad. Informó a Krasus de esto y, a renglón seguido, ambos desmontaron.

— ¿Quieres que te deje a solas? —inquirió el mago.

## El Alma Demoníaca

— Si Cenarius decide venir, lo hará con independencia de que estés o no, maestro Krasus.

Malfurion buscó un sitio donde sentarse entre esa hierba mullida. Krasus se apartó a un lado respetuosamente, para no molestar al druida.

Malfurion cerró los ojos y se concentró. Primero expandió su conciencia hacia los árboles, las plantas y el resto de formas de vida, buscando en ellos alguna pista que indicara que el semidiós hubiera estado recientemente ahí. Si Cenarius había hecho acto de presencia en ese lugar, pronto lo sabría.

Pero el bosque no le ofreció ninguna pista acerca de esa deidad.

Frustrado, el druida se planteó otras opciones. Por desgracia, únicamente el Sueño Esmeralda le ofrecía una vía factible para contactar inmediatamente con su shan'do.

Al final, tuvo que hacer lo que temía. Malfurion exhaló y centró sus pensamientos en ese reino etéreo. No tenía que entrar en él por entero, solo rozar sus límites. Entonces, podría enviar sus pensamientos a Cenarius. No obstante, a Malfurion le inquietaba el hecho de tener que interactuar, aunque fuera tan levemente, con ese lugar, pero había que hacerlo.

Noto que se estaba separando de su caparazón mortal. Sin embargo, en vez de dejar que la transición se completara, el druida se quedó a medio camino. Aunque eso conllevaba mucha más tensión de la que había imaginado, Malfurion no

tenía previsto permanecer en ese estado mucho tiempo. Se imaginó a Cenarius tal y como era, y se valió de esa imagen para poder entrar en contacto con él...

De repente oyó que alguien le susurraba el oído y perdió la concentración.

— ¡Malfurion! ¡No estamos solos!

El druida se estremeció al tener que volver a entrar en su cuerpo tan rápidamente, lo único que pudo hacer fue abrir los ojos... justo a tiempo para ver a una bestia vil cargaba hacia él.

Alguien masculló unas palabras poderosas y, al instante, ese espantoso can se marchitó. La bestia se retorció y se enroscó sobre sí mismo, hasta convertirse, en un visto y no visto, en un grotesco montón de huesos y tendones aplastados y deformados.

Krasus cogió a Malfurion de ambos brazos y tiró de él para levantarlo con una fuerza asombrosa. El anciano mago preguntó:

— ¿Eres ya capaz de defender?

El druida no tuvo tiempo de responder, ya que, súbitamente el bosque cobro vida, pero no solo gracias a esos canes demoniacos, sino también gracias a la irrupción de los bestiales y cornudo, guardias viles. Los dos taumaturgos se veían superados en número en una proporción de diez a uno. Sus monturas, que se encontraban atadas a un árbol, gruñeron y

## El Alma Demoníaca

tiraron de sus ronzales, pero no pudieron soltarse. Los demonios, no obstante, ignoraron a las panteras, puesto que sus objetivos eran el mago y el druida, sin lugar a dudas.

Mientras dibujaba una línea invisible a su alrededor, Krasus recitó otro conjuro breve. Unas púas cristalinas brotaron repentinamente del suelo, hasta alcanzar la altura de un elfo de la noche.

Tres guardias viles fueron empalados por esas estacas. Una bestia vil aulló cuando otra de esas púas le arrancó parte del hocico.

La rápida reacción de Krasus permitió que Malfurion tuviera tiempo de pensar. Dirigió su mirada a los árboles más cercanos a esos demonios que se aproximaban y les pidió ayuda.

Unas ramas gruesas y repletas de follaje se estiraron hacia abajo y engancharon a cuatro de esos monstruosos. Elevaron muy alto a esos demonios, hasta que se perdieron de vista. Aunque Malfurion no pudo ver qué les sucedió, fue perfectamente consciente de que esas víctimas no volverían a aparecer.

Otros árboles se limitaron a desplegar las ramas en el momento justo en que la carga de la Legión pasaba junto a ellos. Una bestia vil rodó sin poder evitarlo al tropezarse con una rama; otra fue incluso menos afortunada, ya que se le rompió el cuello al colisionar con ese obstáculo inesperado.



Aun así, los demonios se arremolinaron en masa en torno a ellos; sobre todo, los canes manáfagos. Mientras se aproximaban, daba la impresión de que los miraban de manera maliciosa; sin lugar a dudas, el hecho de tener ahí a dos taumaturgos atrapados les había despertado el hambre.

A pesar de lo eficaz que había sido el ataque de Malfurion, los demonios parecían temer más a Krasus, y por una buena razón. Como poseía un conocimiento mucho mayor de sus artes mágicas que el que poseía el elfo de la noche de sus propias artes místicas, el mago lanzó varios hechizos con gran rapidez y extremada crueldad. Ya no era ni por asomo esa figura pálida y enfermiza que había visto cuando se habían conocido. Si bien era cierto que Krasus parecía hallarse bajo una tensión inmensa incluso en esos mismos instantes, no flaqueaba de ningún modo a pesar de todo.

Un estruendo similar al bramido del trueno resonó por todo el bosque. Krasus se llevó las manos a la garganta, de donde le había agarrado un tentáculo delgado y abrasador, que se estaba tensando como el lazo de una soga. El mago perdió el equilibrio y fue arrastrado hacia atrás, hacia las mismas estacas que él había generado con su magia.

El elfo de la noche se atrevió a mirar hacia atrás y contempló algo casi tan aterrador como Archimonde; un caballero descomunal y esquelético, cuya cabeza era un cráneo provisto de cuernos que tenía unas llamas por ojos, y que sostenía un temible látigo con el que arrastraba a Krasus hacia un funesto destino. Aquel recién llegado era más alto que los demás

## El Alma Demoníaca

demonios y, por la manera en que dejaban paso, Malfurion supuso que debía de ser su líder.

El druida cogió unas cuantas briznas de hierba y las arrojó hacia ese flagelo siniestro. Las briznas volaron rápidamente por el aire y, a continuación, destrozaron el látigo como si fueran unos cuchillos muy afilados hasta que uno de ellos lo cortó por entero.

Krasus jadeó en cuanto ese extremo del flagelo se separó del resto.

Cayó de rodillas e intentó quitarse de encima el resto de ese látigo.

Aunque el demonio trastabilló y dio unos pasos atrás, logró mantener el equilibrio. Echó esa fusta que seguía siendo enormemente larga, hacia atrás y se preparó para golpear al druida.

Como se encontraba rodeado de demonios y su compañero no podía hacer nada por el momento, Malfurion no albergaba muchas esperanzas de poder sobrevivir. Tanto él como Krasus no solo habían quedado expuestos ante esos asesinos demoníacos que siempre los estaban rastreando, sino que esta vez su líder había venido para cerciorarse de que no escaparan. Ni siquiera Jarod iba a acudir en su ayuda. Únicamente Rhonin y Brox sabían que habían marchado y, ambos daban por sentado que estarían bien. Se habían equivocado totalmente.

Sin embargo, para su sorpresa, el demonio no volvió a atacar de inmediato, sino que dijo a Malfurion entre siseos:

— ¡Ríndete, criatura, y ssse te perdonará la vida! ¡Te lo prometo en nombre de mi másss honorable amo, Sssargerasss! Esss tu única possibilidad de sssobrevivir...

Krasus tosió e intentó aclararse la garganta.

— ¡R-rendirse a la Legión Ardiente e-es un destino mucho peor que la muerte más terrible! ¡Debemos luchar aun cuando estemos destinados a perder, Malfurion!

Los torvos recuerdos de su breve encuentro con Archimonde llevaron al elfo de la noche a pensar del mismo modo. Se podía imaginar de lo que los demonios les harían a los prisioneros; sobre todo a aquellos que habían jugado un papel clave a la hora de frustrar sus planes hasta esos momentos.

— ¡Nunca nos rendiremos!

Los ardientes orbes del demonio centellaron furiosamente y chasqueó el látigo cuatro veces. Unos relámpagos brillaron en cuanto el flagelo impactó contra el suelo. De repente, unas siluetas colosales cobraron forma delante del demonio. Con cada restallido, un can diabólico se materializaba.

— ¡Entoncesss, misss massscotasss ssse alimentarán con usstedesss, taumaturgosss!

## El Alma Demoníaca

Krasus recobró la compostura y, acto seguido, se giró para clavar su mirada en el demonio líder y entornó los ojos amenazadoramente.

Pero aquel caballero esquelético estaba preparado para defenderse de su ataque. Giró el látigo en el aire, para crear una neblina, la cual refulgió súbitamente, como si algo hubiera explotado al impactar contra ella.

El elfo de la noche se mordió la lengua para no proferir un juramento. Su adversario había anulado con suma facilidad lo que debería haber sido un sortilegio muy poderoso.

— Tal y como temía —masculló Krasus, — ¡Se trata del maestro de canes *Hakkar!*

Malfurion le habría gustado preguntarle qué sabía acerca de ese demonio, pero en ese momento los demás monstruos reanudaron el ataque. Aunque las estacas cumplieron su función de barrera defensiva, los demonios las rasgaron, desgarraron y destrozaron. Entre tanto, por detrás, su líder se reía a mandíbula batiente; sus carcajadas eran como el siseo de un centenar de serpientes furiosas.

Aun así, en cuanto el primer miembro de la Guardia Vil logró atravesar esas púas e hizo ademán de dirigirse hacia ambos, los guerreros que se encontraban montados a horcajadas sobre los sables de la noche cargaron y se sumaron a la batalla por todos los frentes; con sus bestias aniquilaron a algunos de los demonios antes de que pudieran darse cuenta de que los

estaban asaltando. Mientras atacaban, los recién llegados se pusieron a cantar.

Malfurion los contempló boquiabierto y tardó en percatarse de que no se trataba de los soldados de Jarod Cantosombrío, ya que sus armaduras eran mucho más plateadas y, tras echar un segundo vistazo, comprobó que poseían una forma mucho femenina. La canción que estaba escuchando era una alabanza a la Guerrera de la Noche, la temible encarnación de la Madre Tierra cuando esta batallaba.

La hermandad de Elune había venido a rescatarlos.

Por primera vez, Malfurion veía la vertiente más guerrera de esas tranquilas y dulces sacerdotisas. Muchas de ellas empuñaban unas espadas largas y curvas, mientras que otras blandían unas lanzas cortas con puntas en ambos extremos. Unas cuantas hasta tenían arcos que no eran más largos que sus antebrazos, con los que disparaban velozmente un dardo tras otro.

Los demonios sufrieron las consecuencias de inmediato, las bestias viles cayeron acribilladas. Una sacerdotisa blandió su arma con la misma destreza que un soldado y decapitó a un guerrero cornudo. Dos sables de la noche arremetieron contra otro can, al que abrieron tajos repetidamente desde ambos flancos hasta que lo único que quedó fue un cadáver ensangrentado.

Entre esas terribles figuras que estaban desatando el caos entre la Legión Ardiente, vio a Tyrande.

## El Alma Demoníaca

Antes de que pudiera llamarla a gritos, un demonio se abalanzó sobre él. El colosal guardia vil habría partido en dos al druida si este no hubiera hecho gala de unos reflejos extraordinarios. El elfo de la noche rodó por el suelo para alejarse y, a continuación, lanzó un hechizo.

El suelo bajo los pies de su adversario se volvió húmedo y arenoso. Aunque el guardia vil se hundió hasta la cintura, logró evitar que esas arenas movedizas siguieran tragándosele. Al instante, se aferró al borde sólido con la mano libre e intentó salir de esa trampa.

Malfurion no le dio la oportunidad de lograrlo. De una patada en la mano, le arrebató el arma al demonio y, acto seguido, corrió a por ella. El monstruoso guerrero se giró e intentó agarrarlo por las piernas. Malfurion se resbaló, ya que su enemigo lo había cogido de un pie. Agarró la empuñadura de la espada justo cuando el demonio lo arrastraba hacia esas arenas movedizas.

Con todas sus fuerzas, el druida enterró la hoja en la cabeza del guardia vil.

Mientras el demonio se hundía con lentitud en ese lodazal, Malfurion se dio cuenta de que no todo iba bien. La hermandad tenía todas las de ganar, pero más de una de esas sacerdotisas se enfrentaba a una amenaza inminente. Mientras se erguía, una de las sacerdotisas fue derribada de la silla por una bestia vil, que le atravesó el cuello de un mordisco, como si hubiera rasga una seda. Otra hermana cayó al suelo, después de que

un demonio le clavara su arma en las fauces abiertas a su sable de la noche, de tal modo que el otro extremo de la hoja emergió entre los omoplatos del felino. Un segundo guerrero acabó con la sacerdotisa un instante más tarde.

No obstante, lo que más aterrorizó a Malfurion, fue lo que vió cuando posó su mirada sobre Tyrande una vez más. Como se hallaba enzarzada en combate con un miembro de la Guardia Vil, no se había percatado de la presencia del maestro de canes y su látigo.

El flagelo debería habersele enredado en la garganta, pero su montura se movió por casualidad en el último instante y acabó con los brazos atados. El caballero esquelético tiró con fuerza, consiguiendo así que Tyrande se cayera de la pantera, como si su cuerpo enfundado en esa armadura no pesara nada.

— ¡No! —exclamó Malfurion, a la vez que se dirigía hacia ella.

Krasus, que se hallaba en plena confección de un encantamiento, intentó agarrarlo del brazo.

— Druida, estás más seguro aquí...

Pero el elfo de la noche solo pensaba en Tyrande. Se había olvidado por entero de su adiestramiento y se abrió paso por la batalla. En cuanto se encontró lo bastante cerca, dio un salto..., pero no hacia su amiga de la infancia.

A pesar de que el inmenso maestro de canes resistió el impacto de todo el peso de Malfurion, consiguió que esa espantosa

## El Alma Demoníaca

figura perdiera la concentración. El látigo dejó de estar tan tenso y la sacerdotisa aterrizó suavemente sobre el suelo.

— ¡Necio! —le espetó el maestro de canes, al mismo tiempo que agarraba al druida del hombro. — Yo soy Hakkar y tú no eres nada.

No vio la daga que Malfurion sacó del cinturón. Le clavó esa pequeña hoja el brazo al demonio, justo en ese sitio en que la articulación del codo era vulnerable.

Hakkar lanzó un alarido y soltó a su presa. Se arrancó la daga cuya afilada hoja estaba cubierta de un icor espeso que era la sangre del demonio. Sin embargo en vez de atacar a Malfurion con la daga, el maestro de canes la tiró y recogió el látigo del suelo.

Avanzó hacia el druida, que estaba poniéndose de pie, con el brazo ya levantado.

— Sssusss órdenesss ssson mantener con vida sssi esss possible... Aunque me temo que no ssserá possible...

Hakkar lo atacó. Malfurion gritó de dolor cuando un relámpago le recorrió el cuerpo entero. Se sintió si se estuviera quemando vivo.

Sin embargo, una parte de él mantuvo la calma a pesar de la agonía. Malfurion puso en práctica las enseñanzas de Cenarius y logró dejar de notar ese dolor. El tormento de los latigazos se desvaneció. El maestro de canes lo azotó una segunda y una



tercera vez, pero para el druida no fueron más que la caricia de una leve brisa.

Malfurion comprendió que, aunque no sintiera ningún dolor el castigo que estaba sufriendo su cuerpo era tal que acabaría siendo aniquilado, no obstante, las enseñanzas de su *shan'do* le daban la oportunidad de defenderse de la mejor manera posible... si es que cabía alguna defensa frente aquello.

— Tal vez te mantenga apenas con vida —dijo Hakkar con un tono burlón, a la vez que lo golpeaba de nuevo. — ¡Lo único que quiere es que te quede un hálito de vida para poder torturarte! Sssolo eso dejaré...

El temible gigante volvió a alzar el látigo.

Malfurion dirigió la vista hacia el cielo. Esa capa de nubes era su mejor esperanza, y el maestro de canes, de un modo irónico, le había ayudado a tomar esa decisión.

El viento lo ayudó en un principio, puesto que empujó a las nubes, a las cuales no les gustaba ser perturbadas de este modo y, furiosas, se tomaron negras. Aunque eso fuera en contra de su propia esencia, Malfurion se alimentó de su ira y, a renglón seguido, las manipuló apelando a su vanidad, ya que les dijo que había alguien ahí capaz de dar órdenes al relámpago y que alardea de ello.

Hakkar creyó que, como seguía inmóvil, se había rendido. Con los ojos ardiendo, el maestro de canes echó el brazo hacia atrás.

## El Alma Demoníaca

— ¡Sssolo un latigazo másss! Un latigazo másss...

Las nubes se estremecieron de un modo estruendoso.

Un relámpago cayó y no uno, sino dos rayos acertaron de pleno en el enorme demonio.

Hakkar profirió un sonido de dolor que hizo que a Malfurion le temblaran todos los huesos del cuerpo. El maestro de canes permaneció de pie, bañado en una luz brillante, con los brazos extendidos, como si pretendiera abrazar eso que lo estaba destruyendo. El látigo que había quedado reducido a una cosa quemada y negra, se le cayó de su temblorosa mano.

Alrededor del escenario de la batalla, las bestias viles se detuvieron abruptamente en medio de sus combates y aullaron tristemente.

Al final esa luminosidad celestial se desvaneció... y el cadáver hecho cenizas del señor demoníaco cayó de manera inerte sobre la hierba.

Los monstruosos canes aullaron una vez más y, a continuación, refulgieron como cuando habían sido invocados por primera vez. Al unísono, las bestias viles se *esfumaron*, mientras todavía resonaban sus gritos.

Como ya no contaban con el apoyo de Hakkar y sus mascotas, los pocos demonios que aún quedaban en pie no plantaron demasiada cara a las sacerdotisas y Krasus. Cuando el último

de ellos fue asesinado, Malfurion se acercó temblorosamente hasta Tyrande.

Ella se sentó en el suelo, todavía medio conmocionada. Sin embargo, en cuanto lo vió, una maravillosa sonrisa se dibujó en el rostro de Tyrande, lo cual hizo que Malfurion se olvidara de su propio dolor.

— ¡Tyrande! Este milagro ha sido cosa tuya...

— No ha sido un milagro Malfurion. Alguien a quien sané me hablo de una bestia vil que se hallaba tras nuestras líneas. También me explicó que había oído al que yo creía que debía de ser el demonio que los comandaba. —La joven lanzó una mirada fugaz hacia los restos de Hakkar. — Fui a advertirlos tanto a los demás como a ti, pero entonces me enteré que Krasus y tú habían partido hacia aquí. Tal vez Elune me hablara, pero lo cierto es que estuve segura de que corrían peligro.

— Así que pediste ayuda a la Hermandad. He visto muy pocos soldados que luchan mejor.

Ella le brindó otra sonrisa, esta vez fatigada, pero también, henchida de satisfacción.

— Hay muchas cosas del templo que los ajenos a él no comprenden. —Su semblante se tornó más serio. ¿Estás bien?

— Lo estoy..., pero temo que Krasus y yo hayamos venido hasta aquí para nada. Esperaba poder contactar con Cenarius, para que el mago pudiera obtener alguna montura capaz de llevarlo a la que tierra de los dragones.

## El Alma Demoníaca

— Rhonin y Brox me insinuaron algo así, pero apenas podía creérmelo... ¿De verdad cree que podrá reunirse con ellos?

El druida miró a Krasus, a quien dos hermanas habían ayudado a levantarse. Al igual que muchos otros, ellas lo trataban de un modo reverencial, a pesar de que no estaban muy seguras del porqué. El mago se encaminó hacia el lugar donde yacía el maestro de canes, con una expresión de inquietud en el rostro.

— Ya lo ves. Sé que tú también percibes algo en él, Tyrande. Creo que será capaz de lograrlo, si consigue llegar a su reino de alguna manera.

— Pero a menos que un dragón lo lleve hasta ahí, ¿cómo si no, va a poder hacer ese viaje a tiempo?

— No lo sé. No...

Una sombra planeó sobre ambos de un modo repentino. Malfurion alzó la mirada y su semblante plagado de desesperanza adoptó un gesto maravillado.

Trazaron tres veces un círculo por encima de aquel grupo y, acto seguido, ascendieron a una zona situada lejos del sable de la noche más próximo. Aunque los felinos bufaron, no intentaron atacar a los recién llegados, tal vez por qué ni ellos mismos sabían que eran.

Como poseían unas alas vastas y repletas de plumas, así como unas cabezas similares a las de los cuervos, recordaban a unos grifos de color negro azabache a primera vista. Incluso sus extremidades delanteras contaban con escamas y garras como las de esas criaturas mencionadas anteriormente. Sin embargo,

aparte de eso, se trataba de unos animales completamente distintos. En vez de tener el torso y los cuartos traseros de un león, estos dos poseían el cuerpo de equino, incluso hasta tenían unas colas de caballo.

— Son *hipogrifos* —aseveró el sabio Krasus, cuya expresión de inquietud dio paso a una de suma satisfacción. — Unos seres voladores muy rápidos y seguros. Cenarius no podía haber escogido mejor. Tyrande no parecía hallarse tan entusiasmada.

— Pero son dos.

El mago y Malfurion se observaron detenidamente y ambos fueron conscientes de por qué Cenarius había enviado más de una montura.

— Según parece, voy a acompañar a Krasus —contestó el druida.

Tyrande le agarró del brazo y le espetó:

— ¡No, Malfurion! ¡No vas a ir ahí!

— Comprendo las razones que han llevado al Señor del Bosque a tomar esa decisión, —afirmó Krasus. — El druida podrá guiar mejor a los hipogrifos y su vínculo con Cenarius hará que sea tratado con respeto por parte de la reina de los dragones rojos... de Ella Que Es La Vida.

A pesar de que la sacerdotisa lanzó una mirada suplicante, Malfurion se vio obligado a mostrarse de acuerdo.

## El Alma Demoníaca

— Tiene razón, debo acompañarlo. Perdóname, Tyrande. —El druida se dejó llevar por el impulso de abrazarla. Aunque Tyrande titubeó, al final le devolvió ese breve abrazo. Malfurion la contempló y añadió: — Me meto que quizá tengas que ayudar a Rhonin y Brox a explicar nuestra ausencia, ¿harías eso por mí?

La joven se rindió al fin ante lo inevitable.

— Por supuesto que lo haré. Ya deberías conocerme bien.

Los hipogrifos graznaron, pues estaban impacientes por proseguir su camino. Krasus cumplió sus deseos al montarse rápidamente en uno de ellos. Malfurion subió a lomos del segundo, con los ojos aún clavados en Tyrande.

Ella lo agarró de la muñeca y, de repente, susurró algo. Ambos jinetes tardaron un instante en darse cuenta de que Tyrande estaba bendiciendo a Malfurion en nombre de Elune.

— Ve sano y salvo —concluyó de un modo sereno. — Y regresa de la misma manera... Hazlo por mí.

El druida tragó saliva, pues era incapaz de decir nada. Krasus puso punto y final a esa situación tan incómoda al darle sendos leves golpecitos con los talones en las costillas a su hipogrifo. La bestia graznó de nuevo y, a continuación, se giró, dispuesta a volar. La montura de Malfurion la imitó de manera instintiva.

— Adiós y muchas gracias, Tyrande — gritó. — Volveré pronto.  
— Más te vale cumplir esa promesa, Mal.

Sonrió al percatarse de que se había dirigido a él usando su apodo de la infancia y, al instante, se tuvo que aferrar con fuerza al hipogrifo, puesto que este se elevaba en el aire tras su compañero.

— Será un largo viaje —afirmó Krasus a voz en grito, — Pero no demasiado, ¡gracias a este regalo de ese semidiós!

Malfurion asintió, a pesar de que no le estaba prestando del todo atención. Seguía con la vista clavada en esa figura de allá abajo, que iba menguando. Observó cómo le devolvía la mirada, hasta que al final ya no pudo verla.

Aun así, siguió mirando y, en ese mismo instante, supo en lo más hondo de su corazón que Tyrande estaba haciendo exactamente lo mismo.



## CAPÍTULO ONCE

**L**os demonios no se reagruparon para contraatacar lo cual los elfos de la noche interpretaron como una prometedora señal, a pesar de que tanto Rhonin como Brox pensaban justo lo contrario. Cresta Cuervo hasta se atrevió a conceder otra noche de descanso a sus tropas y, aunque ambos forasteros se mostraron de acuerdo en que eso era necesario también eran conscientes de que la Legión Ardiente no permanecería ociosa durante ese tiempo. Cada segundo que sus adversarios se demoraran, Archimonde estaría maquinando, planeando.

A los elfos de la noche no les sentó nada bien descubrir que Krasus y Malfurion habían desaparecido. Por su aspecto, Jarod parecía que se dirigía al patíbulo, y tenía buenas razones para sentirse así, puesto que sobre él había recaído la



responsabilidad de ocuparse de que nada les sucediera a esos taumaturgos a los que necesitaban desesperadamente; ahora, algunos de ellos habían abandonado la hueste delante de sus mismas narices.

— ¡Lord Cresta Cuervo va a reclamar mi pellejo por esto! — exclamó más de una vez el antiguo oficial de la guardia, mientras tanto él como los demás se dirigían a la tienda del noble, el hecho de que Tyrande, que acababa de regresar tras despedirse de Malfurion y Krasus, hubiera insistido en acompañarle para dar explicaciones, no reconfortaba a Jarod lo más mínimo. Estaba seguro de que iba a sufrir un castigo terrible por haber permitido que unos miembros tan importantes de la hueste se hubieran marchado sin más.

Y, en efecto, en un principio dio la sensación de que el anciano barbudo iba a hacer precisamente lo que Jarod había dicho. Tras escuchar la noticia, Lord Cresta Cuervo profirió un rugido iracundo y apartó de un golpe una mesita sobre la que había colocado diversos mapas y notas.

— ¡No he dado ningún permiso para cometer tales necedades! —vociferó el amo y señor del Bastión del Cuervo Negro. — ¡Al cometer tal ultraje, nuestras fuerzas corren el peligro de desestabilizarse! Si se corre la voz que dos de nuestros taumaturgos nos han dejado en la estacada en un momento tan crucial...

— No han dejado a nadie en la estacada —protesto Rhonin. — Han ido a pedir ayuda.

— ¿A los dragones? ¡Más les valdría a esos dos meterse directamente en las fauces del primero que vean, pues esa es

## El Alma Demoníaca

la única ayuda que podemos esperar de esas criaturas! La mascota del mago nos prestó una gran ayuda bajo su guía, pero unos dragones salvajes...

— Los dragones son la especie más vieja, más inteligente de nuestro mundo. Saben más de lo que nosotros podremos aprender jamás

— ¡Y probablemente nos *devorarán* a la mayoría antes de siquiera tengamos la oportunidad de aprender nada más! — replicó Cresta Cuervo, quien, al mirar a Tyrande, adoptó un tono un poco más respetuoso. — Además, ¿qué tiene que ver una hermana de Elune con todo esto?

— Ya nos conocemos, mi señor.

El viejo líder la miró con más detenimiento.

— ¡Aaah, sí! ¡Así es! ¡Es tu amiga, Illidan!

El hechicero, que había permanecido al margen y en silencio, asintió. Illidan mantuvo un semblante imperturbable.

Cresta Cuervo cruzó los brazos.

— Albergaba la esperanza de que *cualquiera* de ustedes fuera capaz de ejercer alguna influencia, cuando menos, sobre el joven Malfurion. Ya sé que nadie puede dar órdenes al maestro Krasus, nadie, en efecto.

— Malfurion tiene intención de volver —respondió la sacerdotisa. — Pero su Maestro indicó que debía viajar con el mago.

— ¿Maestro? ¿Te refieres a esa tontería de que lo apoya un semidiós llamado Cenarius?

Tyrande frunció los labios.

— Illidan puede confirmar que el señor del bosque existe.

El gesto impasible del gemelo de Malfurion se desmoronó cuando este masculló:

— Es cierto. Cenarius existe. Yo lo he visto.

— ¡Humf! ¡Primero dragones y ahora semidioses! ¡A pesar del poder y la magia se encuentran en abundancia a nuestro alrededor cada vez somos *más débiles* y no más fuertes! ¡Supongo que el tal Cenarius también tiene buenas razones para no apoyarnos!

— Él y los suyos batallan contra los demonios a su manera — contestó la joven.

— Hablando de demonios, ¿acaso ninguno de esos necios se ha parado a pensar que corren peligro de que acaben con ellos unos asesinos? ¿Qué pasaría si fueran atacados antes de que...? —Cresta Cuervo se calló al darse cuenta de que sus interlocutores se miraban unos a otros. — ¿Acaso *ya* los han atacado?

La sacerdotisa agachó la cabeza.

— Sí, mi señor. Pero mis hermanas y yo estábamos ahí. Los ayudamos a derrotar a los demonios. Ambos partieron ilesos. Junto a ella, Jarod esbozó una mueca de disgusto y un exasperado Illidan negó con la cabeza. Cresta Cuervo resopló y, a continuación, se reclinó sobre el pequeño banco que había estado utilizando como silla. Cogió una botella abierta de vino

y dio buena cuenta de casi todo el líquido elemento. Entonces, dijo con un tono áspero:

— Cuéntamelo todo al *respecto*.

Y eso hizo Tyrande, quien le contó la versión resumida: le explicó cómo había descubierto que había asesinos rondando cerca y que se sintió horrorizada al descubrir que Malfurion y Krasus ya habían partido hacia el bosque a lomos de sus monturas. Tanto ellas como sus hermanas habían corrido tras ambos como el proverbial viento y les habían dado alcance justo cuando estaban lidiando un combate titánico. Las sacerdotisas habían cargado siendo perfectamente conscientes de que estaban arriesgando sus propias vidas, e incluso algunas perecieron, pero todas intuían de que Krasus y el druida serían unas piezas claves a la hora de obtener la victoria definitiva; por tanto, había que mantenerlos con vida y ningún sacrificio sería demasiado alto para conseguir tal fin.

En ese instante, Illidan resopló levemente de manera involuntaria, pero Cresta Cuervo parecía muy interesado en lo que estaba oyendo. Escuchó con suma atención los detalles de la batalla y, cuando Tyrande mencionó al demonio del látigo, se le iluminaron los ojos.

— Seguramente se trataba de uno de sus comandantes, del líder de sus asesinos. —señaló.

— Eso parecía. Aunque era muy poderoso, Malfurion invocó al relámpago del firmamento y lo mató.

— ¡Bien hecho! —El noble parecía hallarse atrapado entre la admiración y la frustración. — ¡Y precisamente por esa razón

el druida, al menos, debería haber regresado con nosotros!  
¡Necesitamos su poder!

— La Guardia Lunar y yo cubriremos el hueco que han dejado al marcharse sin permiso —insistió Illidan.

— No les quedará más remedio, hechicero. No les quedará más remedio. —Apartó la botella a un lado y miró fijamente a sus interlocutores, sobre todo a Rhonin. — ¿Tengo tu palabra, mago, de que no vas a seguir el mismo camino que tu compatriota?

— Quiero ver a la Legión Ardiente derrotada, lord Cresta Cuervo.

— ¡Humf! No es una respuesta satisfactoria, pero me la esperaba de alguien de tu calaña. Capitán Cantosombrío...

El joven elfo de la noche tragó saliva, dio un paso al frente y saludó:

— ¡Sí, mi señor!

— En un principio me he planteado la posibilidad de castigarte con severidad por tu fracaso para poder mantener a este grupo bajo control. Sin embargo cuanto más los conozco, más me cuesta imaginar que haya *alguien* capaz de lograr algo así. El hecho de que hayas conseguido que sigan vivos e ilesos durante tanto tiempo, indica con claridad que tienes un gran mérito. Prosigue con tu labor... mientras sigas teniendo a alguien a quien proteger.

Jarod tardó unos segundos en asimilar. En cuanto se percató de que el noble en realidad le había hecho un *cumplido* por haber sido capaz de sobrevivir a los taumaturgos, el oficial volvió a saludar rápidamente.

## El Alma Demoníaca

— ¡Sí, mi señor! ¡Muchas gracias, mi señor!

— No me des la gracias... soy *yo* quien debería sentirse agradecido. —Cresta Cuervo se inclinó hacia delante y cogió uno de los mapas. — Pueden marcharse todos. Tú también, Illidan. —Negó con la cabeza mientras ojeaba ese papel y masculló: — Madre Luna, libérame todo taumaturgo...

El hermano de Malfurion se tomó esa orden como si su señor le hubiera cruzado la cara con su guantelete. Tras agachar la cabeza para hacer una reverencia a medias, el hechicero siguió al resto y abandonó la tienda del comandante.

Brox y Rhonin caminaban a grandes pasos, uno al lado al otro, en silencio. Tyrande acompañaba al capitán, quien todavía parecía sorprendido por haber podido marchar con la cabeza pegada al cuello.

Alguien agarró del hombro a la sacerdotisa.

— Tyrande...

Los demás siguieron avanzando mientras ella se giraba para mirar a Illidan. La breve ira que había sentido cuando su señor le había ordenado marcharse ya había desaparecido. Ahora mostraba un semblante intenso, similar al que había tenido la última vez que ambos habían hablado.

— ¿Illidan? ¿Qué...?

— ¡Ya no puedo permanecer callado más tiempo! ¡La terrible ingenuidad de Malfurion ha provocado esto! ¡Esta es la gota que colma el Vaso! ¡Se ha vuelto temerario y no te merece!

La joven intentó apartarse de él de manera cortés.

— Illidan, ha sido un día largo y difícil...

— ¡Escúchame bien! ¡Acepté que quisiera aprender “druidismo” porque comprendía que sus esperanzas eran distintas a las mías! ¡Yo más que nadie, entendía las ambiciones de mi hermano!

— Malfurion no es...

Pero una vez más, él no le dejó acabar. Con unos ojos ambarinos, que prácticamente parecían centellear, el hechicero añadió: que,

— ¡Sigue un camino errático, peligroso! ¡Un camino que lo llevará a la perdición! ¡Lo sé! ¡Debería haber seguido mi camino! ¡El Pozo es la respuesta! ¡Mira lo que yo he logrado en tan poco tiempo! ¡La Guardia Lunar se encuentra bajo mi mando y, gracias a ella, he enviado a muchos demonios a la muerte! El camino de Malfurion únicamente lo llevará a la destrucción... a la suya y posiblemente, ¡también la tuya!

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Sé que te preocupas mucho por nosotros dos, Tyrande, y nosotros, a la vez te queremos mucho. Uno de nosotros será tu prometido, eso lo sabemos todos, pero si bien yo una vez estuve dispuesto a mantenerme al margen para dejarte elegir libremente, ¡ya no puedo hacerlo! —La agarró con fuerza del brazo. — ¡Tengo que protegerte de la locura de Malfurion!

## El Alma Demoníaca

¡Vuelvo a insistir en que el Pozo de la Eternidad es la única fuente de poder que puede salvarnos! ¡Ni siquiera las sacerdotisas de Elune pueden lanzar los hechizos que yo lanzo! ¡Sé mía, para que pueda protegerte como es debido! ¡Aún mejor, podría enseñarte cosas que nunca podrías aprender en ese templo, podría hacer que entendieras el poder que el Pozo es capaz de ofrecerte! ¡Juntos podríamos llegar a poseer un poder mucho más formidable que el de toda la Guardia Lunar, pues seríamos un solo ser en cuerpo y espíritu! Seríamos...

— ¡Illidan! —le espetó súbitamente. — ¡Deja de desvariar!

Al instante la soltó. Fue como si la joven le hubiera clavado un puñal en el corazón.

— Tyrande...

— ¡Deberías avergonzarte de esas palabras que has dicho sobre tu hermano, Illidan! ¡Además estas sacando conclusiones sin ninguna base! ¡Malfurion ha hecho todo lo posible para salvarnos a todos la vida y el camino que ha escogido es muy estimable! ¡Quizá sea él el verdadero salvador de nuestra especie, Illidan! ¡El Pozo se está corrompiendo! Los demonios extraen energía de él de la misma manera que lo haces tú, ¿Qué crees que implica eso?

— ¡No seas ridícula! ¿Cómo puedes comparar a los demonios conmigo?

— Malfurion habría...

— ¡Malfurion! —exclamó, a la vez que su semblante se tornaba más torvo. — ¡Ya lo entiendo, te he debido de parecer inepto, un bufón! —Apretó el puño y un destello envolvió esa mano. — Ya has elegido, Tyrande, aunque no lo hayas dicho.

— ¡No he hecho nada parecido!



— Malfurion... —repitió Illidan, apretando los dientes con fuerza. —Espero que los dos sean muy felices... si sobrevivimos a esto.

Se giró y se dirigió hacia el lugar donde la Guardia Lunar se había apostado. Tyrande lo observó alejarse a grandes zancadas. Derramó una lágrima sin querer.

— ¿Chamán? —oyó preguntar a alguien a su espalda. La sacerdotisa se sobresaltó. — ¿Broxigar?

El orco asintió de un modo solemne.

— ¿Te ha hecho daño, chamán?  
— N-no..., es solo un malentendido.

Brox clavó su mirada en la espalda de Illidan, el cual se alejaba. Un leve gruñido se le escapó a ese guerrero bestial.

— Ese malinterpreta demasiadas cosas... y subestima muchas más.  
— Estoy bien. ¿Deseabas algo?

El orco se encogió de hombros y contestó:

— No, nada.  
— Has vuelto porque estaba con Illidan, ¿verdad?  
— Este ser indigno te debe mucho, chaman..., pero también tiene una deuda mucho mayor que saldar con ese otro.

La sacerdotisa frunció el ceño.

## El Alma Demoníaca

— No te entiendo.

Brox flexionó los dedos; los mismos dedos que Illidan en su día le había quemado.

— No es nada, chamán. No es nada.

— Gracias por haber acudido en mi ayuda, Broxigar. Estaré bien... y Malfurion también, lo sé.

El orco gruño.

— Este ser humilde así lo espera.

Sin embargo, su mirada seguía clavada en Illidan.

Rhonin se detuvo a observar cómo el orco y la sacerdotisa hablaban. Comprendía perfectamente por qué Brox había dado la vuelta de repente para ir a hablar con Tyrande. Lo que sentía Illidan por ella empezaba a bordear el terreno de la obsesión. El hechicero no parecía temer realmente por la vida de su hermano y (por lo que había podido ver el mago) había intentado valerse de la ausencia de Malfurion para ganarse el afecto de Tyrande.

No obstante, ese triángulo amoroso entre los tres elfos de la noche era la menor de las preocupaciones de Rhonin. Le inquietaba más lo que había sabido acerca del ataque en el bosque. Si bien Rhonin había sentido un gran alivio al enterarse de que tanto Krasus como el druida habían sobrevivido, esa victoria había tenido una consecuencia inesperada: había

perturbado al humano más que cualquier otra cosa desde su llegada a ese lugar y ese tiempo.

Habían batallado contra el maestro de canes Hakkar, Rhonin recordaba ese nombre con espanto, pues el látigo de ese nauseabundo demonio era capaz de invocar a infinidad de jaurías de bestias viles, que eran la pesadilla de cualquier taumaturgo. ¿Cuántos magos de Dalaran habían perecido de un modo horrible por culpa de las mascotas de aquel demonio durante la segunda invasión de la Legión?

Si Rhonin tenía buenas razones para rendirse a la desesperación con solo oír el nombre de ese maestro de canes, pero temía a otra cosa todavía más. Temía las consecuencias de la muerte de Hakkar aquí, en el pasado. El maestro de canes había perecido en el *futuro*. El demonio había sobrevivido a la guerra contra los elfos de la noche.

Pero tal vez no había sido así. En esta línea temporal, Hakkar había sido asesinado..., lo cual quería decir que el futuro seguramente iba a ser distinto.

Lo cual quería decir que, a pesar de que habían podido aniquilar a un poderoso demonio, podrían perder la primera guerra.

\*\*\*\*\*

Los hipogrifos sobrevolaban aquel paisaje y kilómetros con cada pesada batida de esas vastas alas. Aunque no podían volar con la misma rapidez que un dragón, muy pocas criaturas podían rivalizar con su velocidad. Esos animales vivían por

## El Alma Demoníaca

volar, y Krasus podía notar cómo los embargaba la emoción mientras volaban raudos y veloces sobre las colinas, los ríos y los bosques adelantándose mutuamente.

El mago dragón, que era una criatura que había nacido para surcar el cielo, elevó el rostro hacia el viento, gozando de esa sensación que ahora le estaba vedada por culpa de su transformación. Sonrió cuando le asaltó un recuerdo de su primer vuelo con Alexstrasza. Ese día, acababa de convertirse en su consorte y la pareja por fin había iniciado el ritual que concluiría con su primer apareamiento.

Durante ese ritual, Krasus (o Korialstrasz en su verdadera forma) había dado vueltas en torno a esa hembra, que era mucho más grande que él, una y otra vez, para mostrarle así su fuerza y agilidad. Ella, a su vez, había volado trazando un vasto círculo alrededor del reino de los dragones. La hembra había mantenido una velocidad constante, ni muy rápida ni muy lenta. Su nueva pareja, supuestamente, iba a demostrar su pericia en todos los aspectos pero también tenía que guardar energías suficientes para luego procrear con ella.

Korialstrasz había llevado a cabo toda clase de maniobras aéreas para impresionar a su pareja. Voló de espaldas, pasó velozmente entre unos picos muy juntos. Incluso se dejó caer en picado hacia uno de los más escarpados, corriendo el riesgo de acabar empalado, lo cual no sucedió por escasos metros. Aunque había sido temerario a veces, eso formaba parte del juego, formaba parte del ritual.

— Mi Alexstrasza... —susurró Krasus mientras ese recuerdo se desvanecía. Tal vez una lagrimara se asomara brevemente a uno de sus ojos o quizá solo se tratara de humedad del cielo. De cualquier modo el viento se la llevó rápidamente y él volvía a concentrarse en la travesía que tenía por delante.

El paisaje se estaba volviendo más rocoso y predominaban las colinas. Casi habían recorrido ya la mitad de su trayecto. Si bien Krasus se sentía satisfecho de, también se sentía impaciente. Algo no iba bien y tenía bastante claro cuál era la causa.

Neltharion. El Guardián de la Tierra.

Conocido en la época de la que provenía Krasus como el monstruo *Alamuerte*.

Aunque había perdido gran parte de sus recuerdos durante su caída por las simas de la historia, Krasus no hubiera podido olvidarse de esa bestia negra de ninguna manera. En el futuro, Alamuerte era el mal encamado, siempre maquinando para traer la ruina al mundo, para que él pudiera alzarse como el amo y señor de los escombros. Neltharion ya había cruzado el umbral de la locura, y Krasus había sufrido por ello. La última vez que había viajado a su hogar (adonde lo había llevado su yo joven), Krasus había sido víctima de la paranoia del Guardián de la Tierra. Como temía que el mago dragón pudiera advertir a los demás de que los iba a traicionar (lo cual, en realidad, era una conjetura razonable), el leviatán negro había confeccionado un sutil conjuro que evitó que su enemigo pudiera hablar sobre él, por culpa del cual gran parte del resto de dragones creía ahora que Krasus estaba medio loco.

## El Alma Démoníaca

El silencio que primero había notado el joven Korialstrasz y ahora percibía su yo de más edad solo podía significar una cosa: que Neltharion había seguido adelante con sus planes; sin embargo, Krasus no podía recordar en qué consistían exactamente y le hacía sufrir mucho que precisamente hubiera olvidado eso. Si había algo que el mago cambiaría del pasado sin temer cuáles fueran sus repercusiones en el futuro, eso sería la traición del Guardián de la Tierra. Eso, por encima de todo, era lo que había provocado la decadencia definitiva de la especie dragón.

De improviso, Krasus se dio cuenta de que Malfurion lo estaba llamando. Sacudió la cabeza de lado a lado y miró al druida.

— ¡Krasus! ¿Te encuentras mal?

— ¡Sí, sufro un mal que nunca podrá ser curado! —replicó el taumaturgo de más edad, quien frunció el ceño al darse cuenta de que había bajado la guardia. A pesar de que había aprendido a disimular sus emociones con el paso de los siglos, había perdido esa capacidad al regresar a esos tiempos turbulentos. Ahora Krasus tenía menos autocontrol que Rhonin o incluso el orco.

El druida asintió, aunque no había entendido esa réplica, y apartó la mirada. Krasus siguió fustigándose en silencio. Tenía que mantener el control. Era algo fundamental si quería evitar que todo se sumiera en el caos.

Malfurion no comprendía cuáles eran las implicaciones de la muerte de Hakkar, pero ¿cómo podría entenderlo? No sabía

que el maestro de canes era uno de los demonios que habían perecido en el futuro; no obstante, Rhonin sí lo entendería en cuanto se enterase. Las implicaciones eran inconcebibles. Ahora, Krasus ignoraba qué les podía deparar el futuro.

Si es que *había* un futuro.

Su viaje prosiguió. Los hipogrifos descendieron una vez para saciar su sed en un río, y ambos aprovecharon para hacer lo mismo. Tras compartir algunas raciones, montaron en sus bestias y se elevaron en el aire una vez más. La próxima vez que aterrizaran, Krasus esperaba que fuera en el dominio de su especie.

El paisaje se volvió más montañoso. Unos picos colosales se alzaban hasta el cielo. En la lejanía, un par de grandes pájaros negros volaban hacia ellos en dirección contraria. La tensión se apoderó del mago dragón. Pronto, muy pronto, se hallaría en casa.

Krasus hizo una plegaria únicamente para pedir que al llegar ahí todo siguiera intacto.

El hipogrifo de Malfurion graznó. El mago tardó en darse cuenta de que ambos pájaros continuaban volando hacia ellos... y de que eran más grandes de lo que en un principio había supuesto.

De hecho, eran demasiado grandes como para ser unos pájaros. Se inclinó hacia delante y entornó los ojos.

Eran dragones, unos dragones *negros*.

Krasus espolé a su montura, al mismo tiempo que gritaba a Malfurion.

— ¡Vete al extremo sur de esa cadena montañosa! ¡Deprisa!

En ese instante, el druida también se percató de la amenaza y obedeció. Aunque los dos hipogrifos viraron, los dragones no cambiaron de rumbo. A pesar de que poseían una vista muy aguda, esos colosos aún no habían reparado en la presencia de esas criaturas más pequeñas.

Como era consciente de que eso podía cambiar en cualquier momento, Krasus instó a su bestia a volar a la mayor velocidad posible. Tal vez fuera una mera coincidencia que esos dos gigantes se encontraran ahí, pero el mago sospechaba lo contrario. Como sabía que la paranoia de Neltharion iba en aumento, Krasus creía que lo más probable era que Guardián de la Tierra hubiera enviado a esos dos guardianes a vigilar por si algún intruso entraba en las tierras de los dragones. Resultaba irónico que acabara teniendo razón gracias a su locura.

Los hipogrifos descendieron a una velocidad asombrosa, volando hacia las montañas más bajas. Una vez ahí, Krasus podría relajarse, puesto que los dragones negros seguramente pasarían volando por encima de ellos.

No obstante, uno de los dragones miró en su dirección justo cuando parecía que iban a pasar inadvertidos. En cuanto rugió, el otro giró su cuello nervudo para ver qué había atraído la



atención de su camarada. En cuanto reparó en los dos jinetes, él también bramó furioso.

Con la perfección propia de unas criaturas nacidas para volar, los dragones se ladearon y corrieron en pos de sus presas.

— ¿Qué podemos hacer? —preguntó Malfurion a voz en grito.  
— ¡Volar más abajo! ¡Podemos sortear las montañas mejor que ellos! ¡Tendrán que seguirnos o se arriesgarán a que les demos esquinazo, y seguramente no desearan disgustar a su señor!

Eso era todo lo que podía decir sobre Neltharion sin que el conjuro del Guardián de la Tierra se activara. Dio gracias a los Aspectos, ya que el druida no había intentado acribillarlo con preguntas estúpidas como por qué estaban huyendo de unos dragones cuando habían venido a buscar precisamente a unos dragones. No cabía duda de que Malfurion era consciente de que Krasus era un experto en la materia y comprendía que, si el mago quería que huyeran, tenían que hacerlo.

La más grande de esas dos bestias (y, por tanto, la de más edad) dejó atrás a su compañero. Rugió de nuevo y de sus salvajes fauces brotó algo que en un principio parecía ser una llamarada.

La cual pasó a escasos metros del mago, provocándole que su montura graznara estrepitosamente y calentando varios grados el aire alrededor de esas figuras voladoras. Esas "llamas" cayeron al suelo y, entonces, quedó claro que se trataba en realidad de una columna de lava fundida; el aliento mágico del Vuelo Negro.

## El Alma Demoníaca

Antes de que el dragón pudiera lanzar otra descarga, los hipogrifos se adentraron raudos y veloces en la cadena montañosa. Sus perseguidores, que les pisaban los talones, descendieron y se ladearon, para evitar chocar con esos picos tan duros.

Krasus frunció el ceño, pues era consciente de que su especie era capaz de maniobrar por las montañas con gran facilidad, ya que tenía un talento natural para ello. Los dragones jugaban a juegos similares desde el mismo momento en que eran capaces de volar. Tenía serias dudas acerca de si tanto el druida como él serían capaces de escapar, pero tenían que hacer todo lo posible.

Entonces, el mago pensó de nuevo en esos juegos y se sintió esperanzado.

Captó la atención de Malfurion e hizo varios gestos para intentar explicar lo que quería; el último consistió en señalar rápidamente con el dedo hacia un pico situado al nordeste. Por fortuna, el druida captó el mensaje enseguida. Por la expresión de Malfurion, se podía deducir que el elfo de la noche también tenía dudas, pero al igual que Krasus, comprendía que no tenían otra salida. Lanzar un conjuro capaz de hacer retroceder no solo a un dragón sino dos sería muy difícil hasta para el mago más entrenado.

Mientras caían en picado hacia un pico en particular, el druida obligó a girar abruptamente a su hipogrifo a la derecha. Krasus hizo lo contrario. El mago miró enseguida hacia atrás y vio que

los dragones hacían lo mismo; el más grande era el que lo perseguía a él.

— Alexstrasza guíame... Esto debe funcionar... —murmuró.

No podía ver ni a Malfurion ni al otro dragón, pero eso era lógico. Krasus ya no debía preocuparse del druida; había dos maneras de que su plan tuviera éxito, pero ambas dependían de que su perseguidor no le diera alcance.

Lo cual no estaba resultando nada fácil. El enorme dragón negro volaba con suma habilidad, se inclinaba y giraba según le exigían esos estrechos huecos que buscaba su presa. Aunque el hipogrifo también volaba de un modo excelente, tenía que batir las alas demasiadas veces si quería igualar el ritmo del monstruo que tenía detrás. A pesar del gran esfuerzo que estaba haciendo, el dragón se iba acercando lentamente, centímetro a centímetro.

Un rugido alertó a Krasus y, unos instantes después, otra columna de lava pasó volando justo por el sitio donde acababa de estar. En esta ocasión, se había salvado gracias únicamente a su conocimiento de las tácticas de los dragones negros. No obstante, su túnica humeaba por varios sitios, allá donde le había alcanzado alguna que otra diminuta salpicadura, mientras su montura se retorció por culpa de unas cenizas que le habían caído en una pata trasera.

Krasus pasó por debajo de un saliente descomunal con forma de pico que sobresalía de una ladera de la montaña y, a renglón seguido, atravesó volando una grieta que dividía en dos un

## El Alma Demoníaca

pico. En todo momento, el dragón evitaba estrellarse a pesar de que iba a una velocidad increíble.

La montaña que el mago dragón había señalado a Malfurion se aproximaba con suma rapidez. A pesar de que corría un grave peligro al hacerlo, Krasus miró hacia el sur, donde debería haber estado el druida; sin embargo, no oyó ni vio nada, así que siguió con el plan, con la esperanza de que, de algún modo, todo acabara saliendo bien.

Una vez más, el dragón rugió. Una descarga pasó junto a Krasus, quien frunció el ceño ante la repentina falta de puntería de su seguidor.

Únicamente cuando vio que la ladera que tenía delante, a la derecha, se hacía añicos y los escombros volaban hacia él, Krasus fue consciente de que había caído en una trampa.

Obligó al hipogrifo a elevarse con premura. Aun así, no logró evitar que sobre ambos arriera una lluvia de tierra y rocas. Un fragmento del tamaño de la cabeza de Krasus rebotó en el flanco del animal, lo que provocó que este chillara y estuviera a punto de arrojar a su pasajero al vacío. Krasus evitó caerse gracias a que se aferró a su montura como si la vida le fuera en ello, y así era.

Tanto el jinete como su montura percibieron un tremendo hedor. El dragón negro se hallaba justo detrás de ellos. Krasus alzó una mano y recitó el conjuro más rápido que podía invocar.

Una serie de explosiones de luz estallaron al azar delante del leviatán. Aunque eran prácticamente inofensivas, sobresaltaron

al dragón e incluso lo cegaron momentáneamente. La bestia se retorció y rugió iracunda. Golpeó la montaña con una de sus alas, arrancando así toneladas de piedra.

La rápida reacción de Krasus le había hecho ganar unos escasos segundos, nada más. Esperaba que el druida se las hubiera ingeniado para dejar atrás al otro dragón, pero Krasus conocía bien la tenacidad de sus congéneres. Si Malfurion seguía vivo, casi seguro que no llevaba una mayor ventaja sobre su perseguidor que la que el mago.

Entonces, justo cuando la montaña que había elegido como punto de encuentro se alzaba ante él, Krasus atisbo al otro jinete. El hipogrifo parecía hallarse al borde la histeria, y Malfurion tenía enterrada la cabeza en el cuello del animal. Justo detrás de ellos se hallaba el segundo coloso.

Krasus guio a su montura hacia la de Malfurion, intentando colocarse un poco por delante del lugar donde se encontraría el druida, cuando sus trayectorias se cruzaran. Su animal gritó, alertando no solo a su compañero, sino también al druida. Malfurion alzó la cabeza, con ese único gesto, indicó que había reparado en la presencia de su camarada.

En cuanto se encontraron en la cara sur de la montaña, Krasus urgió a su hipogrifo a rodearla. Malfurion fue en dirección contraria. Un momento después, el dragón negro más grande ignoró a esa otra diminuta figura y siguió a Krasus, al mismo tiempo que su camarada continuaba persiguiendo al druida.

## El Alma Demoníaca

Si Krasus tenía una ventaja sobre los dragones negros, era esta: que no sabían que era un miembro de su especie. Ni, ya puestos, tampoco eran conscientes de que había volado por esa región muy a menudo a lo largo de su larga vida y que, por tanto, era probable que conociera la miríada de senderos de aquel lugar mejor que nadie.

Una vez más, el gigante que se hallaba detrás de él rugió, pero en esta ocasión la descarga pasó tan cerca que dejó el borde de la montaña calcinado, lo cual hizo que Krasus tragara saliva con dificultad. Aun así, el hipogrifo siguió volando con rapidez, pues confiaba en su velocidad y en que su jinete lo guiara como era debido. Krasus lo obligó a descender ligeramente y, acto seguido, hizo que aflojara el ritmo. Aunque el animal se resistió a obedecer la segunda orden, el mago hizo uso de su considerable fuerza de voluntad para vencer sus reticencias.

Justo cuando el hipogrifo obedecía sus instrucciones, Malfurion apareció rodeando la montaña.

Krasus y su bestia se elevaron levemente para compensar la trayectoria que seguía el druida que se aproximaba. Tanto él como Malfurion acabaron volando casi a la misma altura; sí hubieran estado más cerca, habrían chocado.

El mago divisó fugazmente el borde de un ala coriácea que se hallaba justo detrás de su compañero.

Obligó al hipogrifo abajar de nuevo.

Malfurion hizo que su animal ascendiera hacia el firmamento con tal velocidad y de un modo tan abrupto que el druida estuvo a punto de resbalarse de su lomo.

Al perseguidor Krasus no le dio tiempo a reaccionar ante ese cambio de dirección. Ni, ya puestos, tampoco al del druida. Ambos estaban tan obcecados con sus respectivas presas que no pudieron detenerse.

Con un atronador estruendo, los dos gigantes chocaron de cabeza. Los dragones rugieron por el dolor y la conmoción. Enredados giraron en el aire hacia un lado y se estrellaron contra el pico que Krasus había escogido anteriormente.

La región entera tembló cuando impactaron contra él. Desde las alturas. Krasus creyó oír el crujir de unos huesos, pero no quiso quedarse a comprobarlo. Mientras los dos dragones caían y desaparecían de su vista. Krasus indicó con una seña a Malfurion que prosiguiera. Para cuando los dos leviatanes se recuperaran, el mago y el druida ya se habrían ido.

Krasus contempló los picos que se elevaban por delante de ellos. Se encontraba muy cerca de su meta... y, más que nunca, necesitaba saber qué estaba ocurriendo.



## CAPÍTULO DOCE

**I**llidan debería haber estado repasando la estrategia con la Guardia Lunar, pero en ese momento la guerra le importaba más bien poco. Lo único en que podía pensar era en que había quedado como un necio de una manera terrible delante de Tyrande. Le había abierto su corazón y había descubierto que su hermano ya había conquistado ese reino que él ansiaba tomar. Tyrande había elegido a Malfurion.

Lo peor de todo era que, probablemente, su gemelo estaba demasiado absorto en sus artes drúidicas como para darse cuenta de ello.

El hechicero personal de lord Cresta Cuervo se aproximó a una cerca. El guardia apostado ahí alzó su arma y, con un tono de voz que denotaba una ligera ansiedad, afirmó:



— ¡Todo el mundo debe permanecer dentro de los límites del campamento, maestro Illidan! Por orden de...

— Sé de quién es esa orden.

Illidan lo miró muy fijamente con sus ojos ambarinos. El soldado tragó saliva y se apartó a un lado.

La zona que había al otro lado de la cerca era todavía ligeramente boscosa, ya que la Legión Ardiente no había tenido la oportunidad de destruirlo todo durante su fugaz expansión. Aunque ese hecho insuflaba ánimo a muchos, a Illidan le habría dado igual que toda esa área hubiera acabado calcinada. Alzó una mano ligeramente e incluso se planteó la posibilidad de iniciar un gran incendio él mismo, pero enseguida desechó la idea.

Aunque Malfurion se había enfrentado a los demonios en las tierras del sur, su hermano no temía hacer lo mismo en este lugar. En primer lugar, porque Illidan se había alejado solo un poco del campamento, por lo cual no lo habían perdido del todo de vista. En segundo lugar, porque cualquier demonio que intentara atacarlo ahora habría quedado reducido a cenizas en un abrir y cerrar de ojos. La ira que sentía Illidan era tal que soñaba con luchar contra algo, contra *cualquier cosa*, para poder desahogarse, para poder liberar esa rabia que le hacía sentir esos celos hacia Malfurion.

Sin embargo, no apareció ninguna bestia vil que le arrebatara sus energías, ningún infernal intentó llevárselo por delante. Ningún eredar, ningún guardia apocalíptico, ni siquiera ningún

## El Alma Demoníaca

miembro de la risible Guardia Vil. La Legión Ardiente por entero temía enfrentarse a solas con Illidan, pues sabían que era invencible.

Salvo cuando se trataba del amor de cierta persona.

Illidan dio con una enorme roca en la que se sentó y meditó sobre sus maravillosos planes. El hecho de que lord Cresta Cuervo lo hubiera acogido como uno de sus siervos más leales había sido un golpe maestro, ya que había permitido al gemelo plantearse seriamente al fin lo que llevaba rondándole por la cabeza desde hacía tres años. Hacía mucho que no consideraba a Tyrande una niña y que la veía como la hermosa elfa que era. Mientras Malfurion había estado hablando con los pájaros, él había estado pensando cómo iba a pedirle a Tyrande que fuera su pareja.

En su mente, todas las piezas habían encajado en su sitio perfectamente. Ostentaba una posición admirable y era perfectamente consciente de que muchas otras elfas se le habían insinuado, ya que lo deseaban. A lo largo de un breve período de tiempo Illidan se había hecho con el control de lo que quedaba de la Guardia Lunar y ahora lideraba a los miembros de este grupo que habían sobrevivido; además, gracias a él, muchos elfos de la noche se habían salvado de ser destruidos. Era poderoso, apuesto y un héroe. Tyrande debería haber caído rendida e sus brazos

Y no lo *habría* hecho si no fuera por Malfurion.

Tras proferir un gruñido, el hechicero señaló a una roca cercana, la cual se adaptó al instante a la forma del rostro de su hermano, que se parecía al suyo.

Illidan cerró un puño con fuerza.

La cara se hizo añicos y los fragmentos conformaron un montón deslavazado.

— ¡Ella debería haber sido mía!

Sus palabras retumbaron por todo el bosque. El hermano de Malfurion gruñó al oír su propia voz, puesto que cada repetición le recordaba lo mucho que había perdido.

— Ella habría sido mía... —se corrigió a sí mismo, sumido en la autocompasión. — Si no fuera por ti, hermano Malfurion, ella habría sido mía.

*Siempre está por encima de ti, ese pensamiento cobró forma de manera repentina en su mente, cuando, sin lugar a dudas, deberías ser tú el que estuviera por encima de él.*

— ¿Yo? ¿Lo dices porque tengo estos ojos? —Illidan se rió de sí mismo. — ¿Mis milagrosos ojos ambarinos?

*Son una señal de grandeza... un presagio de que tu vida será legendaria...*

— ¡Una broma de los dioses!

El hechicero se levantó y se adentró aún más en el bosque. A pesar de que se hallaba en movimiento, no podía escapar de

## El Alma Demoníaca

esa voz, de esos pensamientos...; en realidad, una parte de él no deseaba escapar de ellos.

*Malfurion ni siquiera sabe que ella lo desea. ¿Y si nunca llegara a saberlo?*

— ¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Mantenerlos separados? ¡Eso sería como intentar evitar que la luna se alzara!

*¿Y si Malfurion pereciera en la guerra antes de que pudiera conocer la verdad? ¡Sería como si ella nunca lo hubiera escogido a él! Seguramente, caería rendida en tus brazos si Malfurion dejara de existir...*

El hechicero se paró. Juntó ambas manos y las ahuecó; al instante una imagen de Tyrande danzando cobró forma en ambas palmas.

Era un poco más joven que ahora y vestía una falda suelta. Esa imagen representaba a la elfa tal y como Illidan la recordaba en un festival celebrado unos cuantos años atrás. Esa había sido la primera vez en que la había considerado algo más que una mera compañera de juegos.

*Si Malfurion dejara de existir...*

De improviso, Illidan cerró violentamente ambas manos dando una palmada, y la visión se disipó.

— ¡No! ¡Eso sería una barbaridad!

Aun así, Illidan se detuvo de inmediato, ya que ese pensamiento lo fascinaba de un modo perverso.

*Aún le pueden pasar muchas cosas en medio de una batalla. Tal vez no haga falta matarlo, ya que los demonios deben de estar muy interesados en Malfurion en concreto. Destruyó el primer portal, asesino al consejero de la reina, que ahora es uno de los comandantes de la Legión..., así que querrán capturarlo vivo... muy vivo...*

— ¿Insinúas que debería entregarlo... al enemigo? No...

*La confusión reina siempre en el campo de batalla y algunos combatientes se quedan atrás. Y nadie se responsabiliza jamás de algo así.*

— Y nadie se responsabiliza jamás de algo así... —murmuró Illidan, quien abrió las manos y, una vez más, la imagen de Tyrande danzó para él. La observó un rato mientras cavilaba.

Pero una vez más el hechicero cerró las manos con fuerza dando una palmada. A continuación, asqueado por esos pensamientos tan siniestros, se pasó las manos por la ropa, como si así se las estuviera limpiando, y regresó rápidamente al campamento.

— ¡Jamás! —murmuró en voz baja. — ¡Jamás haré algo así a mi hermano! ¡Jamás!

El hechicero siguió murmurando entre dientes mientras caminaba. Por esa razón no reparó en la presencia de una figura que se separaba de los árboles y lo observaba desde la lejanía, mientras se reía por lo bajo de la brecha que se había abierto momentáneamente en el código de honor y la en la lealtad hacia su hermano del elfo de la noche.

## El Alma Demoníaca

— Los cimientos ya están puestos —susurró esa silueta de manera burlona, — y sobre ellos construirás un monumento a la traición, gemelo del druida.

Una vez dicho esto, se marchó sigilosamente en dirección contraria..., caminando sobre dos extremidades cubiertas de pelaje que acababan en unas pezuñas.

\*\*\*\*\*

Como no quería esperar más a que el druida y el mago regresaran lord Cresta Cuervo ordenó a los elfos de la noche que al día siguiente reanudaran la marcha. No cabía duda de que la mayoría de sus seguidores habrían preferido marchar de noche, pero el noble no quería que sus maniobras fueran demasiado predecibles para los demonios. Sus guerreros se estaban acostumbrando poco a poco al sol en la medida de lo posible, aunque eso supusiera que sus fuerzas no se hallaran en su punto álgido. Cresta Cuervo confiaba en la determinación de su pueblo, en que comprendiera que, si fracasaban, este sería su fin.

La Legión Ardiente, a su vez, los aguardaba no muy lejos de ahí. A pesar de que los elfos de la noche marchaban siendo conscientes de que un derramamiento de sangre los esperaba más allá del horizonte, seguían avanzando. Y de este modo, una vez más, la batalla por Kalimdor continuó.

\*\*\*\*\*

Mientras los elfos de la noche luchaban por su supervivencia e Illidan intentaba lidiar con sus repugnantes pensamientos, Krasus se enfrentaba a otra cuestión totalmente distinta, una que, según sospechaba Malfurion, lo había pillado desprevenido.

— Hay algo que se extiende hasta donde alcanzo detectar — comentó entre siseos el mago, presa de la frustración.

Ese “algo” era imperceptible para la vista, pero no para el tacto. Ese “algo” era un escudo vasto e invisible que los mantenía alejado a un día de viaje (según las estimaciones de Krasus) de su objetivo.

Lo habían descubierto de una manera muy dura. El hipogrifo de Krasus había colisionado contra la nada, el impacto había sido tan violento que el mago se había caído de su montura herida. Como

Malfurion era consciente de que con su propio hipogrifo nunca podría alcanzar a Krasus a tiempo, buscó la ayuda del viento. Una ráfaga muy fuerte procedente de la montaña *elevó* de nuevo a su compañero suficiente como para que el druida pudiera agarrarle del brazo al mago. A continuación, habían aterrizado para observar detenidamente ese nuevo obstáculo.

Tras examinarlo varias horas, Krasus no parecía hallarse más cerca de obtener una respuesta... y, al verlo tan desconcertado, el druida se había sentido más inquieto de lo que dejaba traslucir.

## El Alma Demoníaca

Al fin Krasus dijo algo inconcebible.

— Me rindo.

— ¿No eres capaz de dar con alguna forma de atravesarlo?

— No, y lo que es aún peor, druida, soy incapaz de contactar con nadie al otro lado. Ni siquiera mis pensamientos pueden atravesarlo.

Malfurion había llegado a sentir un hondo respeto por Krasus. El misterioso mago había prestado su ayuda para salvar al druida cuando lord Xavius había capturado el espíritu de éste. Krasus también había sido una pieza clave a la hora de que el elfo de la noche pudiera derrotar al consejero de la reina y destruir el primer portal, por lo cual verlo así ahora...

— Estamos tan cerca —continuó diciendo el mago. — ¡Tan cerca! ¡Esto es obra suya, seguro!

— ¿De quién?

Krasus entornó los ojos y en ese instante se pareció tanto a un mero elfo de la noche pálido que su expresión resultó mucho más perturbadora. Daba la impresión de que estaba evaluando a su compañero y, de repente, Malfurion se sorprendió al pensar que esperaba que lo considerara digno.

— Sí... deberías saberlo. Te mereces saberlo.

El druida contuvo la respiración. Fuera lo que fuese lo que Krasus deseaba revelar, seguramente tenía que ser algo de una importancia trascendental.



— Mírame directamente a los ojos, Malfurion. —en cuanto el elfo de la noche, le obedeció Krasus añadió: — A tres de nosotros nos llaman “forasteros”. Uno es Rhonin, que afirmaba ser un humano, y el otro es Brox, el orco. No conoces a esas razas, son lo que ves que son: Un humano y un orco.

El anciano se calló. Como creía que tenía que responder algo, Malfurion asintió y repitió:

— Un humano y un orco.

— ¿Alguna vez he dicho *yo* lo que soy?; ¿Alguno de los otros dos lo han concretado?

El elfo de la noche hizo memoria, pero no recordó que nadie hubiera comentado cuál era el nombre de la raza a la que pertenecía Krasus.

— Tienes sangre de elfo de la noche. Por tu aspecto, podrías ser un miembro de nuestra especie si...

— En realidad, parezco un miembro de tu especie que llevara muerto un año o más, pero es una semejanza en la que ambos estamos de acuerdo, ¿no? No obstante, lo que ves es un mero disfraz; entre tu raza y la mía no hay ningún vínculo de sangre... ni, ya puestos, tampoco lo tengo con la raza humana, orca, enana o tauren.

Malfurion parecía hallarse confuso.

— Entonces..., ¿qué eres?

## El Alma Demoníaca

El elfo de la noche se sintió atraído por la mirada de Krasus con más intensidad si pudiera haber. Lo único que podía ver eran esos extraños ojos.

— Mira aún más adentro, druida. Mira aún más adentro y piensa en lo que ya sabes sobre mí.

Mientras contemplaba los ojos de su compañero, Malfurion recordó todo lo que sabía al respecto, que no era demasiado; se trataba de un taumaturgo que poseía unos conocimientos extraordinarios y un enorme talento. Incluso cuando se había hallado más débil. Krasus había estado envuelto por un aura que transmitía la sensación de que era un ser muy antiguo y poderoso. La hermandad de Elune lo había percibido, aunque ninguno de sus miembros había sido capaz de comprender exactamente por qué percibían eso, al igual que la Guardia Lunar. Incluso los sabios de la noche lo trataban mejor que a los adiestrados que los habían criado.

Y por un tiempo, el mago incluso había trabado amistad con un dragón...

... Un dragón...

Cuando aquel coloso no se había hallado cerca, Krasus había sufrido tanto como si se encontrara en su lecho de muerte. Asimismo, el dragón también había mostrado unos síntomas de debilidad fuera de lo normal. Sin embargo, cuando se hallaban juntos era como si fueran un solo ser y sus fuerzas se habían incrementado.

Y no solo eso, Korialstrasz había hablado con Krasus como no lo hacía nadie, como si fuera un igual, casi como si fuera su hermano.

Krasus pudo ver que el rostro del druida se iluminaba con la luz de la revelación y susurró:

— Te encuentras en el umbral del entendimiento total. Crúzalo ya.

Acto seguido, se abrió a Malfurion por entero. En la mente del elfo de la noche, Krasus se transformó. Sus ropajes acabaron hechos jirones, pues su cuerpo creció y se deformó. Las piernas se le doblaron hacia atrás y las manos y los pies se le transformaron en unos apéndices largos y provistos de garras. Unas alas le brotaron de la espalda, expandiéndose hasta que fueron tan enormes como para tapar la luna.

A Krasus se le alargó la cara. La nariz y la boca se fusionaron y crecieron hasta conformar unas fauces salvajes. El pelo se le solidificó, conviniéndose en una cresta cubierta de escamas que le recorría toda la espalda a lo largo hasta llegar a la punta de la cola, que se había formado al mismo tiempo que las alas.

Mientras unas escamas carmesíes cubrían hasta el más mínimo rincón del cuerpo, Malfurion pronunció el nombre por el que todos conocían a esos leviatanes tan enormes y temibles.

— ¡Eres un *dragón!*

## El Alma Démoníaca

Entonces esa imagen se desvaneció con la misma rapidez increíble con la que había aparecido ante él. Malfurion sacudió la cabeza de lado a lado y contempló a la figura que tenía delante.

— Sí Malfurion Tempestira, soy un dragón. Un dragón rojo, para ser más precisos. Durante mucho tiempo, he portado la forma de alguna criatura mortal u otra, pues elegí caminar entre ustedes, para aprender y enseñar mientras busco que reine la paz entre todos nosotros.

— Un dragón...

Malfurion negó con la cabeza. Echando la vista atrás, eso explicaba tantas cosas... y planteaba muchas más preguntas a la vez.

— Entre los miembros de la hueste, únicamente Rhonin sabe quién y qué soy, aunque el orco tal vez lo intuya y la Hermandad de Elune es probable que lo sospeche.

— ¿Los humanos están aliados con los dragones?

— ¡No! Pero con este mismo disfraz con el que me ves, fui el maestro de Rhonin, un mago excepcional, ¡a pesar de pertenecer a una raza tan versátil! En cierto modo, confío en él más que en muchos de mis congéneres.

Como si quisiera enfatizar lo que acababa de decir, Krasus (a Malfurion aún le costaba aceptar que fuera un dragón) golpeó con una mano esa gigantesca barrera invisible.

— Y *esto* me reafirma en lo que acabo de decir. Esto no debería estar aquí.

— Un dragón..., pero ¿por qué no te has transformado para que pudiera venir volando hasta aquí? ¿Por qué me has obligado a invocar a los hipogrifos? —Entonces, el elfo de la noche recordó otra serie de incidentes peculiares. — ¡Podrías haber sido asesinado en más de una ocasión, incluso la última vez que combatimos contra los demonios!

— Algunas cosas deben permanecer ocultas, Malfurion, pero debo decirte que si no me transformo es porque *no puedo*. Por el momento, he perdido esa habilidad.

— Ya... Ya veo.

Krasus volvió a posar su mirada en esa muralla invisible, buscando una entrada que permitiera atravesarla.

— Ahora entiendes por qué estaba tan seguro de que sería capaz de hablar con los dragones, porque escucharán a uno de los suyos, porque también explicarán a uno de los suyos por qué están actuando de un modo tan misterioso. —De improviso, siseó fuertemente, lo que sobresaltó al elfo de la noche. — Si es que puedo contactar con ellos.

— ¿Quién habrá hecho esto?

Dio la impresión de que Krasus tenía intención de responder a esa pregunta, pero al instante cerró la boca. Después de varios segundos en los que obviamente no cabía duda de que estuviera librando una lucha en su fuero interno, contestó taciturnamente:

— Eso no importa, lo que sí importa es que hemos fracasado. La única esperanza que tenía para asegurar el resultado de la guerra está fuera de mi alcance.

## El Alma Demoníaca

Todavía había muchas cosas que el mago dragón no le había contado a Malfurion, y el elfo de la noche era consciente de ello. Sin embargo, el druida también respetaba a Krasus lo suficiente como para no insistir en el tema. Lo único que quería hacer Malfurion en esos momentos era ayudar, sobre todo ahora que comprendía la situación. Si Krasus pudiera convencer a sus congéneres de que se unieran a los defensores, entonces, seguramente, la Legión Ardiente estaría acabada en poco tiempo.

Pero no lograban abrir ese muro con sus conjuros y ninguno de los dos podía atravesarlo como si fuera un mero fantasma o... El druida tragó saliva con dificultad y afirmó:

— Tal vez sepa cómo atravesarlo; al menos, yo podría hacerlo.

— ¿Qué quieres decir?

— Podría caminar por el Sueño Esmeralda.

El semblante del mago se tornó sombrío y, a reglón seguido, se volvió pensativo. Malfurion quería que rechazase la idea sin pensárselo dos veces, pero en vez de eso, Krasus asintió.

— Sí... Sí, esa podría ser la única forma de entrar

— Pero ¿serviría de algo? Ni siquiera sé si serán capaces o no de oírme o verme... y si lo hacen, ¿me escucharán?

— Hay alguien que tal vez sea capaz de hacer todo eso. Debes buscarla a ella en concreto. Se llama Ysera.

*Ysera.* Cenarius había pronunciado ese nombre cuando se había ofrecido a enseñarle a su estudiante a caminar por el reino de los sueños. Ysera, era una de los grandes cinco

Aspectos. Ella gobernaba el Sueño Esmeralda. Sin lugar a dudas, Ysera sería capaz tanto de ver la forma espiritual del druida como de oírle..., Pero ¿acaso se tomaría la molestia de escuchar lo que tenía que decir?

Como vió que era obvio que el joven elfo de la noche se mostraba reticente, Krasus añadió:

— Si puedes convencerla de que logre que Alexstrasza, la dragona roja, te escuche, entonces tal vez ella, a su vez, le pregunte a Korialstrasz, que nos conoce a ambos. Alexstrasza seguro que a él le hará caso.

Por la manera en que su tono de voz cambiaba cuando pronunciaba ese otro nombre, Malfurion comprendió que esa otra dragona era muy, pero que muy importante para Krasus a nivel personal. Sabía que Alexstrasza era otro de los Aspectos y se preguntó cómo era posible que Krasus pudiera hablar de ella con tanta familiaridad. Su compañero no era solo un mero dragón que espiaba a las razas jóvenes, sino que debía de ser alguien importante entre los de su especie.

Ser consciente de eso hizo que Malfurion se sintiera más decidido a hacer lo que había que hacer.

— Haré lo que pueda.

— Si Ysera se muestra reticente —le aconsejó Krasus, —harías bien en mencionarle a Cenarius. Y más de una vez si es necesario.

## El Alma Demoníaca

Aunque no estaba seguro de por qué eso podría suponer alguna diferencia, el elfo de la noche asintió, ya que confiaba en la sabiduría de Krasus, y acto seguido se sentó ahí mismo, donde estaba. Krasus observó en silencio cómo adoptaba una postura de meditación. En cuanto se sintió cómodo y preparado, Malfurion cerró los ojos y se concentró.

En un principio, meditó para serenarse a nivel físico mientras se relajaba, el elfo de la noche notó las primeras sensaciones de sueño. Les dio la bienvenida y las animó a adueñarse de él. Cada vez más, el mundo mortal se fue alejando del druida. Una sensación de paz envolvió a Malfurion como una manta. Sabía que Krasus velaba por él, así que no temía dejarse llevar, puesto que el mago protegería su cuerpo indefenso.

En breve, Malfurion se durmió. No obstante, se sintió más despierto que nunca al mismo tiempo. El elfo de la noche se concentró entonces en abandonar el plano mortal. Hizo lo que Cenarius le había enseñado: Separó su espíritu de su cuerpo.

Le resultó tan fácil hacer ambas cosas, así como localizar hacia el Sueño Esmeralda, que Malfurion se sintió avergonzado por haber titubeado antes. Mientras permaneciera centrado en su misión, seguramente, podría viajar al otro reino sano y salvo.

Una tonalidad verde lo impregnó inmediatamente todo. Krasus se esfumó a la vez que el entorno de Malfurion cambiaba. Si bien esa región montañosa era sorprendentemente similar en ambas dimensiones, los picos del Sueño Esmeralda eran más puntiagudos, estaban menos desgastados por las inclemencias del tiempo. Ese era el aspecto que habían tenido cuando los



creadores las habían erigido a partir del suelo primordial. A pesar de que su misión era muy urgente, Malfurion se detuvo a admirar la obra de los celestiales. La completa majestuosidad de todo lo que vio lo dejó asombrado.

Sin embargo, no quedaría nada del mundo real si la Legión Ardiente no era detenida, por lo cual el druida por fin siguió su camino. Extendió un brazo hacia la barrera, esperando hallar resistencia, pero nada detuvo su mano. Con casi toda seguridad, en el Sueño Esmeralda ese conjuro no existía. Los dragones esperaban que los intrusos que intentaran atravesar esa barrera fueran de una índole más terrenal, y por lo tanto, estuvieran sometidos a las leyes del mundo natural.

Malfurion cruzó el lugar donde se había hallado ese muro en el otro plano se dirigió hacia los picos más altos que se divisaban en lontananza. Antes de que hubiera chocado con la barrera, Krasus le había indicado dónde podría hallar a sus congéneres. Como el viejo mago no había dicho nada al contrario antes de que el druida iniciara su viaje, Malfurion dio por sentado que debería continuar en esa dirección.

Sobrevoló esa tierra silenciosa donde esas montañas colosales hacían que se sintiera muy insignificante. La tonalidad verde que lo coloreaba todo, junto a la ausencia total de vida animal, dotaba a ese entorno de una atmósfera surrealista.

Mientras se acercaba a lo que creía que era su destino, Malfurion se concentró. Esa tonalidad verde se desvaneció levemente y percibió ciertos detalles de desgaste provocados por el paso del tiempo. Si bien el espíritu del druida todavía

## El Alma Démoníaca

“caminaba” por el Sueño Esmeralda, ahora también veía el mundo real y actual.

Y lo primero que vio fue el semblante feroz y abrumador de un dragón carmesí.

Sorprendido, Malfurion retrocedió. Aunque esperaba que el coloso arremetiera veloz como un rayo hacia él y lo mordiera, el centinela siguió mirando muy fijamente a algo, como si el druida fuera transparente. El gemelo de Illidan tardó unos segundos en darse cuenta de que el dragón no podía verlo.

La presencia de ese guardián, que se hallaba posado en la cima de ese pico alto y puntiagudo, corroboraba que el elfo de la noche tenía que estar cerca del lugar donde se habían congregado los dragones. Sin embargo, Malfurion intuía que no tenía tiempo para ir de una montaña a otra en su busca, así que reflexionó acerca de lo que ya sabía: sabía que Ysera era la Señora del Sueño Esmeralda y que ahora se hallaba tan cerca de ella que, seguramente, sería capaz de escucharle si la llamaba mentalmente.

No obstante, que Ysera contestara era otra cuestión.

Como sabía que lo único que podía hacer era intentarlo, el druida volvió a sumergirse en el Sueño Esmeralda y se imaginó a la dragona verde. Pese a que era consciente de que su forma real no tendría nada que ver con cómo se la imaginaba, sabía que de ese modo sus pensamientos tendrían un asidero al que agarrarse.

Richard A. Knaak

*Ysera, Señora de la Tierra de los Sueños, Gran Aspecto, humildemente, solicito entrar en comunión contigo... Hablo en nombre de alguien que conoce a Aquella Que Es La Vida, a tu hermana Alexstrasza...*

Malfurion aguardó. En cuanto tuvo claro que no recibiría ninguna respuesta, volvió a intentarlo.

*Ysera, Señora del Sueño, en nombre de Cenarius, el señor del bosque, te pido este favor. Te invoco para...*

Interrumpió la llamada al percibir la presencia de otro ser que había interrumpido súbitamente. El druida giro la cabeza a la derecha y contempló a la delgada hembra de su raza, ataviada con una túnica traslúcida que ondeaba, a pesar de que no soplaban el viento. La capucha de la túnica no le tapaba la cara, que era hermosa y serena a la vez, cuyo único rasgo extraño eran los ojos... o, más bien, los parpados cerrados que los ocultaban.

Esa figura podría haberse parecido a un elfo de la noche, pero además del brillante pelo esmeralda que poseía (que era más llamativo que el verde de cualquier elfo de la noche de verdad), su piel, sus ropajes..., todo estaba tintado de un modo u otro del mismo color.

No podía haber ninguna duda de que se trataba de Ysera.

— Aquí estoy —respondió, con serenidad y firmeza a la vez, sin abrir en ningún momento los ojos, — aunque solo sea para

## El Alma Demoníaca

poner fin a tus gritos. Tus pensamientos han reverberado por mi mente como un redoble de tambores incesante.

Malfurion hizo ademán de arrodillarse.

— Mi señora...

Ella agitó una esbelta mano en el aire

— No necesito sentirme halagada con tales gestos, me has llamado y he venido. Di lo que tengas que decir y vete.

El elfo de la noche seguía sorprendido por el hecho de que su llamada hubiera sido respondida. Ahí, abajo esa otra forma, se hallaba uno de los Grandes Aspectos. Casi no se podía creer que se hubiera dignado en contestar.

— Perdóneme. Jamás pretendía perturbarte...

— Y aun así, aquí estás

— He venido acompañado por alguien que te conoce bien... por un dragón llamado Krasus.

— Conozco su nombre, aunque sospecho sobre sus intenciones. ¿Qué desea?

— Quiere concertar una audiencia con Alexstrasza, pero no puede atravesar la barrera que rodea este lugar.

Mientras hablaba, Malfurion tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrarse en el Aspecto. Ysera titilaba constantemente como si fuera un mero producto de su imaginación. Su expresión no cambiaba salvo por el hecho de que, bajo sus párpados, sus ojos siempre se hallaban en constante

movimiento. Malfurion no albergaba ninguna duda de que podía ver, pero sentía una gran curiosidad por saber cómo lo hacía.

— Esa barrera se ha alzado porque lo que planeamos hacer es extremadamente delicado —aseveró el Aspecto. — No se puede saber nada de lo que estamos haciendo hasta que llegue el momento adecuado... eso es lo que dice el Guardián de la Tierra.

— Pero Krasus debe entrar...

— Pero no lo haré. Es una cuestión sobre la que no tengo capacidad de decisión. ¿Es eso todo?

Malfurion recordó las instrucciones que le había dado Krasus.

— ¿Y si pudiera hablar con Alexstrasza a través de ti...?

Ysera se rio; ese cambio de humor tan repentino sorprendió tanto al elfo de la noche que se quedó sumamente desconcertado.

— ¡Eres audaz, criatura mortal! ¡Quieres que sea su mensajera, que sea el medio por el que él interrumpa a mi hermana durante un momento tan clave! ¿Hay algo *más* que quieres pedir?

— Juro por mi *shan'do*, Cenarius, que eso es lo único que quiero y que no lo pediría si no fuera necesario.

Algo muy curioso sucedió cuando mencionó el nombre semidiós. Ysera se tomó borrosa y dio la impresión de que esos ojos que se hallaban bajo esos párpados cerrados miraban

## El Alma Demoníaca

hacia el suelo. Esa reacción, aunque fue muy breve, también fue muy evidente.

— No creo que haya ninguna razón para proseguir con esta conversación tan irritante. Regresa con tu compañero elfo de la noche, y...

— ¡Por favor, Señora del Sueño Esmeralda! Cenarius responde por mí. Él...

— ¡No hay ninguna razón que justifique que lo menciones! — le espetó de repente. Por un brevísimo instante, dio la impresión de que Ysera iba a abrir. Su semblante adquirió una expresión que a Malfurion le recordaba su infancia. En el pasado, había pensado que Cenarius e Ysera habían sido amantes, pero por el gesto que podía ver ahora dibujado en su rostro, ese no era el caso.

Ysera (la Señora del Sueño, una de los cinco grandes Aspectos) había reaccionado al oír el nombre del semidiós como lo haría una *madre* cariñosa.

Un tanto avergonzado, el druida se apartó de ella. Ysera no le hizo ningún caso, ya que su mente se hallaba sumida en algún recuerdo. Por primera vez desde que había conocido a Krasus. Malfurion estaba enfadado con él, puesto que su compañero no debería haberle ocultado esa información.

Aunque el druida hizo ademán de abandonar el reino de los sueños, Ysera dirigió sus ojos cerrados hacia él y, de improviso, afirmó:

— Seré el puente que necesitas para alcanzar a Alexstrasza.

— Mi señora...

— No vas a hablar más al respecto, elfo de la noche, o si no, te expulsaré de mi dominio para siempre.

Malfurion se calló y obedeció. Fuera cual fuese la relación que tuviera con el señor del bosque, había sido muy profunda y larga en el tiempo.

— Guiaré a tu espíritu hasta el lugar donde ahora nos reunimos y esperarás hasta que te indique que ha llegado el momento de que converses con mi hermana. Solo entonces, le transmitiré tu mensaje a ella... tu mensaje y el de tu *compañero*.

La actitud con la que pronuncio esa última palabra dejaba bien claro que estaba furiosa con Krasus. El druida rezó para implorar que el plan improvisado de su compañero no acabara provocando que ambos murieran y asintió sin pronunciar palabra.

El Aspecto le tendió una mano.

— Cógeme de la mano

Con sumo respeto Malfurion obedeció. Nunca había tocado a ningún otro espíritu en el Sueño esmeralda y no tenía ni idea de que podía esperar. No obstante, para su sorpresa, la mano de Ysera tenía el mismo tacto que una mano mortal. No poseía ninguna cualidad etérea. Era como si le estuviera dando la mano a su madre.

## El Alma Demoníaca

— Recuerda mi advertencia —insistió el Aspecto.

Antes de que pudiera responder, se adentró en el plano mortal. La transición fue tan inmediata, a la vez que fue muy suave, que el elfo de la noche tardó un rato en asimilar que el entorno había cambiado. A continuación, tuvo que asimilar la repentina desaparición de Ysera.

No, no había desaparecido. La Señora del Sueño Esmeralda se hallaba a pocos metros del lugar donde él flotaba y se mostraba en toda su gloria y esplendor; se trataba de una dragona descomunal con unas escamas relucientes, que por comparación hacía que Korialstrasz, el único dragón que el druida había visto jamás, pareciera un enano.

Pero ella no era el único de esos seres que se encontraba ahí. Mientras se ubicaba, el elfo de la noche descubrió que ambos no se hallaban solos de ningún modo. Otros tres dragones gigantescos se hallaban cerca del centro de esa enorme cámara. La dragona roja tenía que ser Alexstrasza, seguramente, a la que Krasus buscaba. Aunque poseía una belleza y una dignidad a la par que las de Ysera era más animada, más vital. Junto a ella, había un macho casi igual de grande, cuyas escamas cambiaban constantemente de color (pasaban de ser plateadas a azules y a ser una mezcla de ambos colores) al parecer al azar. Para ser un miembro de esa especie, se podría decir que mostraba un semblante de perplejidad.

La colosal bestia negra que vio a continuación era completamente distinta al dragón azul y provocó que un



escalofrío recorriera por entero su forma espiritual. Se trataba de un ser compuesto de puro poder, de la fuerza de la misma tierra..., pero había algo más en él. Malfurion tuvo que apartar la mirada de ese gigante de ébano, ya que cada vez que intentaba observarlo con detenimiento, una sensación de inquietud se apoderaba del elfo de la noche y, no era solo porque dos dragones del mismo color hubieran perseguido al druida y a su compañero; no, era por algo más..., era por algo espantoso.

No obstante, si esperaba hallar una mayor sensación de paz mirando para otro lado, Malfurion había escogido mal el lugar al que dirigir su vista, puesto que ahora contemplaba aquello que tanto habrá intrigado a esos gigantes.

Se trataba de algo diminuto, tan pequeño que al elfo de la noche le hubiera cabido en la palma de la mano. En las garras de ese dragón negro enorme, era apenas una motita.

— ¿Lo ves? —preguntó con una voz potente aquel ser que sostenía ese objeto. — Todo está ya preparado. Ya solo nos resta aguardar a que llegue el momento adecuado.

— ¿Y cuándo llegará ese momento? —preguntó Alexstrasza. — Cada día que pasa, los demonios arrasan más y más tierras. Si no fuera porque sus comandantes han centrado gran parte de sus esfuerzos en atacar a los elfos de la noche, a estas alturas habríamos perdido el resto de este mundo.

— Entiendo tu preocupación..., pero el Alma de Dragón cumplirá mejor su función cuando los astros se alineen en el firmamento como es debido. Así debe ser.

## El Alma Demoníaca

El Aspecto rojo contempló aquel disco dorado.

— Recemos entonces para que cuando se utilice todo suceda como tú dices, Neltharion. Recemos para que salve a nuestro mundo.

El dragón negro se limitó a asentir. Malfurion que todavía aguardaba a que Ysera le indicara que podría hablar con Alexstrasza, observó detenidamente ese objeto de aspecto tan sencillo y sus esperanzas crecieron. Los dragones estaban haciendo algo y habían dado con una solución: una especie de talismán que iba a liberar a Kalimdor del yugo de la Legión Ardiente.

Se dejó llevar por la curiosidad. Debilitó adrede el vínculo que lo unía a Ysera, con la intención de que, con todo lo que estaba pasando, la dragona no se diera cuenta de lo que intentaba hacer. Sondeó mentalmente ese disco brillante, cuyo aspecto era muy humilde, pero que al parecer poseía un poder tal que incluso los dragones le rendían pleitesía. En verdad, los demonios no tendrían ninguna oportunidad contra algo así...

No le sorprendió descubrir que un hechizo de protección rodeaba al Alma de Dragón. El druida, al estudiar el objeto, así como sus diversos elementos, detectó una peculiaridad. Cómo uno de esos grandes dragones poseía un aura propia y distintiva (como cualquier otra criatura) y Malfurion era capaz de percibir algunas de esas auras en ese instante. Notó la de Ysera (que era la que le resultaba más familiar), así como la de Alexstrasza y la del dragón azul. El dragón negro también estaba presente, pero de otra manera. La suya parecía hallarse

entrelazada con la del resto, como si las mantuviera a raya. Al druida le dio la sensación de que ese encantamiento había sido diseñado para que los demás no pudieran percibir algo que había dentro de ese objeto.

Picado por la curiosidad más que nunca, Malfurion se infiltró en ese conjuro, valiéndose de las enseñanzas de Cenarius. Logró filtrarse a través de él con más facilidad de la esperada, tal vez porque al creador del disco jamás se le habría ocurrido que alguien como él podría siquiera intentar algo así. El druida se adentró más y más, hasta que por fin alcanzó esas fuerzas que anidaban ahí dentro.

Lo que descubrió provocó que saliera corriendo de ahí. Se hallaba pasmado y aturdido. A pesar de que seguía portando su forma espiritual, se estremeció, pues era incapaz de asimilar lo que había percibido. Malfurion volvió a mirar al dragón negro, atónito ante lo que había hecho ese leviatán.

El Alma de Dragón... que supuestamente iba a salvar a Kalimdor... poseía en su interior un mal tan terrible como la misma Legión Ardiente.



## CAPÍTULO TRECE

**L**os demonios temen cierta tendencia a masacrar a cualquiera, a arrasar cualquier cosa, que hallaran en su camino. Eso hacía difícil capturar prisioneros a los que interrogar, lo cual era necesario, según el capitán Varo'then. Por fin había logrado convencer a Archimonde de que le enviara unos cuantos, pero los que le llegaban más que unos seres vivos eran una maraña de miembros rotos.

El elfo de la noche marcado con una cicatriz estuvo unos minutos con el último de esa remesa y, a continuación, le hizo un favor a esa criatura destrozada al degollarla. Aunque los interrogatorios habían sido una completa debacle, eso no había sido culpa suya de ningún modo. Los comandantes de la Legión no parecían ser capaces de entender que los interrogatorios eran necesarios.

Si bien Varo'then habría preferido estar en el campo de batalla, tampoco quería abandonar el palacio, y menos últimamente. Hacía días que nadie había visto a esa cosa que antes había sido Lord Xavius, aunque durante ese mismo tiempo varios Altonatos se habían esfumado completamente. Mannoroth se lo tomaba con calma y el capitán creía saber cuál era la razón para que obrara así. Al oficial no le gustaba que le ocultaran información de ningún modo.

— Tiren esa basura —le ordenó a dos guardias.

Mientras lo obedecían, el capitán Varo'then limpió su daga y la volvió a colocar en su sitio. Recorrió con la mirada la cámara de interrogatorios; una habitación de dos metros por dos con forma de cubo, que contaba con un único cristal azul como fuente de iluminación. Las sombras se habían adueñado de una de las esquinas. Una puerta de hierro de unos ocho centímetros de grosor era la única salida.

El suelo estaba manchado de sangre, de una sangre que tenía siglos de antigüedad, la reina nunca visitaba los pisos inferiores de su residencia y Varo'then tampoco la animaba a ello, pues no era adecuado que alguien tan sensible fuera testigo de lo que se llevaba a cabo ahí abajo.

Los soldados arrastraron hacia fuera el cadáver de aquel desgraciado y el capitán se quedó ahí solo con sus pensamientos. No había recibido ninguna noticia sobre el maestro de canes. A pesar de que Mannoroth no se había mostrado preocupado al respecto, el elfo de la noche se

## El Alma Demoníaca

preguntaba si le había ocurrido algo a ese poderoso demonio. Si era así, entonces alguien tendría que asumir la posibilidad de dar caza a los taumaturgos. Por ahora, los demonios habían fracasado y Varo'then ansiaba tener la oportunidad de redimirse en ese aspecto tras haber perdido a dos de ellos en un bosque encantado y hostil.

Pero eso supondría tener que abandonar el palacio...

Con ambas manos, se ajustó bien la espada que llevaba a la cintura; de repente, desenvainó la espada y atravesó con ella las sombras que había a su izquierda.

Su amolado filo se detuvo a un par de centímetros de una figura que se había encontrado escondido entre las sombras hasta entonces. Sin embargo, en vez de mostrarse sobresaltado, ese otro ser se limitó a mirar con malicia al capitán.

— Posees una espada afilada y una mente despierta, capitán Varo'then...

En un principio el soldado creyó que estaba tratando con Xavius una vez más, pero al escrutar su rostro más de cerca pudo ver ciertas diferencias, Varo'then, que poseía un intelecto muy analítico, repasó mentalmente los rostros de todos los Altonatos y, al final, logró que el semblante de esa criatura provista de pezuñas encajara con una de ellas.

— Maestro Peroth'arn... nos preguntábamos dónde te habías metido.

El antiguo hechicero abandonó las sombras al mismo tiempo que Varo'then envainaba su arma.

— He estado... aprendiendo de nuevo ciertas cosas.

El elfo de la noche contempló al ser transformado con un gesto que a duras penas disimuló su repugnancia. Para él, los sátiros eran una abominación.

— ¿Los demás también han estado “aprendiendo de nuevo”?

— Solo unos pocos escogidos.

Al fin, el capitán tenía una explicación sobre a dónde habían ido a parar los Altonatos desaparecidos. Seguían ahí, aunque habían sido transformados en esas grotescas parodias de sí mismos. La nueva forma que poseía Xavius había sido una de las pocas decisiones de Sargeraz que Varo'then cuestionaba. Por mucho que supuestamente fuera más poderoso, la mente del antiguo consejero también había sufrido alteraciones, de eso no había duda. Había algo animal en él que iba más allá de su aspecto, bestial y retorcido.

Y a pesar de que solo había visto unos instantes a Peroth'arn tras su mutación, daba por sentado que el resto de los Altonatos desaparecidos eran, con casi toda seguridad, tan inestables mentalmente como su líder.

— ¿Dónde está Xavius? —le preguntó al sátiro.

— Allá donde deba estar, mi buen capitán —replicó la figura cornuda. — Haciendo lo necesario para que pronto se cumpla el deseo de nuestro glorioso dios...

## El Alma Demoníaca

— ¿Ya no se encuentra en palacio?

Peroth'arn se rio entre dientes.

— Posees una espada afilada y una mente despierta...

El capitán Varo'then sintió la tentación de desenvainar su espada de nuevo para empalar a esa criatura burlona, tal vez para colocar incluso la cabeza de Peroth'arn sobre una chimenea después. El sátiro sonrió de oreja a oreja, como si estuviera retando al soldado a reaccionar.

El elfo de la noche de la cicatriz prominente se contuvo e inquirió:

— Entonces, ¿qué es lo que estás haciendo aquí abajo? ¿Acaso le interesan los interrogatorios?

— Se podrá decir que he bajado a divertirme.

— No voy a perder el tiempo con tus payasadas y tus estúpidas réplicas. —Varo'then apartó de un empujón a Peroth'arn y agarró el plomo de la puerta. — Ni, ya puesto, para las de aquel que los lidera.

— Tú mismo estuviste a su servicio en su día. Y volverás a servirle de nuevo.

— ¡Sirvo al gran Sargerass y a mi reina, a nadie más! —replicó el oficial. — Y si crees...

Mientras hablaba, que capitán miró hacia el lugar donde el sátiro se había encontrado hacia solo unos instantes. Sin embargo, cuando buscó a Peroth'arn, solo halló sombras.



Richard A. Knaak

Tras lanzar gruñido, el elfo de la noche salto de esa cámara violentamente. Tendría que volver a insistir a la reina en que esos malditos sátiros no le inspiraban ninguna confianza. Sin lugar a dudas, ya no se fiaba de lord Xavius.

Oh, ojalá supiera adonde había ido el antiguo consejero...

\*\*\*\*\*

Malfurion no se podía creer que pudiera existir ese mal absoluto que había percibido dentro del Alma de Dragón. ¿Cómo algo creado para *salvar* el mundo podía irradiar tal *malevolencia*? ¿Qué era lo que había creado el dragón Neltharion?

Con sumo cuidado el druida se dispuso a sondear el disco de nuevo. Su aspecto era tan simple, tan inocente. Únicamente si uno buscaba en su interior podía llegar a entender la espeluznante verdad.

Le sorprendió que Ysera fuera incapaz de percibirlo. Seguramente la Señora del Sueño Esmeralda habría entendido que sucedía si hubiera podido sentir esa maldad. No obstante, al igual que ocurría con los demás, ese disco estaba escudado ante sus percepciones de un modo tan sutil que, aunque lo hubiera sostenido en las garras, dudaba mucho que el Aspecto hubiera podido notar algo.

Tal vez... Tal vez si Malfurion desmantelaba ese sortilegio de protección, entonces los demás serían capaces de ver la verdad antes de que fuera demasiado tarde.

## El Alma Demoníaca

Haciendo de tripas corazón, se adentró aún más en el disco. Gracias a esos sentidos que había agudizado durante su aprendizaje, localizó el nexa del conjuro. A continuación el druida procedió a desenmarañarlo...

Al instante, una descarga equivalente a un millar de relámpagos cayó sobre su forma etérea carente de sustancia, que estuvo a punto de hacer añicos. Malfurion gritó en silencio. Buscó la ayuda de Ysera, pero comprobó horrorizado que no parecía percatarse de que estaba sufriendo una agonía.

Sin embargo, hubo otro ser que sí fue consciente de ello.

A pesar de que no miró directamente al elfo de la noche, sus pensamientos prácticamente cayeron como una avalancha sobre el druida herido. En un instante, la locura del creador del Alma de Dragón se reveló con suma claridad.

*¡Oh!*, rugió Neltharion, a pesar de que en el plano mortal seguía hablando cortés y afablemente con los demás. *¡Así que has intentado robar mi gloriosa Alma de Dragón!*

Una monstruosa e invisible fuerza aplastó a Malfurion por todas partes. Al principio, su mirada se tiñó de miedo a la vez que su cuerpo se deformaba. Entonces se dio cuenta de que esa imagen que tenía de sí mismo en su actual estado era solo eso: una imagen. Neltharion podría haberlo estirado hasta que solo fuera un hilo delgado y eso no habría supuesto ningún menoscabo en el estado de salud del druida. Pero eso no era lo que pretendía el Guardián de la Tierra; quería aplastar a Malfurion para encerrarlo en una prisión mágica para evitar que

el intruso pudiera advertir a los demás o volviera a tocar el disco.

Espoleado por los espantosos recuerdos del tiempo que había pasado confinado a manos de lord Xavius, Malfurion logró librarse de ese conjuro antes de que pudiera ser sellado. De inmediato se concentró en Ysera, con la esperanza de que pudiera intuir que él se hallaba en peligro.

*¡No! ¡No interferirán! El poder mental de Neltharion era asombroso. ¡No frustrarás mis planes, no después de todo lo que he hecho! ¡Ninguno de ustedes lo hará!*

Como Ysera seguía ignorando que se encontraba en peligro, el druida hizo lo único que se le ocurrió: abandonó esa cámara y el plano mortal, para refugiarse en el solitario Sueno Esmeralda.

Una sensación de calma lo envolvió de un modo inmediato. Flotó por esa visión difusa de montañas en la que había contactado por primera vez con la Señora de los Sueños. Aliviado, Malfurion intentó poner en orden sus pensamientos. Tras un rugido una enorme sombra intentó tragárselo entero. En el último instante el druida logró echarse hacia atrás. No se podía creer lo que acababa de suceder: ¡Neltharion lo había seguido hasta el reino de los sueños! Ahí el dragón tenía un aspecto aún más terrible que en el plano mortal. Su rostro estaba deformado, era una diabólica caricatura de su verdadero yo; todos los elementos malévolos que había imbuido en el Alma de Dragón se mostraban de un modo evidente en ese semblante desfigurado y deforme. Neltharion era el doble de

## El Alma Demoníaca

grande que en el mundo real y sus afiladas garras se extendían kilómetros y kilómetros. Con solo la sombra de sus alas, cubría la cadena montañosa entera.

*¡No voy a renunciar a lo que me pertenece legítimamente! ¡Solo yo puedo gobernar, pues soy el más idóneo! ¡No se lo contarás a nadie!*

Neltharion abrió sus fauces y unas llamas verdes se expandieron por el Sueño Esmeralda.

Malfurion gritó en cuanto el fuego engulló su forma astral. Lo que estaba haciendo ese coloso debería haber sido imposible; no solo había invadido el dominio de Ysera, sin que ella lo supiera, evidentemente, sino que pretendía calcinar la esencia intangible del druida.

Súbitamente, recordó lección que le había enseñado en su día Cenarius. *Las percepciones pueden ser muy engañosas, mi apreciado estudiante*, le había explicado su *shan'do*. *Lo que crees que debe ser real no siempre lo es. En el mundo del que ahora formas parte como druida las percepciones pueden ser moldeadas por la mente.*

Aunque no estaba seguro de haberlo entendido del todo, como ese fuego prácticamente lo estaba consumiendo ya por entero, Malfurion se negó a creer que esas llamas lo estaban matando, puesto que no podía existir en aquel lugar. Él había asumido que eran *reales*, a pesar de que no lo eran, al igual que había hecho con su propio cuerpo y la colosal forma de Neltharion. Solo eran unos espejismos, unas meras ilusiones

De este modo, ese fuego no podía quemarlo; era como si le estuviera quemando una peluca que llevara puesta sobre una cabeza imaginaria.

Tanto la agonía como las llamas se desvanecieron Sin embargo Neltharion seguía ahí, con su rostro y su cuerpo aún más deformados que nunca. Contempló a esa figura diminuta con cierta repugnancia, como si se estuviera preguntando cómo era posible que el druida se hubiera atrevido a negarse a perecer.

Como no tenía nada claro si iba a volver a tener tanta suerte con el siguiente ataque, fuera cual fuese, que pudiera lanzarle el Aspecto,

Malfurion optó por recurrir a la única vía de escape que le quedaba.

Se concentró en su cuerpo real y deseó regresar a él.

De improviso, esas montañas teñidas de verde se alejaron volando de él. Neltharion también menguó con rapidez en la lejanía. El druida percibió que su propio cuerpo se hallaba cerca...

*¡No!*, oyó decir de nuevo a Neltharion con su voz aterradora.

*¡Serás mío!*

Justo cuando el elfo de la noche notó que volvía a entrar en su forma mortal, algo le golpeó con fuerza. Lanzando un gruñido, Malfurion, todavía medio dormido, se cayó hacia atrás, de tal manera que se golpeó la cabeza con el duro suelo rocoso. Los

## El Alma Demoníaca

últimos vestigios del Sueño Esmeralda desaparecieron y, tras su marcha, dejó de oír los rugidos furiosos del dragón negro.

— ¡Druida! —exclamó alguien. — ¡Malfurion Tempestira! ¿Puedes oírme? ¿Vuelves a hallarte en tu cuerpo?

El elfo de la noche intentó concentrarse en quien le estaba hablando ahora.

— ¿K-Krasus?

Pero en cuanto Malfurion vio el semblante del mago, intentó alejarse de él al instante, puesto que una monstruosa cara de dragón cubría todo su campo de visión, cuyas fauces se abrían para engullirlo...

— ¡Malfurion!

El agresivo tono de voz de Krasus atravesó el velo de su miedo con suma facilidad. El elfo de la noche vio ahora con más claridad que no se trataba de un dragón, sino del pálido y decidido semblante que tan bien había llegado a conocer.

La expresión del mago dragón estaba teñida de preocupación. Ayudó a Malfurion a incorporarse y le dio un odre de agua para beber. Una vez que el druida ya había saciado su sed, Krasus le preguntó qué había sucedido.

— ¿Diste con la Señora del Sueño?

— Sí, y tuve que mencionar a Cenarius varias veces..., como me indicaste

El mago dragón esbozó una fugaz sonrisa de medio lado.

— Sí, te lo dije porque logré recordar algunas cosas que Alexstrasza me contó en su día. Además, creía que en un pasado tan remoto esos sentimientos todavía serían muy intensos.

— Así que tenía razón al pensar que ella y mi *shan'do*...

— ¿Acaso te sorprende? Sus esferas de influencia se entrecruzan de muchas maneras. Las almas gemelas tienden a menudo a juntarse, con independencia de que tengan un pasado o unos orígenes muy distintos.

Malfurion no quiso ahondar en el tema, así que cambió de tercio:

— Se mostró de acuerdo en llevarme a ese lugar donde se habían reunido.

A Krasus se le desorbitaron los ojos.

— ¿Estaban ahí los cinco Aspectos? ¿Todos?

— Sólo vi a cuatro. A Ysera, a tu Alexstrasza, a un dragón plateado y azul con una expresión alegre...

— Ah, Malygos... Cuanto cambiará en el futuro.

— Y... Y...

De repente el elfo de la noche no pudo hablar. Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero se negaban a salir. Cuanto más lo intentaba, más infantil sonaba el druida. Y los pocos sonidos que lograban escapar de sus labios no tenían ningún sentido.

## El Alma Demoníaca

Krasus posó una mano sobre el hombro de Malfurion y asintió con tristeza.

— Te entiendo, o eso creo. No puedes decir más. Pero había otro más.

— Sí..., otro.

Aunque fue lo único que pudo añadir Malfurion, vio que, en efecto, Krasus lo había comprendido. El elfo de la noche contempló a su camarada estupefacto, puesto que se acababa de dar cuenta de que el mago tampoco podía hablar sobre Neltharion. En algún momento del pasado, también Krasus había caído presa de ese hechizo del coloso negro.

Lo cual quería decir que era muy probable que Krasus también conociera la existencia del Alma de Dragón.

Se miraron mutuamente a los ojos; ese silencio expresó en gran parte lo que no podían decir en voz alta. No era de extrañar que el mago dragón hubiera insistido tanto en que tenían que contactar con sus congéneres para descubrir la verdad. Esos antiguos seres habían sido traicionados por uno de los suyos y los dos únicos seres que lo sabían no podían decir nada al respecto, ni siquiera comentarlo entre ellos.

— Debemos marcharnos —murmuró Krasus, a la vez que lo ayudaba a ponerse en pie. — Ya te puedes imaginar por qué.

Sí, Malfurion podía imaginárselo. Neltharion no iba a descansar hasta que consiguiera matarlo. El conjuro había sido un recurso



que había utilizado el dragón negro en el último momento antes de que el druida escapara del Sueño Esmeralda, pero no se iba a conformar con eso. Estaba demasiado cerca de conseguir su objetivo. Era probable que Krasus se hubiera salvado de sus ataques con anterioridad únicamente por mor de las circunstancias, pero por lo que Malfurion había podido ver, ninguno de los dos iba a estar salvo por mucho tiempo de la locura del dragón negro. Y aunque Neltharion no se atreviera a actuar directamente...

— ¡Los centinelas! —acertó a decir con la voz entrecortada.

— Sí, quizá volvamos a verlos. Será mejor que regresemos donde están los hipogrifos y marchemos.

Al parecer, la idiosincrasia del conjuro que los hechizaba les permitía comunicarse, aunque fuera con indirectas. Un resquicio bastante inútil ya que podían hablar con circunloquios sobre el funesto destino que les aguardaba.

Como todavía estaba agotado tenía que apoyarse en Krasus para poder caminar. Haciendo un gran esfuerzo, lograron llegar hasta donde los animales los esperaban impacientemente. Uno de los hipogrifos graznó en cuanto reparó en la presencia de ambos, provocando así que el otro batiera las alas, sobresaltado.

— ¿Podrán llevamos de vuelta todo el trayecto? —preguntó el mago a Malfurion.

— Sí, Cenarius...

## El Alma Demoníaca

La tierra tembló de un modo violento. El elfo de la noche y Krasus se cayeron al suelo. Cerca de ellos, los hipogrifos aletearon y se elevaron un par de metros.

Desde debajo del lugar donde habían estado esperándolos las monturas, un gusano monstruoso alzó súbitamente una cabeza carente de ojos. En la punta de su cabeza, se abrió una grieta increíblemente amplia, revelando una boca redonda cuyos bordes estaban repletos de dientes. Con un tremendo estruendo, el gusano se tragó entero al más lento de los dos hipogrifos.

— ¡Huye! —le ordenó Krasus.

Los dos corrieron como alma lleva el diablo por ese paisaje hostil. A pesar de que acabada de comerse una buena pieza, el gusano se giró en dirección hacia ellos. Una vez más hizo un ruido estrepitoso y volvió a enterrarse en la tierra.

— ¡Debemos separarnos, Malfurion! ¡Debemos separarnos!

En cuanto cada uno de ellos siguió huyendo en una dirección opuesta a la del otro, la tierra estalló y esa espantosa criatura emergió violentamente del suelo. Batió las mandíbulas sin parar por toda la zona circundante y pareció sentirse frustrada al no hallar nada que añadir al plato anterior.

Aunque el gusano no poseía unos ojos que fueran visibles, percibía de algún modo donde había ido Malfurion. Retorció ese descomunal cuerpo segmentado en dirección hacia él, con esa

boca redonda abriéndose y cerrándose de un modo constante y hambriento.

No podía tratarse de una coincidencia. Seguramente, Neltharion había enviado a esa monstruosidad subterránea para que les diera caza. La paranoia del dragón había alcanzado tales costas que ahora no estaba dispuesto a permitir que nada ni nadie pudiera poner en peligro la consecución de sus oscuras metas.

El gusano avanzó con gran celeridad. El hedor a podredumbre que emanaba de su boca estuvo a punto de abrumar completamente al druida. Malfurion corrió lo más rápido posible, a pesar de que era consciente de que eso no sería suficiente.

Pero justo antes de que el gusano le diera alcance, algo se interpuso en su camino volando. Al mismo tiempo que lanzaba un graznido salvaje, el hipogrifo que había sobrevivido le abrió varios tajos en esa cabeza carnosa con sus garras y le desgarró la piel con el pico; con casi toda seguridad, pretendía vengar a su compañero.

Al mismo tiempo que provocaba un estruendo ominoso, el gusano intentó morder a su adversario volador. El hipogrifo se alejó de su alcance con gran celeridad y, acto seguido, volvió a descender para abalanzarse otra vez sobre su cabeza.

— ¡Kylis Fortua! —gritó Krasus

## El Alma Demoníaca

Unos enormes fragmentos de tierra dura y roca, que la llegada del gusano había arrancado del suelo, se elevaron hacia el cielo y golpearon a la criatura. El gusano se movió adelante y atrás, intentando evitar esa lluvia letal. Si bien la mayoría de las piedras causaron muy poco daño real, el conjuro de Krasus había dejado muy frustrada a la bestia.

Tras tomar aire, el druida intentó ayudar a su manera. Aunque había muy pocas plantas en esa región montañosa, vio una cerca que llamó su atención. Después de disculparse con ella, Malfurion le arrancó varios pinchos de las ramas y, a renglón seguido, los lanzó contra ese enorme depredador. ,

El viento arrastró a los pinchos, propulsándolos cada vez a más y más velocidad en dirección hacia el objetivo. Malfurion se concentró y activó el mecanismo que controlaba el crecimiento de esos pinchos.

Justo antes de que impactaran, esas púas se hincharon. Su tamaño se triplicó una vez y luego otra. Para cuando alcanzaron al gusano, algunas eran tan grandes como el propio druida.

Y lo más importante de todo, eran también más duras. Cada una de esas agujas impactó contra el gusano con la fuerza de una lanza de acero. Decenas de espinas de más de un metro de largo acabaron clavadas en el cuerpo del monstruo.

Esta vez, la criatura profirió un rugido. Un pus verde y chisporroteante manó de sus heridas, derramándose sobre el suelo, donde continuó ardiendo. Los pinchos se quedaron

clavados allá donde habían perforado la piel. El gusano se agitó adelante y atrás, pero ninguna púa se soltó.

— ¡Bien hecho! —exclamó Krasus, quien agarró a Malfurion del brazo y lo arrastró consigo. — ¡Intenta llamar al hipogrifo que aún sigue vivo!

Malfurion expandió su mente para contactar con el animal, para intentar que se acercara a ellos, pero la furia dominaba al hipogrifo que hacía caso omiso a su llamada. El gusano había devorado a su compañero y quería venganza.

— ¡Me ignora! —gritó el druida, con cierto tono de pánico en la voz.

— ¡Entonces, debemos seguir corriendo!

El gusano que todavía intentaba quitarse esas espinas de encima, los siguió. Aunque no se movía con la misma rapidez que antes, continuaba siendo lo bastante rápido como para obligar a ambas presas a correr al máximo.

El gigante segmentado se introdujo violentamente en el suelo de nuevo, excavando hasta una gran profundidad. El subsuelo vibró de una manera tan virulenta que Malfurion se trastabilló. Krasus logró mantener el equilibrio, pero avanzó muy poco.

— ¡He de intentar otra cosa! —afirmó a voz en grito. — ¡Desde que he llegado a tu tierra, no me he atrevido a hacerlo, pero sin el hipogrifo me parece que es la única esperanza!

— ¿Qué?

## El Alma Démoníaca

Krasus no respondió, el mago dragón ya estaba confeccionando el sortilegio. Malfurion notó que unas fuerzas perturbadoras se alzaban cerca de su compañero, el cual trazó un arco con el brazo derecho y murmuró unas palabras en un idioma que el elfo de la noche no había oído jamás. La mano de Krasus abrió un agujero en la realidad al hendir el aire.

*No, no es un agujero*, se corrigió a sí mismo Malfurion mentalmente. Era un portal.

Mientras el mago completaba ese enorme círculo, la tierra tembló. Krasus se volvió hacia el druida y gritó:

— ¡Atraviesa este portal, Malfurion! ¡Atraviesa el...!

El gusano irrumpió de nuevo en la superficie. Krasus cayó hacia atrás. El elfo de la noche, que estaba obedeciendo su orden, se volvió para ayudar a su compañero.

— ¡Deberías haberte largado! —le espetó Krasus.

Con las fauces abiertas de par en par, el monstruoso animal subterráneo se acercó a ambos. Malfurion levantó al mago del suelo y, a continuación, se lanzó hacia el portal y lo arrastró consigo. Pudo sentir cómo el gusano se aproximaba, pudo oler su hedor letal. Escapar parecía imposible...

En cuanto entraron en el portal, el gusano arremetió contra ellos...



## CAPÍTULO CATORCE

Los demonios se enfrentaron a ellos de manera violenta al oeste de Suramar. El nuevo avance se detuvo completamente y se quedaron estancados. Los elfos de la noche eran incapaces de empujar a la Legión Ardiente para obligarla a retroceder más, pero su enemigo tampoco era capaz de recuperar el terreno perdido.

Aunque los guerreros de la Legión Ardiente luchaban de manera incansable y despiadada, los elfos de la noche tenían una cosa a su favor: estaban mucho más familiarizados con aquel terreno que los demonios. La región que rodeaba Suramar estaba repleta de colinas y ríos. A pesar de que también habían habido muchos bosques en aquella región, ahora gran parte de la floresta había sido arrasada o calcinada. Aun así, había muchos troncos muertos y moradas en ruinas

## El Alma Demoníaca

por toda aquella zona aquí y allá, que no solo servían como puntos de referencia, sino también como barreras defensivas.

Habían enviado grupos de exploradores a investigar hasta dónde llegaban exactamente las líneas demoníacas. Uno de esos grupos estaba formado por Brox, Rhonin y varios miembros de la compañía de Jarod Cantosombrío, incluido el capitán de esta. El orco y el humano se habían presentado voluntarios para esta misión, pues eran conscientes de que conocían las tácticas de la Legión Ardiente mejor que nadie. Sin embargo, Cresta Cuervo les había obligado a jurar que, al igual que el resto de los exploradores, regresarían a una hora determinada y no después, si no, no podría garantizarles su seguridad en el caso que decidiera oportuno atacar algún flanco u otro con premura, basándose en las informaciones que le proporcionaran los demás exploradores.

Aunque ya era de noche, eso por sí solo no hizo que la marcha se ralentizara. La mera oscuridad no afectaba negativamente a ningún miembro del grupo; de hecho, eso les podría haber ayudado en su búsqueda. Sin embargo, una niebla espesa y nauseabunda, fría, húmeda, con una tonalidad verduzca, lo cubría *todo*. La niebla parecía extenderse allá donde fueran los demonios, lo cual dejaba abierta la posibilidad de que unos guerreros monstruosos los estuvieran acechando a solo unos metros sin que ellos lo supieran.

Lentamente, el grupo, formado por una decena de miembros, cruzó esa tierra en ruinas. Unos árboles marchitos y ennegrecidos proyectaban unas formas espeluznantes en esa



neblina. Por mucho que uno entornara los ojos, era incapaz de ver nada en medio de esa bruma.

Aunque tal vez eso fuera una suerte en cierto sentido. El grupo de exploración cruzó una zona muy cercana a Suramar donde en su día había habido un asentamiento. De vez en cuando, podían divisar los restos de una casa arbórea volcada, cuya estructura había sido desenraizada por entero y luego despedazada en cachitos. Todos eran conscientes de que era más que probable que los moradores de la misma hubieran sufrido un destino similar.

— Qué barbarie... —masculló Jarod.

Brox gruñó. Los elfos de la noche se habían visto obligados a curtirse muy rápido para ser capaces de soportar tales carnicerías, pero aun así, les costaba mucho aceptarlas de la manera en que podía hacerlo el orco. Brox había crecido en un entorno dominado por la brutalidad. Primero, había vivido el final de la guerra contra la Alianza; luego, la violenta marcha hacia las reservas; por último, la lucha contra la Legión Ardiente y la Plaga. Aunque lamentaba toda muerte, pocas cosas podían revolverle las tripas a esas alturas. Al final la muerte era que era.

A la derecha del orco se hallaba Rhonin, quién lanzó una maldición en voz baja. El taumaturgo cerró con fuerza el puño derecho y, acto seguido, metió la mano en una bolsa que llevaba atada al cinturón. Había intentado emplear una piedra de visión para escrutar la zona, con el fin de comprobar si había alguna pista que indicara la presencia de demonios, pero al parecer esa niebla enturbiaba las percepciones mágicas.

## El Alma Demoníaca

Brox tenía su propio método de localizar al enemigo. Cada pocos metros, alzaba la nariz y olfateaba el aire. Los olores que captaba en sus fosas nasales eran en su mayoría acres y le informaban sucintamente de que la muerte reinaba en aquel lugar. Por el momento, los únicos demonios que había localizado eran cadáveres repugnantes cubiertos del icor que antaño había fluido por sus venas.

También había muchos otros cuerpos, por supuesto. Los restos mortales machacados de los elfos de la noche yacían esparcidos por el asentamiento; algunos de ellos eran soldados que habían caído en la retirada, otros eran civiles desventurados que habían sido demasiado lentos. Ninguna víctima había quedado entera; les habían arrancado los brazos, las piernas, incluso las cabezas. Varios cadáveres parecían haber sido despedazados a posteriori, lo cual provocó que las expresiones de repugnancia y amargura de los soldados del grupo se intensificaran.

— Manténganse separados, pero a la vista. —ordenó Jarod a la vez que tiraba de las riendas de su propio sable de la noche. — Y mantengan a sus bestias bajo control.

Esa última orden la había repetido ya más de una vez. Las enormes panteras parecían hallarse especialmente nerviosas en esas circunstancias, era como si supieran algo que sus jinetes ignoraban, lo cual generaba aún más tensión en el equipo de exploradores.

Una sombra que parecía surgida de una pesadilla se alzó ante ellos... en los lindes de Suramar. Como la Legión Ardiente no había tenido el tiempo suficiente como para arrasar la ciudad entera, una parte de su estructura permanecía en pie cual esqueleto para recordarles de un modo siniestro todo lo que se había perdido... y todo lo que aún se podía perder.

— Por la Madre Luna. —susurró un soldado.

Brox miró a Jarod. El capitán contemplaba fijamente su hogar con unos ojos que apenas parpadeaban, a vez que agarraba las riendas enrolladas con unos puños fuertemente cerrados. Una vena palpitante destacaba en su cuello.

— Es duro no tener un hogar. — le comentó el orco, quien pensaba en su propia vida.

— Yo *sí* tengo un hogar. —gruñó Jarod. — Suramar sigue siendo mi hogar.

El orco no dijo nada más, pues comprendía que el elfo de la noche estaba sufriendo.

Entraron en la ciudad tras atravesar esas puertas caídas. Ahí reinaba un silencio sepulcral. Incluso su propia respiración parecía un ruido demasiado estridente para un lugar tan sereno.

En cuanto se encontraron dentro, se detuvieron. Jarod miró al mago en busca de alguna sugerencia sobre qué podían hacer a continuación. Por delante de ellos, el sendero se dividía en tres direcciones. Lo más seguro para todos sería que

## El Alma Demoníaca

permanecieran juntos, pero como tenían un tiempo limitado para inspeccionar Suramar, eso sería imposible.

Rhonin frunció el ceño y dijo al fin:

— Nadie se va a separar de los demás. En esta niebla hay magia. Me da igual que no podamos registrarlo todo, capitán.

— Creo que estoy de acuerdo —replicó Jarod con cierto alivio.

— Nunca creí que pudiera llegar a desconfiar tanto del lugar en el que crecí.

— Esto ya no es Suramar, Cantosombrío. Eso debes tenerlo muy presente. Todo cuanto toca la Legión Ardiente acaba siendo corrompido. Aunque la ciudad no albergara a ningún demonio, podría ser muy pero que muy peligrosa.

Brox asintió. Recordaba perfectamente las cosas que habían emergido de una niebla parecida para arremeter contra él durante la lucha de pueblo contra los demonios. Lo que hacía que aquello contra lo que habían batallado los elfos la noche hasta entonces palidciera en comparación.

Las partes justas de la ciudad permanecían intactas para dotar a esas ruinas de cierta semejanza con su antiguo ser. De vez en cuando se topaban con un edificio que seguía indemne. Jarod envió a algunos soldados a echar un vistazo a esas estructuras, puesto que creía que, si alguien hubiera sobrevivido a esa masacre, quizá se habría refugiado dentro.

No obstante, no hallaron a nadie vivo.

A pesar de que tenían intención de permanecer todos juntos, la devastación que hallaron exigió que obraran de otra manera.

El sendero se volvió demasiado borroso y repleto de escombros como para permitir que el grupo de exploración cabalgara junto sin demorar en exceso las tareas de inspección. A regañadientes, Jarod ordenó a los tres soldados que iban por delante y a los tres que iban por detrás que se dirigieran a las bocacalles.

— Rodeen los escombros y reúnanse con nosotros en cuanto su ruta se lo permita —les dijo a los seis. Mientras los dos grupos se alejaban cabalgando, el capitán añadió de inmediato: — ¡Y no se separen!

Cantosombrío y los otros tres combatientes que se habían quedado ahí formaron una escolta para Rhonin (a la que se sumó también a Brox); a continuación, el grupo principal siguió avanzando. Los sables de la noche tenían que abrirse paso por encima de las ruinas. Tres casas arbóreas enormes habían sido derruidas, lo que había provocado que chocaran unas con otras sobre el camino. Una se encontraba apoyada sobre las otras dos, de tal modo que pendía amenazadoramente sobre el orco y sus compañeros.

El sable de la noche de Brox bufó al pisar algo. Rhonin se agachó y, acto seguido, informó al orco:

— El dueño nunca abandonó la casa.

Hallaron más cadáveres cuando los felinos alcanzaron el punto más alto. Una vez más, se trataba de algunos residentes de la ciudad, pero era evidente que estos habían intentado huir y pero que la Legión Ardiente les había dado alcance. Si

## El Alma Demoníaca

exceptuábamos las grotescas heridas que les habían infligido sus asesinos, las víctimas se encontraban extrañamente intactas. Ni el proceso de putrefacción, ni los carroñeros habían dado buena contra de ellos.

— Debieron de perecer en la primera fase de la devastación. — señaló el mago. — Imaginaba que podrían tener un aspecto aún peor.

— Para mí es una visión bastante nauseabunda —replicó Jarod Cantosombrío con voz entrecortada.

Las panteras avanzaron con la máxima cautela posible y, por fin, comenzaron a descender por el sendero. Mientras se aferraba con fuerza a las riendas, Brox alzó de nuevo la nariz y olfateó.

Por un breve instante, el orco creyó percibir algo, pero era un olor débil y antiguo. Echó un vistazo a su alrededor y descubrió el cuerpo de una bestia vil a la que algún soldado había clavado una lanza. Brox lanzó un gruñido de satisfacción y siguió agarrándose como si la vida le fuera en ello.

Por fin, los seis llegaron a la parte inferior del camino. Jarod señaló hacia el frente y dijo:

— Recuerdo una avenida que desde aquí ahora no podemos ver. Ahí deberíamos poder reunirnos con los demás, maestro Rhonin.

— Lo cual me alegrará.

Un poco más tarde, a escasa distancia, dieron con la avenida a la que se había referido el capitán. El grupo se detuvo en cuanto llegó a una intersección y Jarod miró a su alrededor.

— Les hemos debido de adelantar —señaló.

Brox se enderezó. Rhonin se movió inquieto en su silla, abriendo y cerrando las manos; el orca sabía que ese gesto presagiaba que iba a lanzar un hechizo

— ¡Ahh! —Jarod parecía aviado. — ¡Aquí viene uno de los dos grupos!

Por la izquierda del orco se aproximaron tres soldados. Parecían alegrarse mucho de ver a sus camaradas de nuevo. Incluso los felinos avanzaban con mucho ímpetu.

— ¿Que han encontrado? —preguntó Cantosombrío.

— Nada, capitán. —respondió el de más alto rango. — Más ruinas y más cadáveres. Tantos cuerpos de nuestra gente como de esos monstruos.

— Maldita sea...

— ¿Conoces a mucha gente que no se encuentre entre los refugiados que están con nosotros, Cantosombrío? —inquirió Rhonin

— Sí, a demasiada. Y cuantos más hallemos aquí, menos posibilidades habrá de que algunos de ellos se me hayan pasado por alto entre la muchedumbre.

Esto Brox ya lo había vivido. ¿Cuántos de aquellos con los que él había crecido habían muerto en una batalla u otra? No era

## El Alma Demoníaca

de extrañar que él que en su momento hubiera lamentado tanto haber sobrevivido a sus hermanos de armas; además, para entonces el orco ya había sobrevivido a casi todos sus hermanos biológicos. Se dio cuenta de que una de las razones por las que había deseado morir era que se sentía muy solo.

Entonces, Jarod dirigió su mirada hacia la dirección contraria.

— Los demás deberían llegar en cualquier momento.

Pero ese momento transcurrió y un centenar de ellos más también, y los soldados desaparecidos seguían sin presentarse. La tensión dominó a los jinetes. Contagiaron su sombrío estado de ánimo a los sables de la noche, que bufaron y escupieron cada vez más a medida que los minutos pasaban.

Al final, la impaciencia pudo con Brox. Al mismo tiempo que el capitán Cantosombrío alzaba la mano para sugerir que se fueran de ahí e iniciaran la búsqueda de esos soldados que se habían esfumado, el orco pasó junto él a lomos de su felino y se dirigió hacia a donde debería haberse hallado el trío desaparecido.

Obligó a girar su montura para tomar el otro sendero con suma cautela, buscó algún rastro o señal. Detrás de él, a bastante distancia, Rhonin y los elfos de la noche apresuraron el paso a lomos de sus bestias para darle alcance.

La calle estaba repleta de escombros. Las ropas hechas jirones y las manchas de sangre eran los únicos elementos que añadían un toque de color a la escena. El orco sostuvo su hacha en ristre y obligó a su montura a seguir avanzando.



Entonces hubo algo muy peculiar de aquel entorno que llamó la atención de Brox. Se giró en la silla de montar y echó un vistazo a su alrededor con sumo cuidado en busca de alguna pista que corroborara sus sospechas.

Sin embargo ahí no había ni rastro de un solo cuerpo. Ni de elfos de la noche, ni de demonios. No veía por ningún lado los cadáveres de los tres soldados desaparecidos y sus monturas.

¿Qué les había ocurrido?, se preguntaba Brox. ¿Cómo era posible que la calle permaneciera immaculada, sin nada que indicara que ahí habían muerto muchos inocentes?

De improviso, unas piedras cayeron, lo que provocó que el guerrero de piel verde se girara bruscamente a la derecha. Lentamente, una figura fue cobrando forma en la niebla; se trataba de un soldado que iba a pie, con su arma desenvainada.

— ¿Dónde está tu montura? —pregunto el orco alto y claro.

El soldado caminó de un modo torpe hacia él. Tenía manchas por toda la armadura y llevaba la boca abierta.

En cuanto pudo ver mejor su rostro, un consternado Brox se percató de que le habían arrancado una parte de él. Uno de sus ojos había desaparecido por entero y la oquedad irregular abierta que lo había sustituido le llegaba hasta la parte central de la garganta... o de lo que quedaba de ella.

## El Alma Demoníaca

Mientras se acercaba al orco, esa figura macabra alzó su arma. De repente, Brox se dio cuenta de que otras siluetas seguían al soldado.

Aunque no era un cobarde, el combatiente de piel verde tiró con fuerza de las riendas, para que su sable de la noche se diera la vuelta. Mientras hacía esto, el felino atacó al soldado con una de sus garras y lo alejó de un violento golpe como si fuera un juguete.

Los demás le dieron alcance justo cuando iniciaba la cabalgada de regreso. Jarod clavó su mirada en un lugar situado más allá del orco, donde el soldado había caído.

— ¿Pero que le has hecho? Has obligado a tu bestia a que le propinara un golpe mortal...

— ¡Ya estaba muerto! ¡Deprisa que vienen más!

Si bien el elfo de la noche hizo un ademán de querer discutir, Rhonin se llevó una mano al pecho.

— ¡Contempla la niebla, Cantosombrío! ¡Contéplala!

Y eso fue lo que hizo Jarod, quien, horrorizado, negó con la cabeza. El soldado se puso en pie, con la cara y pecho aún más destrozados, conformando así una visión aún más horrible de contemplar. A pesar de que todavía se tambaleaba, logró agarrar su espada y se encaminó hacia el grupo. Tras él, avanzaba la primera de las otras siluetas, la cual por fin pudieron distinguir perfectamente; eran elfos de la noche en

un estado aún más espantoso que el soldado. Algunos estaban abiertos en canal y a otros les faltaban varios miembros.

Todos mostraban las mismas expresiones vacías y movían con la misma determinación letal.

— ¡Cabalguen! —vociferó el capitán. — ¡Diríjense a las puertas de la ciudad! ¡Síguenme!

Con Jarod y el mago encabezando la huida, el grupo logró alejarse justo antes de que la primera de esas espeluznantes figuras pudiera darles alcance. Recorrieron a gran velocidad el mismo camino por el que habían venido, pero cuando llegaron a la intersección, Jarod obligó a todo el mundo a girar en la dirección contraria.

— ¿Por qué hay que ir por aquí? —preguntó Rhonin a voz en grito.

— Porque es un sendero más corto que nos llevará más fácilmente a nuestra meta..., ¡O eso espero!

Sin embargo, mientras cabalgaban, otras figuras fueron emergiendo de las minas. Brox le gruñó a lo que antaño había sido una anciana, ataviada con los jirones empapados de sangre de un vestido en el que antes se habían combinado los colores plata, turquesa y rojo, cuando esta le agarró de la pierna con gran avidez. La obligo a apartarse de una patada y, para curarse en salud, la decapitó con un certero golpe de su hacha encantada. Después de eso, su cuerpo siguió buscando a tientas y de un modo alocado algo a lo que poder agarrarse, pero por fortuna, para entonces el orco ya se había alejado.

Súbitamente, Rhonin se paró.

— ¡Cuidado!

Lanzó esa advertencia demasiado tarde para uno de los soldados que se encontraban más cerca de él. Una masa de manos arrancó al elfo de la noche de su montura, al que arañaron e hirieron. Este acertó a uno de ellos con su espada, pero para lo que logró, habría dado igual que hubiera hendido al aire.

Aunque Jarod intentó ayudarle, antes de que pudiera alcanzar a su camarada, la desventurada víctima se desvaneció bajo esa montaña de cadáveres que caminaban arrastrando los pies. Su chillido se cortó casi de inmediato.

— ¡Ya es demasiado tarde para él! —insistió el mago, a pesar de que Jarod tenía la clara intención de intentar sacar al soldado de ahí. — ¡El resto, sigan cabalgando! ¡Creo que ya sé qué puedo hacer aquí!

— ¡No podemos dejarte atrás! —objetó el capitán.

Brox giró su montura y se aproximó a Rhonin.

— ¡Yo me quedaré con él!

— ¡Los seguiremos en breve, Cantosombrío! ¡Un poco más adelante, el camino parece estar más despejado! ¡Deberían ser capaces de salir de la ciudad!

Aunque el elfo de la noche no quería marcharse, era consciente de que si se quedaba, pondría más vidas en peligro. De todos ellos, Rhonin era el que más posibilidades tenía de sobrevivir.

— ¡Por aquí! —ordenó a voz en grito el capitán al resto de sus subordinados.

Mientras se alejaban, con el sable de la noche sin jinete detrás, Rhonin se volvió para enfrentarse a la turbamulta que se aproximaba.

— ¡Brox! ¡Necesito unos segundos más!

El orco asintió y se abalanzó sobre ellos, tras proferir un grito de batalla, golpeó a diestro y siniestro con su hacha, que blandía por delante de su montura con una precisión mortífera. Cortaba y mutilaba todo cuanto hallaba a su paso..., esas manos que lo agarraban, esos pechos abiertos en canal, esas gargantas desgarradas..., empleando para ello hasta la última pizca de sus fuerzas.

Justo cuando Brox empezaba a flaquear, Rhonin gritó.

— ¡Ya basta! ¡Retrocede!

En cuanto el orco obedeció, el mago lanzó un pequeño frasco hacia esa horda que no paraba de avanzar. Mientras volaba, trazó un arco por el aire, por encima de la primera hilera de tal modo que salpicó a todos los no-muertos.

## El Alma Demoníaca

En cuanto el líquido derramado tocó a sus objetivos, unas llamas azules envolvieron súbitamente esas abominaciones.

Con gran celeridad, se desató un infierno. Los cadáveres situados tras la primera hilera se adentraron en las llamas sin pensar, de manera que se prendieron fuego ellos solos. Algunos de los que ya estaban ardiendo se tambalearon y chocaron con otros, extendiendo así aún más el fuego.

— Es un recurso que utilicé en su día para combatir a la Plaga —comentó el humano con una torva satisfacción dibujada en su cara, — ¡Vamos! Tenemos que...

Una figura envuelta en llamas corrió hacia delante y se desmoronó al estrellarse contra la montura de Brox, la cual empezó a arder a su vez. El orco intentó mantener el equilibrio mientras el sable de la noche se daba la vuelta abruptamente y corría como loco para alejarse de la causa de su agonía... y, en consecuencia, arrastró a su jinete hacia el interior de Suramar.

Rhonin lo llamó a gritos, pero Brox no consiguió que su animal se detuviera. Enloquecida por las abrasadoras llamas, la pantera atravesó esas calles de manera descontrolada.

Aunque el orco intentó apagar el fuego, lo único que logró fue empeorar la situación. De repente, su sable de la noche se frenó y, acto seguido, se arrojó al suelo de lado para intentar sofocar esas llamas. Brox apenas tuvo tiempo de tirarse para evitar acabar con una pierna aplastada por el inmenso peso de esa bestia.

El sable de la noche se revolcó en el suelo sobre la zona herida y, acto seguido, como no parecía muy satisfecho con lo que había conseguido, huyó antes de que el orco pudiera detenerlo. Brox se giró, pues esperaba que esa muchedumbre horripilante se le echara encima por todas partes. Jadeaba con fuerza y blandió su hacha una y otra vez, y poco a poco fue dándose cuenta de que no se hallaba en peligro de un modo inminente.

Aunque, desde luego, tampoco contaba ya con su montura ni con la ayuda del mago.

Con suma atención y precaución, Brox desanduvo el camino que creía que había recorrido con el sable de la noche. Aun así, mientras el fornido combatiente avanzaba entre las ruinas, no vio nada que pareciera indicar si ese sendero era el correcto o no. El felino herido había corrido a una velocidad tan demencial que no cabía duda de haberlo arrastrado a su jinete aún más lejos de lo que este había imaginado.

Pese a que el orco olfateó el aire, no captó el aroma ni de ningún humano, ni de ningún elfo de la noche. Y lo que era aún peor, su normalmente sentido de la orientación le había fallado estrepitosamente. Esa niebla aturdía y confundía todas sus percepciones.

Como se sentía cada vez más desorientado, Brox giró para tomar una avenida que le resultaba vagamente familiar. De la niebla emergieron árboles destrozados, un paisaje quemado y

## El Alma Demoníaca

los restos derruidos de una morada, pero era incapaz de reconocer nada de todo aquello con una cierta certeza.

Entonces, un olor le invadió fugazmente las fosas nasales. El descomunal orco titubeó y olisqueó el aire de nuevo. Frunció su amplio ceño y apretó con fuerza esos dientes amarillentos.

Con suma decisión, se dirigió hacia la derecha y, a cada paso que daba, olfateaba el aire de nuevo. Para recorrer este nuevo sendero, debía encaramarse a las raíces enredadas de un roble gigantesco derribado y atravesar los restos aplastados del antiguo hogar de algunos elfos de la noche, pero Brox no se iba a rendir. Trepó con cautela procurando no hacer ni el más mínimo ruido, lo cual le resultó muy difícil, ya que seguía sosteniendo en todo momento su hacha con la otra mano.

En cuanto llegó a la parte superior de ese domicilio hecho añicos, Brox percibió un hedor nuevo, que hizo que frunciera la nariz por pura repugnancia, pero que lo espoleó a seguir adelante.

En cuando logró ver lo que había al otro lado, pudo saber qué era lo estaban haciendo los demonios

Ahí había cuatro miembros de la Guardia Vil, así como un soldado de la Guardia Apocalíptica. Sin embargo, a los ojos de Brox, esos no eran una gran amenaza comparado con los dos que se hallaban delante de ellos. El orco gruñó, pues reconoció de su propia época a esas figuras aladas que vestían una armadura azul oscura. Hacían gestos con unos dedos terminados en unas uñas brutales que parecían unas armas



blancas, al mismo tiempo que un aura de color verde pálido les envolvía las manos mientras llevaban a cabo su labor.

Eran unos *Nathrezim*, a los que también se les llamaban *Señores del Terror*. Eran más altos que los demás demonios y poseían un aspecto aún más terrible. Unos cuernos gigantescos, oscuros y curvos brotaban de sus cabezas hasta alcanzar gran altura. Poseían una piel gris pálida, como la de un cadáver, y no tenían ni un pelo en esas monstruosas testas. Un par de colmillos afilados sobresalían de sus bocas, lo cual le hizo recordar a Brox esas historias que había escuchado sobre que los Señores del Terror poseían ciertos rasgos vampíricos. De hecho, los Nathrezim eran unos vampiros psíquicos, que se alimentaban de aquellos que eran débiles mentalmente y que a menudo utilizaban a sus víctimas como esclavos.

Ambos caminaban con unas piernas gruesas y potentes como las de las cabras y tenían unas pezuñas hendidas por pies. Si bien eran astutos y extremadamente hábiles en el uso de la magia (incluso más que los *eredar*), también eran unos combatientes muy letales. No obstante, daba la impresión de que en esta situación en particular, tanto el orco como su compañero lo que más debían temer eran sus tenebrosos conjuros.

Brox había dado con los nigromantes.

Los dos Nathrezim habían hecho algo abominable, puesto que habían conseguido alzar a los muertos que tanto que ellos como sus camaradas habían masacrado de un modo tan brutal. El orco recordó todo lo que había oído sobre la Plaga no-muerta

## El Alma Demoníaca

y sus hechizos macabros. Para uno de su especie, lo que esas criaturas estaban haciendo ahora era mucho más monstruoso que cualquier muerte que pudieran infligir las armas de la Guardia Vil o la Guardia Apocalíptica.

Brox se imaginó cómo se habría sentido si los cuerpos ensangrentados de sus camaradas se hubieran alzado para unirse al enemigo y combatir a los orcos. Eso era un sacrilegio y suponía deshonar a esos espíritus. El corazón se le desbocó y Brox sintió que una ira incontrolable se apoderaba de él.

De repente pensó en Rhonin y los elfos de la noche. Aunque era posible que hubieran escapado, como los Nathrezim tenían tantos muertos bajo su control, también era posible que estuvieran luchando salvajemente para salvar..., en el caso de que ya no los hubieran asesinado.

Y si los habían matado.... era muy probable que acabaran engrosando las filas de los muertos que los Señores del Terror habían alzado.

Brox no se pudo contener más. Abandonó su escondite y, lanzando un grito de guerra similar al que había proferido con sus camaradas en su día en aquel desfiladero, se abalanzó sobre aquel grupo.

Su grito rasgó esa quietud. Con una inmensa satisfacción comprobó que los demonios se sobresaltaron al oír ese grito, que resultaba tan inesperado en aquel lugar. Al verse sorprendidos, reaccionaron con lentitud, tal y como el guerrero había previsto. El hacha que Malfurion y el semidiós habían

forjado para él atravesó con facilidad la pechera blindada del primer guardia vil, de tal modo que las nauseabundas entrañas del demonio se desparramaron.

Al mismo tiempo que su primer adversario se desplomaba, Brox alzó el hacha, abriéndole un tajo en el antebrazo a otra criatura.

Los Señores del Terror siguieron centrados en sus tareas, pues confiaban en que sus camaradas fueran capaces de despachar a ese solitario atacante. Sin embargo, como no habían luchado nunca contra un orco (Aún no), ignoraban sus tácticas de combate, lo cual le daba cierta ventaja a Brox. Arremetió contra el siguiente guardia vil más próximo, provocando así que el enorme demonio cayera al suelo gracias al impulso de su propia y considerable masa; a continuación, se alejó rodando al mismo tiempo que el soldado de la Guardia Apocalíptica intentaba ensartarlo con su arma.

Brox intercambió varios golpes con ese guerrero alado y, acto seguido, giro justo a tiempo para desviar el ataque de otro oponente. Partió al segundo demonio por la mitad a la altura de la cintura y después, por si acaso, le reventó el cráneo al combatiente que había mutilado anteriormente con el mango de su hacha de guerra.

En ese instante, uno de los taumaturgos se fijó al fin en él. Tras dejar que su camarada prosiguiera con su repugnante labor, se giró y señaló al orco.

Desesperado, Brox se colocó entre el taumaturgo y el Guardia Apocalíptico. Aun así, en cuanto hizo eso, la figura alada chilló

## El Alma Demoníaca

y se retorció. Se contorsionó como si algo pretendiera salir violentamente de dentro de él; de improviso, el pecho le explotó.

Algo golpeó al orco por detrás. Brox cayó aturdido. El último de los guardias viles se cernía sobre él. Al instante, el Nathrezim se acercó a ese monstruoso guerrero. El maligno taumaturgo contempló a su adversario caído y sus ojos demoníacos brillaron de júbilo.

— Lucharás para nosotros y lo harás bien... —dijo entre siseos.  
— Matarás a muchos de tus amigos...

Brox se imaginó dirigiéndose hacia Tyrande y los demás como uno de esos cadáveres renqueantes y lo invadieron las náuseas; aunque había deseado y aceptado la muerte, eso era una terrible parodia de la misma.

— ¡No! —exclamó Brox, a la vez que se ponía en pie con rapidez, a pesar de que era consciente de que no tenía nada que hacer ante el arma de ese guardia vil ni ante el hechizo impío del Nathrezim.

Entonces, inesperadamente, el otro Nathrezim aulló. Ese chillido agonizante apenas había escapado de sus labios cuando estalló en unas llamas de color azul.

Los dos demonios se volvieron y Brox aprovechó la oportunidad. De inmediato, se abalanzó sobre el taumaturgo que aún quedaba en pie y elevó el hacha, cuya afilada hoja no solo le rebanó el gaznate al Nathrezim, sino que lo decapitó.

Noto el arma de su enemigo en un costado, la cual abrió un tajo al orco en el torso. Brox gruñó de dolor y, a continuación, se giró para encararse con su adversario. Su hacha chocó con la hoja del demonio que se hizo añicos. El guardia vil intentó retirarse, pero el orco acabó con él.

Jadeando intensamente, el veterano guerrero echó un vistazo a su alrededor, de los restos de otro árbol derribado, surgió Rhonin a lomos de su propio sable de la noche.

— Creía que conseguirías manejar la situación si eras capaz de despistarlos con una pequeña distracción. —el mago observó los cuerpos con atención. — Si crees que no debería haberme molestado, dímelo, por favor.

Brox resoplo y replicó.

— Un buen guerrero siempre agradece la ayuda de cualquier aliado humano, así que te doy las gracias.

— *Yo* debería dártelas, pues has dado con los que estaban alzando a los muertos. Era como revivir el horror de la Plaga una vez más.

Al pensar en esos cadáveres que caminaban arrastrando los pies, Brox volvió a escrutar la zona con gran celeridad, pero no vio nada.

— Puedes estar tranquilo, Brox. —le aseguró Rhonin. — En cuanto los Nathrezim perecieron, percibí que sus conjuros dejaban de tener efecto. Los muertos vuelven a descansar en paz

## El Alma Demoníaca

- Bien.
- Estás herido.

El orco profirió un gruñido evasivo.

- Me han herido muchas veces.

Rhonin le mostró una amplia sonrisa.

- Bueno, por ahora será mejor que montes. Jarod y los demás debería estar al otro lado de la puerta. Dudo mucho que el viejo capitán haya ido muy lejos sin nosotros. Como ya ha perdido a Krasus y Malfurion, no querrá volver a presentarse ante Cresta Cuervo con las manos vacías.

En muchas otras situaciones, Brox habría discutido y no habría aceptado que lo llevaran a lomos de aquella montura, ya que su pueblo consideraba que uno solo debía mostrar la mayor de las fortalezas ante los demás, puesto que cualquier otra cosa era una vergüenza. Aun así, le flaqueaban las piernas y decidió que un buen guerrero tampoco debía hacer correr riesgos innecesarios a aquellos que habían acudido en su ayuda. El orco se montó en el en el sable de la noche y dejó que Rhonin fuera quien llevara las riendas.

- Esto es solo el principio... —murmuró el humano. — Han comenzado a llevar a cabo experimentos con el fin de crear un ejército de no-muertos. Con casi toda seguridad, este no será el único lugar donde lo han estado intentando.

La densa niebla hacía que avanzaran lentamente. Brox que estaba escudriñando todo cuanto le rodeaba, vio el cadáver de un elfo de la noche; por su atuendo, se trataba uno de los habitantes de la ciudad. Al comprobar que yacía inmóvil, el orco sintió a la vez una sensación de alivio y desagrado.

— Entiendes lo que estoy diciendo, ¿verdad, Brox?

Sí, el orco lo comprendía perfectamente. Cualquiera que hubiera sobrevivido a la última guerra contra la Legión Ardiente y hubiera sufrido las espantosas consecuencias de la misma lo habría entendido. Todo el mundo en su época había oído cuando menos las historias terroríficas que se contaban sobre las Tierras de la Peste y de las espantosas hordas que vagaban por ellas. Y muchos habían visto cómo sus seres queridos se alzaban de entre los muertos e intentaban que los vivos engrosaran sus espeluznantes filas.

La Plaga asolaba el mundo, expandiendo el terror mientras intentaban convertirlo en una vasta Tierra de la Peste. Quel'Thalas prácticamente había desaparecido. Gran parte de Lordaeron también. Los no-muertos asolaban casi todos los reinos.

Sin embargo, aquí, en el ya muy lejano pasado, Brox y Rhonin se habían topado con los primeros experimentos que habían llevado a la creación de la Plaga... y ambos sabían también que, a pesar de esa pequeña victoria, no podían hacer nada para cambiar *esa* aterradora parte del futuro.



## CAPÍTULO QUINCE

**I**llidan oía esa voz constantemente en su mente, susurrando cosas que en un principio le habían resultado inconcebibles.

Sí, tenía celos de su hermano, pero el hechicero no se podía imaginar haciendo daño a Malfurion, puesto que eso habría sido como arrancarse el brazo izquierdo.

No obstante..., no podía evitar que tales pensamientos le resultaran un tanto *reconfortantes*, ya que aplacaban el pesar que sentía por haber perdido a Tyrande. En lo más hondo de su ser, Illidan todavía albergaba alguna leve esperanza de que la joven viera las cosas de un modo diferente, de que la sacerdotisa se diera cuenta de que él era muy superior a su hermano.



La nauseabunda niebla que se había extendido desde Zin-Azshari, no contribuyó precisamente a levantarle el ánimo. Mientras se acercaba a grandes zancadas hacia Cresta Cuervo, vio que el noble barbudo tampoco parecía demasiado satisfecho. A pesar de que habían reanudado la marcha, ahora no solo Malfurion y Krasus seguían desaparecidos, sino que Rhonin aún tenía que regresar de esa misión que tanto había insistido en llevar a cabo. Illidan estaba seguro que los elfos de la noche podrían sobrevivir sin los otros taumaturgos, pero al menos habría preferido que el humano regresara. Rhonin era el único capaz de enseñarle algo en el campo de la magia que él dominaba.

Iludan hincó una rodilla en tierra ante su señor y agachó la cabeza.

— Mi señor.

— Levántate hechicero. Te he llamado para que te prepares para partir junto a los demás.

— Pero el Maestro Rhonin.

— Ha regresado hace sólo unos minutos y me ha informado. Lo que me ha contado nos obliga a marchar de inmediato. Debemos aplastar los demonios y tomar la capital lo antes posible.

El hecho de que no hubiera sido capaz de percibir el regreso del mago sorprendió al joven elfo de la noche, quien, al ponerse en pie dijo:

— Estaremos listos para partir con nuestras monturas.

## El Alma Demoníaca

El hechicero se giró para marcharse, pero Cresta Cuervo hizo un gesto de negación con la cabeza.

— Esa no es la única razón por la que te he hecho llamar, muchacho. He de contarte lo que el mago ha descubierto y debes guardar el secreto.

Illidan se sintió henchido de orgullo.

— No se lo contaré a nadie, ni siquiera a la Guardia Lunar.

— No hasta que yo te diga que puedas hacerlo, muchacho. Escucha lo que el maestro Rhonin ha descubierto y asimíllalo bien... si puedes.

A continuación, el amo y señor del Bastión del Cuervo Negro le contó la terrible historia de lo que le había sucedido al grupo de Rhonin. En un primer momento, el hechicero prestó atención a ese relato con incredulidad y después con asombro. Sin embargo, no reaccionó con la misma repugnancia y espanto que lord Cresta Cuervo, sino que, por primera vez, Illidan *admiró* la audacia de los demonios.

— ¡No creía que eso fuera posible! —exclamó en cuanto el noble concluyó. — ¡Qué gran dominio deben de tener sobre sus hechizos!

— Sí —replicó Cresta Cuervo, sin percatarse de que, en realidad, eso había despertado en Illidan una fascinación morbosa. — Un dominio tenebroso y letal. Ahora nos enfrentamos a una amenaza aún mayor de lo que creíamos ¡No sé cómo se les ha podido ocurrir algo tan abominable, ni siquiera a ellos!

Illidan tenía una visión del asunto muy distinta. Los taumaturgos de los demonios no permitían que nada imitara su imaginación. Hacían cualquier cosa que sus habilidades les permitieran hacer para alcanzar de la mejor manera posible su objetivo. Si bien la meta no era admirable, los esfuerzos de los brujos si lo eran, sin duda alguna.

— Ojalá hubiéramos podido capturar a un eredar. —murmuró. El hechicero se imaginó conversando con ese demonio, aprendiendo de qué modo confeccionaba este sus hechizos y en que se diferenciaban los métodos de su enemigo de los suyos.

— ¿A un eredar? ¡No seas idiota, muchacho! ¡Quiero que acabes con ellos nada más verlos, sobre todo ahora! ¡Por cada brujo muerto, disminuye el riesgo de que se repita el horror al que se enfrentaron el maestro Rhonin y los demás!

El hermano de Malfurion rápidamente disimuló cualquier atisbo de la admiración que despertaban en él esos brujos y asintió con rapidez.

— ¡P-por supuesto, mi señor! ¡Esa sigue siendo una de nuestras grandes prioridades!

— Eso espero. Eso es todo, hechicero.

Illidan hizo una reverencia y, de inmediato, se retiró. Su mente era un torbellino de ideas generadas por lo que acababa de saber. ¡Eran capaces de alzar a los muertos! ¿Qué otra clase de proezas fantásticas serían capaces de obrar los eredar? Ni siquiera los dos magos habían dado jamás la más leve muestra

## El Alma Demoníaca

de poseer tales habilidades, ya que si no habrían estimado oportuno invocar a los caídos en el campo de batalla de ambos bandos ¡Para atacar con ellos a la Legión Ardiente!

Lord Cresta Cuervo estaba cometiendo un terrible error. ¿Qué mejor manera podía haber de derrotar al enemigo que conocer sus fortalezas para añadirlas luego a tu propio arsenal? Si se sumaban tales habilidades a las que él ya poseía, Illidan creía que prácticamente sería capaz de aplastar a esos demonios él solo.

Y seguramente, *entonces*, Tyrande sería capaz de apreciar que él era superior y la mejor elección.

— Si pudiera aprender de ellos... —susurró.

En cuanto pronunció esas palabras, Illidan echó un vistazo a su alrededor con suma ansiedad, pues estaba seguro que había alguien cerca que lo había oído. Sin embargo, el hechicero comprobó que en su entorno inmediato no había nadie; el soldado más cercano se hallaba a muchos metros de distancia.

Tras recuperar la calma, Illidan se alejó para reunirse con la Guardia lunar. Tenía mucho en que pensar. Muchísimo.

\*\*\*\*\*

La sombra se distanció de Illidan, quien le estaba ahora dando la espalda mientras se marchaba, y rodeó la tienda de lord Ojo Estrella. A pesar de poseer unas pezuñas, esa figura caminaba muy sigilosamente por el suelo tan duro. De algún modo, los

guardias que hacían la ronda fueron incapaces de verla, a pesar de que en ciertos momentos estuvo muy próxima a ellos. Únicamente aquellos que aquel ser decidía que podían verlo o escucharlo podían percibirlo.

Xavius sonrió malévolamente, pues estaba bastante satisfecho con lo que había logrado. El sátiro no solo había servido a su glorioso amo, sino que había puesto en marcha su propia venganza. Había dejado marcado al hermano del druida al instante, de tal modo que el proceso de corrupción se había iniciado. Las dudas, los deseos, ya estaban ahí, y sería el propio Illidan Tempestira quien avivaría las llamas de esos sentimientos negativos. Era una mera cuestión de tiempo.

El sátiro abandonó el campamento con sigilo y se dirigió hacia el lugar donde lo aguardaban los demás. Ni siquiera Archimonde conocía todo lo que tramaba Xavius, puesto que el antiguo elfo de la noche ya solo respondía ante Sargerass. Ni siquiera Archimonde ni Mannoroth ejercían alguna influencia sobre él.

Sí, pensó Xavius, si todo iba como había planeado, en cuanto Sargerass llegara a ese mundo, sería él quien se hallara a la derecha del señor demoniaco... y Archimonde y Mannoroth se verían obligados a arrodillarse ante él.

\*\*\*\*\*

Krasus se despertó por culpa del dolor, de un dolor que se había adueñado de todas las fibras de su ser. Incluso intentar respirar era toda una agonía.

## El Alma Demoníaca

— Calla, calla —le dijo alguien con una voz melodiosa y femenina. — Aún no estás en condiciones de poder levantarte.

Si bien intentó abrir los ojos, eso también resultó ser demasiado agotador.

— ¿Q-quién...?

— Duerme, duerme...

Esa voz era pura música, pero había algo en ella que le indicaba al mago que su poseedora era mucho más que una mera humana o una elfa de la noche.

Aunque Krasus intentó hacerle caso omiso. Las fuerzas lo abandonaron y se durmió. Sobre todo, soñó con volar. Volvía a ser un dragón, pero esta vez poseía el plumaje orgulloso de un gran pájaro. El mago no se detuvo a pensar en eso demasiado; simplemente, se dejó llevar por la emoción de hallarse en el aire una vez más.

Ese sueño siguió y siguió, cautivándolo en todo momento por lo cual, cuando alguien zarandeo a Krasus y lo arrancó de ese entorno onírico, estuvo a punto de lanzarle una maldición por molestarle.

— ¡Krasus! ¡Soy Malfurion! ¡Despierta!

El mago dragón recuperó la consciencia a regañadientes.

— Te... Te oigo, druida.

— ¡Loada sea Elune! Creía que ibas a dormir eternamente.

Ahora que estaba despierto, Krasus se dio cuenta de que, muy posiblemente, le había hecho un tremendo favor.

— Creía que se suponía que debía dormir... al menos, hasta que nuestra anfitriona regresara. —El delgado taumaturgo escruto todo cuanto le rodeaba. — Aunque tal vez aún siga durmiendo.

A pesar de que la habitación era espaciosa era una construcción tan extraña que Krasus tuvo que inspeccionarla. Estaba formada por muchas, muchísimas ramas, enredaderas y otra serie de elementos unidos con tierra y demás. La estancia poseía un techo redondo y la única entrada parecía ser un agujero que se hallaba a bastante distancia a su derecha. Miró hacia abajo y se percató de que su mismo lecho estaba hecho de un material similar, que era suave al tacto, gracias a un colchón de hojas frescas entrelazadas con gran maestría. Sobre una mesita tallada a partir de un tocón había un cuenco (hecha a partir de una nuez inconcebiblemente enorme) con agua, que supuso era para él.

El mago dragón bebió a sorbos mientras proseguía inspeccionando, Entornó los ojos al darse cuenta de que lo que había creído que era una pared interior era en realidad, un pasillo. La curvatura de la habitación, así como el modo en que se habían levantado esos muros, hacían que fuera prácticamente imposible ver ese corredor si uno estaba de pie en frente de él.

## El Alma Demoníaca

— Llega bastante lejos. —le explicó Malfurion. — He encontrado otra cámara mucho más grande y, después de esa, he dado con otras dos más. Luego he topado con más y más pasillos hasta que he decidido que sería mejor que regresara contigo.

— Una sabia decisión.

Krasus frunció el ceño. Gracias a su agudo oído, había escuchado un ruido procedente del exterior que al fin había sido capaz de identificar. Eran pájaros. Y no de una única especie; el mago pudo oír una decena de trinos distintos, cuando menos, algunos de los cuales eran extraordinariamente únicos.

— ¿Qué hay ahí fuera?

— Preferiría no responder a esa pregunta, maestro Krasus, ya que debería verlo con sus propios ojos

Como le picaba la curiosidad, la delgada figura se levantó y caminó hasta la abertura. Mientras se acercaba a ella, los trinos se tomaron más intensos, más variados. Era como si todas las clases existentes de pájaros hubieran anidado ahí fuera...

Krasus vaciló y volvió a escrutar esa estancia. A eso le recordaba precisamente ese entorno: A un enorme nido de pájaros.

Aunque ya sospechaba que sabía qué era lo que iba a ver, el mago dragón asomó la cabeza por la entrada.



*Efectivamente*, daba la impresión de que todas las especies existentes de pájaros habían construido su nido a su alrededor. Allí donde Krasus mirara, veía unas ramas gigantescas y alargadas repletas de follaje. En cada una de esas ramas, algún ave había construido su hogar. Con solo echar un rápido vistazo, divisó palomas, petirrojos, cardenales, sinsontes y muchos más. Había pájaros de climas templados y otros procedentes de entornos más exóticos. Había algunos que se alimentaban de bayas, otros que pescaban, incluso algunos que cazaban a otras aves; no obstante, esos últimos parecían contentarse con los conejos y lagartos que ahora mismo llevaban a sus crías.

Al alzar la vista, Krasus descubrió más nidos. Todos los pájaros del mundo parecían hallarse en el follaje de ese árbol increíblemente enorme, que rebosaba de aves.

También estaba invadido por esa asombrosa estructura compuesta de centenares de cámaras como la suya.

Al igual que la miríada de túneles que conforman una gigantesca colonia de hormigas, el "nido" se expandía por las ramas. El mago hizo una rápida estimación y concluyó que era lo bastante grande como para albergar a todo el ejército de los elfos de la noche (con sus monturas incluidas), así como a los refugiados, y aun así sobraría bastante sitio. A pesar de que poseía una apariencia externa débil, Krasus enseguida vio que aquel edificio era más resistente de lo que parecía. Cuando el viento mecía el follaje, el "nido" se balanceaba y ajustaba de la manera adecuada. El mago dragón palpó uno de los bordes de

la entrada y se percató de que era más sólida que las piedras de la fortaleza más inexpugnable.

Entonces... al fin, miró hacia abajo.

En su momento, Krasus habría considerado inconcebible que un dragón pudiera sentir vértigo. Sin embargo, en ese instante se hallaba tambaleándose en la entrada, pues era incapaz de asimilar lo que estaba viendo.

— ¡Maestro Krasus! —Malfurion lo apartó de la entrada de un modo violento. — ¡Has estado a punto de caerte! ¡Lo siento! ¡Debería haberte advertido de qué era lo que te ibas a encontrar!

Krasus resopló con fuerza, al mismo tiempo que recuperaba la normalidad. \_

— Estoy bien, amigo mío. Ya puedes soltarme, pues sé perfectamente qué esperar.

— La primera vez que miré, tuve que echarme hacia atrás de un modo violento —le contó el druida, — Ya que temía que el viento me expulsara para fuera.

Como ahora ya estaba mejor preparado, Krasus se aproximó de nuevo a la abertura. Se aferró a ambos lados y volvió a mirar para abajo.

El árbol se extendía hasta allá donde alcanzaba la vista, y las ramas brotaban por doquier. Como en todas partes, había pájaros posados o anidados en ellas. Aunque Krasus escrutó

todo con detenimiento siguió sin ser capaz de divisar la base del árbol. Unas nubes colosales pasaron de largo, lo cual indicaba bien a las claras lo alto que se hallaban.

El elfo de la noche se colocó a su lado.

— Tú tampoco puedes ver el suelo, ¿verdad?

— No, no puedo

— ¡Nunca había oído hablar de un árbol que fuera tan vasto, tan *enorme*, que nadie pudiera llegar a ver el suelo sobre el que se asientan sus raíces!

— Yo sí —replicó Krasus, quien sacó a la luz algunos recuerdos muy antiguos de entre las ruinas de su memoria. — Se trata de... de G'hanir. La Madre Árbol. El lugar al que pertenecen todas las criaturas aladas, que se encuentra separado del mundo mortal, pero a la vez forma parte de él, de un modo similar al Sueño Esmeralda. G'hanir es el árbol más alto situado en el pico más alto. Su fruta porta las semillas de todos los árboles terrenales. —Entonces, rebuscó aún más en sus recuerdos. — Es el hogar de nuestra anfitriona..., la semidiosa Aviana.

— ¿Aviana...?

— Sí. —En ese instante, una silueta blanca y veloz que volaba hacía ellos captó su atención. — Y creo, que ahora mismo, viene hacia aquí.

La figura alada creció rápidamente de tamaño al aproximarse y, finalmente, adoptó la forma de un descomunal halcón peregrino que era más grande que ellos dos. Krasus instó al druida a echarse atrás, para que dejara la entrada completamente despejada.

## El Alma Demoníaca

El gigantesco halcón la atravesó aleteando. Acto seguido, sufrió una transformación. Sus patas crecieron y se tornaron más gruesas. Las alas se le encogieron y se convirtieron en unas manos esbeltas cubiertas de plumas. La forma de su cuerpo cambió, de tal modo que recordó más al de una elfa de la noche o una humana, y la cola del ave se transformó en la cola de un vestido blanco de gasa.

Una mujer delgada, con los ojos muy abiertos y unas facciones casi humanas, contempló a ambos. Poseía una nariz muy afilada, pero muy elegante a la vez. Tenía un rostro pálido muy hermoso, del color del marfil, y su pelo era una maravillosa melena compuesta de suaves plumas. Mientras caminaba, con dos pies muy delicados pero provistos con unas garras afiladas, su vestido ondeaba.

— Estás despierto, despierto. —comentó con el ceño levemente fruncido. — Deberías descansar, descansar.

Krasus hizo una reverencia.

— Te agradezco tu hospitalidad, señora, pero ya estoy lo bastante recuperado como para proseguir mi camino.

Ella ladeó la cabeza, como lo habría hecho un pájaro, y lanzó una mirada de reprobación al mago.

— No, no..., es muy pronto, muy pronto. Por favor, siéntense.

Los dos recorrieron la estancia con la mirada y descubrieron que había un par de sillas, confeccionadas de la misma manera que el nido, justo detrás de ellos. Malfurion aguardó a que Krasus tomara una decisión, quien, finalmente, asintió y se sentó.

— Eres la Madre del Vuelo, la Dama de los Pájaros, ¿verdad?  
—preguntó el mago dragón.

— Sí, soy Aviana, si eso es que lo quieres decir. —Al instante escrutó a Krasus con esos ojos tan grandes. — Y creo que tú eres uno de los míos, de los míos.

— Sí, las emociones del cielo me resultan familiares, señora. Amo con toda mi alma a Alexstrasza...

— Aaah... —La semidiosa sonrió con un aire maternal. — Mi querida, mi querida Alexstrasza..., ha pasado tanto tiempo desde la última vez que hablamos. Deberíamos visitarla.

— Sí.

Aunque Krasus era consciente de que esos tiempos no eran los más adecuados para hacer ninguna visita a la dragona, prefirió no darle esa consternación. Sin lugar a dudas, Aviana sabía perfectamente que estaba sucediendo en el mundo y, a pesar del agradable semblante que mostraba, seguramente había estado deliberando con los demás semidioses y espíritus sobre cómo iban a enfrentarse a la Legión Ardiente.

La deidad del cielo contempló al elfo de la noche.

— Tú, tú, por otra ala, eres uno de los alumnos de Cena...

— Soy Malfurion.

## El Alma Demoníaca

Aviana gorjeó, como lo habría hecho un pájaro cantor.

— ¡Claro, claro que lo eres! Cenarius habla muy bien de ti, polluelo.

Al druida se le oscurecieron las mejillas.

Krasus ardía en deseos de formular una pregunta. Al final, no pudo contenerse y dijo:

— Señora..., ¿cómo hemos llegado aquí?

Por primera vez, la semidiosa pareció sorprendida.

— ¡Oh, tú decidiste venir aquí, por supuesto, por supuesto!

Lo último que Krasus podía recordar era que aquel gusano se les había echado encima justo cuando alcanzaron el portal. Miró a Malfurion en busca de alguna aclaración, pero resultaba obvio que el elfo de la noche sabía aún menos que él al respecto.

— ¿De verdad estás diciendo que fui yo quien decidió que viniéramos aquí?

Aviana alzó una mano de huesos delicados. Entonces, un pájaro cantor provisto de una larga cola atravesó volando la entrada y se posó en el dorso de la mano de la semidiosa, la cual arrulló a la diminuta criatura, que a su vez acarició la cabeza de la divinidad con su propia testa.

— Únicamente aquellos que verdaderamente desean venir aquí llegan a este lugar. Este pajarito los encontró a tu amigo y a ti tirados entre unas ramas, unas ramas. También había muchos trozos de carne desperdigados de un gusano muy grande y sabroso. Los polluelos podrán darse un festín durante un tiempo con él...

Daba la impresión de que a Malfurion se le acababan de revolver las tripas. El mago asintió. Cuando había perdido el conocimiento, el portal se había derrumbado y había partido al gigantesco gusano en dos.

Krasus ignoró la sensación de repugnancia que lo estaba invadiendo y contestó:

— Me temo que esta ha sido la única vez en que alguien ha llegado aquí por error, señora. No pretendía que acabáramos aquí. Lancé un hechizo que salió mal.

En la diminuta boca de la semidiosa cobró forma otra sonrisa.

— Así que no deseas volar de nuevo, de nuevo, ¿eh?

Krasus esbozó un gesto de contrariedad.

— Eso es lo único que deseo.

— Entonces, por eso, por eso, has acabado en este sitio.

El mago dragón caviló sobre lo que ella acababa de decir. Lo mucho que ansiaba ser lo que realmente era se había reflejado

## El Alma Demoníaca

de un modo evidente en la confección de sus hechizos y eso era lo que Aviana había percibido.

— Pero no puedes hacer nada por mí.

— Es tan triste, tan triste. —La semidiosa permitió que el pájaro cantor se fuera volando de ahí. — Aunque tal vez sí pueda, tal vez sí pueda..., si de verdad insistes en partir.

— Insisto.

— Muy bien, muy bien. —Entonces, del plumaje de la parte interior de su ala izquierda, Aviana se arrancó una pluma. La sostuvo alto y un brillo plateado la envolvió. La deidad del cielo le entregó la pluma a Krasus, quien aceptó ese regalo de un modo reverencial y, acto seguido, la examinó. Sin ningún género de dudas, la pluma de Aviana poseía un gran poder, pero ¿cómo iba a ayudarle a poder volar? — Póntela sobre el pecho.

Tras ciertos titubeos, Krasus abrió la parte superior de su túnica y le mostró el pecho. Oyó cómo Malfurion profería un grito ahogado e incluso Aviana lo miró fijamente con unos ojos desorbitados.

— Así que, así que, en efecto, eres uno de los míos.

Se había olvidado de la escama que ahí. Pertenece a su yo joven y, como se sentía tan cómodo con ella, se había olvidado totalmente. Caviló fugazmente sobre si habría podido utilizarla pero enseguida se dio cuenta de que, para cuando había llegado a esa zona, Neltharion había sellado el dominio de los dragones para todo el mundo; salvo para sus propios



centinelas, puesto que el Guardián de la Tierra no quería que nadie perturbara la confección de su encantamiento definitivo.

— A pesar de esto ¿crees que tu plan aún funcionará? — preguntó

— ¡Por supuesto, por supuesto! ¡Ahora estoy aún más segura, más segura!

Krasus se puso esa pluma sobre el pecho en una zona que no estuviera cubierta por esa escama de dragón y esperó.

Ese objeto tan suave se adhirió a su piel tanto como se había adherido la escama en su momento. Unos tentáculos sedosos brotaron de la pluma y, mientras Krasus observaba ese proceso, estos crecieron de un modo repentino. Se extendieron por todo su torso y serpentearon en todas direcciones.

Malfurion se quedó consternado, pero Krasus hizo un gesto de negación con la cabeza. Entendía lo que Aviana pretendía hacer y lo aceptaba con agrado. Al mago dragón el corazón le latía al doble de velocidad de lo normal y se sintió tentado a saltar ya por la entrada de ese nido.

— Aún no, aún no —le advirtió la semidiosa. — Cuando haya concluido su tarea, lo sabrás, lo sabrás.

Notó una sensación muy peculiar por toda la parte superior de la espalda, cerca de los omoplatos. Krasus percibió que algo se movía bajo su atuendo y oyó unos leves desgarrros.

## El Alma Demoníaca

— ¡Te está saliendo algo por la parte de atrás de la túnica! — exclamó el druida.

Antes de que de que pudieran estirarse, de que pudieran definirse, Krasus ya sabía lo que serían: Unas alas blancas, enormes y amplias, idénticas a las que Aviana había portado cuando era un pájaro. Unas plumas gruesas y blancas las cubrieron. De manera instintiva, Krasus flexionó las alas y descubrió que respondían con la misma eficacia que las suyas de verdad.

— Son tuyas para que puedas realizar este viaje, este viaje.

El mago dragón señaló a su compañero.

— ¿Y qué será de él?

— Él no nació para surcar el cielo, el cielo. Aunque puede aprender, sí, puede aprender. Pero eso llevaría mucho tiempo, mucho tiempo. Así que tendrás que llevártelo.

Krasus dudaba de que con su forma actual tuviera la fuerza necesaria para realizar un viaje tan largo y así lo dijo. No obstante, esa preocupación no pareció agobiar lo más mínimo a su anfitriona.

Esta vez, Aviana cogió una sola barba de otra pluma. Se la llevó a los labios y la lanzó hacia Malfurion con un delicado soplo. Aunque el druida parecía indeciso, se mantuvo firme mientras ese diminuto fragmento de pluma se acercaba a él.

Entonces le rozó el hombro y se quedó adherida ahí. Malfurion se estremeció una sola vez y, a continuación, sintió una extraña sensación, aunque muy satisfactoria, en las manos, las piernas y el cuerpo entero.

— Me siento...

Dio un salto y estuvo a punto de estamparse contra el techo. Al aterrizar, Malfurion sonrió de oreja a oreja. La deidad ave sonrió a ambos y, a renglón seguido, volvió a posar su mirada sobre Krasus.

— Ya no te parecerá una pesada carga, una pesada carga.

— Yo... —A Krasus se le hizo un nudo en la garganta. Hasta entonces, no había sido consciente de lo mucho que le había angustiado haber perdido su habilidad de volar entre las nubes. De uno de sus ojos brotó una lágrima mientras hincaba una rodilla en el suelo ante Aviana y decía: — Gracias.

— No hace falta, no hace falta que me las des. Le ordenó que se levantara y, a continuación, los guio a ambos hasta la entrada. — Márchense volando, volando. Vayan a esa rama tan alta y luego a la derecha, a la derecha. Atraviesen las nubes, las nubes y descendan. Y ya estarán de camino, de camino.

— La pluma. ¿Cómo te la...?

La semidiosa posó uno de sus dedos sobre los labios del mago.

— Calla, calla. Ella lo sabrá, lo sabrá. —Mientras Malfurion se arcaba a Krasus, Aviana adoptó un tono más solemne y añadió dirigiéndose al druida. — Tu *Shan'do* desea que sepas que está

## El Alma Demoníaca

contigo, contigo. No ignoramos el peligro, el peligro. Nuestra voluntad, nuestra voluntad es fuerte...

— Gracias eso me da esperanzas.

— Nos da a todos esperanzas. —apostilló Krasus. — Aunque ojalá pudiéramos hacer algo al respecto a los dragones.

Ella se mostró de acuerdo.

— Sí..., ni siquiera nosotros comprendemos qué sucede ahí, qué sucede ahí.

Los dos visitantes se miraron mutuamente y, entonces, Krasus dijo.

— Tienen un plan, pero hay una amenaza que...

De repente, fue como si la boca se le llenara de algodón. Tuvo la sensación de que la lengua se le retorció. Aviana aguardó a que dijera algo más, pero Krasus no pudo pronunciar palabra.

La semidiosa interpretó ese silencio como un mero titubeo y asintió de un modo respetuoso; a continuación, ordenó al mago dragón que cruzara ese agujero.

Al instante, Krasus la obedeció y, prácticamente, de un salto se halló en el cielo. Sus alas reaccionaron inmediatamente y lo elevaron. Por toda esa zona, los pájaros trinaron y cantaron al reconocer a otra criatura voladora.

Lo embargó tanto la emoción que se olvidó momentáneamente de Malfurión y su misión. Esa sensación de contar con sus

propias alas era tan espectacular que Krasus se dejó llevar; ascendió por entre las ramas y luego descendió en picado esquivándolas. Entonces recuperó el dominio de sí mismo.

Con cierto desasosiego, el mago por fin se posó sobre el lugar donde el druida y Aviana lo esperaban. El elfo de la noche se hallaba atónito y la semidiosa sonreía como una madre orgullosa. Le indicó a Malfurion que él también debía saltar y, tras mirar con cautela, el druida obedeció.

Krasus se aproximó al elfo de la noche, se colocó detrás de él y lo agarró de las axilas. Era como si no llevara nada.

— ¿Estás cómodo? —preguntó el mago a su compañero.  
— No lo estaré hasta que mis pies toquen el suelo. —masculló Malfurion. — Pero hasta entonces estaré bien, maestro Krasus.  
— Márchense, márchense. —les dijo Aviana a ambos. A renglón seguido, añadió, dirigiéndose a Krasus en particular. — Cuando llegue el final de tus días, polluelo, tu nido estará aquí listo, tu nido estará aquí listo.

Krasus palideció. Miró a su alrededor y contempló la infinidad de pájaros infinitamente distintos que había ahí; tantas especies convivían en ese lugar, a pesar de que eso debería ser imposible.

Y la razón por la que podían convivir ahí era... que no estaban vivos realmente. Esos eran sus espíritus, a los que la semidiosa había traído hasta allá arriba. En algún otro lugar de ese sitio, habría otras criaturas voladoras más grandes, tal vez se podría encontrar ahí al hipogrifo que había sido asesinado y... y, por

## El Alma Demoníaca

supuesto aquellos dragones cuyos días en el mundo de los vivos habían concluido.

— Váyanse, váyanse. —les dijo esa figura blanca con tono arrullador. — Pronto, pronto regresarás...

Esas palabras desarmaron a Krasus como nada lo había hecho antes, quien, tras tragar saliva, respondió:

— Sí, señora... Y gracias de nuevo.

Tras alzarse varios metros, Krasus dirigió su atenta mirada hacia la dirección en que la semidiosa le había dicho que volara. Agarró aún mejor al ansioso Malfurion y partió.

Mientras volaban, el elfo de la noche preguntó: ^

— ¿Qué quería decir con eso? ¿Qué pretendía insinuar con eso de que "pronto regresaréis"?

— Que todos debemos morir algún día Malfurion.

— Que todos... —El druida se estremeció al comprender al fin la verdad. — ¿Insinúas que... todo esto...?.

— Sí, todo.

Krasus no añadió nada más, pero la conversación había despertado su curiosidad, se atrevió a mirar hacia atrás, hacia el nido.

Al mago se le desorbitaron los ojos al percatarse de que únicamente había visto una pequeña parte de aquello. Por primera vez, Krasus contempló la estructura en toda su inmensidad. Se extendía por todas partes y en cada recodo

Richard A. Knaak

había una cámara enorme y redonda. El mago dragón observó con detenimiento el edificio entero y luego se centró en el colosal árbol que hacía que este pareciera enano en comparación. En lo más alto, divisó a unas criaturas aladas que no fue capaz de identificar.

Entonces mientras todavía se hallaba embelesado por esa visión..., se adentraron en las nubes.



## CAPÍTULO DIECISÉIS

**L**a hueste de los elfos de la noche se encontró con los demonios de nuevo un poco más allá de Suramar. La Legión Ardiente los retuvo ahí un breve espacio de tiempo y, a continuación, retrocedió hacia Zin-Azshari. A mitad de la noche siguiente, la batalla se recrudeció y, una vez más, ni avanzaron ni perdieron terreno. Los elfos de la noche y los demonios perecieron horriblemente, por culpa de las armas blancas o de las artes mágicas.

Como Cresta Cuervo estaba harto de que estuvieran continuamente en ese punto muerto, volvió a llamar a Rhonin e Illidan.



— ¡Al parecer, la magia va a ser el factor decisivo en esta lucha!  
—le dijo al humano en particular. — ¿No puedes hacer nada al respecto?

Rhonin caviló.

— Sí, tal vez pueda, pero necesitare que la Guardia Lunar coopere al máximo para poder llevarlo a cabo. Aunque también podemos ir a por lana y salir trasquilados.

— Dudo que puedas empeorar las cosas. ¿Y bien Illidan?

— Ansío poder ayudar al maestro Rhonin en cualquiera que sea el sortilegio que confeccione, mi señor. —contestó el gemelo de Malfurion, a la vez que hacía una reverencia al mago.

Rhonin se mantuvo impertérrito. Esperaba que Illidan mantuviera el control y no utilizara como base para alcanzar sus propios fines lo que el taumaturgo pelirrojo había planeado, ya que si lo hiciera, desataría el caos.

Y el caos los arrastraría a la derrota.

— Vamos a extraer toda la energía que podamos del Pozo. — le explicó Rhonin a Illidan, mientras se dirigían hacia la Guardia Lunar. — Quiero intentar algo que los magos de Dala..., que los magos de mi tierra natal se plantearon hacer, pero que no pudieron siquiera intentar, ya que todo se desmoronó

— ¿Tan complicado va a ser, maestro Rhonin?

— No, aunque ellos tuvieron que invertir varias semanas en prepararlo yo lo tengo aquí... —se dio varios golpecitos en la cabeza. — Todo lo que llegaron a realizar. Tal vez nos lleve unas cuantas horas, pero deberíamos tener éxito.

Illidan sonrió ampliamente.

— ¡Tengo mucha fe en ti, maestro Rhonin!

Una vez más, el humano se preguntó si el elfo de la noche sería capaz de cumplir las órdenes, si no intentaría transformar el conjuro en algo más acorde con su temeraria naturaleza. Cada vez era más frecuente que diera la sensación de que Illidan era incapaz de *no* ser el eje de cualquier encantamiento que se confeccionara. Su única meta en la vida era la hechicería y no parecía importarle demasiado que gran parte de su poder se basara en la energía que le proporcionaba la Guardia Lunar.

¡Por los dioses! —pensó Rhonin súbitamente. *Desde ese punto de vista, casi parece un demonio...*

Sin embargo, desde otro punto de vista, aquel elfo de la noche de la noche de ojos ambarinos era una amenaza en potencia mucho más terrible. Si el objetivo de Illidan fuera dominar..., ciertamente, estaría dando los primeros pasos por el sendero de la destrucción.

*Tendré que mantenerlo bajo control. Debo hacerlo ahora que Krasus no está.* Su única esperanza era que su antiguo mentor hubiera podido contactar con los dragones, ya que, de no ser así, Rhonin no sabía que podría llegar a ocurrir. En un principio no había previsto que tuviera que recurrir a un sortilegio tan peligroso, pero como ahora sabía que el ganador de esta guerra no estaba decidido de ningún modo, consideraba que no le quedaba otra salida.

Como no deseaba que los soldados se encontraran indefensos frente a la tenebrosa magia de los brujos. Rhonin había escogido a una decena de los mejores hechiceros de entre las filas de la hueste y había dejado que el resto siguiera combatiendo, puesto que únicamente los necesitaría cuando ya tuviera el encantamiento listo para ser lanzado. La Guardia Lunar lo amplificaría, lo extendería hasta donde él necesitara que llegara.

Pero para eso, Rhonin debía cumplir primero su parte.

— Illidan... necesito que me hagas de guía. —le dijo el mago cuando todo lo demás ya estaba preparado. — Necesito que me lleves hasta el propio pozo.

— ¡Sí, maestro Rhonin!

El ansioso elfo de la noche se colocó junto a él mientras se preparaban a expandir sus conciencias hasta la fuente de todo el poder mágico de los elfos de la noche. Hasta ese momento, Rhonin solo había accedido al poder del Pozo de un modo muy superficial. Al contrario que el pueblo de Illidan, el mago no dependía de él directamente, lo cual le otorgaba una clara ventaja. Tanto Illidan como unos pocos elfos de la noche más habían aprendido gracias al humano a obrar como él en ese aspecto, pero no en el mismo grado. Ahora, sin embargo, Rhonin necesitaba extraer toda la energía posible, para poder tener la garantía de que obtendría los resultados que deseaba.

En la lejanía, sonó un cuerno. Lord Cresta Cuervo estaba preparándolo todo para el gran conjuro... o el gran fracaso de Rhonin.

## El Alma Demoníaca

Los dos taumaturgos, que se hallaban de pie el uno al lado del otro, expandieron sus mentes y las entrelazaron. Rhonin percibió la naturaleza salvaje de Illidan e intentó mantenerla bajo control. Sin duda, el fervor del elfo de la noche era una amenaza para la estabilidad del hechizo.

Con su mente, Illidan hizo avanzar al mago. A través de su ojo interno, Rhonin observó cómo el paisaje pasaba a gran velocidad, mientras su compañero y él intentaban entrar en contacto con el Pozo. Recorrieron unas hileras infinitas de demonios, seguidas de kilómetros y kilómetros de tierras devastadas, en un mero segundo. Pronto la ciudad en ruinas de Zin-Azshari se alzó ante ellos y, al instante ocupó todo su campo de visión. Al instante siguiente, solo vieron el gran palacio de la reina Azshara... y, por último, las aguas negras del Pozo de la Eternidad dieron la bienvenida al humano.

Su poder lo dejó atónito, Rhonin siempre había dado por sentado que había percibido con exactitud el poder del Pozo cuando extraía energía de esa parte de él que impregnaba todo Kalimdor. Ahora era consciente de que estado equivocado, de que el Pozo era una fuente de energía tan pura que, si pudiera dominar su poder por entero, intuía que podría llegar a ser un dios.

Un *dios*.

Todo con lo que Rhonin había soñado desde que había dado sus primeros pasos en el camino de la magia parecía ahora tan sencillo. Con un mero parpadeo, podría levantar ciudades

enteras o destrozarlas. Podría invocar el poder de la tierra y, a continuación, utilizarlo para que cayera con toda su furia sobre cualquiera que se opusiera a él. Podría...

Rhonin tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para liberarse del yugo de esas ambiciones siniestras. De improviso, lo dominó la ansiedad al ser consciente del verdadero estado del Pozo. A pesar de que lo había sabido desde el principio, se había negado a reconocer su maldad.

Había sido contaminado por la misma malignidad que había corrompido a los demonios. Aunque estuviera hecho de magia pura, a su manera era tan capaz de corromper como lo era Sargerias.

No obstante, ya era demasiado tarde para dar la vuelta. Rhonin tenía que sumergirse en el Pozo esta vez para no tocarlo de nuevo de esa manera. Ahora incluso extraer energías como lo había hecho en el pasado le repugnaba, además era consciente de que tener que entregarse a él completamente significaba que tendría que entregarle toda su magia... y Rhonin sabía que su alma era demasiado débil como para hacer algo así jamás. Como se percató que la impaciencia y curiosidad de Illidan iban en aumento, el mago rápidamente extrajo el poder que necesitaba de esas profundidades oscuras. A pesar de que sintió la terrible tentación de dejar que engullera por entero su mente, logró alejarse de esas aguas malditas haciendo un gran esfuerzo.

En unos instantes, sus mentes tanto la del elfo de la noche como la suya, habían regresado a sus respectivos cuerpos. El vínculo con el Pozo seguía siendo tan fuerte como siempre.

## El Alma Demoníaca

Rhonin se preparó para lanzar el conjuro, pues sabía que cuanto antes lo hiciera, cuanto antes se librarse de esa sensación tan nauseabunda que sentía en su alma.

*Ya empieza,* le dijo a Illidan.

Al instante, percibió cómo el gemelo de Malfurion preparaba a la Guardia Lunar para la tarea. La energía que les proporcionaría el mago sería lanzada contra el enemigo, con su intensidad multiplicada por cien.

Con suma facilidad, Rhonin construyó esa matriz de conjuros en la que sus maestros de Dalaran habían estado trabajando cuando murieron. Dio brevemente las gracias a esas almas que habían partido al otro mundo, sin tener en cuenta el hecho de que ninguno de esos magos nacería hasta varios siglos después. Entonces, en cuanto Rhonin se sintió satisfecho y creyó que la matriz permanecería estable..., lanzó el hechizo.

Illidan y los demás se estremecieron mentalmente al sentir cómo el conjuro reverberaba por sus organismos. Hay que reconocer que el joven hechicero impidió que esos otros taumaturgos mucho más curtidos flaquearan. Esa misma ambición a la que tanto había temido Rhonin, ahora era un elemento clave para lograr que su plan llegara a buen puerto.

De esta manera, atacaron las líneas de los demonios.

Una oleada de magia estruendosa, capaz de hacer estallar los tímpanos, golpeó a la Legión Ardiente sin rozar siquiera a los soldados que batallaban frenéticamente contra ellos. Esos

demonios descomunales chillaron y soltaron sus armas al intentar taparse los oídos. Esas vibraciones les hicieron añicos las entrañas y les destrozaron la mente. Mientras esa ola avanzaba velozmente sobre sus fuerzas, los demonios caían como si fueran barridos por una suerte de escoba gigante.

Por todo el frente, fueron cayendo y pereciendo. Los soldados se quedaron paralizados; conmocionados ante esa matanza que acababan de contemplar.

— Ahora Cresta Cuervo. —susurró Rhonin. — Ahora.

Los cuernos sonaron, instándoles a avanzar con rapidez.

Los elfos de la noche gritaron. Montados en sus panteras, los jinetes lideraron la carga. Atravesaron el campo de batalla, en busca del enemigo..., pero solo hallaron muertos por delante de ellos. La ola de sonido proseguía su raudo avance, dejando a su paso un rastro de muerte, con la rapidez y violencia de una guadaña. Ningún demonio que se interpuso en su camino sobrevivió. Cientos perecieron.

Súbitamente, Rhonin sintió que su cuerpo le traicionaba. Se tambaleó, se sintió como si la cabeza le fuera a estallar, como les estaba ocurriendo a los demonios.

El mago cayó.

— Te tengo, maestro Rhonin...

## El Alma Demoníaca

Illidan lo ayudó a tumbarse en el suelo. El elfo de la noche tenía un aspecto estupendo. De hecho, era el único. El resto de los guardias lunares que habían participado en el gran hechizo parecían hallarse en un estado tan terrible como el del mago. La mayoría de ellos estaban sentados o incluso tirados en el suelo, sin que les importara que los soldados siguieran avanzando entre ellos.

— ¿Lo has visto? ¿Has visto lo que hemos hecho? —preguntó un entusiasmado Illidan. — ¡Esto lo demuestra! ¡No hay ningún poder comparable al Pozo! —entonces miro a algo o alguien a quien Rhonin no podía ver. — ¡El pozo es la clave hermano! ¿Lo ves? ¡Nada puede compararse a él!

Siguió gritando a Malfurion que no se hallaba ahí presente. Rhonin, que intentaba recuperar fuerzas como fuera, solo podía mirar. El ansia de poder de Illidan, los celos que tenía a su hermano era tan evidentes que, prácticamente, bordeaban el odio hacia el druida.

El conjuro de Rhonin había provocado que los demonios huyeran, tal vez incluso hubieran conseguido que cambiara el curso de la guerra para siempre..., pero mientras contemplaba la intensa expresión de Illidan y pensaba en lo poco que había faltado para que él mismo se dejara seducir por ese tentador Pozo, el mago se preguntó si acababa de crear una amenaza aún más terrible para la raza de los elfos de la noche.

\*\*\*\*\*



Un Korialstrasz al que se le agotaba la paciencia rumeaba sus pensamientos. Habían ordenado a todos los dragones esperaran a que los Aspectos dieran la señal. Cuando se produjera, todos los vuelos despegarían al unísono, como si fueran una sola mente, una sola alma. El plan consistía en descender sobre los demonios con un ejército aterrador, al mismo tiempo que el Alma de Dragón arrasaba las líneas demoniacas antes de que los leviatanes siquiera las tocaran.

Un plan sencillo y factible. Un plan perfecto.

Un plan en el que Korialstrasz, por razones que ni siquiera podía explicarse a sí mismo, desconfiaba.

No obstante, el dragón rojo era leal a su reina, su pareja, así que no hizo nada al respecto. Alexstrasza confiaba en la creación de Neltharion. Aún más, confiaba en el propio Guardián de la Tierra. Fueran cuales fuesen las dudas que albergaba Korialstrasz, tendría que guardárselas para sí mismo.

— Siempre estás pensando, mi amor. Siempre estás preocupado.

Sorprendido, el dragón alzó la cabeza, al mismo tiempo que la gigantesca hembra entraba en su guarida.

— Alexstrasza —dijo con una voz potente. — Deberías estar con los demás Aspectos...

— Ya me he excusado por mi momentánea ausencia, lo cual no ha agradado a Neltharion, pero no tendrá más remedio que aceptarlo.

Korialstrasz agachó la cabeza para rendirle pleitesía.

— ¿En qué puedo servirte, mi reina?

Los ojos de esta relucieron con el brillo de la indecisión. Entonces, con una voz muy baja, para nada propia de un dragón, respondió:

— Necesito que me desobedezcas.

Su consorte se quedó perplejo

— ¿Mi amor?

Se supone que todos, salvo los centinelas que cada uno de nosotros apostamos, debemos quedarnos aquí, en el más vasto sistema de cavernas que existe, hasta el momento del ataque. Deseo que ignores mis instrucciones anteriores y te marches.

Estaba anonado. Sin ninguna duda, los demás Aspectos no debían saber nada de su marcha.

— ¿Y adonde?

— No lo sé con exactitud, pero espero que seas capaz de percibir adónde tienes que ir en cuanto te halles al otro lado de la barrera. Quiero que encuentres a Krasus.

*Krasus.* El misterioso mago también había ocupado gran parte de los pensamientos de Korialstrasz. Era muy probable que Krasus supiera cosas que podrían aclarar esas cuestiones que tanto inquietaban al consorte.

— Aún debería estar con los elfos de la noche...

— No..., estuvo cerca de nosotros hace muy poco tiempo. Ysera me contó que un elfo de la noche llamado Malfurion se presentó ante ella como su mensajero. Sin embargo, como ella desconfiaba de él, lo obligó a esperar hasta que llegara el momento adecuado.

— ¿Y?

— Cuando Ysera fue a buscar de nuevo a Malfurion, comprobó que se había esfumado. Me habló de todo esto mientras Neltharion y Malygos deliberaban sobre los hechizos que conformaban el Alma de Dragón.

— Pero ¿por qué querría venir Krasus aquí?

La ansiedad que dominaba al macho rojo se intensificó. Las tierras de los elfos de la noche se encontraban a bastante distancia y el viaje era muy largo para alguien que no pudiera volar varios kilómetros en solo unos cuantos minutos.

— Eso es lo que quiero saber.

— Hare todo lo posible para dar con él, pero quizá sea más difícil de lo que imaginas

La reina resopló. Cerró los ojos para pensar un momento y, acto seguido, asintió.

— Sí, ya es hora de que lo sepas.

— ¿El qué?

— Mi amor, sientes una gran afinidad con Krasus. Prácticamente, podrías considerarlo como un hermano de camada ¿verdad?

## El Alma Demoníaca

Eso era algo que no se había planteado, pero ahora que Alexstrasza lo había expresado con esas palabras, Korialstrasz se dio cuenta de que sí, Krasus ocupaba un lugar en su corazón, reservado a quienes tenía en alta estima. Y eso no tenía nada que ver con las escamas que habían compartido para superar la sensación de debilidad que tanto incapacitaba a ambos; había algo en esa misteriosa figura que hacía que el consorte confiara en él tanto como confiaba en su gloriosa pareja.

A veces, incluso más.

Con solo ver su semblante, Alexstrasza adivinó lo que estaba pensando.

— Amor mío, tienes que saber que la razón por la que te sientes tan unido a Krasus es que él y tú son el mismo y único ser.

El dragón rojo parpadeó. Seguramente, había oído mal. Seguramente, Alexstrasza quería decir otra cosa.

Sin embargo, la dragona movió de lado a lado su colosal cabeza y afirmó:

— Tú eres Krasus, Korialstrasz. Eres tú, pero más viejo, más experimentado, más sabio. Eres tú, pero dentro de infinidad de siglos

— Eso es imposible... —De repente, se le ocurrió una explicación. — ¿No será esto un truco de Nozdormu? Las razones que justifican su ausencia son muy dudosas...

— Sí, Nozdormu juega un papel en todo esto, pero no sé cuál exactamente. Simplemente, debes comprender que Krasus está aquí porque debe estarlo.

— Entonces, la victoria final en esta guerra está asegurada. El Alma de Dragón nos ayudará a triunfar sobre los demonios. Me he preocupado en vano.

— No, tus pensamientos están justificadas. No sabemos nada sobre cómo acabará la guerra. Krasus teme que Nozdormu lo haya enviado a este lugar porque la línea temporal ha sido alterada. Hubo un momento en que tuve que plantearme la posibilidad de eliminarlos, tanto a él como a su compañero, para poder preservar las líneas temporales, pero pronto quedó claro que el asunto se nos había ido de las manos.

Korialstrasz la contemplaba perplejo y con los ojos desorbitados.

— ¿Me abrías...asesinado?

— Sí a petición tuya mi amor.

Caviló al respecto y comprendió su razonamiento.

— Perdóname, sí mi reina. Iré a buscarlo.

— Gracias. El viaje hasta nuestra época lo dejo con importantes lagunas mentales; tal vez porque ya existía aquí siendo tú. Aun así, posee una gran inteligencia en muchos sentidos y, si hay algo sobre lo que necesitara hablar de manera urgente, entonces nuestro deber es encontrarlo.

— Partiré de inmediato.

Alexstrasza agachó la cabeza en señal de gratitud.

## El Alma Demoníaca

—Tendré que actuar como si fueras a hacer esto por voluntad propia, Korialstrasz.

— Por supuesto. No te fallaré, mi reina.

Ella lo miró con una gran ternura y, acto seguido, abandonó la guarida. El dragón esperó lo suficiente como para que ella se alejara bastante y, a continuación, también se marchó. Para su alivio, no le resultó nada difícil dejar la montaña, ya que a mayoría de los dragones se encontraban sentados serenamente, a la espera de la orden de echar a volar. El resto eran dragones como él o Tyran: consortes con un puesto de liderazgo que tenían que estar cerca de los Aspectos por si los necesitaban.

No obstante, esquivar a los centinelas apostados más allá de la montaña, resultó ser un poco más complicado. El primero (que pertenecía a su propio) lo consiguió sortear porque lo conocía muy bien y sabía cuáles eran sus defectos y virtudes. Horakastrasz era un macho joven con unos ojos de lince, que tenía cierta tendencia a distraerse. Cuando Korialstrasz llegó hasta donde se encontraba, el aburrido guardián estaba lanzando con la cola unas piedras grandes al aire, para, a continuación, observar cómo caían en picado hasta un suelo situado muy, pero que muy abajo. Justo cuando golpeaba una de ellas, Korialstrasz pasó volando por encima, de él, a una altura suficiente como para que el otro dragón rojo no percibiera las ligeras variaciones que provocaba en las corrientes de aire al desplazarse.

De un modo u otro, logro esquivar la vigilancia de los demás sin ser descubierto. En cuanto se halló volando hacia la barrera Korialstrasz se preparó para el impacto. Chocó contra ese muro invisible de cabeza y se sintió como si estuviera atravesando una masa de melaza. El dragón batió las alas con el mayor brío posible y salió violentamente por el otro lado, surcando varios kilómetros antes de recuperar el control sobre sí mismo de la manera adecuada.

Korialstrasz se posó en una montaña achaparrada y, al instante, se imaginó a Krasus. Para asegurarse, acarició con una garra la escama que su yo del futuro le había dado. Ahora todo tenía mucho más sentido; hasta entonces, se había preguntado por qué ese intercambio de escamas había ayudado tanto a ambos, y la respuesta era sencilla: al hacerlo, las dos mitades de su ser se habían unido. Aunque Korialstrasz todavía sentía dolor y cansancio, esas sensaciones no eran tan abrumadoras como lo habían sido antes del intercambio.

Se concentró al máximo en dar con Krasus y se valió para ello de ese vínculo que solo dos seres que son uno solo únicamente pueden compartir. El dragón dudaba de que su otra mitad siguiera por ahí cerca, ya que si hubiera sido él (y, en este caso, realmente lo era) habría seguido buscando alguna otra manera de poder entrar. No, Korialstrasz no se habría ocultado. Por lo tanto, las circunstancias habrían obligado a Krasus a marcharse de ese lugar.

El dragón rojo intentó no pensar en qué podía haber obligado a su yo del futuro a abandonar la zona de la barrera y expandió su conciencia. Únicamente un dragón, gracias a su férrea

## El Alma Demoníaca

voluntad, podría ser capaz de localizar ahora a Korialstrasz, quien podría estar en cualquier lugar. Su mente se extendió por infinidad de tierras en busca de ese ser que era él.

Sin embargo, se le agotó pronto la paciencia ya que no se percibía a sí mismo en ninguna parte, a pesar que debería haber sido una tarea relativamente sencilla. ¿Acaso Krasus había sufrido un funesto destino? El mero hecho de pensarlo provocó que un escalofrío recorriera a Korialstrasz, pues ninguna criatura ansía conocer su destino final.

Pero entonces, como si hubiera renacido de un modo abrupto, el dragón percibió una presencia familiar. Aunque no podía precisar con exactitud su ubicación, al menos sabía en qué dirección debería volar.

Inmediatamente, Korialstrasz se elevó en el aire y batió las alas de la manera más enérgica posible. Cuanto antes localizara a su otro yo, antes podía volver a sentirse seguro una vez más.

Estaba centrado totalmente en Krasus. Todo cuanto le rodeaba se volvió difuso. Impulsado por esas alas colosales, recorrió kilómetros y kilómetros raudo y veloz, pero aun así, tenía la sensación de que iba demasiado lento.

Estaba tan ensimismado con su objetivo que Korialstrasz no fue consciente de que estaba siendo atacado hasta que unas garras le arañaron la espalda.



Sobresaltado, profirió un rugido y giró en el aire, para pillar por sorpresa a su atacante. El monstruoso semblante de un dragón negro fue lo único que alcanzó a ver.

— ¡Detente! —gritó el macho rojo. — Por la gloria de los Aspectos, exijo que...

En respuesta, el otro dragón abrió la boca.

De improviso, Korialstrasz dejó de aletear y, de inmediato, se desplomó cuán grande era como una piedra. Eso fue lo único que lo salvo de una terrible descarga de llama de arrabio. Esa fuente de calor abrasador pasó rozándole la cabeza a gran velocidad, lo que provocó que las lágrimas le anegaran los ojos.

Korialstrasz notó un tremendo dolor allá donde ese otro dragón le había desgarrado la carne al atravesarle las escamas. Aunque él era un poco más grande que el dragón negro, la debilidad que afligía a Korialstrasz equilibraba mucho la batalla.

— ¡Déjame en paz! —le espetó, intentando apelar a la razón.  
— ¡No hay ninguna necesidad que peleemos!  
— ¡No interferirás! —replicó con los ojos como platos el dragón negro, el cual seguramente estaba loco.

Si bien el consorte de Alexstrasza no tenía ni idea que quería decir su adversario con esas palabras, eso aumentó sus temores, pues temía que algo le hubiera sucedido a Krasus.

El coloso de ébano cayó sobre Korialstrasz, obligándolo, a su vez, a descender aún más. El dragón rojo dejó que esto

## El Alma Demoníaca

ocurriera, ya que su intención era girar en el último momento para alejarse de su enemigo.

Pero mientras se acercaban a las cimas de las montañas, se dio cuenta de que se la habían jugado.

El adversario de Korialstrasz lo soltó de repente. Nada más al soltarlo, otro dragón negro saltó desde detrás de un pico cercano. Colisionó con el dragón rojo, de tal modo que ambos giraron por el aire descontroladamente. La escarpada tierra se fue acercando con gran celeridad hacia ambos.

— ¡Vas a matarnos a los dos! —exclamó Korialstrasz.

— ¡Por la gloria de mi amo!

Una ráfaga de viento empujó hacia atrás las alas del dragón negro. Solo entonces, el consorte de Alexstrasza se percató de que esa criatura estaba destrozada. Aquel dragón no podía volar como era debido; pretendía sacrificarse y matar a su enemigo al lanzarlo al vacío.

Sin embargo, Korialstrasz no tenía ninguna intención de perecer de ese modo. Batió las alas con fuerza e hizo lo que su congénere era incapaz de hacer: usar esos apéndices coriáceos para dirigir la caída. De repente, el dragón rojo fue el que se halló encima del siniestro dragón negro y no al revés.

El gigante herido rugió e intentó que ambos giraran de nuevo. En la lejanía, alguien chilló a modo de respuesta, ese grito advirtió a Korialstrasz de que su otro enemigo se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo.

El dragón rojo encogió las cuatro patas sin dejar de sujetar a su rival y calculó los segundos que quedaban. Observó cómo ese duro paisaje se acercaba y centró su atención en particular en esas colinas afiladas y bajas que se hallaban entre las montañas.

En cuanto el dragón negro y él las alcanzaron, Korialstrasz estiró las patas, empujando a su adversario hacia abajo, al mismo tiempo que aleteaba con fuerza para elevarse a pesar de su considerable peso.

Lanzando un alarido de dolor que reverberó por toda la región, el dragón negro herido se estrelló contra el suelo. Con los huesos quebrados, se agitó brevemente como una hoja bajo la brisa. A su alrededor se formó un charco de sangre.

Un último suspiro brotó de los labios del leviatán caído... y, a renglón seguido, la cabeza se le cayó hacia un lado y la lengua se le asomó inerte por la boca.

Mientras Korialstrasz hacía todo lo posible para evitar compartir el destino de ese dragón muerto, segundo atacante estuvo a punto de alcanzarlo. Una vez más, unas garras le arañaron la espalda al dragón rojo, lo que provocó que chillara. La tensión de la batalla estaba pasándole factura a Korialstrasz. Cada vez respiraba con más dificultad y debía hacer un mayor esfuerzo para mantenerse en el aire. Ni Alexstrasza ni él mismo esperaban que el vuelo de Neltharion los traicionara de este modo.

## El Alma Demoníaca

— ¡Debes morir! —bramó salvajemente el dragón negro, como si por el mero hecho de decirle esto a su presa, esta fuera a cumplir sus deseos.

Aunque el dragón rojo logró esquivar de nuevo esas garras mortíferas, su enemigo volvió a la carga con suma violencia. Ese otro coloso no solo era rápido, sino que actuaba impulsado por un deseo demencial de agradar al Guardián de la Tierra. Al igual que el primer dragón negro, parecía estar dispuesto a sacrificarse si así servía a la causa.

Pero ¿qué causa era esta? ¿Por qué les enfurecía tanto que un dragón no se hallara con el resto? ¿Por qué eso había asustado tanto a Neltharion como para ordenar a esos dos que lo mataran y murieran por él?

Fuera cual fuese la razón, Korialstrasz no pudo preocuparse por eso, puesto que una terrible columna de fuego de arrabio lo alcanzó de lleno en el pecho. De inmediato giró de un modo demencial y fue incapaz de concentrarse.

Unas garras se le clavaron en el pecho. El aliento fétido del dragón negro estuvo a punto de provocarle arcadas 16010 fétido del dragón

— ¡Te tengo! —rugió esa criatura demente. El gigante oscuro inhaló para lanzar otra descarga, una con la que, seguramente mataría a su oponente al encontrarse a tan poca distancia.

Presa de la desesperación, Korialstrasz estiró la cabeza hacia adelante. Sus enormes mandíbulas se clavaron ferozmente en

el cuello del dragón negro y lo apretaron con tal fuerza que le bloquearon las vías respiratorias.

Su rival tembló violentamente, ya que esa descarga que pretendía lanzar no podía encontrar una salida. Arañó frenéticamente a Korialstrasz, al que dejó varias marcas en la cara y el cuerpo.

El dragón negro explotó literalmente.

Korialstrasz le soltó el cuello y rugió al sentir una tremenda agonía, puesto que de ese cadáver destrozado surgió una lluvia de icor abrasador que lo quemó. Esa fue la gota que colmó el vaso. Totalmente agotado, cayó hacia el suelo junto a su adversario muerto.

Mientras perdía el conocimiento, el dragón rojo solo pudo hacer una cosa: preguntarse cómo su muerte afectaría a su yo del futuro.



## CAPÍTULO DIECISIETE

**A**rchimonde observó cómo sus legiones se retiraban ante el empuje del conjuro y de los elfos de la noche. Observó cómo las armaduras de color verde floresta del enemigo invadían ese paisaje ante él. El comandante demoníaco podía percibir la sensación de triunfo que irradiaban, podía oír los rugidos que lanzaban ante la inminente victoria.

*Estas criaturas son tan fáciles de engañar, pensó. Creen que ahora van a ganar.*

Acto seguido, el gigantesco demonio se volvió y, lenta y confiadamente, siguió mirando a su esbirros que huían.

\*\*\*\*\*

— ¡Annggh!

Malfurion se sobresaltó al oír gritar a Krasus. Un instante después notó que al mago le costaba sujetarlo. Al mirar hacia abajo el druida comprobó que se hallaban demasiado alto como para que pudiera caer sano y salvo, aunque contara con esa pluma mágica.

Malfurion se aferró a los brazos de Krasus de la mejor manera posible y gritó:

— ¿Qué sucede?

— No lo... ¡Me siento como si me hubieran arrancado el corazón del pecho! Debo... ¡Debo aterrizar rápidamente!

El elfo de la noche escrutó la zona con suma celeridad. Ahí abajo había bosques y praderas, aunque, afortunadamente, más de las últimas que de las primeras, divisó un área que parecía más blanda que el resto y señaló hacia ella.

— ¿Crees que podrás llegar hasta ahí?

— ¡Lo... in-ten-ta-ré!

Sin embargo, como Krasus volaba de un modo caótico, el lugar que había escogido Malfurion acabó desapareciendo a la derecha. En vez de hacia ahí se dirigieron hacia una arboleda que tal vez pudieran detener la caída, pero donde probablemente también se romperían el cuello y el cráneo.

Krasus gruñó con fuerza y logró que ambos se elevaran en el aire un poco más. Los árboles quedaron atrás y, de nuevo, una

## El Alma Demoníaca

llanura abierta los recibió con los brazos abiertos. Iniciaron el descenso, lentamente al principio y luego demasiado rápido a juicio del druida.

— Creo que será mejor que te prepares si quieres salvarte, Malf...

De improviso, el mago lo soltó.

Unos segundos muy valiosos transcurrieron antes de que Malfurion fuera consciente de lo que podía hacer. Expandió su mente hacia la hierba de allá abajo...

Esa zona del campo creció con suma rapidez y se tomó más espesa. La hierba estaba tan apretada que conformaba una suerte de colchón. Cuando el elfo de la noche cayó sobre ella, cedió levemente y, al instante recuperó su forma original. Aunque le crujieron todos los huesos de su cuerpo, Malfurion sobrevivió a la caída intacto.

Se palmeó el hombro y descubrió que el regalo de Aviana ya no se encontraba ahí. Aún así el druida dio gracias por haber sido capaz de reaccionar rápidamente para evitar el desastre.

Krasus seguía aleteando a varios metros de distancia, moviéndose como un halcón al que un arquero hubiera acertado mortalmente. Malfurion no pudo reaccionar con la suficiente rapidez como para poder ayudar al mago dragón, quien finalmente se cayó violentamente sobre la alta hierba situada más allá.



En el mismo instante en que Krasus se estrelló, sus alas se disiparon como el polvo en el viento. Esa figura renqueante cayó de bruces y desapareció de la vista del druida.

— ¡Maestro Krasus! ¡Krasus!

El elfo de la noche se puso en pie raudo y veloz y se abrió paso como pudo por ese campo hasta llegar a ese lugar donde había visto por última vez a su compañero.

Sin embargo, ahí no había ni rastro de su compañero. Malfurion observó detenidamente la hierba, pues estaba seguro de que ese era el sitio correcto.

Entonces, a cierta distancia al sur, oyó un breve gemido. El druida apartó a un lado la hierba para ir a la fuente de ese ruido.

Unos instantes después, contempló con pavor la figura inerte Krasus.

Se arrodilló junto al mago y lo examinó con cuidado en busca de alguna herida externa. Como no halló ninguna, Malfurion le dio la vuelta lentamente. Mientras hacía esto, se dio cuenta de que algo se caía del cuerpo de su compañero.

Era la pluma de Krasus. Parecía marchita y se había vuelto marrón. El druida la tocó con un solo dedo y profirió un grito ahogado al ver que la pluma se deshacía, se desvanecía entre la tierra y la hierba.

## El Alma Demoníaca

A Krasus se le escapó otro gemido. Malfurion lo acomodó para que yaciera tumbado sobre su espalda de un modo perfecto y lo examinó en busca de huesos fracturados. Sin embargo, a pesar de que su caída había sido mucho más violenta, Krasus parecía estar ileso. Por lo visto, el único mal que lo afligía era el mismo, fuera cual fuese, que lo había afligido mientras volaba.

Esa pálida figura parpadeó y abrió los ojos.

— Estoy... Estoy harto de... despertarme en t-tal estado...

— Ten cuidado, Krasus. Aún no deberías moverte.

— Pronto dejaré de moverme... Malfurion, creo... creo que me estoy muriendo.

— ¿Qué quieres decir? ¿Cómo es eso posible? ¿Qué te ha ocurrido?

— A mí, nada... a otro. Estoy unido a Korialstrasz y... él a mí. Creo. Creo que ha sido atacado. Está moribundo y..., si se muere ya no habrá ninguna esperanza para mí.

Malfurion echó una ojeada a Krasus una vez más, a la vez que intentaba pensar en algo que pudiera hacer para ayudar.

— Ninguna

— Tal vez si pudieras..., curarlo..., pero está muy lejos de aquí y..., como es un dragón..., sería muy d-difícil. Me..., tal vez si pudieras

Se quedó callado. Malfurion pensó con celeridad, pero no se le ocurrió nada. Aunque pudiera aplicar todos los conocimientos que le había enseñado Cenarius, no podía hacer nada, ya que

la verdadera víctima se encontraba a infinidad de kilómetros de distancia.

Entonces, vio la escama, realidad la atisbó entre la túnica arrugada del mago.

— Krasus. Este fragmento...

— E-es algo que antes creía que podría... salvamos. El me dio un poquito de él... y yo, un p-poquito de mí. Y así fue: funcionó por un tiempo.

— Esta escama es suya —se dijo a sí mismo Malfurion. — *Suya*.

Era un plan audaz, un plan imposible..., pero era el único que tenía. Recorrió esa escama con un dedo y se maravilló ante su textura al mismo tiempo que percibía su poder. El plan del druida se inspiraba en diversos aspectos de lo que había aprendido, en materias que Cenarius nunca había combinado. Aun así..., seguramente, ciertos principios básicos podrían aplicarse.

— Quizá tenga una idea, Krasus.

Pero el mago no respondió; una vez más tenía los ojos cerrados. En el primer momento el elfo de la noche temió hubiera fallecido. Sólo cuando se inclinó hacia él y pudo escuchar la respiración débil pero regular de Krasus, la tensión dejó de dominar a Malfurion de un modo tan absoluto.

No obstante, no podía vacilar ya más. A Krasus únicamente le quedaban unos minutos de vida.

## El Alma Demoníaca

El druida colocó ambas manos sobre la escama y abrió su mente al entorno. La hierba, que ya conocía, respondió a su llamada. El viento le alborotó el pelo y la tierra se estremeció al despertarse, pues ese ruego había picado su curiosidad.

Pero antes de que pudiera pedirles algo, también tenía que comprobar si podía establecer realmente un vínculo con el dragón, con Korialstrasz. Con los ojos cerrados, el druida dejó que su propia esencia fluyera hacia el interior de la escama en busca del nexo que la había unido a su portador original.

En un principio, reinó la confusión, ya que como como Krasus, Korialstrasz estaban tan unidos, estuvo a punto de confundir a uno con el otro. Al final, Malfurion se dio cuenta de su error y centró sus pensamientos en el dragón rojo, con la esperanza de que al menos un leve vínculo todavía existiera entre la escama y Korialstrasz.

Para su sorpresa, esa parte resultó bastante fácil. De inmediato, sus sentidos lo arrastraron a gran velocidad a través de muchos kilómetros de tierra, hasta una región montañosa más inhóspita. Tanto el paisaje como el viaje le recordaron a su intento de contactar con los dragones escondidos tras la barrera, solo que esta vez no había viajado tan lejos, ni, por fortuna, había tenido que caminar por el Sueño Esmeralda.

Entonces, Malfurion se vio asaltado por una horrible sensación de pérdida. Estuvo a punto de perder el sentido. El elfo de la noche se armó de valor, a pesar de que temía que accidentalmente pudiera estar compartiendo la transición a la muerte de Krasus y Korialstrasz. Sus percepciones se

estabilizaron y, entonces, descubrió que ahora estaba sintiendo las emociones que experimentaba el dragón moribundo.

Ahí había tenido lugar una batalla, una terrible batalla. Malfurion creyó en un principio que la Legión Ardiente lo había atacado, pero entonces supo, gracias a los recuerdos fragmentados del dragón rojo, que sus adversarios habían sido otros dragones..., unos de color negro.

En este instante, Malfurion se acordó de esa siniestra pareja que había perseguido tanto a Krasus como a él y supuso que sabía quiénes eran esas bestias que lo habían atacado. Dedujo que estaban muertos, lo cual hizo que se maravillara ante el hecho que Korialstrasz hubiera logrado sobrevivir hasta entonces. En verdad ese dragón había sido una criatura poderosa y magnífica...

¡No! Estaba pensando como si Korialstrasz ya estuviera muerto. Y con esa actitud, estaba condenando no solo al dragón, sino a Krasus también. Si esperaba salvarlos, Malfurion tenía que dejar de sumirse en tales reflexiones.

Una de las primeras grandes lecciones que Cenarius le había enseñado era cómo curar y diagnosticar a las criaturas de la floresta. En el pasado, Malfurion había salvado la vida a zorros, conejos, pájaros y demás. Ahora podía aplicar esos conocimientos, pero debía potenciar sus efectos curativos.

O eso esperaba el druida.

## El Alma Demoníaca

Malfurion invocó al entorno. Necesitaba que se sacrificara, ya que solo la vida puede dar vida. La tierra, la flora, poseían la capacidad de regenerarse, de un modo que ningún animal podía hacerlo. El elfo de la noche sabía que pedía demasiado; sin embargo, ahora su objetivo era salvar a un *dragón*. Si su ruego era rechazado, no podría echárselo en cara.

Malfurion contactó con la hierba, los árboles, con cualquier cosa que pudiera ayudar e intentó hacerles comprender por qué era tan importante salvar a Korialstrasz (y a su vez a Krasus). En lo más recóndito de su mente, notó que la vida del dragón se apagaba. Apenas quedaba tiempo para actuar.

Entonces, para su alivio, el druida sintió que la tierra respondía a su ruego, fuerza vital fluyó a través de él, embargando de júbilo al elfo de la noche, de tal modo que estuvo a punto de olvidar para qué propósito había solicitado esa energía. Tras recuperar el dominio de sí mismo, posó la yema de los dedos sobre la escama y, a continuación, dejó que la energía manara a través de ella.

Krasus se estremeció una sola vez y se calmó a renglón seguido. A través del vínculo que los unía, Malfurion percibió que la fuerza vital fluía a raudales por dentro del cuerpo del dragón. Al elfo de la noche se le desbocó el corazón y el sudor le perló el rostro mientras hacía un gran esfuerzo para que el vínculo no se rompiera.

A pesar que la energía manaba a borbotones, Malfurion no notó ningún cambio en Korialstrasz. El dragón se hallaba a las puertas de la muerte. El druida apretó los dientes y extrajo más

y más fuerza vital, que redirigió hacia el gigante herido con la mayor rapidez posible.

Al final percibió un leve cambio. El alma de Korialstrasz se alejó del abismo. El tenue hilo que le unía a la vida se hizo más fuerte.

— Por favor... —imploró el agobiado elfo la noche con voz entrecortada. — Más...

Y llegó más. La tierra que le rodeaba le dio todo cuanto pues era perfectamente consciente de que esa situación desesperada no solo afectaba a dos enfermos, sino a muchos otros seres más.

De manera lenta, tremendamente lenta, la batalla se decantó a favor de la vida. Korialstrasz fue recuperando fuerzas. El druida sintió que la chispa de la conciencia del leviatán volvía a prenderse y supo que el dragón se maravilló ante aquel milagro.

Krasus volvió a temblar. El viejo mago gimió y abrió los ojos muy despacio.

En ese instante, Malfurion supo al fin que ya había hecho bastante. El elfo de la noche apartó los dedos de la escama, se inclinó hacia atrás y resopló, aliviado.

Fue entonces cuando vio que la hierba se había vuelto negra a varios metros a la redonda.

## El Alma Demoníaca

A esas plantas se las había despojado de toda su esencia vital. Malfurion echó un vistazo a su alrededor y comprobó que ese campo estaba seco y negro hasta donde le alcanzaba la vista. En la lejanía divisó un par de árboles sin hojas.

Al druida lo recorrió un escalofrío, pues temía que hubiera hecho algo irreparable. Pero entonces percibió el fluir de la vida bajo la tierra. Las raíces de esa hierba seguían vivas y, con la ayuda de la tierra, pronto crecerían hasta ser unas briznas altas y robustas. Los árboles también habían sobrevivido y, si se les daba la oportunidad, de ellos brotarían unas nuevas hojas sanas.

El elfo de la noche suspiró con alivio. Durante unos repletos de desesperación, había llegado a pensar que no segundos era mejor que la Legión Ardiente.

— ¿Qué...? ¿Qué has hecho? —logró preguntar Krasus.

— Tenía que salvarte, así que he hecho lo único que se me ha ocurrido.

El mago negó con la cabeza al mismo tiempo que se incorporaba.

— No me refería a eso con mi pregunta, Malfurion..., ¿acaso tienes más leve idea de lo que acabas de lograr? ¿Comprendes el tremendo esfuerzo que esto ha entrañado?

— Era necesario obrar así. —le explicó Malfurion. — Lamento haber tenido que exigirle tan to a la tierra, pero estaba dispuesta a darlo todo.



En ese instante, Krasus se percató de que la hierba había ennegrecido. Entornó los ojos al escrutar ese campo, que era una prueba del tremendo milagro que había llevado a cabo el elfo de la noche.

— Malfurion, esto es imposible.

— Me he basado en las enseñanzas de mi *shan'do*. Simplemente, las he amoldado a las circunstancias.

— Y has logrado un resultado que no debería estar a tu alcance... ni al alcance de prácticamente ningún taumaturgo.

—Con cierta dificultad, el mago dragón se levantó. Frunció el ceño al descubrir hasta dónde se extendía realmente esa hierba ennegrecida. —Asombroso.

Como todavía no comprendía qué era lo que tanto desasosegaba a Krasus del conjuro que había realizado, Malfurion preguntó:

— ¿Puedes percibir a Korialstrasz? ¿Se encuentra bien?

Krasus se concentró.

— El vínculo se está debilitando hasta tener la intensidad que tenía antes de que lanzaras ese sortilegio, pero por el momento, todavía puedo percibirlo. Está... bien... pero la confusión reina en su mente. Recuerda parcialmente la batalla y que, supuestamente, tenía que encontrarme, pero tiene lagunas en su memoria. —Esto por alguna razón, provocó que Krasus se riera entre dientes, lo cual no era nada habitual en él. — Ahora él y yo nos parecemos más que nunca. En verdad, el destino se mofa de mí.

## El Alma Demoníaca

— ¿Quieres que lo esperemos?

— Sí, pero no por la razón por la que sospecho que quería encontrarme. Como lo conozco muy bien. Creo que probablemente quisiera llevarme ante Alexstrasza, pero el tiempo se ha agotado. Tengo terrible sensación de que debemos regresar con la hueste ya. Puedes considerarlo una corazonada o tal vez que estoy curtido en estas lides. De cualquier forma, en cuanto Korialstrasz aparezca por aquí, volveremos para allá.

Al instante, Malfurion pensó en Tyrande... y, después, con cierta tardanza, en su hermano.

— ¿Cuánto tiempo tardará en llegar?

— Es un dragón... y, además, ahora tiene una salud de hierro.

— contestó Krasus con una fugaz sonrisa de satisfacción. — Así que, si le conozco bien, no tardará mucho...

\*\*\*\*\*

Tyrande se había convertido en un miembro muy especial de las Hermanas de Elune, puesto que era la única que tenía dos sombras; la segunda incluso tenía nombre.

Se llamaba Shandris Plumaluna.

Allá donde fuera la sacerdotisa, la huérfana la seguía. Shandris observaba todo lo que hacía su salvadora con los ojos de alguien que quería desesperadamente aprender. Cuando Tyrande rezaba por un elfo de la noche herido o lesionado, la

joven repetía esas palabras, al mismo tiempo que intentaba imitar sus gestos.

Tyrande tenía sentimientos encontrados respecto a Shandris. Como no tenía padres, la muchacha no tenía a quién recurrir. Si bien era cierto que no era la única que se hallaba en una situación tan apurada, había algo en esa huérfana que le llamaba la atención. El gran interés que mostraba por las labores de Tyrande parecía indicar que podría llegar a ser una novicia; además, el templo siempre recibía con los brazos abiertos a nuevas hermanas. No podía dejarla con los refugiados y olvidarse de ella, sin más. La sacerdotisa tenía que seguir con ella, si no, no podría vivir con el cargo de conciencia de haberla abandonado.

Por desgracia, no se hallaban en una situación en la que una joven bisoña y sin experiencia en combate pudiera estar a salvo. La hermandad seguía luchando en el frente y los grupos se iban relevando siguiendo las instrucciones de la suma sacerdotisa. Tyrande no quería que Shandris acabara hallándose cerca de esos demonios, quienes no sentían ningún remordimiento a la hora de despedazar a una inocente. Sin embargo, Shandris ya le había dado un susto de muerte cuando había seguido sigilosamente a las hermanas que habían partido a advertir a Malfurion y Krasus. La sacerdotisa había descubierto lo que había hecho demasiado tarde, cuando a la huérfana se le había escapado un comentario acerca de ese hecho que únicamente podría haber realizado alguien que hubiera sido testigo de él.

## El Alma Demoníaca

— ¡Ya basta! —le ordenó Tyrande. — ¡Por favor, mantente en la retaguardia cuando vayamos a batallar! ¡No puedo combatir y preocuparte por ti a la vez!

Alicaída Shandris asintió, pero Tyrande dudaba de que esa discusión hubiera acabado ahí. Lo único que podía hacer era rezar a Elune para que la joven obrara de manera sensata.

Mientras cavilaba sobre ese dilema, Tyrande se dio cuenta de que una de las hermanas que se encargaba de un grupo cercano se aproximaba hacia ella. Esa otra sacerdotisa, que era más alta y mayor que ella, mostraba una expresión sumamente meditabunda cuando alcanzó a Tyrande.

— ¡Saludos, hermana Marinda! ¿De qué quieres hablar con esta humilde sierva?

— Saludos, hermana Tyrande —replicó Marinda de un modo taciturno. — Vengo de parte de la suma sacerdotisa.

— ¿Oh? ¿Acaso tiene alguna noticia que damos?

— Sí, que está... está muerta, hermana.

Tyrande sintió como si los mismos cimientos de su mundo se hubieran venido abajo, la venerable madre del templo había... ¿muerto? Había crecido observando y escuchando a esa mujer, como casi todos los demás devotos. Por ella, Tyrande había decidido ingresar en la orden como novicia.

— ¿Cómo?

Las lágrimas recorrieron las mejillas de Marinda.

Durante el avance hacia Suramar, un demonio le clavó una lanza en el estómago, pero insistió en que únicamente sus ayudantes lo supieran y que no se contara nada a las demás. Aunque podría haber sobrevivido a esa herida, ya que poseía unos grandes poderes de curación, una bestia vil la atacó. Al parecer, ya estaba moribunda cuando los demás mataron a esa criatura. La llevaron a su tienda, donde ha permanecido... hasta que ha fallecido hace una hora.

— ¡Qué horror!

Tyrande se arrodilló y rezó a la Madre Luna. Marinda se unió a ella y, sin que nadie la instara a hacerlo, Shandris la imitó.

En cuanto las dos sacerdotisas acabaron de despedirse de su superiora, Marinda se puso en pie.

— Pero eso no es todo, hermana.

— ¿¿Cómo?! ¿Qué más debes contarme?

— Antes de morir, ha nombrado a una sucesora.

Tyrande asintió. Era lo lógico. Por supuesto, la nueva sacerdotisa había enviado inmediatamente a unas mensajeras como Marinda a informar de su nombramiento.

— ¿De quién se trata? —inquirió, puesto que había varias candidatas dignas de ser su sucesora.

— Te ha nombrado a ti, Tyrande.

La joven sacerdotisa no se podía creer lo que estaba oyendo.

## El Alma Demoníaca

— Me ha... ¡Por la Madre Luna! ¡Te mofas de mí!

Shandris chilló y aplaudió. Tyrande se giró y la miró con severidad. La huérfana se calló, pero sus ojos brillaron con orgullo.

Marinda no parecía estar bromeando de ningún modo y eso hizo que el miedo se adueñara de Tyrande. ¿Cómo podía ser que ella, que acababa de ser nombrada sacerdotisa, asumiera el mando de *toda la hermandad...* y, además en tiempos de guerra?

— Perdóname por decir esto, hermana Marinda, pero la suma sacerdotisa debía... ¡debía de tener sus facultades mentales alteradas por culpa de las heridas! En serio, ¿cómo si no ha podido elegirme?

— Su juicio no estaba nublado, hermana. Deberías entender su decisión; además, ya había planteado la posibilidad de que fueras la elegida antes de que sucediera esto. Todas las hermanas de más edad han comprendido y aceptado que debías ser tú...y nadie ha discutido esa decisión.

— Pero eso es... ¡eso es imposible! ¿Cómo voy a liderarlos *yo*? ¿Cómo voy a sucederla yo, que tengo tan poca experiencia? ¡Hay muchas más que conocen el templo mucho mejor!

— Pero ninguna está tan en armonía con la misma Elune. Todas lo hemos visto, todas hemos sentido. Ya corren rumores sobre ti entre los refugiados y los soldados. Dicen que obras milagros. Que curas a que otros no habían podido sanar de ningún modo...

Esos rumores no han llegado a oídos de Tyrande.

— ¿Qué quieres decir?

La hermana Marinda se lo explicó. Todas las sacerdotisas empleaban parte de su periodo de descanso haciendo de todo menos descansar, ya que, como había tanta gente que necesitaba atención, todas las hermanas pensaban que tenían la *obligación* de ayudar en todo lo posible. Pero una cosa era querer ayudar y otra muy distinta ser capaz de curar a tantos, a tantísimos pacientes, cuya sanación estaba más allá de sus capacidades.

Tyrande, sin embargo, había dejado a su paso una estela de curaciones asombrosas. Todo aquel al que había intentado sanar se había recuperado. Sin darse cuenta, Tyrande incluso había curado a varios pacientes a los que otras hermanas habían sido incapaces de curar. Por si eso no hubiera sido ya bastante sorprendente para el resto de sacerdotisas, la joven había seguido ayudando a otros sin descanso.

— Ni siquiera deberías haber sido capaz de mantenerte en pie y, aun así, también has participado en la batalla, hermana Tyrande.

La joven sacerdotisa dijo que únicamente había cumplido con su deber y no había hecho nada extraordinario. Ella rezaba a Elune y Elune le respondía. Tyrande se sentía decida y proseguía con su labor, con la esperanza de poder curar a alguien más.

Sin embargo, según las demás, había hecho mucho, mucho más.

## El Alma Demoníaca

— Esto... esto no puede ser.

— Puede y lo es. Debes aceptarla. —Marinda respiró hondo. — Ya sabes que en condiciones normales, se celebraría una larga y compleja ceremonia, a la que se invitaría a tantos devotos como fuera posible.

Tyrande, que se hallaba sumida en sus pensamientos, replicó distraída:

— Sí...

— Obviamente, haremos todo lo posible para preparar algo. Si me das tu premissa, retiraré a las demás hermanas de la batalla y haré que...

— ¿Qué? —Además de todo lo demás, pretendían hacer *eso*... ¿por *ella*? Tyrande recobró la compostura y exclamó. — ¡No! ¡No lo permitiré!

— Hermana...

Valiéndose de la autoridad que le confería ese nuevo cargo que ostentaba sin haberlo deseado, le lanzó una mirada a Marinda que dio por zanjada esa discusión y, entonces, añadió:

— Me da la impresión de que no me queda más remedio que aceptar este nombramiento, ¡pero no podré hacerlo si eso significa montar una ceremonia que nos distraiga del verdadero peligro! Seré la suma sacerdotisa... al menos hasta que la guerra acabe..., pero seguiré vistiendo estos ropajes...

— Pero los ropajes del cargo...

— ¡Seguiré vistiendo como visto ahora y *no* se celebrará ninguna ceremonia! No podemos permitirnos el lujo de correr



ese riesgo y poner en peligro a nuestra gente. Que vean cómo seguimos curando y luchando en nombre de la Madre Luna. ¿Entendido?

— Yo... —Marinda se arrodilló e inclinó la cabeza hacia adelante. — Yo la obedeceré, señora.

— ¡Levántate! ¡Tampoco quiero gestos como ese! ¡Todas somos hermanas, somos *iguales* en lo más hondo de nuestro corazón! ¡Todas rendimos pleitesía a Elune! Pero no quiero que nadie me rinda pleitesía a mí.

— Como desees.

No obstante, la hermana de mayor edad no se levantó, sino que, de hecho, pareció esperar a que Tyrande hiciera algo más. Tras un momento de cierta contusión, la joven por fin se dio cuenta de a qué estaba aguardando.

Haciendo un gran esfuerzo para que no le temblara la mano, Tyrande extendió el brazo y colocó una mano sobre la coronilla de Marinda.

— En el nombre de la Madre Luna, la gran Elune que vela por todos nosotros, yo te bendigo.

Entonces, oyó cómo la otra sacerdotisa suspiraba aliviada. Marinda se puso en pie, con una expresión similar a la que habían mostrado las demás hermanas (Tyrande también) cuando se hallaban en presencia de su venerable superiora.

— Transmitiré a las demás cuál es tu voluntad. ¿Me das tu permiso?

— Sí..., gracias.

Mientras Marinda se marchaba, Tyrande estuvo a punto de desmayarse. ¡Eso no podía estar pasando! En cierto modo estaba viviendo una pesadilla casi tan terrible como la de enfrentarse a la Legión ardiente. ¡Ella era ahora la líder de la orden! En verdad, Kalimdor se enfrentaba a su destrucción.

— ¡Es maravilloso! —exclamó Shandris, aplaudiendo de nuevo. A continuación, corrió hacia Tyrande y poco faltó para que la abrazara; sin embargo, en el último instante, adoptó un gesto muy serio. Tal y como había hecho Marinda, la huérfana se arrodilló ante la nueva suma sacerdotisa y aguardó a recibir su bendición.

Ese gesto desarmó a Tyrande, que se la dio. La expresión de Shandris pasó a ser de asombro.

— ¡Te seguiré el resto de mi vida, mi señora!

— No me llames así. Sigo siendo Tyrande.

— Sí, mi señora.

Tras lanzar un suspiro exasperado, la nueva líder del templo meditó sobre que debía de hacer a continuación. Con casi toda seguridad, debía de haber una infinidad de detalles y rituales de los que la suma sacerdotisa tenía que ocuparse. Tyrande recordaba que su predecesora era la voz cantante en alguno que otro canto litúrgico. Asimismo en el templo se celebraba una ceremonia religiosa cada noche, para celebrar que la luna se había alzado y solicitar el favor de los dioses. Por otro lado, los nobles dirigentes siempre tenían que celebrar alguna

ceremonia para conmemorar diversos aniversarios y otros acontecimientos...

Desalentada, contempló su futuro y se sintió atrapada, no honrada.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por un gemido repentino que surgió de entre los refugiados. Tyrande supo enseguida qué significaba ese lamento, ya que lo había oído muy a menudo. Alguien estaba sufriendo una terrible agonía.

Las ceremonias podían esperar. Los rituales podían esperar. Tyrande se había unido a la orden por una razón sobre todas las demás: para ayudar a otros con los dones que le había concedido Elune.

Tras averiguar de dónde procedía el gemido, la nueva suma sacerdotisa prosiguió con su labor.



## CAPÍTULO DIECIOCHO

**L**a reina había decidido salir a cabalgar, y cuando a Azshara se le metía una cosa en la cabeza, ni siquiera todos los demonios, del mundo podían convencerla de lo contrario..., lo cual quería decir que al capitán Varo'then no le quedaba más remedio que seguirla.

Había pasado bastante tiempo desde la última vez que la reina había abandonado los confines del palacio. Azshara y su séquito de doncellas, que se encontraban rodeadas por unos escoltas descomunales que iban a pie y por una unidad adicional de las fuerzas de élite del capitán, cabalgaban serenamente mientras cruzaban las puertas para salir de Zin-Azshari.

De las *ruinas* de Zin-Azshari.

Era la primera vez desde que la ciudad había sido destruida que la soberana de los elfos de la noche la veía tan de cerca. Con unos ojos cautivadores, observó detenidamente esos domicilios destruidos esas calles repletas de escombros y algún que otro cadáver ocasional que seguía intacto debido a que no había suficientes carroñeros. Azshara frunció los labios y, de vez en cuando, fruncía también la nariz al oler algo que le desagradaba.

Varo'then contempló con furia el mundo exterior. No quería que nada perturbara a la reina. Si hubiera podido pasar por la espada a toda esa destrucción como a un enemigo, el oficial lo habría hecho.

Una bestia vil surgió de detrás de una torre derruida, con algo en sus mandíbulas salvajes. Masticó de forma ruidosa mientras la columna de la reina pasaba por ahí y, acto seguido, volvió a esconderse con suma rapidez.

Cabalgaron hasta cierta distancia, sin que Azshara hablara ni una sola vez y sin que nadie más se atreviera a hacerlo. Su propia Guardia Vil se mantenía cerca de ella, a pesar de que no había ninguna amenaza, ya que los demonios eran ahora tan leales a la reina como cualquiera de sus soldados. Si les hubiera ordenado atacar a sus congéneres probablemente la habrían obedecido sin titubear. No obstante, Azshara nunca habría hecho algo así, por supuesto, puesto que había alguien a quien no quería contrariar y ese alguien era Sargeris, el Señor de la Legión Ardiente.

## El Alma Demoníaca

— ¿Crees que será pronto, mi estimado capitán? —inquino la reina.

Esa pregunta dejó perplejo al oficial.

— ¿Perdón, Luz de Luces? —Me refiero a su llegada. *Su* llegada.

Varo'then asintió al instante.

— ¡Oh, sí, mi reina, será muy pronto! Mannoroth asevera que, cada noche que pasa, el portal es más sólido.

— Realmente, debe de ser un dios entre dioses para que el portal tenga que ser tan poderoso solo para permitirle entrar.

— Seguro que sí, mi reina.

— Debe de ser... *glorioso*.

Azshara pronunció esa última palabra con un tono que, normalmente reservaba para hablar sobre sí misma.

El elfo de la noche de la cicatriz asintió de nuevo e intentó disimular su envidia, pues nadie podía competir con un dios.

La misma niebla verde que cubría ahora gran parte de Kalimdor continuaba envolviendo la ciudad. En opinión de Azshara, dotaba de una maravillosa aura de misterio a su capital, al mismo tiempo que impedía que viera muchas cosas que podrían resultarle ofensivas, pues poseía una sensibilidad muy delicada. Cuando el mundo fuera reconstruido, pediría a Sargerass que quitara esa neblina; no obstante hasta entonces, le resultaba conveniente que siguiera cumpliendo su función.

En cuanto llegaron a lo que antaño había sido una plaza abierta, Azshara echó un vistazo a su alrededor. Tiró de las riendas de su sable de la noche para que se detuviera y después le dio palmaditas en la cabeza para calmarlo. Al igual que todo lo demás que había en el palacio, hasta los animales se hallaban bajo el influjo de Sargerias. Los enormes felinos de aquel grupo poseían unos ojos furiosos de color carmesí y habrían sido capaces de atacar a cualquiera de congéneres que no formara parte de los establos reales, habrían desgarrado y mordido salvajemente a sus enemigos hasta convertirlos en una pulpa sangrienta.

— El capitán y yo seguiremos solos unos minutos.

Esa decisión no pareció agradar ni a los elfos de la noche ni a los demonios..., aunque sí a Varo'then, por supuesto. Miró hacia atrás, a sus hombres, y vociferó:

— ¡Es una orden de la reina!

Como no podía desobedecer a su soberana, el séquito se mantuvo donde estaba mientras los dos se alejaban lentamente.

Azshara no habló hasta hallarse a una distancia a la que no pudieran escucharla. Entonces, sonrió a Varo'then y le dijo:

— ¿Va todo bien?

— ¿El qué?

La reina clavó la mirada en el horizonte.

## El Alma Demoníaca

— La purificación de mi reino. Creía que, a estas alturas, ya se habría completado.

— Archimonde se cerciorará de que eso se lleve a cabo mi reina.

— ¡Pero me gustaría que eso estuviera hecho *antes* de que Sargerás venga! ¿Acaso no sería eso un regalo impresionante para mi... prometido?

Varo'then tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder contenerse. Tras tragarse su orgullo y sus celos, logró responder:

— Sí, sería un regalo impresionante. Todo eso se llevará a cabo.

— Entonces, ¿por qué se está demorando tanto?

— Hay muchas cosas a tener en cuenta. La logística, las circunstancias...

La reina se inclinó hacia él, alegrándole así la vista a ese veterano combatiente, quien pudo deleitarse su seductora silueta.

— Mi estimado y querido Varo'then! ¿Acaso yo podría llegar a parecer un soldado y musculoso como tú por mucho que uno usara su imaginación?

Al capitán se le oscurecieron las mejillas.

— ¡No! ¡No, Visión de la perfección!

— Entonces, por favor..., no utilices esos términos militares. Simplemente, preferiría que lo mostraras.



Azshara alzó una mano con la palma hacia arriba; en ella apareció una pequeña esfera de cristal del tamaño de un guisante. Sin embargo mientras Varo'then la contemplaba, fue creciendo hasta tales dimensiones de una fruta de buen tamaño, relucía como recordaba que la luna llena lo había hecho antaño.

— ¿Quieres hacer los honores, mi querido capitán?

El soldado de la cara marcada cogió el globo y se concentró. Si bien no dominaba el arte de la magia con la misma destreza que un hechicero Altonato, sí sabía manejarse bien con ella. El orbe reaccionó de inmediato ante él y transformó sus pensamientos en visiones.

— Me has preguntado por qué todo se está demorando tanto, ¿verdad mi reina? Pues yo diría que estas son algunas de las razones.

De su memoria, rescató primero la imagen de una criatura de pelo rojo que no se parecía a ninguna que hubiera visto jamás Azshara. La lo observó detenidamente y los ojos le brillaron.

— Es apuesto de una manera... extraña. Es un varón, *sin duda*.  
— Es un mago y muy poderoso.

Ese rostro se retorció como si estuviera hecho de arcilla y cambió de color y forma, acto seguido, apareció una figura más vieja y sabia.

## El Alma Demoníaca

— ¡Santo cielo! ¿Es un cadáver lo que me estás mostrando?

— No. A pesar de ese color que tiene (o de la falta de él), esta criatura está viva. Cuando nos lo encontramos, era muy poco peligroso, pero, en esos momentos, yo ya atribuí su debilidad a que debía de sufrir alguna enfermedad... y, desde entonces, mis espías me han informado de que ha sido visto en compañía de un dragón.

Eso impresionó a la reina.

— ¿Un *dragón*?

— Sí, esa bestia y él han causado un sinfín de problemas a los guerreros de Archimonde. Ambos se han esfumado, pero sospecho que este, en concreto, volverá.

— Tal vez no sea tan espantosamente pálido y débil después de todo. —comentó Azshara, mientras contemplaba esa pálida figura tan similar a un elfo de la noche. — ¿Y únicamente estos dos seres son los que impiden que mi mundo alcance la perfección?

El capitán Varo'then adoptó un gesto ceñudo.

— También es culpa de algunos de los nuestros, por supuesto, mi señora. Algunos actúan malintencionadamente y otros, simplemente, obran de manera errónea. Sé de dos de ellos que podrían despertar tu interés, Reina Gloriosa. Perdóname si las imágenes son borrosas, pero proceden de las mentes de otros.

Azshara contempló esas nuevas figuras. Una llevaba el pelo recogido hacia atrás e iba vestida de negro; la otra llevaba el pelo suelto y vestía un atuendo de colores apagados. Ambos

rostros eran tan parecidos que la reina, en un principio, creyó que eran el mismo.

— Son gemelos, mi reina —le explicó el militar. — Hermanos.

— Gemelos... Qué delicia. —Recorrió con los dedos esas imágenes cambiantes. — Pero son tan jóvenes... que, seguramente, no pueden ser unos líderes.

— Según parece, poseen una magia muy poderosa, pero no, ni ellos ni los otros lideran a la resistencia. Ese honor recae, por supuesto, el estimado lord Cresta Cuervo.

— Mi querido Kur'talos..., siempre lo considere mi siervo máspreciado, y así es como me recompensa.

El capitán Varo'then hizo desaparecer el orbe de la reina. Con unos ojos ocultos por la sombra de su oscuro ceño, le dijo:

— En el Bastión del Cuervo Negro siempre se ha envidiado al palacio, Luz de Luces.

La reina hizo un breve mohín.

— He decidido que lord Cresta Cuervo me ha contrariado, Varo'then. —aseveró Azshara al fin. — ¿Puedes poner remedio a eso?

El militar no se mostró sorprendido ante esa pregunta.

— Habrá que pagar un alto precio por ello..., pero se podrá poner remedio si ese es tu deseo.

— Ese es mi mayor deseo querido capitán.

## El Alma Demoníaca

Azshara le acarició la mejilla muy levemente y, de improvviso, abruptamente, hizo girar a su montura y regresó con los guardias que la esperaban. Su vestido largo y translúcido ondeó en el aire.

Tras recobrar la compostura, el oficial meditó acerca de los deseos de su señora. Kur'talos Cresta Cuervo la había contrariado y no se podía cometer un crimen más grave en todo Kalimdor.

— Tu deseo se cumplirá, mi reina —mascullo. Se *cumplirá*.

\*\*\*\*\*

Dejaron Suramar muy atrás y siguieron empujando a los demonios en dirección a Zin-Azshari. El conjuro maestro de Rhonin había sido el primer paso, pero ahora, tanto a la Guardia Lunar de Illidan como a los soldados del frente les correspondía la tarea de continuar presionando al máximo, de aplastar a los demonios allá donde intentaran hacerse fuertes.

Rhonin no cejó en su empeño a pesar de que su plan había tenido éxito. Aunque se concedía a sí mismo algunos momentos de respiro para recuperarse, él también quería aprovecharse de la situación para desatar el caos en la Legión Ardiente. El humano se imaginaba que cada demonio que caía podría haber sido el que hiciera daño a su familia si él hubiera fracasado. A Rhonin ya no le importaba en qué medida, su presencia podría afectar al desarrollo de la guerra; si la Legión Ardiente era destruida totalmente en ese tiempo, ni ella ni la Plaga No-Muerta dejarían su terrible huella en el mundo en el futuro.

Brox también había superado hacía mucho cualquier duda. Era un orco guerrero y los orcos guerreros luchaban. De las repercusiones debían preocuparse los demás. Lo único que sabía era que tanto su hacha como él tenían sed de sangre de demonio.

La hueste de los elfos de la noche logró abrirse paso con una formación en cuña hasta la parte central de las líneas demoniacas. En los flancos, la Guardia Lunar despedazaba al enemigo. Los eredar y los señores del Terror aún contraatacaban de vez en cuando, pero las fuerzas de Illidan podían solventar esas situaciones.

— ¡Los estamos empujando hasta las colinas de Urae! —le gritó Jarod a Rhonin. — ¡Más allá, solo se encuentra Zin-Azshari!

— ¡Menos mal que hemos causado tantas bajas entre ellos! — replicó el mago con tono siniestro. — ¡Si contaran con refuerzos suficientes o pudieran reorganizarse, este sería un lugar horrendo para tener que luchar contra ellos, ya que contarían con la ventaja estratégica de hallarse en un terreno elevado!

— ¡Pero en cuanto alcancemos el otro lado, las colinas pasarán a ser una ventaja táctica para nosotros!

— Entonces, cuanto antes las alcancemos, mejor...

Los demonios continuaron retrocediendo en masa hasta las colinas y de un modo desordenado, era como si nadie los dirigiera. Por lo que Rhonin pudo ver, ahí no había ni rastro de Archimonde. Si el señor demoníaco hubiera seguido teniendo bajo control a la Legión Ardiente, seguramente habrían combatido de un modo mejor. Amenos que... ¿Acaso eso era

posible?, se preguntó, sobresaltado ante la mera probabilidad de que sí lo fuera.

— ¡Jarod! ¡Brox! ¡Tengo que buscar a Cresta Cuervo!

— ¡Ve! —gruñó el orco, al mismo tiempo que su hacha atravesaba la armadura de un guardia vil y luego a un demonio propiamente dicho.

A pesar de que se sentía culpable por abandonar a sus camaradas en un momento así, Rhonin estaba seguro de que tenía que localizar al comandante cuanto antes. Se le acababa de ocurrir que tal vez el enemigo hubiera adoptado una terrible estrategia, pero solo el noble podía verificar sus sospechas o descartarlas.

Sin embargo, dar con lord Cresta Cuervo no era una tarea fácil. Mientras su sable de la noche se abrió paso lentamente entre los soldados que avanzaban, el mago escrutó la zona de derecha a izquierda sin éxito alguno. Su objetivo podría estar en un millar de lugares, incluso tal vez delante de las mismas nances de Rhonin.

Aunque la ansiedad lo dominaba cada vez más; al fin logró localizar a alguien que tal vez supiera donde se hallaba Cresta Cuervo. La armadura de lord Desde el Ojo Estrella tenía un aspecto absolutamente immaculado y su propio felino seguía estando muy bien acicalado. Rhonin, que estaba seguro que Desdel no había participado en la batalla, se preguntó si siquiera se habrá acercado a ella. Aun así, lord Cresta Cuervo hacía caso a Ojo Estrella, y eso era lo único que importaba en esos momentos.

El elfo de la noche lo miró como si estuviera contemplando algo perturbador. Ojo Estrella metió una mano en su bolsa y cogió una pizca de esos polvos que aspiró por la nariz. Su espada permanecía envainada.

— ¡Este es un momento muy inoportuno, taumaturgo! —le reprendió. — ¿Qué es lo que quieres?

— ¡Quiero saber dónde está Cresta Cuervo! ¡Debo hablar con él!

— Kur'talos estaba bastante ocupado ahora mismo. ¿No deberías estar en la vanguardia lanzando hechizos o algo así?

Rhonin se había encontrado con elfos de la noche de esta calaña en su propia época. Los líderes como Desdel Ojo Estrella no solo eran ineficaces, sino que eran todo un peligro si se les colocaba en una posición de mando. Habían nacido para ser ociosos y no entendían la verdadera naturaleza de la guerra, ya que la trataban como si fuera un juego.

— Es un asunto extremadamente importante, mi señor...

— ¿De qué asunto se trata?

Aunque el mago no tenía tiempo que perder, era consciente de que no llegaría ningún sitio a menos que convenciera a Ojo Estrella que la situación era grave.

— ¡Debo saber si alguno de los exploradores de Cresta Cuervo ha regresado últimamente! ¡Quiero saber si alguien ha estado más allá de esas colinas!

El elfo de la noche resopló.

## El Alma Demoníaca

— Dentro de unas pocas horas podrás ver con tus propios ojos que hay más allá de esas colinas.

Si bien Rhonin se lamentó de no haber forjado algún tipo de vínculo mágico con el comandante, lo cierto era que Cresta Cuervo le había prohibido comunicarse con él de ese modo, puesto que el elfo de la noche, creía que, a pesar de sus poderes, los taumaturgos eran más susceptibles que nadie a sufrir invasiones mentales y no quería arriesgarse a que, de ese modo, alguien pudiera conocer sus planes.

Para el humano, esa era una idea risible, pero hacía tiempo que había renunciado a discutir por el asunto del enlace mental. Sin embargo, ahora se arrepentía de haber dado su brazo a torcer.

— Lord Ojo Estrella..., ¿dónde está?

Una expresión meditabunda se adueñó fugazmente del semblante altanero del noble, quien, al fin, respondió:

— Sígueme, mago. Te llevaré hasta donde lo vi por última vez.

Rhonin respiró aliviado y siguió a Ojo Estrella a lomos de su montura. Sin embargo, para su sorpresa, el elfo de la noche se fue distanciando de la batalla. Rhonin estuvo a punto de protestar, pero entonces se percató de que por ese camino tardarían menos en cruzar de un extremo de la hueste a otro, puesto que en ese lugar había menos soldados que conformaran una barrera viviente.



No obstante, incluso realizando esta maniobra, perdieron un tiempo muy valioso mientras se abrían paso hasta donde Ojo Estrella decía recordar haber visto a Cresta Cuervo recientemente. Entre tanto, los elfos de la noche continuaban ascendiendo hacia las colinas, obligando a los demonios a atravesar unos desfiladeros cada vez más estrechos.

*Quizá Desdel Ojo Estrella tiene razón, pensó el mago de un modo taciturno. Para cuando demos con Cresta Cuervo, los elfos de la noche ya habrán cruzado las colinas y se hallarán, prácticamente, de camino a Zin-Azshari...*

— ¡Ahí está! —exclamó al fin el noble. — ¿Ves su estandarte?

Pero Rhonin no lo vio.

— ¿Dónde?

— ¡Ahí, so necio! Está... —Ojo Estrella negó con la cabeza. — ¡Ha desaparecido de la vista! ¡Vamos! ¡Te llevaré hasta él!

Si Ojo Estrella creía que se iba a librar pronto de la presencia del mago, estaba terriblemente equivocado. Aunque Rhonin lo observó todo con sumo detenimiento tanto el elfo de la noche como él se abrían paso como podían a través de esa muchedumbre tan compacta, pero en ningún momento divisó el estandarte de lord Cresta Cuervo. Como la hueste avanzaba con suma celeridad, el comandante barbudo tenía que estar cambiando constantemente de posición, lo cual hacía que la búsqueda de Rhonin fuera aún más ardua.

## El Alma Demoníaca

— ¡Maldita sea! —juró el elfo de la noche después de un rato, a la vez que se sacudía un trocito de barro que había manchado su inmaculada armadura. — ¡Estaba ahí! ¡Lo he visto!

A pesar de que cruzaron las líneas que avanzaban, ahí seguía sin haber ni rastro de Cresta Cuervo. Rhonin contempló las colinas, que ahora se hallaban muy cerca, con los ojos entornados. Estas se elevaban como unos colmillos amenazadores. Podía distinguir a los demonios que se movían entre ellas, cuya retirada se veía ralentizada por el hecho de que tenían que ascender por ellas. En algunos sitios, la Legión Ardiente incluso se había detenido.

*¿Acaso eso era posible?*

Ojo Estrella alzó una mano enguantada para señalar hacia delante, pero justo en ese momento una mota de polvo se le metió al mago en el ojo. Rhonin apartó la cabeza en dirección contraria a la que había venido esa mota y parpadeó para quitársela de encima.

De repente, sus ojos se posaron sobre el estandarte del Bastión del Cuervo Negro.

— ¡Ahí está! —gritó el sorprendido humano.

— No, creo que... —Ojo Estrella se calló al dirigir la vista hacia lugar al que miraba Rhonin. — ¡Sí, por supuesto! ¡Ahí está!

Ni siquiera se molestó en esperar para que el noble pudiera seguirlo, sino que espoleó a su montura para que se acercara a la posición de Cresta Cuervo. Aunque cabalgar a

contracorriente de esa marea de seres vivos, resultó ser la parte más difícil de todo el camino que había recorrido hasta ahora en busca del Señor del Bastión del Cuervo Negro, Rhonin no estaba dispuesto a rendirse. Aún había una posibilidad. Lo único que tenía que hacer era alcanzar...

Se oyó un clamor que procedía de la vanguardia. Los cuernos sonaron. Unos tambores redoblaron. El espanto se adueñó de los rostros de aquellos que rodeaban al mago.

— ¿Qué sucede? —le preguntó a voz en grito a un soldado, este no le respondió, Rhonin miró hacia atrás. — No... —dijo aterrado.

Una avalancha de demonios descendía por las colinas en dirección hacia los elfos de la noche. No obstante, eso solo no habría hecho que Rhonin se quedara petrificado. No, también había demonios que surgían de los alrededores de las colinas; todo un alud de figuras monstruosas y ardientes. Y lo que era aún peor, en el neblinoso cielo divisó una lluvia de rocas enormes que caían hacia los defensores de tierras. No eran rocas realmente, por supuesto, sino una tormenta letal de infernales.

Era imposible que hubieran llegado tantos refuerzos a través del portal para apoyar a las fuerzas de Archimonde. Mientras Rhonin contemplaba cómo una infinidad de monstruosos guerreros iban engrosando las filas enemigas hasta alcanzar un número como nunca antes habían alcanzado en ninguna etapa previa del conflicto, se dio cuenta de por qué el comandante demoníaco había permitido que su ejército se replegara hasta

## El Alma Demoníaca

ahí: debía de haber estado concentrando en ese lugar a fuerzas procedentes de otras zonas de Kalimdor, puesto que había juzgado de manera certera que los elfos de la noche eran el rival a batir si la Legión Ardiente quería triunfar.

Ahora, Archimonde tenía a sus adversarios justo donde quería.

\*\*\*\*\*

Las voces que Neltharion oía en su cabeza susurraban ansiosamente. El dragón escuchaba a cada una de ellas con el mismo embelesamiento, a pesar de que todas decían lo mismo.

*Ha llegado la hora...*

*Ha llegado la hora...*

*Ha llegado la hora...*

Aferró con fuerza el Alma de Dragón y la sostuvo en alto con una garra delantera. Recorrió con la mirada los ojos de los demás Aspectos y afirmó con una voz atronadora.

Después de agachar la cabeza en señal de aceptación, partieron uno tras otro de esa caverna. Únicamente cuando ya se encontró solo (salvo por la compañía de las voces, por supuesto), Neltharion añadió algo más.

— *Mi hora...*

Solo unos minutos más tarde fueron emergiendo desde cada abismo, desde cada cueva. Algunos salieron arrastrándose desde debajo de la tierra, mientras que otros saltaron desde el pico de esa alta montaña. Allá donde hubiera una salida que

llevara al mundo exterior, ahí había una serie de dragones atravesándola. Había llegado el momento de actuar.

Nunca antes en toda la historia del mundo se habían congregado tantos en un solo sitio. Ahora, mientras se elevaban, el aire, su magnificencia en conjunto, dejaba asombrados incluso a la mayoría de ellos. Los dragones rojos volaban junto a los dragones bronce, que volaban a su vez junto a los verdes. Los azules y negros se elevaron el aire a gran velocidad, los cinco grandes vuelos ahora eran uno solo.

Había dragones cuyas alas parecían extenderse por el cielo entero y otros que en comparación eran como unos meros mosquitos. Daba igual que fueran tremendamente antiguos o que acabaran de aprender a volar, nadie había sido excluido puesto que los Aspectos habían ordenado que eso fuera así.

Sin embargo, los primeros dragones que ascendieron hacia el cielo, no se dirigieron inmediatamente al reino de los elfos de la noche, sino que trazaron círculos por encima de las montañas, aprovechando las corrientes térmicas mientras esperaban a sus hermanos. Llenaban el cielo entero, de tal modo que muchos volaban por debajo o encima de otro para evitar chocarse.

Los legendarios colosos siguieron emergiendo de las montañas. Para cualquiera que los viera, daba la impresión de que había llegado el fin del mundo... y tal vez fuera así. Los dragones comprendían que los demonios eran sumamente malvados y que nadie podía permanecer con los brazos cruzados ante tal

## El Alma Demoníaca

amenaza. Un dragón tras otro rugieron animadamente mientras su sangre bullía de emoción ante la inminente batalla.

Entonces, aparecieron los Aspectos. Alexstrasza la Roja, La Madre de la Vida. Malygos el Azul, el Tejehechizos. La Verde Ysera, Señora de los Sueños. Como Nozdormu, el Atemporal, seguía ausente, su consorte de mayor edad ocupaba su sitio.

Únicamente cuando todos estuvieron ya reunidos, se presentó Neltharion el Negro, el Guardián de la Tierra.

A pesar de que por fuera era un objeto muy sencillo, el diminuto disco brillaba con tanta intensidad que deslumbraba a los dragones. Neltharion rugió al lanzarlo al aire y su grito reverberó una y otra vez por esa cadena montañosa.

El primero en partir fue Neltharion y los demás dragones lo siguieron. Había llegado el momento de la verdad. Habían dado mucho de sí mismos para forjar el arma más poderosa que existía, con el fin de utilizarla contra sus poderosos enemigos y, si eso no resultaba suficiente, tenían garras, dientes y mucho más con que atacar a los demonios.

Y si todo *eso* no resultaba ser suficiente..., entonces, nada lo sería.

\*\*\*\*\*

Tyrande oyó los gritos, oyó los cuernos. De inmediato, supo en lo más hondo de su corazón qué significaban. Una vez más, las tornas habían vuelto a cambiar en la voluble lucha. Los

demonios estaban contraatacando, y con dureza, sin lugar a dudas.

Tras disculparse de un modo abrupto del desdichado paciente al que había estado sanando, la nueva líder de la orden se subió de un salto a lomos de su sable de la noche. Shandris que ya estaba sentada a horcajadas sobre esa bestia, le hizo sitio con rapidez, acto seguido, ambas partieron en busca de las demás hermanas.

La mayoría de ellas ya estaban esperando. Ahí no se encontraban únicamente las que habían sido asignadas en un principio de Tyrande, si no también muchas de las sacerdotisas de mayor edad. Todas se arrodillaron o agacharon la cabeza mientras se acercaba.

— ¡Por favor dejen de hacer eso! —les rogó Tyrande, quien, claramente se sentía muy incómoda. — ¡Esto no es necesario!  
— Esperamos tus órdenes —afirmó Marinda con sumo respeto.

Tyrande había temido que llegara ese momento. Una cosa era organizar la ayuda para los refugiados y soldados heridos, y otra distinta liderar a la hermandad entera en el fragor de la batalla.

— Debernos... —Se calló y rezó en silencio a la Madre Luna para pedirle que la guiara. Después prosiguió: — Debemos dividimos en grupos uniformes y prestar apoyo a las zonas más débiles de las líneas del frente... ¡pero no todas haremos eso! Quiero... Quiero que un tercio de nosotras se queden en la

## El Alma Demoníaca

retaguardia y hagan todo lo posible por los heridos o lesionados.

Algunas de las hermanas parecían inquietas, pues era obvio que deseaban hallarse en la vanguardia junto a los combatientes. Tyrande las comprendía, pero también era consciente de que, por muy desesperada que fuera la batalla, este no era el momento adecuado para olvidarse de las otras enseñanzas del templo.

— Necesitamos sanadoras que atiendan a los soldados. Cualquier soldado que sea capaz de volver a sumarse a la batalla estará ayudando a la causa. Además tengan en cuenta esto: Siempre debe haber una Hermandad de Elune ¿si todas combatimos y morimos, quién quedará para propagar su palabra y su amor entre nuestra gente?

Tyrande intentó no pensar en la posibilidad de que no quedara gente a la que poder enseñarle la palabra de Elune si los demonios ganaban esa batalla.

— Oímos y obedecemos. —replico al instante una de las sacerdotisas de más edad.

El resto se limitó a asentir.

— Marinda, dejó en tus manos a aquellas que se queden aquí, para atender a los heridos.

— Sí, señora.

Tyrande caviló un poco más.



— Y en caso de que perezca, deseo que tú me sucedas.

La otra elfa de la noche se horrorizó.

— Tyrande...

— Sí yo entiendo que es importante que la cadena de mando no se rompa, espero que tú también lo comprendas.

— Yo... —Marinda frunció el ceño. — Sí lo comprendo.

Brevemente, dirigió una mirada hacia alguna de las otras hermanas, a las que evaluó. Tal y como Tyrande había hecho, acababa de decidir quién sería la mejor para liderar la orden en caso de que ella cayera.

La nueva suma sacerdotisa resopló. Tal vez sus decisiones hubieran sido precipitadas, pero no podía preocuparse por eso en ese momento puesto que las necesitaban, necesitaban a Elune.

— Eso es todo lo que tengo que decir..., salvo que la luz serena de la Madre Luna ilumine sus caminos.

Una vez hubo dicho esta antigua despedida, Tyrande contempló cómo muchas de las hermanas se marchaban. Las que iban a seguirla fueron subiéndose a sus monturas.

Una de ellas dirigió su mirada hacia Tyrande.

— Señora..., ¿y ella?

— ¿Ella?

## El Alma Demoníaca

La suma sacerdotisa parpadeó. Se había acostumbrado tanto a que Shandris cabalgara con ella que se había olvidado que, dadas las circunstancias, la joven no podría acompañarla ahora.

Como probablemente se imaginaba lo que iba a pasar, Shandris se aferró con más fuerza si cabe.

— ¡Voy a ir contigo!

— Eso no es posible.

— ¡Soy muy buena con el arco! ¡Mi padre me enseñó bien! ¡Casi seguro que soy tan buena como cualquiera de esas!

A pesar de que se enfrentaban a una situación funesta, su rebeldía provocó que muchas hermanas sonrieran.

— ¿Tan buena eres? —preguntó una de ellas de modo burlón, aunque también con cierto tacto.

Tyrande cogió a Shandris de la mano.

— No. Tú te vas a quedar aquí.

— Pero...

— Desmonta, Shandris.

Con los ojos llenos de lágrimas la huérfana bajó de la montura. Alzó la vista hacia Tyrande, con unos ojos plateados enormes que hicieron que la suma sacerdotisa se sintiera culpable.

— Pronto volveré, Shandris. Ya sabes dónde esperarme.

— S-sí..., señora.

— Vamos —ordenó Tyrande a las demás. Si Elune le había asignado este papel, tenía que aceptarlo y hacerlo lo mejor posible para estar a la altura de la misión que le había encomendado. Y eso incluía mantener con vida a tantas hermanas como le permitiera la Madre Luna.

Aunque ella tuviera que *sacrificarse* para lograrlo.

Shandris observó cómo se marchaban. La cara de la huérfana era un mar de lágrimas y tenía los puños cerrados. Su corazón latía al compás del ritmo de los tambores de guerra y los gritos de los moribundos.

Cuando ya no pudo soportarlo más, Shandris se fue corriendo para seguir a las sacerdotisas.



## CAPÍTULO DIECINUEVE

**A**unque le había dicho a Malfurion que Korialstrasz llegada en breve Krasus insistió en que el elfo y él se encaminaran hacia la batalla, pero no porque creyera realmente que así iban a ganar tiempo, ya que la distancia que recorrieron podría haber sido cubierta volando por un dragón enfermo y viejo en apenas unos minutos; además, ahora que el conjuro milagroso del druida lo había curado, Korialstrasz solo tardaría un minuto en cubrir ese trayecto.

No, caminaban porque el mago dragón necesitaba andar para mantener a raya su impaciencia. A pesar de que deseaba mucho hacer algo para que su viaje fuera más rápido, no se atrevía a crear otro portal para alcanzar su destino, no después del último desastre. Por tanto, no le quedaba más remedio que esperar a su yo joven, pero aunque un dragón muy veloz fuera a venir a recogerlos, Krasus tenía la sensación de que el tiempo

se agotaba. Los acontecimientos estaban llegando a su punto álgido y se estaba quedando sin opciones.

Si Korialstrasz lograra llevarlos hasta la batalla con suma celeridad, entonces aún podría haber un rayo de esperanza. Si no...

— ¡Maestro Krasus! ¡Creo que divisó algo detrás de nosotros!

El mago rezó para que no se tratara de otro de los cazadores de Neltharion y miró hacia atrás. Una sola silueta enorme avanzaba con terminación hacia ellos. Sin lugar a dudas, los había visto.

De repente, Krasus notó un cosquilleo en la cabeza. Al instante, se permitió el lujo de esbozar una sonrisa.

— Es Korialstrasz...

— ¡Loado sea!

El leviatán rojo batía las alas con fuerza; con cada aleteo, parecía avanzar otro kilómetro y medio. Su figura aumentó de tamaño con rapidez, de tal modo que su expresión fue visible. Krasus pensó que su yo joven parecía hallarse tremendamente aliviado.

— ¡Ahí están! —bramó el coloso, a la vez que aterrizaba detrás de ellos a poca distancia. — ¡Cada segundo que he pasado en el aire, me ha parecido una hora, a pesar de que he volado lo más rápido posible!

## El Alma Demoníaca

— Dichosos los ojos que te ven —replicó el mago. Korialstrasz agachó la cabeza y contempló a Krasus con suma curiosidad, como si le desconcertara algo relacionado con él.

— ¿De veras?

El modo en que había hecho esa pregunta hizo que Krasus se sobresaltara. No cabía duda de que Korialstrasz sabía exactamente quién y qué era realmente el taumaturgo.

— Sí —respondió su otro yo, — así es.

— Y a ti he de decirte —añadió el dragón, volviéndose hacia Malfurion. — Que estaré siempre en deuda contigo, elfo de la noche.

— No hace falta que te sientas así.

El coloso resopló.

— Claro que sí. *Tú* no eras el que se estaba muriendo.

Krasus entornó los ojos.

— Fuiste atacado, ¿verdad?

— ¡Sí, dos dragones del vuelo del Guardián de la Tierra! ¡A ambos les dominaba una locura espantosa! Maté a uno, pero el otro me alcanzo. Aunque ahora él también está muerto.

— Entonces pasó lo que me temía. —el mago no pudo decir nada más, puesto que el conjuro se lo impedía. Frustrado, pasó a tratar un tema sobre el que sí podía hablar. — Debemos regresar con Rhonin y los demás ¿Estás preparada para llevarnos hasta ahí?

— Suban y partiremos de inmediato.

Los dos obedecieron al dragón. En cuanto se colocaron sobre sus hombros, Korialstrasz desplegó las alas y, a continuación, despegó.

Con gran delicadeza. Trazó dos círculos por encima de ese campo antes de dirigirse hacia la batalla.

Mientras volaban, Krasus miraba constantemente hacia atrás. Aunque estaba seguro de que se estaban aproximando al momento en que los dragones aparecerían, no había percibido nada hasta ahora. Eso le infundió la esperanza de que pudiera concebir un plan con el que evitar que Neltharion llevara a cabo su traición. Si su malévola creación pudiera ser detenida o, aún mejor, utilizada por alguien que no estuviera corrompido, entonces los demonios podrían ser derrotados y su propia especie se salvaría de hallarse al borde del abismo de la extinción.

— ¡Debemos de estar acercándonos! —gritó Malfurion. — ¡El cielo se está volviendo brumoso!

Y así fue, la niebla infecta que lo cubría todo allá donde los demonios fueran pronto los recibió. Korialstrasz intentó mantenerse lo más bajo posible, pero para evitar volar a ciegas, prácticamente tenía que dejar que su torso rozara el suelo. En cuanto comprobó que esa estrategia era imposible de implementar, dijo:

— ¡Debo volar más alto! ¡Tal vez ahí arriba hallemos el fin de esta penumbra!

## El Alma Demoníaca

Los tres se elevaron a través de esa niebla. Krasus entornó los ojos, pero no veía nada más allá del hocico de su yo joven y a veces ni siquiera eso. Con la visibilidad tan reducida, era consciente: de que Korialstrasz tendría que fiarse de su olfato y sus demás sentidos para poder seguir avanzando.

— ¡Esto *debe* acabar en algún lado! —exclamó el dragón rojo.  
— Hallaré su fin aunque me lleve...

De improviso, una figura alada se interpuso en su camino. Raudos y veloz, el guardia apocalíptico se adentró de nuevo en la niebla en cuanto vio al dragón.

Korialstrasz inició de inmediato la persecución, obligando así a Krasus y Malfurion a aferrarse fuertemente.

— ¡Déjalo! —vociferó el mago. — ¡Debemos llegar al campo de batalla!

Pero sus palabras se perdieron en el intenso viento generado por el veloz vuelo de Korialstrasz. Aunque Krasus propinó varios golpes al dragón en el cuello, esas duras escamas impidieron que lo notara.

— ¿Y si lanzas un hechizo? —gritó Malfurion — ¡Algo que pueda atraer su atención!

A pesar que a Krasus le hubiera gustado poder hacer algo así, sabía que no era lo más adecuado.



— ¡Si lo sobresaltamos, uno de los dos o ambos podríamos acabar cayendo al vacío! ¡Y con esta niebla tan espesa, le resultaría imposible agarrarnos antes de que nos estrelláramos contra el suelo!

Como se veían obligados a dejar que Korialstrasz continuara esa persecución, a los dos no les quedó más remedio que agacharse y esperar que el dragón atrapara al demonio rápidamente o cesara en su empeño. Sin embargo, al recordar lo decidido que había sido cuando era más joven, Krasus fue consciente de que Korialstrasz no iba a rendirse tan pronto. En esta ocasión, su propia testarudez se había vuelto en su contra y en la de todos.

Una vez más, ese demonio apareció fugazmente ante sus ojos. Ese temible guerrero cornudo volaba a la máxima velocidad que le permitían sus alas ardientes. Hasta él era capaz de comprender que no era rival para ese gigante.

El mago frunció el ceño. Los guardias apocalípticos eran unos seres taimados y eran capaces de ver a través de esa niebla mucho mejor que sus enemigos. El demonio debería haber sido capaz de haber hallado la manera de dar esquinazo a Korialstrasz, a quien, sin duda alguna, le costaba mucho localizarlo. Si no fuera porque ese demonio volaba siguiendo casi una línea recta...

Súbitamente, Krasus se dio cuenta de lo que realmente sucedía.

— ¡Malfurion! ¡Prepárate! ¡Nos van a atacar de inmediato!

## El Alma Demoníaca

Un segundo después, tanto él como Krasus se encontraron ante muchos adversarios.

Los guerreros alados asaltaron a los tres desde todas direcciones. Al menos media docena de ellos arremetieron contra Korialstrasz, por abajo, golpeándole en el pecho y el estómago. Otros descendieron sobre el dragón, con la intención de matar o arrojar al vacío a los jinetes. Varios más aleteaban de aquí para allá por delante y detrás del leviatán.

Korialstrasz rugió y lanzó una avalancha de ruego contra aquellos que tenía enfrente. La mayoría de los demonios huyeron y se dispersaron, pero a uno de ellos le dio de pleno, reduciendo así a ese guerrero cornudo a cenizas.

El dragón rojo agitó su cola descomunal como una maza y alcanzó violentamente a tres guardias apocalípticos que salieron despedidos. Los demás se abalanzaron sobre él a gran velocidad, hiriéndole con sus horrendas armas blancas, de tal modo que incluso lograron hacerle algunos cortes en las escamas.

Entre tanto, hostigaban a Krasus y Malfurion, que se hallaban sobre sus hombros. El mago dragón logró lanzar un rápido hechizo, con el que creó un reluciente escudo naranja sobre ellos; sin embargo, los demonios lo golpearon de manera incesante y, enseguida, lo debilitaron.

El elfo de la noche metió una mano en la bolsa que llevaba a la cintura. De ella sacó unas pequeñas partículas, que arrojó a los

demonios más próximos. Al alcanzar cada uno de sus objetivos, esas partículas florecían hasta convertirse en unos enormes zarcillos, en unas enredaderas espeluznantes. Malfurion murmuró algo y, al instante, las enredaderas se expandieron en todas direcciones.

A pesar de que los demonios despedazaron y destrozaron esas planas que les rodeaban por doquier, esas enredaderas crecían a un ritmo más alto del que podían cortarlas.

Con varias de ellas agarraron del cuello a un demonio y apretaron fuerza. De repente, se oyó un chasquido y el guerrero cornudo quedó inerte... Acto seguido, cayó en picado hasta perderse de vista.

También se enredaron en las extremidades y, lo que es más importante, en las alas de otros demonios. Dos de ellos se precipitaron chillando hacia una muerte segura.

Krasus gritó cuando un guardia apocalíptico que había logrado esquivar el escudo le hizo un tajo en el hombro. Con las llamas de furia en sus ojos, el mago liberó gran parte de su frustración pronunciado una sola palabra mágica. El demonio aulló mientras se le derretía la carne como si fuera de cera, que goteaba y se filtraba por su armadura ígnea. Lo que pasaba por ser los huesos de esa criatura, repiquetearon al entrechocarse y, a continuación, se esparcieron y se precipitaron hacia el suelo.

Aun así parecía que había guardias apocalípticos por doquier. Krasus no pudo evitar pensar que los habían apostado ahí para

## El Alma Demoníaca

aguardar el regreso del dragón que había ayudado a los elfos de la noche o el de cualquier otra de esas grandes bestias. Al mago no se le pasó por alto que resultaba irónico que los demonios pudieran haber demorado la traición de Neltharion el tiempo suficiente como para que él pudiera hacer algo al respecto.

Como llevaba dos jinetes encima, Korialstrasz no podía llevar a cabo maniobras descendentes arriesgadas como lo habría hecho normalmente; no obstante, el dragón hizo un buen uso de sus otras habilidades. Un demonio se acercó demasiado y Korialstrasz dio buena cuenta de él con sus fauces, destrozando al atacante, cuyos restos escupió.

Tras sacudir la cabeza de lado a lado, afirmó:

— ¡Qué sabor tan horrible! ¡Qué horror!

Krasus continuó echando un vistazo a su alrededor. La Legión Ardiente nunca realizaba ataques aislados. Siempre tenían otro asalto preparado para lanzarlo en el momento oportuno.

Divisó a cuatro guardias apocalípticos volando en paralelo. Un momento después se dio cuenta de que estaban agarrados a lo que, en un principio, parecía ser una cuerda larga y gruesa. Sin embargo mientras se acercaban, pudo ver que no se trataba de una cuerda, sino de un cable confeccionado con alguna especie de metal flexible.

Súbitamente, dirigió su mirada hacia la dirección contraria. Sin lugar a dudas, ahí había otros cuatro demonios más que

portaban un objeto similar. Ambos grupos parecían dirigirse hacia las alas de Korialstrasz.

— ¡Malfurion! ¡Mira ahí!

Y eso me lo que hizo el druida, quien adoptó un gesto de perplejidad.

— ¿Qué planean hacer con eso?

— ¡Casi seguro que pretenden atarle las alas con eso o enredárselas! ¡Korialstrasz estaba demasiado distraído! ¡Debemos hacer lo que podamos para detenerlos!

A la vez que hablaba, el anciano mago divisó a dos grupos más armados del mismo modo. Los demonios querían cerciorarse de que iban a llevar a cabo esa tarea funesta.

Mientras los que traían esos cables se acercaban, los demás guardias apocalípticos luchaban con más ahínco si cabe. Krasus y el elfo de la noche trataron de concentrarse en la verdadera amenaza, pero la Legión Ardiente no se lo permitió.

Una potente ráfaga de viento barrió y dispersó de manera abrupta a muchos de esos guerreros infernales que volaban por encima del dragón. Malfurion resopló, el hechizo, así como todos los demás esfuerzos, le estaban pasando factura; no obstante, había hecho que Krasus ganara tiempo para poder actuar.

El mago se inspiró en uno de los ataques más poderosos del druida, aquel con el que había asesinado a Hakkar, para

## El Alma Demoníaca

intentar acabar con el primer grupo. Los demonios casi habían logrado colocar ese cable imposiblemente largo sobre el ala izquierda de un distraído Korialstrasz. Si lograban atársela, el dragón se vería obligado a intentar permanecer flotando en el aire batiendo solo la derecha, lo cual era una tarea imposible.

Aunque la descarga de energía únicamente alcanzó a uno de los demonios, el mismo cable que portaban hizo que esta se transmitiera a los demás. Los monstruosos atacantes se estremecieron y chillaron; entonces, en cuanto el relámpago se disipó, se soltaron de esa pieza de metal. Los cuatro se precipitaron hacia las profundidades de la niebla.

Sí, Krasus acababa de detener a uno de esos grupos, pero en ese momento se percató de que había al menos otros cinco más. El resto de esas figuras aladas volvieron a aproximarse, para atormentar a sus tres enemigos.

— ¡Debo pedirles un gran favor! —exclamó con una voz atronadora el dragón rojo. — ¡Aférrense a mi como si las vida se les fuera en ello pues ciertamente será así!

Las dos pequeñas obedecieron al instante. Krasus gritó:

— ¡Coloca los pies bajo alguna escama, Malfurion! ¡Deprisa!

Justo cuando ambos hacían lo que el mago acababa de sugerir, Korialstrasz se giró sobre sí mismo.

Esa táctica sorprendió por completo a la Legión Ardiente. Con sus enormes alas coriáceas, el dragón golpeó a un demonio tras otro. Dos de esos grupos que portaban esos cables

metálicos salieron despedidos y sus preciosas cargas se desvanecieron allá abajo, en la niebla.

Mientras giraba, el coloso rojo también lanzó tres rápidas, a la vez que potentes, llamaradas. Las dos primeras destrozaron por entero a un par de guardias apocalípticos. Aunque la última no acertó a nadie, sí logró que varios atacantes más se dispersaran.

— ¡Cuidado! —gritó Malfurion.

Un misil colosal impactó contra el pecho del dragón. Krasus perdió su punto de apoyo y, de repente, se vio colgando y con las manos como único asidero. El druida no podía hacer nada para ayudarlo, ya que él mismo a duras penas lograba mantenerse agarrado al dragón.

Esa figura ígnea se alejó de su víctima tras rebotar en ella. El infernal se sumió en la niebla sin que le importara lo más mínimo la enorme caída que lo aguardaba. Incluso desde esa altura, el demonio sobreviviría al choque sin un rasguño.

Los demás atacantes aprovecharon ese momento para estrechar el cerco. Krasus apartó de una patada la espada de uno de ellos, al mismo tiempo que subía a pulso de nuevo a la espalda del dragón rojo. A pesar de que Malfurion más de esas partículas que llevaba en esa bolsa, las fuerzas de la Legión habían aprendido la lección y las evitaron. Solo un guardia vil acabó siendo víctima de esas enredaderas, pero como eran tantos, fue una baja desdeñable.

## El Alma Demoníaca

Mientras Krasus volvía a sentarse, uno de los grupos se dispuso a colocar ese largo cable alrededor del ala derecha de Korialstrasz. El mago señaló a los cuatro y pronunció una palabra mágica.

Sus uñas salieron despedidas de sus dedos y volaron hacia los demonios. Mientras surcaban el cielo, esas uñas crecieron hasta alcanzar una longitud de más de treinta centímetros cada una. De manera sucesiva y rápida, los cuatro demonios se quedaron paralizados allá donde estaban en cuanto esos afilados misiles los atravesaron. Krasus se frotó los dedos (en los que ya estaban creciendo unas nuevas uñas) y contempló como esos demonios caían.

— ¡Korialstrasz! —vociferó Krasus. — ¡Debemos huir! ¡No podemos quedarnos aquí y seguir luchando de este modo!

Esta vez, su yo joven sí que lo oyó y, aunque obviamente no quería abandonar esa batalla inconclusa, hizo caso a Krasus.

— ¡Eso puede ser más difícil de lo que crees!

Krasus sabía perfectamente lo difícil que sería. Había guardias apocalípticos por doquier y el dragón tenía que moverse con cuidado para que sus jinetes no se cayeran. Y esa era una ventaja de la que ahora esperaba aprovecharse la Legión.

Pero tenían que marcharse. Ya se habían demorado demasiado.



El leviatán se detuvo para incinerar a un guardia apocalíptico que había bajado la guardia.

— ¡Tengo una idea, que ha funcionado anteriormente!  
¡Agárrense fuerte otra vez!

Ni Krasus ni el elfo de la noche habían dejado de aferrarse con firmeza desde que habían estado a punto de caer al vacío antes. Aun así, ambos se agarraron a las escamas del dragón de la mejor manera posible.

En cuanto hicieron esto, Korialstrasz dejó de aletear.

El dragón cayó como una piedra y los sorprendidos demonios se quedaron flotando allá arriba, en lo alto. Para cuando intentaron iniciar la persecución, Korialstrasz ya estaba muy, pero muy lejos de su alcance.

Malfurion gritó. Krasus apretó los dientes y recordó, demasiado tarde, que esta había sido una de sus estrategias favoritas cuando era joven. La mayoría de los oponentes, incluso los demás dragones, esperaban que esta clase de seres permanecieran siempre volando en lo alto. Vagamente recordó haber vivido algo similar cuando Korialstrasz había luchado contra los dos dragones negros.

Cayeron y cayeron sin parar, mientras el dragón empleaba las alas únicamente para evitar que giraran descontroladamente. Parecía imposible que sus pasajeros pudieran seguir sujetándose, pero de algún modo eran capaces de hacerlo.

## El Alma Demoníaca

Entonces, a Krasus se le ocurrió que, como la niebla era tan densa, su yo joven tal vez no viera el suelo con la suficiente antelación, pero entonces ocurrió algo muy extraño: la niebla simplemente se *desvaneció*. Era como si algún ser enorme hubiera abierto un hueco en esa neblina. A pesar de que aún quedaba algún leve rastro de ella, la visibilidad era tan buena que Krasus podía ver unas colinas muy, pero que muy lejanas.

— ¡Ja! —rugió un triunfante Korialstrasz, el cual batió en ese instante las alas, provocando así que sus compañeros sufrieran una ligera sacudida. El dragón se acomodó a las corrientes de viento y, suavemente, volvió a volar. Ahí no había ni rastro de la Legión Ardiente.

Korialstrasz no quiso darles la oportunidad de poder alcanzarlos, así que voló hacia su destino original, desplazándose a una velocidad que ningún demonio podría igualar.

Detrás de Krasus, Malfurion exclamó:

— ¡Espero que nunca tenga que volver a hacer *eso*! ¡Seguramente, los elfos de la noche no fueron creados para volar tanto como he volado yo!

— Después de este viaje no puedo echarme en cara que pienses así... —De repente, Krasus clavó la mirada en el camino que tenían por delante. — Una vez más tengo una sensación de *déjà vu* de lo más perturbadora.

— ¿Qué ocurre? ¿Y ahora de qué amenaza se trata? ¿De más demonios?

— Eso sería un problema sencillo de solventar, druida. Esta situación parece ser mucho más complejo.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Qué crees que significa esta franja tan clara en el cielo que había estado cubierto por entero por una capa de maldad desde la llegada de la Legión Ardiente?

— Que quizá mi pueblo los esté derrotando y esta sea una primera señal.

Krasus deseó poder compartir el optimismo de Malfurion. Alzó la cabeza hacia arriba y, tal y como solía hacer Brox a menudo, olfateó el aire en busca de cierto olor. Lo que el mago percibió fue una sensación abrumadora que confirmó sus temores.

— ¡Korialstrasz! ¡Huele el aire! ¡Dime qué detectas en él!

El dragón obedeció de inmediato. Krasus pudo ver que la sorpresa se dibujaba en esa parte de su rostro que lograba vislumbrar.

— Percibo... Percibo a un congénere...

— ¿Solo a uno?

— No..., son muchos. Sus olores se mezclan...

— ¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Malfurion a Krasus.

El mago dragón resopló.

— ¡Eso quiere decir que los demonios contra los que hemos combatido no solo no se han demorado, sino que nos han perjudicado mucho más de lo que podría haberme imaginado!

— Pero si... hemos escapado casi sin un rasguño...

## El Alma Demoníaca

Krasus habría preferido sufrir unas cuantas heridas nuevas a sufrir el perjuicio que habían sufrido. Habían empleado demasiado tiempo en librarse de esa trampa, aunque solo hubieran sido unos minutos. Puesto que los demás ya se encontraban muy lejos.

Aunque tenía muchas cosas que decir, el conjuro con el que lo habían hechizado evitaba que pudiera hablar sobre ellas. Krasus solo pudo decirle una cosa a Malfurion, pero fue suficiente.

— Los demás dragones nos llevan ventaja, druida... y él sin duda es quien va en cabeza de esa formación.

Krasus se percató de que Malfurion había captado el sentido de sus palabras al instante. Los dragones se dirigían a la batalla, seguros de que poseían un poder suficiente como para poder destruir a la Legión Ardiente.

No podían saber que Neltharion, el que los estaba guiando hacia esa batalla, los iba a traicionar...

\*\*\*\*\*

Varios kilómetros por delante, los dragones se aproximaban volando a su destino, listos para batallar. Neltharion los había llevado por una ruta que discurría muy pegada al suelo, valiéndose del poder del Alma de Dragón para erradicar la niebla. Una proeza que había dejado impresionado al resto,

incluidos Alexstrasza y los demás Aspectos. Ya nadie dudaba de los asombrosos poderes de su creación.

Mientras surcaba el cielo en dirección hacia su inminente triunfo, las voces susurrantes invadieron en tropel la cabeza de Neltharion.

*¡Ya casi estás, ya casi estás!*, decían. *¡Pronto, pronto!*, prometían.

Pronto todos se inclinarían ante su gloria y el mundo se arreglaría.

— ¿Qué deseas que hagamos? —le preguntó Alexstrasza.

*Deseo que me muestres la garganta...*, pensó el Guardián de la Tierra, quien, en vez de eso, contestó:

— ¡Ya he descrito cómo debe ser el despliegue y la matriz!  
¡Necesito que todo esté preparado en el cielo como he pedido!  
¡El Alma de Dragón hará el resto!

— ¿Así de sencillo?

*Tan sencillo como mi deseo de que se inclinen ante mí...*

— Sí, así de sencillo,

La dragona no hizo más preguntas, lo cual Neltharion agradeció. Las llamas de la furia ardían en su mente y el parloteo de Alexstrasza había estado a punto de provocar que mostrara sus verdaderas intenciones.

## El Alma Demoníaca

El Alma de Dragón (*Su* Alma de Dragón) seguía despejándoles el camino ante sus propios ojos. Mientras Neltharion escrutaba lo que había ahí delante, atisbó cierto movimiento en el suelo, el movimiento de algo similar a millares de amigas.

Habían alcanzado el lugar de la batalla. Apenas pudo disimular su júbilo.

*Paciencia...*, —murmuraban las voces. *Paciencia...*

Sí, el dragón negro podría permitirse el lujo de ser paciente un poco más. Podía ser magnánimo. El premio era tan grande que unos pocos minutos más no importaban.

Solo unos pocos minutos más...

\*\*\*\*\*

Brox fue el primero en verlos. El orco se secó el sudor de la frente después de haber despachado a una bestia vil y miró por casualidad hacia el cielo, donde vio llegar al primero de esos leviatanes al campo de batalla. Como se quedó boquiabierto un instante, estuvo a punto de perder la cabeza a manos de un guardia vil por culpa de esa estupidez. Brox intercambió varios golpes con ese demonio, despedazó a esa criatura en tres trozos y, acto seguido, retrocedió y echó un vistazo a su alrededor. Por desgracia, no había cerca ningún enemigo más.

El orco resopló. Rhonin quizá no supiera aún que los dragones estaban ahí, pero seguramente en poco tiempo todo el mundo repararía en su presencia.

Brox concluyó que la lucha acababa de volverse mucho más interesante.

\*\*\*\*\*

Rhonin no había llegado a alcanzar a lord Cresta Cuervo. Aunque había divisado al noble, el repentino cambio en el signo de la batalla había obligado al mago a concentrarse en evitar que la vanguardia se viniera abajo delante de él. Varios hechizos rápidos de corta duración habían ayudado a estabilizarla, pero él solo no podría salvar la situación. Desafortunadamente, la Guardia Lunar se hallaba demasiado desperdigada en algunas zonas y en otras Illidan la estaba obligando a centrarse en él, para que pudiera lanzar sus grandiosos encantamientos.

El hermano de Malfurion se mostraba cada vez más y más temerario y no únicamente porque las circunstancias lo obligaran a serlo. Lanzaba conjuros a diestro y siniestro, como si se tratara de guijarros, sin que le importara que a veces estuviera a punto de alcanzar a su propia gente.

Otra área amenazaba con desmoronarse. Espoleados por la Guardia Apocalíptica, tres infernales colisionaron con los soldados que se encontraban ahí, los cuales acabaron saliendo despedidos en todas direcciones. La Guardia Vil avanzaba cual

## El Alma Demoníaca

alud, despedazando y ensartando a todo aquello que todavía pareciera estar vivo.

A pesar de que el mago pelirrojo hizo un gesto, en cuanto terminó la última parte del sortilegio, una explosión sacudió la zona en cuestión. Los infernales se hicieron añicos y los monstruos guerreros que avanzaban tras ellos cayeron, con su armadura destrozada y casi toda la carne desgarrada.

Si esa hubiera sido la única consecuencia, Rhonin habría dado unos vítores. Sin embargo, entre esos demonios muertos había muchos elfos de la noche que habían sufrido el mismo horrible destino. Los supervivientes pedían ayuda a gritos. Había salpicaduras de sangre por doquier. Rhonin lanzó una maldición, pero no porque eso fuera culpa suya, ya que su conjuro seguía sin ser lanzado.

Clavó su mirada furiosa en Illidan. El hechicero al fin había cruzado la raya. Había matado a gente de su raza y lo más aterrador de todo es que lo había hecho sin darse cuenta o sin que le importara lo más mínimo.

Olvidándose por entero de la Legión Ardiente, Rhonin se abrió camino hasta el gemelo de Malfurion. Había que tomar medidas con Illidan, pues eso no podía volver a ocurrir.

El objeto de su justa ira se volvió y lo vio aproximarse. Illidan le brindó una sonrisa triunfal, que no aplacó lo más mínimo la furia del mago.



Pero entonces, Illidan clavó sus ojos en algo situado más allá de Rhonin. Los ojos se le desorbitaron y sonrió aún más ampliamente mientras señalaba algo.

A pesar de que Rhonin no quería que nada lo distrajera, tuvo que mirar hacia allá.

También se le desorbitaron los ojos... y una maldición se le escapó de los labios.

En ese cielo súbitamente despejado, pudo ver a unos dragones. A *centenares* de dragones.

— No... —les gruñó Rhonin a esas figuras que volaban tan alto.

Logró distinguir a una de las que iba en la primera línea de esa formación; se trataba de una silueta negra tan enorme que solo podía un dragón, lo cual, a su vez, le indicaba que estaba siendo testigo de un acontecimiento histórico muy concreto..., del peor de todos los acontecimientos posibles desde el punto de vista de los defensores de esas tierras. — No..., ahora no..., ahora no.



## CAPÍTULO VEINTE

**H**abía pocas cosas que pudieran consternar a Archimonde. Afrontaba toda situación con una mente muy analítica, daba igual que se enfrentara a elfos de la noche, a la magia o a incluso dragones.

Pero ahora había perdido toda compostura. No esperaba que los dragones vinieran en tal número. Por lo que había podido saber acerca de ellos, todo indicaba que permanecían ajenos a los asuntos mundanos, tan distantes que eran incapaces de ver que el fin de su mundo llegaba. No obstante, había esperado que unos pocos inconformistas, por supuesto, actuaran en solitario. Archimonde había hecho planes para detener a estos, por lo cual una infinidad de guardias apocalípticos se habían escondido en la niebla, dispuestos a enfrentarse a ellos.

Sin embargo, esas bestias no solo le habían ganado la partida, sino que habían venido... *todas*.

El comandante demoníaco recuperó la compostura con suma rapidez. Sargeran no iba a tolerar ningún fracaso a esas alturas. Archimonde expandió sus pensamientos y alcanzó las mentes de todos los eredar y Señores del Terror, a los que ordenó centrar sus asaltos mágicos en los vuelos que se aproximaban.

Como confiaba en que el poder de los hechiceros de la Legión Ardiente fuera suficiente para despachar a esos entrometidos, Archimonde volvió centrar la atención en la batalla. Los Nathrezim y los brujos se encargarían de eliminar a los dragones, pues estos únicamente eran criaturas de *este* mundo, después de todo, cuyo poder estaba limitado por las leyes de este. La legión, en cambio, era mucho, mucho más.

Sí, sin lugar a dudas, ni siquiera los dragones podrían impedir su gloriosa victoria.

\*\*\*\*\*

A las hermanas de Tyrande las habían empujado hasta una zona repleta de colinas sobre las que se alzaban unos nudosos robles muertos. La súbita avalancha de demonios había dejado anonadados a todos los elfos de la noche y, a pesar de que la hermandad, había intentado reorganizar a todos los que se hallaban a su alrededor, incluso a ellas les costó mantener viva la llama de la esperanza tras un golpe tan demoledor.

## El Alma Demoníaca

La nueva suma sacerdotisa estaba luchando ahora a pie, ya que su sable de la noche había dado la vida para salvar la de su señora al arrojarse sobre unas armas blancas cuyo blanco era ella. Tyrande había matado a los demonios que habían asesinado a su pantera y ahora acudía a ayudar a otra hermana que había resultado malherida en el mismo asalto. La suma sacerdotisa subió a esa figura ensangrentada hasta los árboles, donde esperaba que los atacantes no pudieran reparar en su presencia.

Desde ese lugar elevado desde el que contemplaba la batalla, esta mostraba una cara aún más ominosa. Allá donde mirara Tyrande, veía un mar de figuras ardientes que presionaba a su gente. Los elfos de la noche caían a diestro y siniestro, eran masacrados sin piedad.

— ¡Elune, Madre Luna! —masculló de repente. — ¿No puedes hacer nada más por tus hijos? ¡El mundo acabará hoy aquí si no podemos hacer nada al respecto!

Sin embargo, daba la impresión de que la diosa ya les había dado toda la ayuda posible, puesto que la muerte continuaba persiguiendo a los elfos de la noche. Tyrande se inclinó con la esperanza de poder ayudar al menos a su hermana, mientras al mismo tiempo se preguntaba si siquiera merecía la pena tomarse esa molestia.

Entonces la suma sacerdotisa notó una extraña sensación como si alguien la observara, lo que provocó que dejara de centrarse en el proceso de sanación. Miró hacia atrás, segura de que

había atisbado una sombra. No obstante, cuando escrutó con más detenimiento esa zona, solo vio árboles muertos.

Cuando estaba a punto de retomar su labor, algo más le llamó la atención. Tyrande alzó la vista hacia el cielo y su rostro alicaído adoptó un gesto esperanzado.

Los dragones llenaban el aire y eran de todos los vuelos.

— ¡Loada sea Elune! —exclamó con una voz entrecortada.

Con una renovada determinación, Tyrande se centró en curar a la otra sacerdotisa. La Madre Luna había respondido a sus plegarias de nuevo. Había enviado a una fuerza contra la que ni siquiera la Legión Ardiente tenía nada que hacer.

Con toda seguridad, ya no había ninguna razón para temer por su destino...

\*\*\*\*\*

Los dragones se desplegaron por el aire tal y como Neltharion les había ordenado, alternando los diversos colores de estos, con el fin de repartir así los talentos y las características particulares de cada vuelo de la manera más equilibrada posible. Cerca del Guardián de la Tierra, se hallaban Alexstrasza, Ysera, Malygos y la dragona bronce haciendo gala de una gran serenidad. Si Neltharion hubiera posado sus ojos sobre la dragona roja, tal vez se habría percatado de que Alexstrasza no paraba de mirar intranquila aquí y allá, como si estuviera buscando a alguien. Estaba tan sumido en su locura

## El Alma Demoníaca

que el dragón negro no había reparado en la ausencia del consorte más joven de la dragona roja.

Allá abajo, muy abajo, esas diminutas figuras iban reparando apoco en la presencia de los imponentes dragones. Una gran y amplia sonrisa se dibujó a lo largo del semblante de reptil de Neltharion. El público ya estaba listo.

— ¡Ahora! —ordenó atronadoramente. — ¡El Alma de Dragón debe revelarse a nuestros enemigos de allá abajo!

El diminuto disco brilló con tanta intensidad que todos los colosos, salvo el Guardián de la Tierra, tuvieron que apartar la mirada de él. Neltharion se encontraba tan obnubilado que ignoro esa sensación de quemazón en los ojos.

El Alma de Dragón atacó.

Su asalto adopto la forma de un fulgor de pura luz dorada, más pura que el sol y las estrellas, más que la luna. Barrió a toda la horda demoníaca y desintegró a la Legión Ardiente allá donde la alcanzó.

Los demonios dieron alaridos de dolor. Los demonios chillaron. Se desperdigaron ante esa luz letal y huyeron como nunca lo habían hecho ante enemigo alguno, ni siquiera ante los elfos de la noche. Su especie apenas conocía lo que era el miedo, pero ahora podían sentirlo en sus carnes.

En un principio, los defensores de esas tierras contemplaron sobrecogidos ese espectáculo abyecto, tan callados que uno

podría haberlos confundido con unas estatuas de piedra. Incluso los nobles más altivos y altaneros no pudieron evitar quedarse boquiabiertos ante tal poder desatado, un poder que hacía que su dominio de las energías del Pozo fuera, cuando menos, algo risible en comparación. Rhonin, que se hallaba entre los elfos de la noche, negó con la cabeza mientras repetía:

— No..., no..., no...

En la lejanía, Illidan contemplaba esa destrucción de proporciones épicas con una tremenda envidia, pues era consciente de que todo lo que había aprendido no era nada comparado con el poder que poseían los dragones.

En la otra punta del campo de batalla, Archimonde frunció el ceño al ver cómo su monstruoso ejército se derrumbaba como un castillo de naipes ante el ataque de una sola fuerza: la de los dragones. En esos instantes, ya podía sentir el descontento de Sargeraz y era consciente de que él, y no Mannoroth ni los Altonatos iban a ser el blanco principal de la ira de su amo.

La Legión Ardiente intentó contraatacar, pero fue en vano. Los eredar y los Nathrezim concentraron toda su poderosa magia en el disco y su creador, lanzando unos hechizos que deberían haber derretido al Alma de Dragón y haberle arrebatado la piel, la carne y los huesos a Neltharion. Arremetieron contra todos los dragones, con el propósito de finalizar rápidamente con ese intento de aplastarlos.

## El Alma Demoníaca

— ¡Ha llegado la hora! —bramó el Guardián de la Tierra, quién apenas era capaz de mantener a raya su demencia. — ¡Que la matriz sea activada!

Los demás leviatanes unieron sus mentes y sus poderes. Como ya se habían unido al disco anteriormente al entregarle una parte de si mismos, pudieron proporcionar aún más energías al Alma de Dragón con suma facilidad.

Tras lanzar un grito burlón, Neltharion dirigió las energías del disco contra los taumaturgos que los atacaban.

Decenas y decenas de eredar se transformaron en polvo, cuyos gritos fueron cortos pero muy reveladores. Los Señores del Terror que revoloteaban por el cielo cayeron al atravesarlos esa luz que los quemó, reduciendo así a esos temibles demonios en meros esqueletos. En otros sitios, los brujos perecieron de un centenar de maneras distintas y horrendas, ya que el disco volvió sus propios sortilegios en su contra.

Al final, incluso los más crueles de todos ellos huyeron presas del pánico. No podían hacer nada ante tal poder. Por mucho que temieran a Sargerass, ese miedo no iba a evitar que se retiraran.

Y cuando la Guardia Vil, la Guardia Apocalíptica y los demás vieron cómo caían sus hermanos ante el poder de los dragones, la última pizca de valor que les quedaba se derritió, literalmente casi, como muchos de sus camaradas se habían derretido. Archimonde se dio cuenta de que ahora era un comandante que no tenía a nadie que comandar. Sus amenazas cayeron en



oídos sordos, a pesar de que incluso masacró a varios de los que se hallaban a su alrededor para mostrar que iba muy en serio.

Entre tanto, sentado a horcajadas sobre su sable de la noche, lord Cresta Cuervo lanzó un rugido y señaló a esa horda que se batía en retirada.

¡Ha llegado el momento! ¡Por Kalimdor y Azshara!

Los soldados le tomaron la palabra. La hueste avanzó y presionó al enemigo. Al fin iban a ganar la guerra.

Únicamente Rhonin titubeó, pues solo él conocía la verdad. Aun así, después de lo que todos los demás habían presenciado, ¿cómo iba a llevarles la contraria? La creación de los dragones había llevado a cabo la tarea para la que supuestamente había sido concebida.

Desesperado echó un vistazo a su alrededor, en busca del único ser que se había percatado de la amenaza, que podría haberle dicho qué podrían hacer. Pero ahí seguía sin haber ni rastro de Krasus.

Neltharion rugió triunfal, mientras observaba cómo esos demonios diminutos se dispersaban. Había demostrado a todos cuál era el poder del Alma de Dragón y, por tanto, su propia superioridad.

Entonces, uno de aquellos a los que sabía que iba a traicionar se atrevió a interrumpir ese momento de gloria.

## El Alma Demoníaca

— ¡Neltharion! —gritó Alexstrasza con voz cansada. — ¡Los demonios huyen! ¡El Alma ha hecho su trabajo de un modo magnífico! Ahora ha llegado el momento de que rompamos la matriz y los atacemos por todas partes...

— ¡No! —El dragón negro la fulminó con la mirada, pues ya no era capaz ni deseaba ocultar la locura que anidaba en su interior. — ¡No! ¡Yo diré qué hay que hacer a partir de ahora! ¡Yo, y no tú, Alexstrasza!

De repente, los demás Aspectos clavaron la mirada en el Guardián de la Tierra como si lo vieran por primera vez. Malygos, en particular parecía especialmente preocupado; aun así, intentó razonar con el leviatán negro.

— ¡Mi buen amigo Neltharion! ¡Ella no ha pretendido faltarte al respeto! Simplemente, ahora podremos ser más eficaces si...

— ¡Cállate!

El disco resplandeció.

Al unísono, los vuelos ahí reunidos se quedaron paralizados, con las alas paradas en pleno vuelo. Sin embargo, no cayeron en picado, ya que el monstruoso poder del Alma de Dragón los mantuvo congelados en el aire. Lo único que indicaba que seguían conscientes eran sus ojos, y en todos ellos, salvo en los dragones negros, se reflejaba el horror que sentían al haber descubierto que uno de sus congéneres más poderosos se había vuelto en su contra.

— ¡No me traicionarán! ¡Haré lo que tengo derecho a hacer!  
¡Voy a cumplir en breve mi destino! ¡Estas tierras, *todas* estas  
tierras, se inclinarán ante mi poder! ¡Reharé este mundo tal y  
como *debería* ser!

A continuación, poso su terrible mirada sobre la batalla, aunque  
no sobre la Legión Ardiente. El coloso negro sostuvo el disco  
dorado y siseó a los elfos de la noche que avanzaban.

— ¡Que todos sean conscientes de que, si siguen vivos, es  
porque yo quiero!

Y los defensores de esas tierras sintieron el poder del Alma de  
Dragón. Como se hallaban absortos en lo que debería haber  
sido el momento de su gran victoria, los elfos de la noche  
tuvieron aún menos posibilidades de defenderse de las  
energías del disco, aunque, probablemente, tampoco habrían  
podido hacer nada si las circunstancias hubieran sido otras. Esa  
luz brillante centelleó ante las líneas más avanzadas, y estas se  
desvanecieron, de tal modo que únicamente sus breves  
chillidos dejaron constancia de que habían estado ahí. Los  
jinetes que iban montados a lomos de los sables de la noche  
perecieron en plena cabalgada, y sus monturas murieron con  
ellos. Decenas y decenas de soldados de infantería cayeron en  
un abrir y cerrar de ojos.

El gran asalto se vino abajo en cuanto fueron capaces de  
asimilar el horror de lo que estaba ocurriendo. Ahora, los elfos  
de la noche se alejaban del enemigo que se batía en retirada,  
dejando atrás una vasta área calcinada y unos pocos restos  
sangrientos.

## El Alma Demoníaca

El caos reinaba. Ni los elfos de la noche ni los demonios sabían que esperar. Todas las miradas se clavaron en esa temible silueta negra que sembraba tanta muerte.

La voz del Guardián de la Tierra se impuso a todos los demás ruidos cuando se dirigió a esas diminutas figuras que encontraban allá abajo.

— ¡Sepan quién soy! ¡Sepan quién soy y recen! ¡Pues soy Neltharion su dios!

Las voces de su cabeza habían ido *in crescendo*, animándolo a desatar aún más el caos. Sin embargo; por una vez, Neltharion las ignoró. Ahora deseaba saborear su triunfo, hacer que esas criaturas diminutas se inclinaran ante su magnificencia y reconocieran su poder supremo. Al fin y al cabo, podía diezmarlas cuando quisiera.

Lo cual haría en cuanto se hartara de ellos.

— ¡Todos deben arrodillarse ante mí! ¡Ahora!

Muchos obedecieron, mientras que otros permanecieron de pie, presas de la confusión y la incertidumbre.

El Alma de Dragón se mostró implacable a la hora de acabar con los reticentes, puesto que su luz mortífera iluminó primero a los demonios y luego a los elfos de la noche. Esa fue una dura lección, que provocó que el resto se arrodillara rápida y sucesivamente.

— He contemplado... —bramó el demente leviatán. — ¡He visto cómo ustedes, insectos despreciables, *arruinaban* mi mundo! ¡El orden debe reinar! ¡Haré que mi mundo vuelva a ser perfecto! ¡Aquellos que no sean dignos de servirme serán asesinados!

Entonces Neltharion oyó un leve siseo a sus espaldas y se giró. A pesar de que no podía moverse a menos que él lo permitiera, Alexstrasza había conseguido expresar de esa forma su ira y desprecio.

— Y *ustedes...* —dijo el dragón negro, olvidándose por el momento de esos seres del suelo. — ¡Ustedes el resto de mis traicioneros amigos, seguirán “vivos” solo si yo lo tolero! ¡Por haber conspirado y maquinado, no se merecen nada mejor!

Alexstrasza intentó hablar, pero no pudo. Neltharion decidió mostrarse magnánimo y le permitió hacerlo.

— ¿Qué has hecho Neltharion? ¿Qué clase de maldad has perpetrado? ¡Nos llamas traidores, pero yo solo veo a un solo ser que merezca ese calificativo!

— ¡Te he dado permiso para hablar, querida Alexstrasza, y deberías aprovecharlo para implorar clemencia por los crímenes has cometido! ¿Cómo te atreves *tú* a *juzgarme y condenarme?*

Al escuchar esas palabras, la dragona resopló.

— ¡Entre todos los aquí presentes, no hay nadie que haya cometido unos crímenes más horrendos que los tuyos! — Alexstrasza titubeó y entonces, su tono se tornó abruptamente

## El Alma Demoníaca

más suave. — Neltharion... ¡tú no eres así! Siempre has intentado que el mundo reinara la paz y la armonía...

— ¡Y eso *haré!* ¡Cuando todo se pliegue a mis órdenes, ya no habrá más caos, ya no habrá más guerras!

— ¿Y tampoco habrá más muertes? ¿Cuántos más tienen que morir para que puedas imponer tu "paz", viejo amigo?

— Yo... —las voces se volvieron más insistentes. — le exigían que la obligara a callarse, que la callara para siempre. El dragón sacudió la cabeza de lado a lado, para intentar aclarar sus pensamientos. — Alexstrasza... yo...

— ¡Lucha contra esa locura que se ha adueñado de ti, Neltharion! ¡Eres fuerte! Recuerda lo que fuiste antaño... ¡y destruye esa abominación antes de que sea demasiado tarde para todos nosotros!

Sin embargo, la dragona se había equivocado al pronunciar esas palabras. Los orbes carmesíes del Guardián de la Tierra mostraron una mirada severa de nuevo, al mismo tiempo que aferraba el disco de un modo protector.

— ¡No! ¡Eres aún más traicionera de lo que creía! ¡Me arrebatarías lo que es mío legítimamente, lo que he creado, para quedártelo tú! ¡Lo sabía! ¡Sabía que no podía fiarme de ninguno de ustedes!

— Neltharion...

— ¡Vuelve a callarte!

A Alexstrasza se le paralizaron las fauces. No cabía duda de que intentaba hablar, pero su fuerza de voluntad no era nada comparada con el tremendo poder del Alma de Dragón.

Tras ignorarla como si ya no mereciera su atención, el oscuro gigante volvió a clavar su mirada en las muchedumbres aterrorizadas que permanecían quietas por miedo a él.

— ¡He decidido...! —les anunció. — ¡He decidido que este lugar estará mejor si ninguno de ustedes sigue mancillándolo!

Acto seguido, sostuvo en alto el Alma de Dragón.

El disco brilló...

Y, de repente un coloso carmesí impactó contra él.

\*\*\*\*\*

Cuando llegaron, se encontraron con una escena tremendamente aterradora; en tierra, todo se hallaba arrasado y, en el cielo, los dragones se encontraban atrapados en una trampa que les había tendido uno de sus congéneres.

Krasus lanzó un juramento.

— ¡Ya es demasiado tarde! ¡Neltharion ya ha llevado a cabo su plan traicionero!

En cuanto pronunció esas palabras, el mago se dio cuenta de que el encantamiento con el que el Guardián de la Tierra le había hechizado ya no existía. ¿Por qué debería seguir activo si el propio Neltharion había revelado que era un traidor? No, ese sortilegio ya no tenía sentido.

## El Alma Demoníaca

— ¡Qué espanto! —rugió Korialstrasz. — ¡Tiene a Alexstrasza prisionera! ¿Cómo se atreve? Lo mataré por esa...

— ¡Debes calmarte! —le espetó Krasus. — ¡Ahora que ha desatado el poder del Alma Demoníaca, Neltharion es demasiado poderoso!

— ¿"Alma Demoníaca"? ¡Sí, es un nombre más adecuado que el que él mismo le había dado! ¡En verdad, es una creación demoníaca, más propia de unas criaturas repugnantes como las de la Legión Ardiente!

Krasus había dicho sin querer el nombre por el que ese disco sería conocido posteriormente, y ya era demasiado tarde para enmendar ese error. Tal vez así era como el nombre había cambiado en su día. El mago ya no sabía qué formaba parte de la historia original y qué había sido alterado por su intromisión. No obstante, a esas alturas, eso a duras penas parecía importar ya. Lo que *sí* importaba era que Kalimdor se encontraba en peligro por culpa de una amenaza que hacía que la de los demonios palidciera en comparación.

— ¿Qué podemos hacer? —Preguntó Malfurion.

— ¡El Alma de Dra... Demoníaca no es invulnerable! ¡Neltharion es la clave! ¡Es su creador y su punto flaco!

— ¿Estás insinuando que destruyamos el disco? ¡Pero sí podríamos utilizarlo para salvar a mi pueblo!

Krasus adoptó un gesto torvo.

— ¡Druida, cualquier otro camino que garantice la supervivencia será mejor que hacer uso de esa abominación!



¡Ese objeto lo corrompe todo! ¡Estoy seguro de que puedes percibirlo incluso desde aquí!

El elfo de la noche asintió. Cada vez que el disco era utilizado, todo el mundo salvo, al parecer, Neltharion era capaz de percibir la maldad que se hallaba dentro del mismo.

Korialstrasz hizo un gesto de negación con la cabeza.

— ¡No puedo soportarlo más!

Sin mediar más palabras, el dragón rojo descendió hacia una región repleta de colinas, simada tras las líneas de los defensores de esas tierras y fuera de la vista del dragón negro demente. Descendió a tal velocidad que ninguno de los dos jinetes pudo protestar.

Únicamente cuando Korialstrasz aterrizó y ambos jinetes desmontaron, Krasus tuvo la oportunidad de decir algo al respecto:

— ¿Qué es lo que pretendes?

— Me conoces mejor que nadie. Ya sabes qué pretendo.

Y así era. En ese instante, Krasus recordó vagamente haber tomado esa decisión. Aun así, todo lo que antes había sido grabado a fuego en la historia ya no era algo fijo e inalterable. Korialstrasz había estado a punto de morir una vez; quizá la segunda vez no tuviera tanta suerte.

## El Alma Demoníaca

Aunque era consciente de ello, no podía oponerse a lo que quería hacer el dragón. El amor que Korialstrasz sentía por su reina y compañera sentimental era un amor que Krasus también sentía.

— Entonces, lanza un ataque bajo a su espalda. —le aconsejó a su otro yo. — Y haz todo lo posible para que suelte el disco.

El coloso agachó la cabeza en señal de agradecimiento.

— Acepto tu consejo de todo corazón.

Una vez dicho esto, Korialstrasz se elevó en el aire una vez más batiendo esas alas con rapidez, pues quería ganar velocidad antes de atacar. Los dos observaron al dragón partir y Krasus, en particular, mantuvo los ojos clavados en dragón rojo hasta que este desapareció de la vista.

En cuanto le quedó muy claro que la suerte estaba echada, el mago se volvió y dijo:

— ¡Vamos, Malfurion! ¡Debemos ir con premura al lugar donde se encuentra tu gente!

Krasus corrió por ese paisaje, olvidándose de mantener la compostura o un porte digno. La dignidad era algo reservado a aquellos que tenían tiempo y paciencia; unos lujos con los que no podían contar ni él ni su compañero. Lo único que importaba era alcanzar a Rhonin y los demás.

Aunque, claro, una vez hecho esto, la cuestión que debían plantearse era qué podían hacer exactamente.

A pesar de que siguieron corriendo sin parar, el mago tuvo la sensación de que los elfos de la noche seguían estando en todo momento igual de lejos.

— ¡Vamos muy lentos! —le espetó Krasus. — ¡Para cuando lleguemos ahí, será demasiado tarde!

— ¡Podría intentar invocar algún medio de transporte! ¡Tal vez Cenarius pueda enviarnos de nuevo unos hipogrifos!

— ¡Dudo mucho que vayamos a tener tanta fortuna como entonces! Pero tal vez... tal vez pueda contactar con Rhonin...

Krasus se detuvo y respiró hondo. A continuación, intentó contactar con su antiguo protegido. No obstante, aunque podía percibir al humano, reinaba demasiado el caos. El mago dudaba de que Rhonin hubiera sido capaz siquiera de intuir su llamada.

— He fracasado —afirmó al fin. — Parece que tendremos que seguir corriendo.

— Déjame intentarlo a estas alturas, no tenemos nada que perder.

Krasus clavó su mirada en el druida.

— ¿Con quién piensas contactar?

— Con mi hermano, por supuesto.

El delgado taumaturgo meditó acerca de esa opción, y entonces dijo:

## El Alma Demoníaca

- Puedo sugerir a otra persona? ¿A Tyrande, tal vez?
- ¿Tyrande?

Malfurion se le oscurecieron las mejillas.

Como no quería que el elfo de la noche se ruborizara aún más, Krasus añadió:

- Cuando te buscábamos en el palacio pudimos establecer un enlace mental rápidamente gracias a *ella*. Creo que, con mi ayuda podrás hacerlo de nuevo. Además, es más probable que Tyrande nos pueda facilitar algún medio de transporte.

Malfurion asintió, pues ese razonamiento tenía su lógica.

Los dos se sentaron, uno frente al otro. Krasus clavó su mirada en los ojos del elfo de la noche mientras los dos se concentraban.

- Tyrande... —susurró Malfurion.

Krasus notó cómo este expandía su conciencia hacia ella. Las mentes del druida y la sacerdotisa entraron en contacto casi al instante, lo cual confirmó su teoría. Quizá aún no fueran conscientes de ello, pero él sí que era capaz de percibir esos sentimientos tan profundos que había entre ellos; mientras tanto, Malfurion la llamaba de nuevo.

*Tyrande...*

*¿Malfurion?, —la joven parecía hallarse sobresaltada y aliviada al mismo tiempo. ¿Dónde...?*

*¡Escucha con atención! No puedo darte muchas explicaciones, —replicó el druida, haciendo hincapié de la mejor manera posible en lo urgente que era la situación. ¡Krasus y yo necesitamos unas monturas! ¿No podría una de tus hermanas dirigirse hacia las colinas del sur?*

Al instante, se las imaginó en su mente del mejor modo posible para que ella las viera y, acto seguido, percibió que Tyrande reconoció aquel lugar.

*¡Iré yo misma!, respondió la sacerdotisa.*

Krasus intervino antes de que Malfurion pudiera protestar.

*Ella será capaz de llegar hasta aquí gracias al enlace mental. Cualquier otro podría perderse cabalgando por esta zona y no localizarnos.*

El mago dragón percibió que la joven estaba de acuerdo y que, por fin, Malfurion daba su brazo a torcer.

*¡Primero debo encontrar unas monturas, pero estaré ahí en breve!*

Una vez dicho esto, Tyrande se retiró de la conversación telepática. No obstante, el enlace mental con Malfurion seguía activo; pero de un modo que le permitiera a la joven actuar sin que la distrajeran los pensamientos de este.

## El Alma Demoníaca

— ¡Loados sean los Aspectos! —exclamó Krasus al desconectarse del enlace mental que compartían la sacerdotisa y el druida. Tras ayudar a Malfurion a ponerse en pie, aseveró: — Ahora sí tenemos alguna oportunidad.

— ¿Estás seguro? ¡Primero los demonios y ahora esto! ¡Kalimdor está condenada, sin lugar a dudas!

—Tal vez sí o tal vez no. Haremos lo que podamos. —De improviso, el mago alzó la mirada hacia esa parte del cielo por la que se había ido volando Korialstrasz. Las colinas evitaban que ambos pudieran ser testigos de la inminente batalla. — Como todos los demás —apostilló Krasus sombríamente. — Como todos los demás...



## CAPÍTULO VEINTIUNO

**K**orialstrasz colisionó con Neltharion con la máxima violencia posible, apuntando a las zonas menos protegidas por las escamas. Al mismo tiempo, el dragón rojo le lanzó una llamarada a los ojos a ese Aspecto demente.

De ese modo logró sobresaltar al Guardián de la Tierra, pero Neltharion no soltó el disco, tal y como Korialstrasz esperaba. El dragón negro lo aferraba como si la vida le fuera en ello. A pesar de que Neltharion salió despedido y dio varias vueltas en el aire mantuvo la calma necesaria para no perder esa creación suya tan apreciada.

Korialstrasz siseó al ser consciente de que había fracasado. Se enfrentaba solo a ese dragón mucho más grande que él, ante

## El Alma Demoníaca

el cual no tenía ninguna oportunidad de vencer. Y lo que era aún peor, el dragón rojo sentía la llamada de ese objeto al que Krasus había llamado de un modo mucho más adecuado el Alma Demoníaca y sabía que, al igual que había hecho con el resto, el Guardián de la Tierra sería capaz de esclavizarlo.

No obstante, el consorte de Alexstrasza se negaba a batirse en retirada. Se había comprometido a luchar hasta el final, aunque solo fuera para salvar a su amada.

Antes de que Neltharion pudiera recuperarse, Korialstrasz volvió a golpearlo; esta vez, le propinó un cabezazo en el torso. El Aspecto profirió un grito ahogado al quedarse sin aire, lo que provocó que abriera la garra y, en esta ocasión, sí, el disco se le cayó.

— ¡Nooo! —exclamo de un modo atronador Neltharion, quien, enajenado reaccionó violentamente y demostró su enorme fuerza empujando al otro dragón, de tal modo que Korialstrasz salió despedido a velocidad. El Guardián de la Tierra descendió en picado rápidamente para recuperar ese objeto. Con las alas totalmente plegadas, Neltharion bajo tan rápido que logró agarrar el Alma Demoníaca, antes de que cayera demasiado lejos.

El coloso negro se detuvo y le rugió iracundo a esa otra bestia más pequeña.

— ¿Cómo... te... *atreves*?



Korialstrasz intentó recuperar el control y enderezarse, pero reaccionó con demasiada lentitud. Horrorizado, vio que Neltharion lo señalaba con el disco.

— ¡Me entregarás tu cuello!

Un fogonazo de luz envolvió a Korialstrasz por entero y lo quemó como nunca antes nada lo había hecho. Se sintió como si se le derritieran las escamas y los huesos se le abrasaran. Gritó de agonía.

Aun así, el dragón rojo se obligó a seguir *avanzando*, no retrocedió. Luchó contra ese dolor y se fue acercando a Neltharion. El Guardián de la Tierra bramó presa de la frustración. Arrastrado por su locura, Neltharion no había intentado esclavizar a su adversario sino destruirlo, y eso se había vuelto en su contra.

Chocaron. A tan corta distancia, el Alma no es un arma tan útil como Neltharion podría haber imaginado. Ambos dragones se vieron momentáneamente a luchar usando únicamente las garras y los dientes, lo que permitió a Korialstrasz nivelar la situación.

Aunque Neltharion intentó morderle el cuello al dragón rojo, este inhaló y le lanzó una tremenda descarga de calor a la cara al Guardián de la Tierra. Esta vez su ataque tuvo más éxito. El dragón negro se alejó dando vueltas por el aire con la cabeza humeando.

## El Alma Demoníaca

Sin embargo, la victoria de Korialstrasz fue muy corta. Neltharion aleteó para situarse lejos de su enemigo y se acercó el Alma Demoníaca al pecho jadeante. Entonces mostró una sonrisa muy amplia y demencial a su oponente.

— ¡Me he hartado de ti, joven Korialstrasz! ¡Para mí, no eres más que un mosquito, un insecto que debe ser aplastado! La esclavitud sería algo demasiado bueno para ti...

Mientras hablaba, el disco relució intensamente. Su aura dorada se expandió hasta rodear por entero a Neltharion. En sus carcajadas ya no había ni el más mínimo rastro de cordura. Unas llamas brillaron en los ojos del Guardián de la Tierra, el cual pareció hincharse de una manera desproporcionada.

— ¡Un insecto! —repitió con un tono casi jubiloso. — ¡Para mí, todos ustedes no son más que insectos!

El dragón negro se estremeció como si se hallara a punto de explotar. Extendió un brazo y, con la garra que tenía libre, señaló al lejano suelo.

La tierra tembló. Los demonios y los elfos de la noche se dispersaron y se alejaron aún más unos de otros en cuanto las erupciones comenzaron. El magma y el fuego se elevaron muy alto en el cielo y cayeron cual lluvia sobre aquellos desdichados que no habían sido lo bastante rápidos como para poder escapar. El mismo poder de la tierra que Neltharion había jurado usar de un modo sabio lo estaba utilizando ahora para matar indiscriminadamente. Korialstrasz pudo ver con sus propios ojos cómo el Guardián de la Tierra pervertía el papel

que se le había asignado y se transformaba, pasando de ser un Aspecto del mundo a su antítesis.

Mientras cometía esas atrocidades, Neltharion continuó cambiando. El torso se le desgarró, de tal modo que las escamas se le quebraron como si estuvieran hechas de papel. Aun así, no manó sangre de aquella herida, sino más bien puro fuego. Otro desgarró cobró forma en su pecho y un tercero en el lado opuesto al primero.

Unos desgarros espantosos se expandieron por todo el cuerpo de Neltharion; era como si una peste lo hubiera infectado. Las escamas protuberantes de su espalda se hicieron pedazos. El mero hecho ver algo así hizo sufrir a Korialstrasz, pero el coloso negro no parecía sentir dolor. Más bien daba la sensación de que el Guardián de la Tierra se estaba deleitando con lo que le estaba ocurriendo. Sus ojos brillaban con suma intensidad, con unas energías que eran un eco de las del disco. Mientras seguía provocando esa devastación, no paró de reír.

El dragón rojo se armó de valor e intentó detener al espantoso leviatán una vez más. Voló hacia Neltharion y se dispuso a morir. Korialstrasz pidió disculpas silenciosamente a un Krasus que no se hallaba ahí presente, quien seguramente moriría en el mismo momento que él lo hiciera.

Aunque se hallan concentrado en la masacre que estaba provocando, Neltharion logró darse cuenta que su adversario regresaba. Esbozando una mueca de desprecio, en la medida que ese semblante de reptil se lo permitía, el dragón negro apuntó a Korialstrasz con el Alma Demoníaca.

## El Alma Demoníaca

El poder de ese objeto golpeó como un mazo al dragón rojo, que se precipitó al vacío. Aunque Korialstrasz intentó frenar la caída, el poder del disco se mostró implacable con él.

Se estrelló y el impacto fue ensordecedor. Ni siquiera entonces aflojó su ataque Neltharion, ya que estaba decidido a aplastar al otro gigante contra el suelo.

De repente, lanzó un crepitante campo de energía azul al Guardián de la Tierra, lo que provocó que siseara y volviera a aferrar el Alma Demoníaca contra su pecho. El coloso negro rugió furioso, al mismo tiempo que buscaba al causante de todo aquello.

Con unos ojos llorosos, Korialstrasz pudo ver que algo se movía en dirección hacia Neltharion.

Se trataba de los demás dragones que se habían liberado. Por culpa de su batalla contra el consorte de Alexstrasza y el caos que había desatado sobre los elfos de la noche y los demonios. Neltharion había dejado de concentrarse de la manera necesaria en el conjuro que tenía esclavizados a los demás colosos. Y ese error daba esperanzas a todo Kalimdor.

Un grupo se separó rápidamente del resto. Un Vuelo de furias azules trazó varias vueltas alrededor del Aspecto atrapado en ese campo de energía. Lo encabezaba alguien que, hasta la traición del Guardián de la Tierra, había apoyado sus planes más que nadie.

— ¡Neltharion! —bramó Malygos. — ¡Amigo Neltharion! ¡Mira en que te has convertido! ¡Eso que has creado te acabará destruyendo! ¡Dámelo para que pueda terminar con él y la corrupción que propaga!

— ¡No! —replicó un vociferante Neltharion. — ¡Tú lo quieres para ti! ¡Todos lo codician, pues saben que podría hacerse muy poderosos! ¡Pues es capaz de crear a un dios!

— Neltharion...

Pero Malygos no pudo decir nada más. El dragón negro siseó y su cuerpo ardió aún más. Esa aura dorada que los envolvía tanto a él como al disco se expandió, quemando esa jaula de energía que el dragón azul había conjurado.

— ¡No nos dejas otra opción, viejo amigo! —exclamó Malygos, quien cayó a plomo sobre el otro Aspecto, siseando.

Alrededor de ellos dos, los demás dragones azules se colocaron en posición para atacar al Guardián de la Tierra por todos los flancos con su poder. De todos los vuelos, el Vuelo Azul era el que mejor conocía los intrincados caminos de la magia. Un débil Korialstrasz pensó que, al final, Neltharion sería derrotado.

Como una manada de lobos, los dragones azules estrecharon el cerco sobre su presa y avanzaron en tropel. Un aura de un color cobalto oscuro envolvía a Malygos.

— Esa obscenidad nunca debería haberse convertido en un objeto real. —le espetó el Tejehechizos a su rival. — ¡Y como yo desempeñé un papel clave en su creación, es justo, viejo amigo, que ahora la *borre* de la existencia!

## El Alma Demoníaca

Algo que parecía ser un arco de energía de pura luz blanca voló hasta el disco. Mientras se acercaba, quedó claro que Malygos había

Dicho la verdad cuando había afirmado que pretendía “borrar” de la existencia al Alma Demoníaca, ya que allá por donde pasara, dejaba el vacío a su paso. Ahí no había niebla. Ni *cielo*. Solo había un vacío de un blanco puro. Si bien en el cielo solo tendría un efecto pasajero, por supuesto en el caso de ese disco siniestro, el «borrado» sería sin duda permanente.

O más bien..., *debería* haber sido permanente. Ni Korialstrasz, que era testigo mudo de lo que estaba sucediendo, ni ninguno de los demás dragones, nunca llegarían a saber si el hechizo de Malygos hubiera sido capaz de destruir el Alma o no, puesto que antes de que este pudiera alcanzar el disco, Neltharion escupió. Su saliva se transformó en una esfera negra y ardiente que chocó con el arco blanco segundos antes de que este alcanzara a la creación del leviatán negro. De la colisión brotaron una serie de chispas y a continuación..., no sucedió nada más.

Malygos lanzó un grito terrible e indicó a su vuelo que atacara. Sin embargo, Neltharion reaccionó con rapidez. Antes incluso de que el arco blanco se desvaneciera, sostuvo en alto el Alma Demoníaca. Entonces en vez de la luz dorada que había arrasado, gran parte de las tierras de allá abajo, una luz gris brotó de ella y salió despedida en todas direcciones.

Malygos generó un escudo de humo, que bien podría haber estado hecho de puro humo normal de verdad, ya que la luz gris lo atravesó y alcanzó con fuerza, de tal modo que acabó

saliendo despedido. Sobrevoló las colinas y se perdió por el horizonte, mientras rugía de agonía en todo momento.

Sin embargo, Neltharion tenía reservado un destino mucho más horrendo para los consortes y seguidores del Tejehechizos.

Al unísono, los dragones se *marchitaron*. Se deshincharon como si fueran odres de agua vacíos. Sus gritos fueron una tortura para todo aquel que los oyó. Aunque se resistieron como pudieron, ninguno pudo escapar de esa luz gris que los atrapaba.

Los demás dragones intentaron acudir en su rescate, pero ya era demasiado tarde. Habían quedado reducidos a unos meros cascarones, debido a que el Alma Demoníaca les había arrebatado toda su magia y fuerza vital. Los dragones azules moribundos pasaron a transformarse en polvo que viento acabó esparciendo.

— No... —dijo con voz entrecortada Korialstrasz, quien intentó incorporarse. Pero como aún le daba vueltas la cabeza, volvió a desplomarse, haciendo añicos lo que quedaba de la ladera de la colina contra la que se había estrellado. — No...

— ¡Necios! —exclamó con una potente voz el Guardián de la Tierra sin el menor remordimiento por lo que acababa de hacer. ¡Ya se los había advertido una y otra vez! ¡Soy supremo! ¡Todo lo que *existe* me pertenece! ¡Todo cuanto vive, vive gracias a mí!

## El Alma Demoníaca

Y sin ni siquiera dirigirles la mirada, el coloso ardiente lanzó un huracán que se llevó por delante a los demás dragones como si no fueran nada. Ni Alexstrasza ni Ysera pudieron resistirse a él, de modo que ambos Aspectos fueron arrastrados con la misma facilidad que el resto. Junto a los demás, fueron dando volteretas por el aire hasta hallarse muy lejos, hasta perderse de vista, sin parar de girar, desgraciadamente. Ni uno solo de esos centenares de dragones pudo esquivar el hechizo de Neltharion.

Con su cuerpo hinchado de manera desproporcionada y múltiples grietas ardientes abiertas por todo el torso, el monstruoso dragón se volvió para observar con detenimiento a los elfos de la noche y a los adversarios de estos.

— ¡Y ustedes...! ¡Ustedes aún no han aprendido la lección! ¡Pero lo harán! ¡Sí, lo harán!

Volvió a estallar en carcajadas, a la vez de que con la garra delantera libre se agarraba uno de los desgarros que se le habían abierto en la Piel. Por primera vez, pareció percatarse de que su propio cuerpo había sufrido unos cambios terribles, por lo cual su expresión cambió y adoptó un gesto de asombro. Acto seguido, Neltharion les gritó a los testigos que se encontraban allá abajo.

— ¡Ahora veremos quién es digno de vivir en mi mundo. Los dejo para que prosigan con su pequeña guerra..., ¡pueden *luchar* para demostrar quién será digno de vivir e idolatrarme!



Y tras lanzar una última carcajada demencial, el coloso negro se volteó y alejó volando.

Korialstrasz dio gracias porque el Guardián de la Tierra no hubiera sido capaz de seguir avanzando por su demencial sendero de destrucción, pero sabía que ese respiro solo sería momentáneo. Si bien se había deleitado en un principio con la transformación que había provocado en él el disco, Neltharion se había dado cuenta, al fin, de que tenía que hacer algo para controlar esas fuerzas que estaban desgarrando su cuerpo. El débil dragón rojo estaba seguro de que el dragón negro pronto hallaría una solución para ese problema... y, entonces, sin lugar a dudas Neltharion regresaría para reclamar ese mundo como "suyo".

Una vez más, Korialstrasz intentó incorporarse, pero el cuerpo aún no le respondía. Aunque el dragón rojo herido alzó la vista esperanzado hacia el cielo envuelto en penumbra, ahí no vio ni rastro ni de su gente ni de Alexstrasza. El miedo lo atenazó, el miedo de que hubieran sufrido un destino similar al del vuelo de Malygos. Al imaginarse a su reina paralizada e indefensa en la cima de alguna montaña inhóspita, una lágrima chisporroteante brotó de uno de sus ojos. Aun así, por mucho que lo intentara, ni siquiera imaginándose ese tipo de cosas era capaz de levantarse.

*Debo... Debo descansar... Luego, encontraré a Krasus... El  
sabr  que hacer...*

## El Alma Demoníaca

El gigante rojo echó la cabeza hacia atrás. Lo único que necesitaba era descansar unos minutos. Después, podría volver a elevarse en el aire.

Pero justo en ese instante, oyó un nuevo estruendo con su agudo sentido del oído. Korialstrasz únicamente tardó un segundo en reconocerlo.

Era el fragor de la batalla.

Los demonios atacaban de nuevo.

\*\*\*\*\*

En una pesadilla. Krasus se encontraba en medio de una terrible pesadilla. Tanto él como Malfurion habían llegado a un lugar donde, bien no podían contemplar la batalla, al menos sí podían ser testigos de lo que sucedía en el cielo.

De este modo, Krasus había observado cómo sus congéneres eran derrotados por una sola criatura demente.

Había visto cómo su yo joven intentaba enfrentarse a un Aspecto de una manera valerosa (Aunque estúpida). La lucha había acabado como el mago esperaba, a pesar de que no recordaba casi nada sobre esos momentos. Un escalofrío lo había recorrido cuando Korialstrasz había terminado cayendo, pero a pesar de que Krasus había sentido su dolor, también había percibido que el dragón rojo seguía vivo..., lo cual era toda una victoria, dadas las circunstancias, aunque fuera menor.

No obstante, lo peor de todo para él, peor incluso que saber que muchos elfos de la noche habían perecido a manos de Neltharion era lo que les había sucedido a los demás dragones. Como el vuelo de Malygos había sido prácticamente aniquilado, ahora el Tejehechizos se iría sumiendo en los abismos de la locura mientras los dragones azules se acercaban al abismo de la extinción. Ese gigante alegre y encantador desaparecería para dar paso a una bestia solitaria y ominosa.

Además, el hecho de que el ataque hubiera acabado con todos los demás dando vueltas por el aire hasta perderse en el horizonte hacía que tuviera el corazón en un puño. Se repetía una y otra vez que Alexstrasza estaría bien, que la mayoría de los dragones sobrevivirían a esos vientos épicos que los habían arrastrado a medio mundo de distancia. Eso era lo que decía la historia, pero su corazón insistía justo en lo contrario.

Se adelantó a Malfurion y, presa de la desesperación, intentó transformarse. Como era más viejo, sabio y poderoso que su yo joven, Krasus creía que él podría haberse enfrentado a Neltharion con más esperanzas de éxito. El mago dragón hizo un gran esfuerzo para intentar cambiar, para volver a ser lo que debería ser...

Sin embargo, al final, lo único que logró fue trastabillarse primero y caer después. Krasus se cayó de bruces al suelo, donde permaneció tumbado un momento, mientras lo dominaba la sensación de culpa por todo en lo que había fracasado.

## El Alma Demoníaca

— ¿Maestro Krasus? —preguntó Malfurion a la vez que lo levantaba.

Avergonzado por lo que acababa de hacer, el mago enterró sus emociones bajo ese rostro que mostraba normalmente cual máscara.

— Estoy bien, druida.

El joven elfo de la noche asintió.

— Entiendo, en parte lo que está pasando.

Si bien Krasus estuvo a punto de espetarle al druida que era imposible que lo entendiera, enseguida se dio cuenta de lo impertinente y estúpido que habría sido hacer ese comentario cáustico. Claro que Malfurion lo entendía; en esos mismos momentos, su pueblo, posiblemente todos sus seres queridos, se estaban muriendo.

De repente, su compañero alzó la vista.

— ¡Loado sea Cenarías! ¡Qué suerte tenemos!

— ¿Suerte?

Krasus siguió su mirada y diviso una figura que lo llenó de dicha Tyrande cabalgaba hacia ellos, acompañada de otras dos hermanas. También traía consigo un par de monturas de más; obviamente, eran las reservadas para los dos taumaturgos.

Tras pararse, descabalgó de un salto del sable de la noche y dio un gran abrazo a Malfurion sin avergonzarse en absoluto de ello. Las otras hermanas miraron al suelo por pura cortesía; Krasus se percató de que parecían tratar con sumo respeto a Tyrande, a pesar de que, sin duda, eran mayores que ella.

— ¡Gracias, Madre Luna! —exclamó con voz entrecortada. — Con todo lo que ha pasado y después de que Korialstrasz apareciera así, temía que tú...

— Igual que yo —replicó el druida.

Krasus sintió una leve punzada en el corazón que no tenía nada que ver con su estado físico o el de Korialstrasz, pues al contemplar a esa pareja de elfos de la noche, se imaginó a sí mismo en compañía de su amada.

— Debemos irnos —les dijo. — Debemos detener a los demonios si queremos tener alguna esperanza de detener después al Guardián de la Tierra.

Con cierta reticencia, Malfurion y Tyrande se soltaron. En cuanto todo el mundo estuvo montado, grupo dio la vuelta y se dirigió hacia el campo de batalla.

Oyeron los gritos y chillidos mucho antes de ver el primer derramamiento de sangre. La batalla se había desplazado totalmente, lo que había sorprendido incluso a Tyrande y las hermanas que la acompañaban, quienes la habían abandonado hacía muy poco.

## El Alma Demoníaca

— ¡No deberían estar tan cerca! -exclamó abruptamente una de las dos hermanas. — ¡Las líneas se están viniendo abajo completamente!

La otra hermana asintió y, a continuación, se volvió hacia Tyrande.

— Señora, debemos hallar otro camino. El que recorrimos para venir está infestado.

Tanto a Krasus como a Malfurion les llamó la atención esa última palabra, pero ninguno comprendió su verdadero significado. Tyrande la dotó de un aura aún más misteriosa al aceptar la sugerencia como lo haría alguien que estuviera al mando.

— Guíanos por el camino que consideres más adecuado.

Siguieron cabalgando, en busca de otra vía que los llevara hasta la hueste. Aunque un sendero se abrió ante ellos, tenía un inconveniente: acercaría al grupo demasiado al combate, con el peligro que eso acarrearía. Aun así, parecía ser la única ruta posible, a menos que quisieran rodear por detrás todo el ejército de Cresta Cuervo, lo cual supondría cabalgar durante más horas y perder más tiempo.

Mientras el grupo avanzaba, Krasus contempló la batalla cercana. Los demonios luchaban como si todavía pretendieran conquistar el mundo para su señor cuando, de hecho, era igual de probable que Neltharion los aniquilara a ellos como a los elfos de la noche. Archimonde debía de dar por sentado que,

de algún modo, se haría con el control de la situación rápidamente y, acto seguido, se enfrentaría al dragón negro. Aunque Krasus no sabía cómo esperaba derrotarlo, el comandante demonio era capaz de cualquier cosa; además, el futuro ya no estaba escrito y podía ocurrir cualquier cosa.

— ¡Por aquí! —gritó la sacerdotisa que encabezaba la marcha, quién obligó a girar a su montura para bajar por un sendero. Acto seguido se esfumó brevemente al doblar el recodo de una colina que habían estado bordeando.

Los demás la siguieron, pues eran conscientes de que cada segundo contaba. Pero en doblaron el recodo, Malfurion exclamó:

— ¡Cuidado!

La batalla, que pareció surgir de la nada, se cruzó en su camino. Unos soldados retrocedían desesperados mientras unos demonios que sonreían de oreja a oreja se abrían paso violentamente entre sus líneas cada vez más endeble. Los jinetes lograron evitar muy poco el choque con los soldados. Y lo que era aún peor, la endeblez de esas líneas provocó que acabaran encontrándose cara a cara con el enemigo.

Aunque la hermana que guiaba a los demás intentó defenderse de la hoja flamígera de un demonio, reaccionó con demasiada lentitud. La monstruosa espada le atravesó el hombro y el cuello y la sacerdotisa se desplomó. De inmediato, su montura despedazó al demonio, pero ya no se podía hacer nada por el jinete.

## El Alma Demoníaca

— ¡Señora! —exclamó la otra hermana que aún quedaba viva.  
— ¡Atrás!

Intercambió golpes con un guardia vil, al que alejó de Tyrande.

La amiga de la infancia de Malfurion no se arredró. Con una ferocidad que recordó a Krasus a un ser de su propia especie, se sumó a la batalla para acudir en ayuda de su compañera y halló un hueco en la armadura del demonio por el que introducir su arma. El guardia vil cayó en redondo y, brevemente, la línea de los defensores de esas tierras volvió a tener una cierta solidez.

— ¡Tenemos que dar con Rhonin y lord Cresta Cuervo! —les instó Krasus.

Aun así, a pesar del enorme esfuerzo que estaban realizando, se vieron obligados a retroceder empujados por esa avalancha de cuerpos. Krasus lanzó un hechizo que hizo que las armas de otros demonios caídos volaran y se clavaran en los monstruosos guerreros de la vanguardia. Acosados, tanto por los elfos de la noche como por esas hojas encantadas, muchos demonios murieron.

Sin embargo, el esfuerzo hizo mella en Krasus mucho más de lo había esperado. Una vez más, la debilidad de Korialstrasz le estaba afectando, ya que su yo joven había acabado agotado tras luchar contra Neltharion; además era obvio que el vínculo que compartían le había permitido al dragón extraer energías de Krasus.



Malfurion demostró ser mucho más eficaz. Generó una tormenta de polvo que cegó únicamente a la Legión Ardiente, obligando a los demonios a atacar temerariamente con la esperanza de acertar el algún blanco. Los soldados pudieron aniquilar a esos confusos guerreros con gran facilidad.

Como Krasus estaba concentrado en los invasores, no prestó atención a lo que ocurría en el cielo; gracias a Neltharion, creía que no había ninguna razón por la que alguien debiera mirar hacia arriba.

Sin embargo, en cuanto oyó ese chillido y se fijó en esa sombra que aumentaba de tamaño, Krasus alzó al fin la vista, justo a tiempo de lanzar una maldición por haberlo hecho antes.

Dos infernales se estrellaron contra el suelo... y se desató un caos total.

El impacto de esos demonios caídos del cielo tuvo unas consecuencias desastrosas. Se produjo un terremoto tremendo ante el que nadie pudo hacer nada. Los soldados salieron despedidos volando. Otros gritaron al mismo tiempo que unos enormes fragmentos de piedra y tierra (que los Infernales habían levantado con su aterrizaje) los aplastaban.

La montura de Tyrande fue golpeada por uno de tales misiles y cayó, de tal modo que la sacerdotisa acabó en medio del combate tras volar por los aires. La otra hermana hizo ademán de ir a por ella, pero una espada flamígera le atravesó el corazón. A pesar de que Malfurion también intentó agarrar a Tyrande, no pudo hacerlo, ya que uno de los Infernales se alzó

## El Alma Demoníaca

del cráter que había creado y arremetió contra el sable de la noche del druida.

Además, no recibió ninguna ayuda por parte de Krasus. El mago dragón se encontraba medio inconsciente sobre la silla de montar, con una de las sienes amoratada tras haber recibido, probablemente el impacto de una piedra muy grande. Y lo que era aún peor, la montura de Krasus, que se hallaba dominada por el pánico por mor de los temblores, huyó con el mago herido.

El druida optó al fin por desmontar del sable de la noche de un salto. El Infernal pasó corriendo a su lado, puesto que el brutal demonio solo estaba interesado en provocar una carnicería en general.

Malfurion se abrió paso violentamente a través de esa muchedumbre de soldados desalentados y logró ver a Tyrande. La joven se había llevado la mano a la cabeza y se encontraba arrodillada en medio de aquel caos. Su yelmo yacía a sus pies; una parte de él estaba severamente abollado, el druida se maravilló ante el hecho de que siguiera viva.

— ¡Tyrande! —gritó, a la vez que le tendía una mano.

Aunque la sacerdotisa lo miró de un modo inexpresivo por un instante, al final le agarró la mano. Malfurion logró apartarla de la zona donde más cruenta era la batalla.

Con Tyrande apoyándose en él, el druida se dirigió hacia algún lugar donde pudiera esconderse de manera momentánea. Lo

único que quería era sacarla de esa área. Malfurion se sentía culpable por haberle pedido que viniera hasta ese lugar, a pesar de que, probablemente, no había ningún sitio en esa batalla donde nadie pudiera sentirse seguro.

La arrastró hasta la ladera de la colina y subieron por ella. Incluso ahí arriba no estaban seguros, ya que los elfos de la noche y los demonios ya estaban luchando en la base de la misma. Sin embargo, por el momento, esa era la única alternativa que tenían.

Unas pocas plantas verdes todavía se aferraban a la vida en la colina. El druida acarició una de ellas y le rogó que le diera su agua. Después, acercó esas hojas verdes a los labios de Tyrande, de tal manera que esa valiosa agua goteó hasta alcanzarle la boca.

La joven gimió. Se acomodó de tal modo que acabó reposando la cabeza sobre el brazo de Malfurion.

— Tranquila, Tyrande. Tranquila.

— Malfurion..., los demás...

— Están bien —mintió. — Tómate un minuto para despejarte. Te has golpeado la cabeza cuando te caíste.

— ¡Hel'jara! Esa... ¡Esa espada la atravesó por entero!

Malfurion lanzó un juramento en silencio; si era capaz de recordar la muerte de esa hermana, entonces podría recordar mucho más.

— Procura relajarte.

## El Alma Demoníaca

Pero mientras le pedía eso a ella, Malfurion se tensó. Estaba seguro e alguien los estaba observando.

El druida miró hacia atrás con rapidez y creyó ver una sombra. Al instante cerró un puño. ¿Acaso alguno de los atacantes había logrado infiltrarse entre sus líneas?

— Tyrande —susurro. — Voy a hablar con Krasus. No está muy lejos. Tú sigue descansando.

Ella lo miró con una expresión que indicaba que algo de lo que le había dicho no le parecía bien, pero no sabía exactamente qué. Con la esperanza de que no se despejara demasiado pronto y recordara que el mago se había alejado de ellos, Malfurion la dejó apoyada con suma delicadeza en esa colina y, acto seguido, se fue sigilosamente.

Mientras se abría paso con suma cautela hacia el lugar donde creía haber visto esa sombra, el druida se concentró en una serie de hechizos con los que podría utilizar en su provecho todo lo que había en torno a él. La tierra de ese sitio estaría ansiosa por ayudarlo a destruir a un guardia vil u otro demonio.

Alguien o algo había estado ahí. Distinguió un leve surco en cierta área, pero para haber sido hecho por uno de esos temibles guerreros, era más pequeño de lo que imaginaba. Esa huella indicaba que ahí había estado algún individuo pequeño o algún animal, aunque no estaba seguro de cuál de las dos opciones era la correcta. También daba la impresión de que por ahí había pululado más de una criatura.

Después de dejar atrás un árbol, se detuvo. Delante de él, pudo oír el ruido de algo que rozaba una piedra. Malfurion echó a correr y se preparó para atacar.

Sin embargo, tras girar en otro árbol, no vio a un demonio, sino a una figura un poco más familiar, a otra elfa de la noche.

Esta desapareció rauda y veloz de su vista. Se escabulló con tanta rapidez que para poder seguirla tuvo que dejar sola a Tyrande. Esa joven no vestía armadura alguna ni tampoco una túnica del templo, sino los ropajes propios de muchos de los refugiados. Aunque había llegado a atisbar fugazmente que en una mano llevaba algo largo de madera, no había podido precisar con exactitud que era.}

No resultaba muy sorprendente que se hubiera topado con un refugiado que merodeaba por los alrededores. Con casi toda seguridad, el miedo estaría empujando a la gente normal a huir y dispersarse. La hueste se estaba viendo obligada a retroceder de un modo implacable y no parecía que esta vez nada pudiera salvar a los elfos de la noche.

Malfurion se volvió y regresó presuroso hacia el lugar donde había dejado a Tyrande. Ella era lo único que le importaba ahora; además, en esos momentos no podía hacer nada por ninguna joven refugiada que se hubiera alejado tanto del resto.

El druida corrió entre los árboles, mientras buscaba con la mirada a la sacerdotisa. Malfurion había perdido un tiempo muy valioso persiguiendo a esa joven; tenía que marcharse de ahí

## El Alma Demoníaca

con Tyrande lo antes posible, antes de que la lucha alcanzara el lugar donde ella yacía.

Tras dejar atrás los últimos árboles, el druida suspiró, aliviado. El fragor del combate todavía se hallaba lejos. Tyrande estaría a salvo...

Se quedó paralizado al ver tendida en el suelo a su amiga de la infancia... y a una siniestra figura que se encontraba sobre ella.

Aunque debería haber sido imposible que esa criatura lo oyera, esta se volvió hacia Malfurion. Unas pezuñas repiquetearon sobre esa tierra rocosa cuando esa figura que recordaba a una cabra se encaró con él. La parte superior de su cuerpo era semejante a la de un congénere del druida, salvo por esos cueros curvos tan altos. En ese rostro que tanto recordaba a un elfo de la noche se dibujó una sonrisa malévola dirigida a Malfurion mientras el recién llegado abría y cerraba expectante esas manos provistas de garras.

Sin embargo, lo más terrible, incluso peor que encontrarse con esa criatura cerniéndose sobre Tyrande, era el rostro de su enemigo.

Malfurion conocía esa cara. Aunque no se lo había contado a nadie, lo atormentaba en sus pesadillas. Aunque esos rasgos habían cambiado un poco, nunca podría olvidar esos ojos..., esos ojos de cristal negro y carmesíes.

Lord Xavius se había alzado de entre los muertos.



## CAPÍTULO VEINTIDÓS

**L**as líneas de los elfos de la noche eran muy endebles ahora que las posiciones de todo el mundo cambiaban continuamente. No obstante, lord Cresta Cuervo intentaba mantener el orden y la moral bien alta. Por mucho que no hubiera estado de acuerdo con el noble en el pasado, Rhonin ahora se sentía agradecido de que el amo y señor del Bastión del Cuervo Negro ejerciera tal autoridad sobre sus soldados. El mago no podía imaginarse a alguien como Desdel Ojo Estrella haciendo lo mismo. Cresta Cuervo por fin divisó al humano. Cabalgó hacia él y le gritó:

- ¡Mago! ¡Le necesito allí arriba, no aquí abajo!
- ¡Uno de nosotros debería permanecer cerca de ti, mi señor!

## El Alma Demoníaca

En realidad, lo que Rhonin quería era estar cerca para poder escuchar las noticias que llegaran, aunque proteger al comandante de la hueste también se había convertido en una prioridad para él.

— ¡Preferiría que estuvieras allí arriba con la Guardia Lunar e Illidan! —Por primera vez, Cresta Cuervo le reveló un secreto.  
— ¡Me sentiría mucho mejor si tú asumieras el mando en estos momentos! ¡Ese muchacho es bueno, pero ahora necesitamos controlar la situación no aún más caos! ¡Asúmelo, por favor!

Había expuesto sus argumentos con tal rotundidad que Rhonin no podía rebatírse los, además, ya había podido percibir cómo Illidan extraía energías cada vez de un modo más descontrolado tanto de sus camaradas como del propio Pozo. Tras ser testigo de la locura del dragón negro, Rhonin podía imaginarse con gran facilidad a un Illidan sumiéndose en los abismos de la demencia cuanto más se dejaba arrastrar por la magia.

— ¡Cómo ordenes, mi señor!

El mago espoleó a su montura para que avanzara y buscó a Illidan. No le resultó difícil localizar al joven hechicero. Illidan destacaba entre los defensores de esas tierras como un faro de luz plateada. Aunque el aura que lo envolvía casi se gaba a los que se hallaban más próximos a él. El gemelo de Malfurion estaba demasiado cegado por su propio poder como para darse cuenta de cómo afectaban sus actos a los demás, por supuesto.



Mientras Rhonin se acercaba, la figura vestida de negro lanzó una serie de virotes explosivos sobre la horda que se aproximaba. Los demonios volaron por doquier e incluso algunos fragmentos de cuerpos calcinados cayeron cual lluvia cerca del mago. Por desgracia, unos pocos soldados, que se vieron atrapados en los márgenes del hechizo, también perecieron de la misma horrible manera.

Un guardia lunar se desplomó. Illidan gritó al resto y, al instante, esos taumaturgos mucho más expertos obedecieron mansamente y se colocaron para poder apartar al caído de esa matriz mágica.

*Pero ¿qué cree que está haciendo?* —pensó Rhonin. ¡A este ritmo, los taumaturgos y todos los que lo rodeaban acabarán muertos!

Illidan inició un conjuro, pero entonces reparó en el mago. El elfo de la noche sonrió de oreja a oreja a Rhonin, pues se sentía tan satisfecho con lo que estaba haciendo que era incapaz de darse cuenta de que el resto del ejército se estaba viniendo abajo.

— ¡Maestro Rhonin! ¿Has visto...?

— ¡Lo he visto todo! ¡Illidan, Cresta Cuervo quiere que asuma el mando! ¡Tenemos que coordinar nuestros ataques y recuperar el orden en la medida de lo posible!

— ¿Quieres asumir el mando? —Un gesto amenazador dominó fugazmente el semblante del elfo de la noche. —  
¿Arrebatármelo?

## El Alma Demoníaca

— ¡Sí! —le espetó Rhonin, quien no creía que hubiera razón alguna para andarse con remilgos con el hermano de Malfurion; no cuando el destino de un pueblo entero (de un mundo entero) tal vez estuviera en sus manos.

Con obvia amargura, Illidan obedeció y luego inquirió.

— ¿Y ahora qué haremos?

El mago ya lo tenía todo pensado. Por el momento quería que Illidan se apartara del todo de la matriz para dar así la oportunidad de recuperarse a la Guardia Lunar. Con Rhonin al mando podrían ser capaces de prestar ayuda mientras seguían recobrando fuerzas.

— ¡He intentado contactar con Krasus, pero ha sido imposible! ¡Hay tanta magia en el aire que quizá eso sea lo que lo imposibilite! ¡Sin embargo, tu vínculo con tu gemelo debería ser más potente, más inherente! ¡Necesito que encuentres a los dos, puesto que también necesitamos que nos ayuden con esto!

El hechicero entornó los ojos, lo cual era una clara señal de que comprendía lo que Rhonin pretendía hacer. No obstante, volvió a asentir.

— Daré con mi hermano, pues sería una lástima no poder contar con *sus* poderes, ¿verdad?

Illidan se alejó antes de que Rhonin pudiera contestar. Aunque el mago adoptó un gesto ceñudo, era consciente de que no podía esperar que ese joven impetuoso comprendiera mejor la

situación. Unos cuantos guardias lunares parecieron sentirse aliviados en cuanto Rhonin sumó su magia a la suya. Ya no les importaba que fuera un forastero, ya que sabían que sería un buen líder.

— Tenemos que aniquilar su vanguardia como lo hicimos antes —le explicó a aquel grupo de taumaturgos. Únanse a mí y empezaremos a...

Mientras se preparaba para preparar los conjuros, Rhonin miró por última vez a Illidan. El hechicero mostraba un semblante serio y enojado, pero parecía estar haciendo lo que le decían. El mago pensó que con el paso del tiempo, el hermano de Malfurion sería capaz de apreciar lo que había hecho por él. Al menos, el mago del pelo del color del fuego *esperaba* que eso fuera así.

Tras haber sido obligado a renunciar a su puesto, en el fuero interno de Illidan bullía todo un crisol de sentimientos, entre los que no se encontraba el agradecimiento. A lo largo de toda su vida le habían dicho que estaba destinado a hacer grande, legendario y había pensado que su momento había llegado. El pánico dominaba a su pueblo y no había nada que impidiera que fueran víctimas de un genocidio. No cabía duda de que *ahora* era el momento en que debía pasar a formar parte de una historia épica.

Y tal vez hubiera sido así, de no haber sido por las dos personas en las que más confiaba. Lord Cresta Cuervo lo había acogido bajo su protección y había hecho que Illidan pasara a ser de un don nadie a un hechicero de noble rango en un abrir y cerrar

## El Alma Demoníaca

de ojos. Su amo y señor le había dado el mando de lo que quedaba de la Guardia Lunar, y el gemelo creía que había desempeñado bien su papel de taumaturgo líder.

Sin embargo, ahora, Cresta Cuervo lo había destituido, lo había reemplazado por alguien que ni siquiera era un elfo de la noche. Por mucho que Illidan respetara a Rhonin, esa afrenta era intolerable. El mago también debería haberse dado cuenta de ello; si Rhonin hubiera confiado de verdad en él, el forastero habría renunciado a ocupar ese cargo.

Le habían arrebatado su momento de grandeza... En vez de eso, ahora tenía que limitarse a dar con su hermano, al que tanto admiraban.

Esos pensamientos sombríos que últimamente habían invadido su mente, regresaron con virulencia. Aunque intentó establecer el vínculo con su gemelo, tal y como se lo había pedido Rhonin, Illidan esperaba, en cierto modo, que la razón de que Malfurion siguiera desaparecido, fuera que había pasado a ser una víctima más de la Legión Ardiente. A pesar de que Illidan esperaba que su gemelo hubiera caído luchando heroicamente, por su puesto se percató de que imaginarse a Malfurion muerto, no lo conmovía en demasía. Tyrande se sentiría muy triste obviamente, pero el hechicero la reconfortaría...

Al pensar en Tyrande las tinieblas que nublaron su juicio se disiparon en gran arte. Illidan sintió remordimientos por el dolor que podría causarle a ella lo que acababa de imaginar. ¿Cómo siquiera podía *pensar* en hacerla pasar por algo así, incluso,

aunque fuera beneficioso para él? había escogido a Malfurion y ya no había nada que hacer.

A continuación, hizo un gran esfuerzo para focalizar sus pensamientos en su gemelo y se concentró. Primero resolvería esta situación y luego tomaría una decisión sobre su futuro. Hasta entonces, había creído que lo compartiría con Cresta Cuervo y Tyrande, pero se había equivocado con ambos.

Y ahora Illidan tenía que decidir cuál sería su lugar en el mundo...

\*\*\*\*\*

Brox atacó con suma violencia y decapitó a la bestia vil que intentaba quebrar esa línea de los defensores de esas tierras. Cerca de él, Jarod y lo que quedaba aún de la escolta hacían lo que podían para detener el avance de esa marea. Muchos de ellos habían perdido hacía mucho sus monturas a manos del enemigo, por lo cual ahora luchaban codo con codo con los demás defensores.

Entonces el orco divisó un estandarte rasgado a medias que portaba un combatiente montado sobre un felino. Sorprendido, Brox lanzó un gruñido, puesto que reconoció que era uno que solía hallarse casi siempre cerca de donde se encontraba lord Cresta Cuervo. ¿Acaso el enemigo había obligado a los defensores de esas tierras a retroceder tanto que su ejército se había desorganizado por entero?

## El Alma Demoníaca

Miró a la izquierda y sus temores se confirmaron; el estandarte del Bastión, con su característico pájaro negro, ondeaba no muy lejos de ahí. Aunque Brox no podía recordar que se hubieran desplazado tanto, esa era una evidencia incontestable.

Entonces pudo divisar al propio Cresta Cuervo montado en su pantera. Sin temer por su vida en ningún momento, le abrió un tajo aun guardia vil y, acto seguido, le dio una patada al demonio herido en la cabeza. Flanqueado por su escolta personal, el Señor del Bastión del Cuervo Negro conformaba una estampa impresionante incluso a ojos de ese curtido guerrero. En un principio. Brox había mostrado muy poco respeto a esos elfos de la noche, pero Cresta Cuervo había demostrado ser un luchador nato, un digno incluso de ser considerado un orco.

Otros elfos de la noche se arremolinaban en gran número en torno al noble, quien les insuflaba fuerzas e inspiraba ánimos renovados gracias a su imponente presencia. Cresta Cuervo era capaz de lograr lo que ni siquiera los taumaturgos eran capaces de conseguir; literalmente infundía fuerzas a sus seguidores con solo hallarse junto a ellos. Los rostros que veía Brox, mostraban orgullo y determinación. A pesar de que sabían que iban a morir, harían todo lo posible para evitar que los demonios ganaran.

Como lo rodeaba tantísima gente, había veces en que daba la impresión de que el comandante elfo de la noche corría más peligro de ser herido por sus propios soldados que por el adversario. Más de una hoja pasó a pocos centímetros de él,

pero el noble las ignoraba, pues solo le preocupaban las armas del enemigo.

Entonces, desde el punto de vista de Brox, un soldado montado sobre un sable de la noche se acercó más de lo necesario a Cresta Cuervo por la espalda, el elfo de la noche mostraba un aspecto torvo que lo hacía destacar entre las demás tropas; así mismo tenía la mirada clavada en el comandante y no en los demonios.

Súbitamente el orco se dirigió hacia Cresta Cuervo, raudo y veloz.

— ¿Brox? —exclamó Jarod. — ¿Adónde vas?

— ¡Deprisa! —bramó el guerrero de piel verde. — ¡Debo avisarle!

El capitán miró hacia el lugar al que señalaba Brox, y aunque no distinguía con claridad que le estaba indicando el orco, lo siguió.

— ¡Apártense! ¡Apártense! —vociferó Brox a los elfos de la noche que tenía ante sí.

Dio un salto y vio como ese jinete se estaba posicionando. Con una mano, el soldado sostenía su espada y las riendas de su montura; sin embargo, la mano libre la tenía cerca del cinturón..., donde llevaba una daga que no había usado para luchar contra la Legión.

A continuación, la desenvainó y se inclinó hacia su comandante.

## El Alma Demoníaca

— ¡Cuidado! —gritó Brox, pero Cresta Cuervo no lo oyó. El fragor de la batalla era demasiado intenso como para poder oír cualquier advertencia.

De repente, la montura del asesino se movió, lo cual lo obligó a reacomodarse. Brox apartó de un empujón a varios soldados de su camino y alzó su hacha colosal, con la esperanza de que lord Cresta Cuervo se fijara en ella. El noble no la vio..., pero el soldado traidor sí. El asesino entornó los ojos, mientras la desesperación se adueñaba de su semblante, y se abalanzó sobre su objetivo.

— ¡Cuidado! —vociferó Brox.

Cresta Cuervo hizo ademán de girarse hacia el orco. Frunció el ceño, como si le enfadara esa interrupción tan inoportuna. El asesino le clavó la daga en la nuca.

El comandante elfo de la noche se estremeció sobre la silla de montar. Soltó la espalda e intentó agarrar el puñal, pero el soldado ya se lo había arrancado. La sangre manó de la herida, salpicando la regia capa del noble.

La mayoría de los que se hallaban alrededor de Cresta Cuervo no se habían percatado todavía de lo que había ocurrido. El asesino arrojó la daga e intentó alejarse cabalgando, pero ese mar de cuerpos le impidió avanzar.

Brox lanzó un potente grito de batalla y, con la parte roma de su hacha, se fue abriendo camino hacia él. Los elfos de la noche se quedaron boquiabiertos ante ese guerrero que parecía



haberse vuelto loco. El orco ya no pretendía contarles lo que había sucedido; lo único que importaba era dar alcance a ese traidor.

Estremeciéndose, lord Cresta Cuervo se cayó hacia delante. Sus seguidores se dieron cuenta de que algo había pasado. Varios de ellos intentaron agarrar al comandante antes de que se desplomara del todo de su pantera.

Brox por fin consiguió abrirse camino violentamente hasta el lugar donde se encontraba Cresta Cuervo.

— ¡Ahí! ¡Ahí!

Unos cuantos elfos de la noche lo miraron perplejos. Dos de ellos decidieron seguir, por fin, al orco.

El asesino no podía maniobrar con su bestia entre aquella muchedumbre. Miró hacia atrás y vio que sus perseguidores se acercaban. Un gesto de resignación cobró forma en sus siniestros rasgos.

Vociferó una orden a su sable de la noche. Consternado, Brox contempló cómo el felino golpeaba a un soldado que se interponía en su camino. Mientras el desventurado caía, el sable de la noche mordió a otro. Los soldados se apresuraron en despejarle el camino a lo que creían que era un animal enloquecido.

Brox calculó la distancia y saltó. Se quedó un poco corto, ya que aterrizó justo detrás del sable de la noche. El orco extendió

## El Alma Demoníaca

los brazos y arremetió salvajemente contra el flanco de la criatura.

Sin embargo, el golpe no lo alcanzó con fuerza, pues apenas le rozó el pelaje, pero bastó para llamar la atención de ese gigantesco felino. El animal ignoró las órdenes de su jinete y se volvió para atacar al recién llegado.

Brox a duras penas logró defenderse de esas garras salvajes. El sable de la noche escupió y, acto seguido, se abalanzó sobre él.

El orco alzó el hacha y la enterró bajo la mandíbula del felino. La afilada hoja se adentró en ese pelaje oscuro y la sangre salpicó a Brox, quien tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que la bestia se le cayera encima, al mismo tiempo que esa arma se clavaba aún más en el animal gracias al propio impulso de este.

El orco sintió un dolor muy agudo en el brazo izquierdo. Echó un vistazo a esa extremidad y vio que tenía una herida abierta y sangrante.

El asesino se echó hacia atrás para lanzar otro espadazo, pero mientras arremetía con su arma, otra espada se interpuso en la trayectoria de la suya.

Jarod gruñó, ya que el impulso descendente del ataque de su adversario estuvo a punto de hacerle hincar una rodilla en el suelo. El traicionero soldado intentó propinarle una patada, pero Jarod la esquivó.

No obstante, el capitán se había olvidado del sable de la noche moribundo y lo pagó caro. El felino agitaba las extremidades furiosamente, mientras sus fluidos vitales se desparramaban por el suelo e intentaba arañar a todo lo que se hallaba cerca. Golpeó a Jarod con el dorso de una zarpa y lo derribó.

Tras comprobar que el felino dejaba de agitarse, Brox le arrancó rápidamente el hacha. Con un gorgoteo, el sable de la noche se trastabilló hacia delante. Sus patas delanteras cedieron bajo su propio peso y el animal se desplomó inerte.

El elfo de la noche saltó en cuanto su montura se vino abajo y se abalanzó sobre Brox con su espada en ristre. El veterano guerrero cayó hacia atrás cuando los dos colisionaron. Como contaba con el factor sorpresa, el asesino aterrizó de pie mientras que el valiente orco intentaba recuperar el equilibrio.

— ¡Monstruo apestoso! —le espetó con desprecio el elfo de la noche, quien lanzó una estocada con la que estuvo a punto de cercenarle una oreja a Brox.

El orco intentó darle una patada en las piernas a su rival, pero el soldado la evitó ágilmente de un salto.

Sin embargo, mientras aún tenía los pies en el aire, Brox le alcanzó con su hacha.

Estupefacto, el traidor contempló al orco mientras el hacha se abría paso por su armadura y su torso. Acto seguido, se

## El Alma Demoníaca

trastabilló hacia atrás, aferrando aún su espada. Brox se puso en pie y se enfrentó cara a cara al asesino herido.

Resollando, el adversario del guerrero de piel verde se enderezó. Con la espada en ristre, prácticamente, desafió al orco a ir a él.

Brox arremetió contra su rival.

... Y Para su sorpresa, el asesino soltó su arma y gritó:

— ¡Por Azshara!

Sin hallar ningún obstáculo en su camino, el hacha atravesó el pecho de su objetivo. El elfo de la noche cayó de bruces; antes de que se estampara contra ese suelo empapado de sangre, ya estaba muerto.

Un jadeante Brox se aproximó al cadáver. Aunque le dio una patadita, el soldado ni se inmutó.

Jarod se acercó a él. El capitán se agarraba el brazo como si se lo hubiera lastimado, pero aparte de eso parecía ileso. Un soldado que los había seguido ayudó al oficial.

— ¡Lo has matado! —exclamó Jarod. — ¡Excelente! ¡Bien hecho!

Esos elogios, sin embargo, cayeron en oídos sordos. El orco se dio la vuelta y contempló lo que sucedía alrededor de Cresta Cuervo. Varios de sus seguidores nobles, que lo traían del

campo de batalla, lo sostenían en alto para poder cruzar aquel caos. Aunque Cresta Cuervo tenía los ojos cerrados y daba la impresión de que estaba dormido, Brox pudo ver que eso no era así. El elfo de la noche tenía la boca abierta y el brazo del que no lo agarraban sus leales tropas pendía inerte de una manera que el curtido combatiente reconoció enseguida.

Brox había fracasado. El amo y señor del Bastión del Cuervo Negro había muerto. La hueste ya no tenía un líder.

\*\*\*\*\*

Una risueña figura provista de unas pezuñas ladeó la cabeza.

— ¿Acaso no te gustan las sorpresas, Malfurion Tempestira? ¿O acaso me he convertido en un ser tan superior que tu limitada mente es incapaz de reconocerme? —Entonces, hizo una reverencia a modo de burla. — ¡Permíteme que vuelva a presentarme! Soy lord Xavius de Zin-Azshari, antiguo siervo de su majestad... y antiguo ser vivo.

— Pero si... ¡Pero si te vi morir! —le espetó el druida. — Fuiste destruido...

— ¡Querrás decir que me *mataste*, más bien! —replicó Xavius, de cuyo rostro desapareció momentáneamente todo rastro de buen humor. — ¡Tú fuiste el responsable de que mis restos acabaran desperdigándose por el cielo!

Xavius dio otro paso hacia el druida, lo cual era precisamente lo que Malfurion había esperado que hiciera. Cuanto más lejos de Tyrande se hallara esa abominación que antaño había sido el consejero de Azshara, mejor.

## El Alma Demoníaca

Malfurion recordaba vagamente a esas criaturas de leyendas que cuya forma portaba ahora el elfo de la noche muerto. Se los denominaba sátiros y eran unos demonios mágicos muy arteros cuyas maldades eran letales.

— ¡Me mataste! —continuó Xavius, quien una vez más sonreía maliciosa y amenazadoramente. — ¡Me condenaste a un destino peor que la muerte! Había fallado al exaltado, al gran Sargerass..., y como estaba en su derecho por ser un dios, me castigó de la manera más severa posible...

Tras haber sido testigo de los horrores perpetrados por la Legión Ardiente, Malfurion podía imaginarse perfectamente lo "severo" que había sido el castigo de Xavius. La piedad era un concepto que los demonios desconocían por completo.

Los monstruosos orbes artificiales del sátiro centellearon mientras proseguía hablando:

— Aunque no tenía boca, gritaba. Aunque no tenía cuerpo, sentía dolor indescriptible. Sin embargo, no responsabilizaba de ello a mi amo y señor, pues únicamente hacía lo que tenía que hacer. —A pesar de esas palabras, esa figura cornuda se estremeció brevemente. — No, a lo largo de todo mi calvario, recordé una cosa obsesivamente; recordé una y otra vez quién era el responsable de que estuviera sufriendo ese tormento espantoso.

— Cientos *murieron* por tu culpa —rebatía el druida, quien intentaba lograr que el sátiro se acercara aún más. Si quería lanzar algún hechizo contra esa versión aún más horrenda de

Xavius, necesitaba que Tyrande se encontrara a una distancia segura. — Masacraste a inocentes.

— ¡A los imperfectos! ¡A los indignos! ¡El mundo debe purificarse para que moren en él aquellos que idolatran a Sargerass!

— ¡Sargerass destruirá Kalimdor! ¡La Legión Ardiente lo destruirá *todo!*

Xavius esbozó una amplia sonrisa.

— Sí..., lo hará.

Esa súbita confirmación dejó a Malfurion estupefacto.

— Pero si acabas de decir...

— ¡Lo que a los necios les gusta escuchar! Lo que el bueno del capitán Varo'then o los Altonatos dan por supuesto... ¡lo que *yo* en su momento di por supuesto! Sargerass purificará el mundo para sus devotos... y después lo destruirá por haber cometido el delito de albergar *vida*. ¿Ves lo simple que es todo?

— ¡Lo demencial y sanguinario que es, querrás decir!

El sátiro se encogió de hombros.

— Todo depende del punto de vista...

Malfurion ya había escuchado bastante. Metió una mano en una de sus bolsas.

Sin previo aviso, unos brazos fuertes lo agarraron de los suyos y lo sujetaron con fuerza. Aunque el druida se resistió, sus captores eran muy poderosos.

## El Alma Demoníaca

Los demás sátiros lo arrastraron hasta Xavius. Esa criatura que era su líder sonrió aún con más malicia y, con esos ojos terribles, contempló burlescamente al elfo de la noche.

— Cuando el gran señor Sargerass me volvió a enviar a este plano de la existencia, lo hizo con el fin de que le trajera a aquel que había causado que el primer portal se desmoronara y, por tanto, demorado su gloriosa llegada.

Malfurion no dijo nada, pero siguió resistiéndose como podía a esos dos sátiros que lo sujetaban.

Xavius se inclinó hacia él, de tal modo que su aliento alcanzó en unas oleadas apestosas el rostro del elfo de la noche.

— Pera dejó en mis manos la cuestión de *cómo* te llevaría ante él para ser castigado. Y pensé ¿Será suficiente con entregarte sin más al Magno? —Se rio entre dientes. — ¡“No”, me dije a mí mismo! Mi señor Sargerass desea que Malfurion Tempestira sufra lo máximo posible y mi bendito deber consiste en cerciorarme de que así sea...

Para espanto de Malfurion, esa grotesca figura se volvió hacia Tyrande, que parecía hallarse sumida en un sueño extrañamente profundo. El sátiro se agachó y acercó en demasía su boca a la de la joven

— ¡Apártate de ella! —le espetó, furioso, el druida.

Xavius giró la cabeza lo justo para poder ver a Malfurion.



— Sí, pensé mucho al respecto. Debe sufrir..., pero ¿cómo? Es un joven muy decidido, que estará dispuesto a sacrificarse, de eso no hay duda... pero ¿estaría dispuesto a sacrificar a los demás? ¿A aquellos a los que más *aprecia*?

Con una mano provista de garras, el sátiro le acarició el pelo a la sacerdotisa. Malfurion se revolvió para intentar alcanzar a Xavius, al que quería estrangular. Aunque nunca había odiado a otra criatura (con excepción de los demonios), en ese momento, en esas circunstancias, el druida le habría aplastado la garganta al antiguo consejero con sumo regocijo.

No obstante, lo único que consiguió con su furia fue divertir a Krasus. Entonces, el sátiro, que todavía se hallaba inclinado sobre Tyrande, a corta distancia de su rostro, añadió:

— Descubrí enseguida que Malfurion Tempestira se preocupaba mucho por dos seres. Uno era como un hermano para él.... ¡espera!..., ¡no, *era* su hermano, su gemelo! De niños habían sido inseparables, pero al madurar se habían distanciado, pues sus intereses y anhelos eran muy distintos. Pero claro. Illidan todavía era amado por su querido hermano Malfurion.... a pesar de que la envidia del propio Illidan iba creciendo, ya que tenía celos de aquel al que *ella* veía con tan buenos ojos...

— ¡Ya me tienes! ¡Déjalos en paz!

— Pero, ¿qué dase de castigo sería ese? preguntó Xavius, mientras se ponía en pie su rostro adoptaba un gesto cruel. ¿Qué clase de venganza sería esa? ¿Acaso tu dolor no sería mucho mayor si perdieras no solo a uno de ellos, sino a ambos?

## El Alma Demoníaca

—De repente estalló en carcajadas. — ¡Ya has perdido a tu hermano, aunque él no lo sepa, Malfurion Tempestira! Sin embargo dar con esta tan deliciosa fue mucho más complicado. Te doy las gracias por habernos ayudado a encontrarla al haberla traído hasta nosotros...

Mientras los sátiros que lo sujetaban de los brazos se reían con su amo, Malfurion se maldijo a sí mismo por haberle pedido a Tyrande que los ayudara a Krasus y a él. Al hacer eso, había provocado que cayera en manos de esas monstruosidades.

— ¡No! ¡Por Elune, no te lo permitiré!

— Elune... Xavius pronunció ese nombre con desprecio. — Solo hay un *dios...* y es Sargeraz.

En cuanto chasqueo los dedos, los otros dos sátiros empujaron al druida y lo obligaron a ponerse de rodillas. Xavius se encaminó a él de nuevo y sus pezuñas repiquetearon. Cada paso reverberó en la cabeza de Malfurion, quien creía que le iba a estallar.

De improviso, una voz atravesó el velo de esa neblina en que se encontraban sumidos sus pensamientos, una voz que se parecía mucho a la suya sin serlo. ¿Hermano?

— ¿*Illidan*?

El nombre se le escapó sin que pudiera evitarlo.

— *Sí* —respondió Krasus, dando por sentado que el cautivo había formulado esa pregunta porque este necesitaba

desesperadamente más explicaciones sobre lo que el sátiro le había hecho a su gemelo. — *Fue muy fácil. Él la ama tanto como tú la amas, Malfurion Tempestira... y él es incapaz de aceptar que ella haya optado por elegirte a ti...*

*¿Illidan ama a Tyrande?* —El druida sabía que su hermano le tenía mucho cariño a la joven, pero no hasta ese extremo. *¿Y ella... me ama?*

Se dio cuenta demasiado tarde de que su hermano podía leerle ahora los pensamientos. Súbitamente, Malfurion, se vio abrumado por la furia y la vergüenza que esta revelación desató Illidan. El druida tuvo que levantar un muro mental para que no le afectaran las intensas emociones de su gemelo.

Una vez más Xavius malinterpretó lo que estaba ocurriendo.

— *¿Tanto te sorprende? ¡Qué maravilloso es saber que eres el objeto de su amor y qué terrible es saber que por culpa de eso, precisamente, sufrirá como nadie más salvo tú!*

— *¡Illidan!* —le gritó Malfurion mentalmente a su hermano. — *¡Illidan! ¡Tyrande está en peligro!*

Sin embargo, en vez de preocupación, únicamente sintió desprecio por parte del hechicero.

— *Entonces, ¿no debería recurrir a ti, hermano, el poderoso y magnífico amo y señor de la naturaleza? ¿Qué ayuda puede desear que le brinde un bufón maldito, un inadapto al que el*

*color de sus ojos lo ha condenado a tener falsos sueños y a albergar falsas esperanzas?*

*— ¡Illidan! ¡La torturarán! ¡Sufrirá una muerte horrible!*

Pero solo recibió el silencio como respuesta por parte de su gemelo. Illidan parecía haberse alejado de él. El vínculo seguía en pie, aunque a duras penas.

*— ¡Illidan!*

Malfurion se vio obligado a abandonar abruptamente esa conversación mental, ya que el semblante de Xavius se hallaba ahora a escasos centímetros de su rostro. Esos ojos artificiales parecían hallarse clavados en los suyos, como si se preguntara qué estaba ocurriendo dentro de la mente del druida.

— ¿Y tú fuiste la causa de que fuera condenado a algo peor que la muerte? —siseó el sátiro. — Si tú eres mi némesis, ahora aún veo más claro si cabe que me merecía todo lo que me hizo el Magno...

Chasqueó los dedos y, al instante, a la derecha de Malfurion, aparecieron media docena más de esas nauseabundas criaturas. Xavius señaló a Tyrande, que seguía tirada boca abajo en el suelo, al mismo tiempo que miraba en dirección al campo de batalla.

— Pronto estarán en este lugar. Así que será mejor que nos marchemos antes de que aquí... reine el caos.

Xavius regresó con Tyrande, mientras tres de los sátiros (quienes, sin duda alguna, habían sido Altonatos anteriormente) alzaban las manos e iniciaban un encantamiento. Malfurion supo enseguida qué tramaban. La única manera que tenían esas criaturas de escapar de ese lugar, la única esperanza, era crear un portal. Como ya habían creado uno capaz de expandirse más allá del tiempo y el espacio, seguramente serían capaces de abrir uno que los llevara a Zin-Azshari.

Y una vez ahí cualquier esperanza que pudieran albergar Malfurion y Tyrande se habría esfumado.

*¡Illidan!* A pesar de la sensación de urgencia que intentaba transmitir a su mensaje, el druida no percibió ninguna respuesta por parte de su hermano. Se había quedado solo.

El estruendo de la batalla se acercaba poco a poco. Una neblina cobró forma en el aire vacío entre los tres sátiros que confeccionaban el conjuro.

Xavius extendió un brazo hacia Tyrande, con una sonrisa más amplia y malévolamente que nunca.

— Disfrutará de la compañía del Magno. — Xavius comentó de modo burlón. — antes de morir...

El portal se expandió a lo ancho y lo alto, hasta ser lo bastante grande como para permitir que esas criaturas demoníacas y sus cautivos lo atravesaran. Xavius levantó a la sacerdotisa del suelo como si no pesara nada...

## El Alma Demoníaca

De repente, una flecha emplumada se clavó en el hombro del sátiro.



## CAPÍTULO VEINTITRÉS

U nos pensamientos tenebrosos asolaban a Illidan. Si bien había hecho lo que Rhonin le había pedido y había buscado a su hermano, lo único que había logrado era que le recordaran una vez más sus defectos y fracasos. Daba igual que tanto su hermano como la elfa a la que ambos amaban se hallaran en un aprieto terrible, lo único que importaba era que Malfurion le había restregado por la cara que él se había ganado el favor de Tyrande sin ni siquiera ser consciente de que había habido una competición de por medio.

Una pequeña parte de su conciencia decía al hechicero de un modo molesto e insistente que debía ignorar esa sensación de humillación y ayudarlos. Cuando menos, debería haber hecho algo para salvar a Tyrande, ya que se hallaba en las garras de alguna fuerza funesta que servía a la Legión Ardiente.

## El Alma Demoníaca

La Legión Ardiente. Había veces en que Illidan se preguntaba si e habría mucho mejor si hubiera sido uno de esos que servían a la reina Azshara y los Altonatos, puesto que ahora parecían destinados a recoger los beneficios de su alianza con los demonios. Krasus y Rhonin afirmaban que la Legión destruiría a todos los seres vivos, incluidas las vidas de la gente de la reina, pero seguramente eso no podía ser cierto, ya que, si no, ¿por qué se habría aliado Azshara con esos demonios? Además lo único que tenían que hacer los Altonatos para acabar con esa amenaza era cerrar el portal. Si lo mantenían abierto era porque sabían que les convenía.

Illidan gruño. La cabeza le iba a estallar, debido a la lucha que ahí se libraba entre ciertas ideas y pensamientos contradictorios que, solo unos días antes, le hubieran asqueado. Miro hacia un lado, donde Rhonin estaba dirigiendo los esfuerzos de la Guardia Lunar. No daba la impresión de que el mago fuera de esos que renuncian a su cargo una vez lo han conseguido. Illidan seguidamente lanzó un juramento. No solo su hermano, sino también Cresta Cuervo, lo habían traicionado...

*¡Illidan!*, oyó gritar en su cabeza a Malfurion, con un tono mucho más desesperado en esta ocasión. El hechicero alzó un muro mental para no oír ese grito.

\*\*\*\*\*

El sátiro soltó a Tyrande y esta cayó al suelo, aunque no se hizo ningún daño. Apenas se estremeció, lo cual convenció a



Malfurion de que la sacerdotisa, en algún momento, había sido hechizada por Xavius.

El antiguo consejero se llevó la mano al hombro donde el asta de la flecha se le había clavado profundamente. Aunque manaba sangre de la herida, Xavius más que herido estaba enfadado. Tiró del asta, pero al ver que la flecha no salía, la partió por un extremo, presa de la frustración.

Mientras los demás sátiros asimilaban que su líder acababa de ser atacado, uno de los que agarraba a Malfurion se echó a temblar violentamente y, a continuación, se cayó de bruces. Una flecha idéntica a la primera le sobresalía entre los omóplatos.

El druida aprovechó la oportunidad para meter la mano que le había quedado libre en una de sus bolsas, cuyo contenido arrojó a la cara del otro guardia. El sátiro lanzó un grito y se llevó las manos a los ojos, donde una de las hierbas que Malfurion había recogido siguiendo las enseñanzas de Cenarius y que luego habría triturado, le quemó los tejidos blandos. El sátiro se trastabilló hacia un lado, olvidándose por entero del cautivo.

Malfurion no miró hacia atrás para ver quién era su rescatador, sino que desenvainó una daga y le cortó el cuello a esa criatura cegada por esa hierba. Mientras el sátiro se desplomaba, el druida arrojó su puñal hacia Xavius y utilizó el viento para que lo guiara hasta el blanco.

## El Alma Demoníaca

A pesar de que estaba herido, el antiguo Altonato esquivó el arma blanca con suma facilidad. Tras echar un vistazo rápido hacia el lugar donde los otros tres sátiros intentaban que el portal adquiriera aún más solidez, Xavius se rio maliciosamente e hizo ademán de agarrar a Tyrande de nuevo.

Una tercera flecha se clavó en el suelo a pocos centímetros de su pezuña. Xavius, al que los ojos le ardían de ira, hizo una seña con la mano a los sátiros que no estaban ocupados con el conjuro para indicarles que intervinieran.

Dos de ellos cargaron contra Malfurion y el otro fue en busca de ese arquero desconocido. El druida volvió a buscar algo a tientas en sus bolsas y, acto seguido, lanzó una semillita esférica hacia una de esas criaturas que se aproximaban.

El sátiro retrocedió y, de este modo, la semilla cayó justo delante de él. Sin embargo, mientras una amplia sonrisa se dibujaba en su cara, la vaina se abrió y una nube de algo que parecía ser un polvo blanco lo envolvió. El sátiro tosió y estornudó de tal modo que acabó arrodillado en el suelo; no obstante, ni aun así logró paliar ese sufrimiento.

Malfurion arrojó otra semilla al segundo, pero falló por bastante. Esa abominación se abalanzó sobre él y lo agarró de la garganta con esas manos provistas de garras. Malfurion vio que, por detrás de su atacante, Xavius intentaba levantar a Tyrande del suelo, pero la herida por fin estaba haciendo mella en él; al final, el sátiro intentó llevarla hasta el portal arrastrándola únicamente del brazo sano.

Como temía que Xavius pudiera lograr lo que pretendía a pesar de esa dificultad, el elfo de la noche rebuscó en su mente de forma rápida algún sortilegio con el que pudiera eliminar primero a ese sátiro que lo agarraba del cuello y era su amenaza más inmediata. Su rival se rio burlonamente cuando arañó con sus uñas la piel situada bajo la barbilla de Malfurion. Unas palabras brotaron de los labios de esa criatura cornuda y, al instante, el druida notó un terrible calor que iba a más alrededor del cuello, como si un collar que lo asfixiara hubiera cobrado forma ahí.

Y en ese momento, la batalla invadió la colina.

Los elfos de la noche y los demonios enzarzados en el combate ascendieron y se adentraron en esa zona. Los soldados que retrocedían chocaron con Xavius y su carga. El sátiro gruñó y, valiéndose únicamente de sus uñas, decapitó a un desafortunado combatiente por detrás.

Pero ni siquiera Xavius era capaz de detener esa avalancha. El caos reinó por doquier. Los sátiros que estaban abriendo el portal tuvieron que hacer un enorme esfuerzo para mantenerlo en pie.

Entre tanto, Malfurion se estaba quedando rápidamente sin aire. El sonriente sátiro que tenía encima alzó una mano con la obvia intención de abrir en canal al druida con sus garras. Malfurion busco a tientas en una de sus bolsas y cogió lo primero que encontró. Al instante, arrojó lo que había cogido a la boca abierta de su adversario.

## El Alma Demoníaca

Con los ojos desorbitados y una expresión de espanto, la criatura cornuda se apartó de él. Mientras hacía esto, el elfo de la noche dejó de sentir esa sensación de estrangulamiento. El sátiro retrocedió trastabillándose, al mismo tiempo que los ojos seguían hinchándosele Malfurion percibió que un intenso calor emanaba de esa figura diabólica.

De repente, esa criatura en apuros estalló en llamas, las cuales lo envolvieron por entero rápida y eficazmente. El sátiro chilló mientras su cuerpo se ennegrecía y el fuego le devoraba la carne.

El druida se tapó la nariz y la boca por culpa de las arcadas, la última vez que había estado con Cenarius, este le había enseñado a dominar el calor que contienen las semilla y la fruta de algunas plantas y a multiplicar su intensidad por mil. Resaltaba evidente que lo que había lanzado a las fauces del sátiro era una de esas semillas que había preparado para tal fin.

Pocos segundos después de haberse tragado las semillas, la criatura se desplomó; sus restos mortales no eran más que unos pocos huesos calcinados. Aunque Malfurion nunca había llegado a valorar debidamente algunas de las enseñanzas de su *shan'do*, ahora era capaz de darse cuenta de que todo lo que le había enseñado Cenarius tenía una aplicación, así como mucho poder. En verdad, parecía no haber una fuerza más poderosa que la de la propia naturaleza.

Dirigió su mirada a un lugar situado más allá del sátiro muerto y divisó de nuevo a Xavius. Uno de sus otros esbirros había

acudido en ayuda de su líder y ahora arrastraban a Tyrande entre ambos. Sin embargo, en cuanto Xavius miró para atrás y vio que el druida corría hacia él, dejó esa tarea en manos únicamente de su secuaz y se volvió hacia el elfo de la noche. El sátiro pisó violentamente el suelo con una de sus pezuñas, generando un temblor que hizo que tanto Malfurion como varios combatientes cayeran al suelo. Una grieta se abrió, que rápidamente se dirigió hacia el druida. Malfurion a duras penas tuvo tiempo de rodar por el suelo para apartarse de su trayectoria y evitar ser engullido por ella.

Tras haber despejado el camino hasta su enemigo, Xavius se aproximó. Sus carcajadas, que recordaban a un balido, eran tan monstruosas, que estremecieron al elfo de la noche hasta lo más hondo de su ser.

— Si quieres volver a ser un héroe, debes hacer lo correcto. — le espetó de modo burlón esa temible figura. — No deberías estar arrastrándote por el suelo mientras aguardas jadeando a la muerte.

Malfurion hizo ademán de ir a coger algo de una de sus bolsas, pero Xavius reaccionó primero. Lanzó un rápido y amplio zarpazo y todo lo que llevaba el druida atado al cinturón salió volando.

— Si eres tan amable, no vuelvas a usar nada de eso. — Dio la sensación de que Xavius crecía a medida que se acercaba, adoptando un aspecto bestial si cabe. — El gran Sargeris quiere que te lleve vivo ante él, pero creo que en este caso me

## El Alma Démoníaca

voy a atrever a desobedecerlo. Seguro que podrá contentarse con tu hermano y la elfa...

Cenarius le había enseñado a Malfurion a respetar a todo ser vivo, pero ahora el asco y la repugnancia se habían adueñado del druida. Se abalanzó sobre Xavius. Agarró al sátiro e intentó tirarlo al suelo.

Con su mano buena, Xavius agarro fácilmente a su enemigo de la garganta. Alzó a Malfurion en el aire, de tal modo que sus pies no tocaron el suelo, y gozó especialmente al ver como el frustrado elfo de la noche agitaba en vano sus brazos en el aire al intentar atacarle. .

— Tal vez te deje con un leve hálito de vida, Malfurion Tempestira... —le dijo con un tono sarcástico, — si consigo contener mis ansias de venganza, claro.

Malfurion se imaginó a Tyrande e Illidan en las garras de la Legión ardiente y eso lo espoleó a resistirse aún más, por lo que lanzó una patada con todas sus fuerzas.

Con el talón, alcanzó a Xavius en el hombro herido, logrando así que la flecha rota se le clavara aún más profundamente.

Esta vez, el líder sátiro profirió un alarido y soltó sin querer al druida, que cayó al suelo. Malfurion rodó hacia un lado y, al instante, consiguió ponerse en pie.

— Has traicionado a mucha, muchísima gente —le espetó el druida a Xavius. — Has hecho daño a mucha, muchísima gente, lord consejero. No voy a permitir que hagas daño nunca a nadie

más. —Sabía lo que tenía que hacer. — A partir de ahora, solo serás fuente de *vida* y no de muerte.

Los orbes negros y carmesíes de Xavius centellearon. En su sonrisa, no había nada más que malevolencia. Irradiaba un poder tenebroso...

No obstante, el druida fue el primero en atacar, ya que el asta de madera de la flecha le había dado una idea.

De repente, ese trozo roto se arregló solo y a continuación, desarrolló unas *raíces*. Fuera cual fuese el conjuro que el sátiro pretendía lanzar, tuvo que interrumpirlo para intentar de nuevo arrancarse esa flecha del hombro; sin embargo el hechizo de Malfurion no solo había logrado que se quedara incrustada, sino que las raíces también crecieron *por dentro* de la herida, de tal manera que esa madera se alimentaba ahora de los fluidos vitales del mismo sátiro.

Xavius se hinchó como si fuera un pez muerto. Gritó de furia, no de dolor, y, con su ardiente mano, tocó esa madera que no cesaba de crecer, con la intención de prenderle fuego. No obstante el sátiro chilló de nuevo, ya que las raíces se habían injertado tanto en su organismo que todo lo que *ellas* sentían él también lo sentía.

Mientras el antiguo Altonato se limitaba a mirar, sus garras se volvieron nudosas, transformándose en ramitas de las que brotaban hojas. Al sátiro le crecieron los cuernos, que se convirtieron en unas ramas gruesas y altas de las que brotó un denso follaje. En realidad Xavius no se estaba transformando

## El Alma Demoníaca

en un árbol, sino que, más bien, su cuerpo estaba proporcionando a esa creación de Malfurion los nutrientes y los componentes básicos necesarios para poder existir.

— ¡Esto no acabará así, Malfurion Tempestira! —logró gritar Xavius. — ¡No... acabará... así!

Pero el druida no cejó en su empeño. Por mucho que el sátiro se resistiera con toda su férrea voluntad y que la batalla que rugía a su alrededor pudiera distraerlo, tenía que completar el encantamiento.

—Sí, lo hará —susurró, aunque esas palabras iban dirigidas más a él mismo que a lord Xavius. — *Debe* acabar así.

Tras proferir un alarido bestial, todo rastro del sátiro se desvaneció en cuanto el árbol que había creado el druida a partir del asta de madera de la flecha floreció en todo su esplendor. La piel de Xavius se llenó de manchas y, acto seguido, se convirtió en una gruesa corteza. Su boca, que aún tenía abierta, se transformó en un nudo abierto. A medida que las raíces brotaban de sus pezuñas se adentraban más y más en el suelo y fijaban su posición; los combatientes que había su alrededor se fueron alejando y dispersando.

En medio de tanta muerte y devastación, el follaje denso y repleto de hojas verdes de un roble enorme y orgulloso se extendió por toda la ladera de la colina; era el triunfo de la vida sobre ese remedo de ella.



Malfurion resopló y cayó de rodillas. Aunque quería permanecer en pie, las piernas no le respondían, ya que había tenido que hacer un esfuerzo titánico para que el sortilegio se impusiera a la poderosa fuerza de voluntad de Xavius. A pesar de que la batalla seguía rugiendo a su alrededor, lo único que quería hacer el druida en ese momento era hacerse un ovillo bajo ese árbol y dormir eternamente.

Entonces, el rostro de Tyrande interrumpió en su mente.

— ¡Tyrande!

El elfo de la noche luchó contra lo que parecían ser un millar de cadenas de hierro que lo cubrían por entero y se levantó del suelo. En un principio, Malfurion solo vió soldados y demonios, pero entonces por fin divisó a los tres sátiros que estaban centrados en el conjuro. A pocos metros, un cuarto llevaba a Tyrande hacia ese ominoso portal.

— ¡No!

Invocó al viento para que lo ayudara y este giró en torno a ese sátiro, azotándolo violentamente mientras intentaba aproximarse a esa vía de escape. A pesar de que todavía se hallaba exhausto, Malfurion se dirigió como pudo hacia la sacerdotisa y su captor.

Entonces una flecha se clavó en el pecho de ese sátiro, el cual se tambaleó por un momento y, finalmente, cayó hacia sus camaradas, a la vez que soltaba a Tyrande. Pero entonces intervino el viento, que, como conocía cuáles eran los deseos

## El Alma Demoníaca

del druida, hizo que la joven se posara con delicadeza sobre el suelo.

Una vez más, Malfurion dio gracias tanto al viento como a ese camarada invisible y reunió fuerzas para realizar un último esfuerzo. Se abrió camino hasta Tyrande, a pesar de que cada paso era un calvario, puesto que la recompensa merecía la pena y era lo que hacía que siguiera avanzando.

Sin embargo, mientras se acercaba a ella uno de los sátiros se apartó de los demás, y eso provocó que el portal titilara y se volviera inestable.

Esa figura provista de pezuñas alzó en brazos a Tyrande.

El elfo de la noche profirió un grito ahogado y se abalanzó sobre él, pero se quedó corto. De improviso algo pasó silbando al lado de la oreja del sátiro, hiriéndolo, lo que causó que le cayera sangre en el hombro. A pesar de esa herida, la monstruosa criatura aferró con más fuerzas si cabe a su presa mientras saltaba hacia el interior del portal y...

Al instante, Tyrande y él se desvanecieron.

Los dos últimos sátiros los siguieron, a pesar de que el portal se estaba desmoronando ya. En cuanto el tercero desapareció a través de él, el agujero negro se esfumó como si nunca hubiera estado ahí.

Eso acabó con cualquier esperanza de rescatar a Tyrande que aún albergara Malfurion.

No pudo soportarlo ya más. El elfo de la noche se desmoronó ahí donde estaba, ajeno completamente a la temible lucha que cada vez se acercaba más a él. Había vuelto a derrotar a Xavius, se había asegurado de que aquel que había instigado la llegada de la Legión Ardiente nunca pudiera volver a prestar su pérfido apoyo a causas tan viles..., pero eso ahora no significaba nada. Tyrande había desaparecido. Y lo que era aún peor, esos demonios la tenían prisionera.

Unas lágrimas le recorrieron las mejillas. Aunque el cielo se oscureció de un modo siniestro, el druida no fue consciente de ello. Lo único que le importaba a Malfurion era que había fracasado.

Sí, fracasado.

Unas gotitas cayeron del cielo, como si este también estuviera llorando. Poco a poco, fueron cayendo a más velocidad y en una cantidad tremenda. No obstante, lo más extraño de todo era que Malfurion era el único al que esa repentina tormenta no mojaba, un relámpago centelleó y el trueno bramó, reflejando su turbulento y sombrío estado de ánimo. Sin Tyrande, nada importaba. Ahora era consciente de ello..., aunque le servía de muy poco.

El viento ululó, llorando su pérdida. El nuevo árbol que se hallaba en la cima de la colina se agitó y meció al ser zarandeado por unos vendavales, con la potencia de un tornado, que lo azotaban todo menos al desconsolado elfo de la noche...

## El Alma Demoníaca

Entonces, una voz logró atravesar el velo de su desesperación. En principio, era una mera molestia que oía en los lugares más recónditos de su mente, pero acabó transformándose en una potente voz que retumbó en sus oídos. Malfurion se tapó las orejas con las manos, en un intento por acallarla y regresar a esas tinieblas en las estaban sumiendo sus pensamientos. Sin embargo esa voz se negaba a permanecer en silencio y se tornaba más insistente cada vez que gritaba su nombre.

— ¡Malfurion! ¡Malfurion! ¡Debes salir del abismo de tu pesar! ¡A menos que quieras arrastrar contigo al mundo entero!

Conocía esa voz, y a pesar que una parte muy importante de él quería ignorarla, otra parte de su ser lo empujó a escucharla. Su tono de premura obligó al druida, al menos, a dejar de centrarse en su interior y contemplar el mundo *exterior*.

Malfurion se dio cuenta que se hallaba en medio de un desastre natural inminente.

La lluvia caía a tal velocidad y con tal fuerza que muy pocas cosas eran capaces de interponerse en su camino. Curiosamente aparte de él, el árbol nuevo era lo único que parecía inmune, en cierto modo, a la furia de la tormenta.

— ¿Qué...? —acertó a decir Malfurion.

No obstante, en cuanto habló la tormenta arremetió contra él también de un modo abrupto. Cayó a ese suelo embarrado, empujado por el martilleo constante de aguacero infernal.

Entonces, a pesar de la incesante lluvia y el fuerte viento, una figura enorme aleteó por encima de él. Al alzar la vista, el elfo de la noche divisó a un gigante alado que descendía en picado. Se acordó de la semidiosa Aviana y se preguntó si se trataba de ella, que venía a por él como heraldo de la muerte. Pero no, el druida no era una de sus criaturas, así que dudaba de que fuera a hacer una excepción con él.

En cuanto oyó de nuevo esa voz atronadora, supo quién era esa colosal figura.

— ¡Elfo de la noche quédate exactamente donde estás!  
¡Resulta difícil ser preciso en medio de este caos y no deseo aplastarte de manera accidental!

Korialstrasz lo agarró con una garra gigantesca y elevó a Malfurion en el aire. Aunque el dragón luchaba valientemente contra la tormenta, no cabía duda de que, cada centímetro que avanzaba, conllevaba un terrible esfuerzo. El elfo de la noche podía percibir que el dragón rojo no se encontraba nada bien. En verdad le sorprendía que Korialstrasz hubiera sobrevivido a su enfrentamiento con Neltharion.

Mientras ascendían, Malfurion pudo observar parte del paisaje que se extendía allá abajo. Ambos ejércitos huían, los demonios se dirigían de vuelta a ese territorio que Neltharion había arrasado. Los elfos de la noche se batían en retirada de manera presurosa en la dirección contraria. Ambos bandos batallaban contra un nuevo enemigo mortal: la lluvia había provocado aludes de barro y convertido ese suelo en un terreno movedizo.

## El Alma Demoníaca

Una colina bastante alta se derrumbó y cayó sobre un grupo de guardias viles. Un sable de la noche cayó de una cima tras resbalarse e intentar aferrarse en vano a ese suelo blando y húmedo. El felino y su jinete se precipitaron al vacío, hacia una muerte segura.

En medio de esa carnicería, Malfurion localizó a una pequeña figura que intentaba descender por esa misma colina de la que él mismo había sido rescatado. El barro rodeaba a esa joven elfa de la noche, enterrándola a medias. Más arriba, una gran parte de la colina parecía estar a punto de desprenderse, lo cual supondría seguramente el fin de la muchacha.

La cual aún aferraba un arco en la mano.

— ¡Espera! ¡Ahí! —le gritó a Korialstrasz. — ¡Ayúdala!

Sin ningún titubeo, el dragón rojo viró y se dirigió hacia el suelo, hacia la joven en apuros. Como se hallaba tan centrada en su desesperada lucha contra los elementos, esta no reparó en la presencia del leviatán hasta que éste la cogió con sus garras. Chillo al mismo tiempo que el dragón la sacaba de ese fango que amenazaba y la subía hacia el cielo.

— ¡No te voy a hacer daño! —rugió Korialstrasz.

La jovencita, obviamente, no le creyó, pero se calmó solo cuando vio que llevaba a Malfurion en la otra garra, se atrevió por fin a hablar.

— ¡¿Y la señora Tyrande...?! ¡¿Dónde...?!

El druida negó con la cabeza. La muchacha se mostró cariacontecida. Se inclinó hacia delante y se echó a llorar. Pero ningún momento dejó de sujetar con tuerza ese arco.

Malfurion volvió a centrar su atención en la tormenta y se percató de que no podía tratarse de un fenómeno natural. Había estallado de un modo demasiado abrupto. Aun así, no parecía ser obra de la Legión Ardiente ni tampoco fruto de los esfuerzos de su propia gente. Ni siquiera Illidan habría permitido que algo así se descontrolara tanto.

Alzó la mirada, pues esperaba descubrir que el dragón negro había regresado. Sin embargo, ahí no había ni rastro de Neltharion ni del espantoso disco. Entonces, ¿qué había causado esa tempestad tan catastrófica?

Le planteó esa pregunta al dragón, pero no fue Korialstrasz quien respondió. Fue una figura, que se aferraba al cuello del coloso y que se encontraba protegida de algún modo de la furia de los elementos por un titilante fulgor dorado, la que contestó:

— ¡Has sido tú, Malfurion! ¡Has sido tú quien ha provocado todo esto!

Clavó su mirada en Krasus, al que la última vez que lo había visto se encontraba a lomos de una montura asustada que había huido llevándoselo consigo. El mago no tenía buen aspecto en absoluto y, aunque el cardenal que tenía en la sien todavía tenía un color rojo brillante, parecía tan decidido como

## El Alma Demoníaca

siempre a ser una pieza clave en el desarrollo de los acontecimientos.

Aun así, esas palabras desconcertaron al druida.

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Que esta tormenta es una consecuencia de tu honda tristeza, druida! ¡Tu desesperación la genera! ¡Debes poner punto y final a esta tormenta y a tu desesperanza si queremos que alguien sobreviva!

— ¡Estás loco!

No obstante, mientras pronunciaba estas palabras, Malfurion pudo detectar algo que le resultaba familiar en la tormenta. El druida expandió su conciencia y entró en contacto con ella, tal y como Cenarius le había enseñado a hacer con todas las facetas de la naturaleza, y lo que descubrió le repugnó. De algún modo, él había creado esa monstruosidad a partir de su tristeza y su consternación, lo cual, a su vez, había hostigado no solo a sus enemigos, sino también a sus camaradas.

*¡Soy igual de horrendo que los demonios o el dragón negro!, pensó el druida.*

Krasus debió de leerle la mente a su compañero, en parte cuando menos, ya que el mago dragón exclamó:

— ¡Malfurion no debes permitir que tales sentimientos nublen tu razón! ¡Esto ha sido un accidente! ¡Debes hacer que el poder de tus emociones pase de centrarse en destruir a centrarse en *ayudar!*



*Pero ¿para qué ese esfuerzo?* Una vez más, el druida pensó en Tyrande, quien ahora se hallaba en manos del amo de la Legión Ardiente. Sin ella, no veía ninguna razón para seguir adelante.

Sin embargo, fue Tyrande la que, al fin, disipó la tinieblas que invadían su mente. *Ella* no habría querido que se produjera esa devastación. Ella habría hecho todo lo posible para mantener a su pueblo con vida. Malfurion le había fallado, pero si dejaba que esa tormenta continuara, estaría fallando a la memoria de Tyrande.

Miró a esa jovencita que, sin duda alguna, había arriesgado la vida para poder salvar a la sacerdotisa. Aunque tenía muy pocos años para ser una novicia, se había valido de su talento con el arco para hacer todo cuanto estuviera en su mano, a pesar de los sátiros y los demonios.

Pensó en ello y, al verla llorar, Malfurion notó que todas esas emociones que Tyrande despertaba en él cobraban fuerza de nuevo. Sin vacilación alguna, clavó sus ojos en la tormenta e impuso su voluntad sobre el viento, las nubes..., sobre todos los elementos de la naturaleza que se habían combinado para crear un fenómeno tan espantoso.

El viento cambió. Seguía lloviendo, pero daba la sensación de que lo hacía con menos intensidad allá por donde los elfos de la noche huían y empeoraba donde la legión se batía desordenadamente en retirada por esas tierras que Neltharion había arrasado. Malfurion creyó que la cabeza le iba a estallar mientras luchaba por imponer su voluntad a los elementos para

## El Alma Demoníaca

que se centraran en descargar toda su rabia en los lugares donde se encontraban los demonios.

La lluvia cesó. La tormenta se desplazó con la obvia intención de dirigirse a Zin-Azshari.

Malfurion profirió un grito ahogado. Sí, lo había logrado.

El elfo de la noche se desplomó agotado en esa garra con la que lo sujetaba el dragón.

— ¡Bien hecho, druida! ¡Bien hecho!

Debería haberse sentido asombrado ante lo que había conseguido y, no solo una vez, sino dos. Seguramente hasta Cenarius se habría sentido de ese modo. No obstante, en lo único que podrá pensar Malfurion era en que había fracasado porque no había podido salvar a Tyrande.

Y eso era lo más importante para él.

\*\*\*\*\*

La tormenta duró tres días y tres noches. Con la implacabilidad de que la había dotado su creador, empujó a huir a la Legión Ardiente más y más. Para cuando se disipó, los demonios se hallaban a solo dos días de Zin-Azshari.

Por desgracia, los elfos de la noche no pudieron reorganizar sus fuerzas para seguirlos. En la otra punta de la región volcánica que había creado Neltharion, los defensores de esas tierras

intentaban lamerse las heridas y reagruparse. Para muchos de ellos, la destrucción causada por la tormenta, el Alma Demoníaca y todo lo demás palidecían en comparación con la muerte de lord Kur'talos Cresta Cuervo.

Como no podían celebrar un funeral como era debido, los comandantes elfos de la noche hicieron lo que pudieron a petición de lord Ojo Estrella, en un carro tirado por seis sables de la noche atravesó gran parte de esa hueste. Sobre él, yacía el noble muerto, con los brazos cruzados y el estandarte de su clan en las manos. Por delante del carro, un contingente de soldados del Bastión del Cuervo Negro abría el paso para el cortejo fúnebre. Por atrás otro grupo se aseguraba de que esa muchedumbre llorosa no intentara tocar el cuerpo y, mucho menos, acabara tirándolo al suelo. Por todo el camino, los heraldos tocaban sus cuernos con tristeza para avisar a los que se hallaban delante de que el afligido cortejo se aproximaba.

Una vez hecho esto, el cadáver de Cresta Cuervo fue colocado junto a los de los demás que habían perecido en una zona situada a cierta distancia de los vivos. Sobre Malfurion recayó la responsabilidad de pedir a Korialstrasz un favor terrible, a lo que el dragón accedió de inmediato.

Con centenares de testigos, que se encontraban lo bastante cerca como para contemplar el ritual pero no tanto como para correr algún peligro. Korialstrasz lanzó el único fuego capaz de arder a ciencia cierta en ese lugar, a pesar de la humedad que lo impregnaba todo. Después de que los cuerpos de lord Cresta Cuervo y los demás muertos fueran devorados por un infierno llameante, Malfurion intentó aislarse de todo y de todos. Sin

## El Alma Demoníaca

embargo, había alguien que no lo dejaba en paz; se trataba de la jovencita que había intentado rescatar a Tyrande. Shandris, como afirmaba llamarse, lo atosigaba a preguntas sobre cuándo iría a salvar a la sacerdotisa. Tristemente, Malfurion no tenía ninguna respuesta que darle y, al final, tuvo que encomendarles la tarea de ocuparse de ella a otras hermanas, aunque solo fuera para evitar tropezarse con ella constantemente.

Lord Ojo Estrella, al que sus homólogos habían nombrado comandante, había llevado a cabo una investigación en el ejército con el fin de descubrir si había más traidores. Dos soldados relacionados con el asesino fueron ejecutados tras ser interrogados infructuosamente. Ojo Estrella consideraba que el asunto estaba cerrado y pasó a ocuparse de la siguiente fase del conflicto bélico.

Krasus y Rhonin, apoyados por Brox y Jarod Cantosombrío, intentaron convencer al nuevo líder de la hueste de la necesidad de pedir ayuda a otras razas para formar una alianza, pero sus ruegos cayeron en oídos sordos, más sordos que nunca.

— Kur'talos dejó muy clara cuál era su postura en ese aspecto y yo honraré su memoria —aseveró el esbelto noble, a la vez que inhalaba una pizca de polvo blanco.

Con esas palabras se puso punto y final a la discusión, pero no a las preocupaciones. La Legión Ardiente no tardaría en recuperarse y, en breve, Archimonde la enviaría de vuelta a combatir contra los elfos de la noche. Nadie dudaba de que el

comandante demoníaco atacaría con mayor furia que nunca, con una ira tan terrible como nunca habían visto hasta ahora los defensores de esas tierras.

Aunque los elfos de la noche consiguieran mantener a raya a los invasores o lograran obligarlos a retroceder hasta las mismas puertas de Zin-Azshari, sus logros serían inútiles si el portal seguía abierto y los Altonatos y los demonios conseguían reforzarlo aún más. Aunque miles de miles de demonios perecieran y los elfos de la noche llegaran a tomar el mismo palacio..., todo sería en vano si Sargeraz llegaba a su mundo, pues el Magno aniquilaría a ese ejército con un mero gesto de su brazo, con una mera mirada fulminante.

Eso fue lo que empujó a tomar una decisión a Krasus. Los demás se reunieron con él, y el mago les explicó qué era lo único que se podría hacer para prevenir lo que parecía prácticamente inevitable.

— Cresta Cuervo se equivocaba —insistió, contraviniendo así la voluntad del difunto líder, — y Ojo Estrella está ciego. Si no se sella una alianza entre todas las razas, Kalimdor..., el *mundo* entero..., estará perdido.

— Pero lord Ojo Estrella se niega a hablar con ellas —señaló Jarod.

— Entonces, tendremos que hablar *nosotros* en su lugar... —El mago contempló a todos y cada uno de ellos. — Por ahora, no podemos contar con la ayuda de los dragones... si es que alguna vez podemos volver a contar con ella. Korialstrasz ha partido para averiguar qué ha sido de ellos, pero me temo que, mientras Neltharion posea el disco, no podrán hacer nada. Por

## El Alma Demoníaca

lo tanto, *debemos* hablar con los enanos, los tauren, los fúrbolgs... y *debemos* convencerlos de que deberían ayudar a aquellos que desdeñan su apoyo.

Rhonin negó con la cabeza.

— Las demás razas tal vez no encuentren ninguna razón para aliarse con esa gente que preferiría verlos aniquilados a todos ellos casi tanto como la Legión Ardiente. Estamos hablando de *siglos* de enemistad, Krasus.

El delgado mago asintió de un modo torvo, mientras dirigía la mirada en dirección hacia esa capital que desde ahí no se podía ver.

— Entonces, si eso es así, todos moriremos. Ya sea por mor de las armas de la Legión Ardiente o por mor del malévolos poder del Alma Demoníaca, seguramente, todos moriremos.

Ninguno de los ahí presentes pudo rebatir esa afirmación.

\*\*\*\*\*

Malfurion era el único del grupo que no estaba presente en esa reunión, ya que a lo largo de los últimos días, había estado embarcado en una misión. Todo había empezado con un plan, un plan que había concebido a la desesperada. Por otro lado, era consciente de que solo había otro ser lo bastante loco como para unirse a él en esa aventura. El druida quería ir en busca de Tyrande, para poder rescatarla, si aún era posible, de esos demonios malévolos y sabía que solo había otro más entre los

millares de miembros de la hueste que quizá viera la situación del mismo modo que él, por lo cual Malfurion había invertido todo su tiempo en buscar a ese compañero que lo ayudaría en esa misión suicida. Pero no halló ni rastro de su hermano Illidan. Al final se atrevió a hablar con la Guardia Lunar. Con la excusa de que únicamente pretendía pedir consejo a su gemelo sobre el inminente avance del enemigo, el druida logró ser recibido en audiencia por el hechicero de mayor edad.

Aquel elfo de la noche que se estaba quedando calvo y que poseía una fina barba alzó la mirada cuando Malfurion se le acercó. Si bien la Guardia Lunar no se fiaba aún de él porque era un druida, sí respetaba sus hechizos, cuyos resultados eran aterradores.

— Saludos, Malfurion Tempestira — dijo la figura ataviada con una túnica, a la vez que se levantaba. El hechicero había estado sentado sobre una roca, leyendo un pergamino que, sin duda, recogía algunos conocimientos arcanos de las artes de la hechicería.

— Discúlpame, Galar'thus Río Árbol. He venido en busca m hermano, pero no he podido localizarlo. —Galar'thus lo miró con cierta inquietud.

— ¿Acaso no se te ha informado?

La tensión se adueñó de Malfurion.

— ¿De qué?

—De que tu hermano ha... desaparecido. Se fue a lomos de su montura a investigar esas regiones volcánicas que creo el dragón..., pero nunca regresó.

## El Alma Demoníaca

El druida no podía creerse lo que estaba oyendo.

— ¿Illidan se marchó solo? ¿Sin ningún escolta?

El hechicero agachó la cabeza.

— ¿Acaso crees que alguno de nosotros sería capaz de detener a tu gemelo, maestro druida?

Realmente, Malfurion creía que no.

— Cuéntame lo que sabes.

— Sé muy poco. Se marchó de noche después de que la tormenta amainara y prometió que pretendía regresar antes del alba. Sin embargo, dos horas después de que la noche terminara, su montura regresó sin él.

— ¿Encontraste...? ¿En qué estado llegó esa bestia?

Galar'thus no se atrevía a mirarlo.

— El sable de la noche parecía estar agotado... y estaba manchado de sangre. Intentamos usarla para localizar a tu hermano, pero la zona todavía está impregnada de mucha magia. Además, lord Ojo Estrella dijo...

— ¿Lord Ojo Estrella? —Malfurion se enojó aún más. — ¿Sabía todo esto y, aun así, no me lo ha contado a mí?

— Lord Ojo Estrella dijo que no se podía perder el tiempo con alguien que, seguramente, estaba muerto, que debíamos centrar nuestros esfuerzos en los vivos. Tu hermano se marchó por voluntad propia. Lo siento, Malfurion Tempestira, pero esa fue la decisión del comandante.



Sin embargo, el druida ya no lo escuchaba. Malfurion se volvió y se fue, afligido por esa nueva pérdida. ¡Illidan había muerto! ¡Eso era imposible! Por muchas diferencias que tuviera con su gemelo, Malfurion todavía quería mucho a su hermano, Illidan no podía estar muerto.

Mientras pensaba en ello, un escalofrío le recorrió la columna. Malfurion se detuvo con la mirada clavada no en algo situado cerca, sino en su *fuero interno*.

Si su gemelo hubiera muerto, él lo sabría. Con la misma seguridad que podía notar los latidos de su propio corazón, Malfurion estaba seguro de que, si Illidan hubiera perecido, él lo habría intuido. A pesar de todas las evidencias en contra, Illidan tenía que estar *vivo*.

Vivo... El druida contempló esas tierras humeantes e intentó expandir sus percepciones más allá de ellas, pero fracasó. Si Illidan *se hallaba* ahí fuera..., ¿dónde se había metido exactamente?

Malfurion tenía la terrible sensación de que sabía la respuesta...



## CAPÍTULO VEINTICUATRO

**E**l hedor que desprendía esa ciudad arrasada no perturbó lo más mínimo a aquel jinete encapuchado, que iba ataviado con una capa, mientras cabalgaba lentamente por esa avenida en ruinas. Contempló esas torres arbóreas volcadas y esos hogares destrozados con un leve interés y de un modo analítico. Los cadáveres que se descomponían muy lentamente los observó casi con desdén.

Súbitamente, su montura gruñó y bufó. De inmediato, el jinete apretó con más fuerza si cabe esos dos tentáculos que tenía agarrados y obligó así a esa bestia vil a moverse a regañadientes. Como el enorme can demoníaco no avanzó al ritmo que su jinete consideraba suficiente, este lanzó una ola de energía negra que, en vez de alimentar a esa criatura

vampírica, le hizo sentir un dolor tremendo. Acto seguido, la bestia vil aceleró el paso.

La figura encapuchada siguió recorriendo esa ciudad muerta. Percibió que había muchas miradas clavadas en él, pero optó por no hacer nada al respecto. Los guardias no le interesaban lo más mínimo; mientras lo dejaran en paz, él haría lo mismo. Su reticente montura, a la que había capturado hacia días en las afueras de la ciudad, volvió a ralentizar el paso al llegar a una encrucijada. Sin embargo, esta vez el jinete era consciente de que la bestia vil aminoraba la marcha no porque fuera reacia a llevarla encima, sino porque sabía que sus hermanos se acercaban.

No iban a dejarlo en paz. Pretendían tenderle una trampa.

Que necios.

Los tres guardias viles arremetieron contra él de frente. Con esos semblantes bestiales, esas cornamentas y esas armas ígneas, esos gigantes conformaban una estampa formidable. No obstante el jinete sabía que ellos no eran la verdadera amenaza.

Desde las ruinas situadas a ambos lados de él, dos ansiosas bestias viles, una por cada flanco, se abalanzaron sobre esa presa que, supuestamente, se encontraba distraída. Hambrientas, extendieron los tentáculos mientras se preparaban para darse un festín con ese ingenuo taumaturgo.

## El Alma Demoníaca

El jinete olfateó el aire y se sintió decepcionado con esa emboscada. Con un rápido tirón, le arrancó un tentáculo a su montura, cerciorándose así de que comprendiera que no debía sumarse al ataque. Mientras la bestia vil aullaba, arrojó ese apéndice hacia los tres guerreros.

El tentáculo ensangrentado se estiró mientras volaba hacia ese trío y se transformó en un lazo fibroso que se enrolló alrededor de los tres a la altura de la cintura. Los bestiales guerreros cayeron de bruces y terminaron enmarañados en el suelo.

En el mismo momento en que había arrojado el tentáculo, el jinete dirigió su mirada a la bestia vil que se abalanzaba sobre él por su derecha. De repente, el demonio aulló y estalló en llamas. Cayó a varios metros de distancia de su objetivo y el hedor de su cadáver ardiendo pronto se sumó a la fuerte peste que impregnaba toda esa zona.

El segundo monstruo se estrelló contra su montura. Los tentáculos de esta nueva bestia vil se adhirieron al pecho y al costado del jinete, y la criatura se dispuso a comer.

Sin embargo, en vez de devorar la magia de esa figura encapuchada, la bestia vil descubrió que era ella la comida de su presa. Intentó despegar frenéticamente sus ventosas del cuerpo de su supuesta víctima, pero este no se lo permitió. La bestia vil se fue marchitando hasta que solo fue un mero saco de huesos. Como era una criatura mágica, estaba compuesta casi por entero de magia, que el jinete ahora absorbía.

En cuestión de segundos, todo acabó. Con un chillido lastimero la bestia vil destrozada se desplomó. El jinete se arrancó esos

tentáculos que aún tenía adheridos al torso y, a continuación, espoleó a su aterrada montura a seguir, sin dignarse siquiera a echar un último vistazo a esos canes muertos ni a los guardias viles que ahí habían quedado atados y se revolvían.

Aunque percibió la presencia de otros seres cerca, ninguno más se atrevió a interponerse en su camino. Ahora que tenía el camino despejado, no tardó mucho en alcanzar su meta: una muralla alta que contaba con una puerta, en la cual había apostados unos ariscos soldados elfos de la noche que lo fulminaron con la mirada.

El jinete se quitó la capucha.

— ¡Vengo a ofrecerle mis servicios a mi reina! —gritó Illidan, cuyas palabras no iban dirigidas a los guardias, sino más bien a los que se encontraban dentro del palacio. — Vengo a ofrecer mis servicios a mi reina... ¡y al Señor de la Legión!

Aguardó, con gesto impertérrito. Casi un minuto después, las puertas se abrieron. El crujido de estas retumbó por toda Zin-Azshari, un ruido similar al de los gemidos espectrales de los muertos de la ciudad.

En cuanto las puertas dejaron de moverse, Illidan entró a lomos de su montura con suma calma. Las puertas se cerraron rápidamente tras él.

CONTINUARÁ EN  
LA GUERRA DE LOS ANCESTROS  
TOMO TRES  
EL CATACLISMO